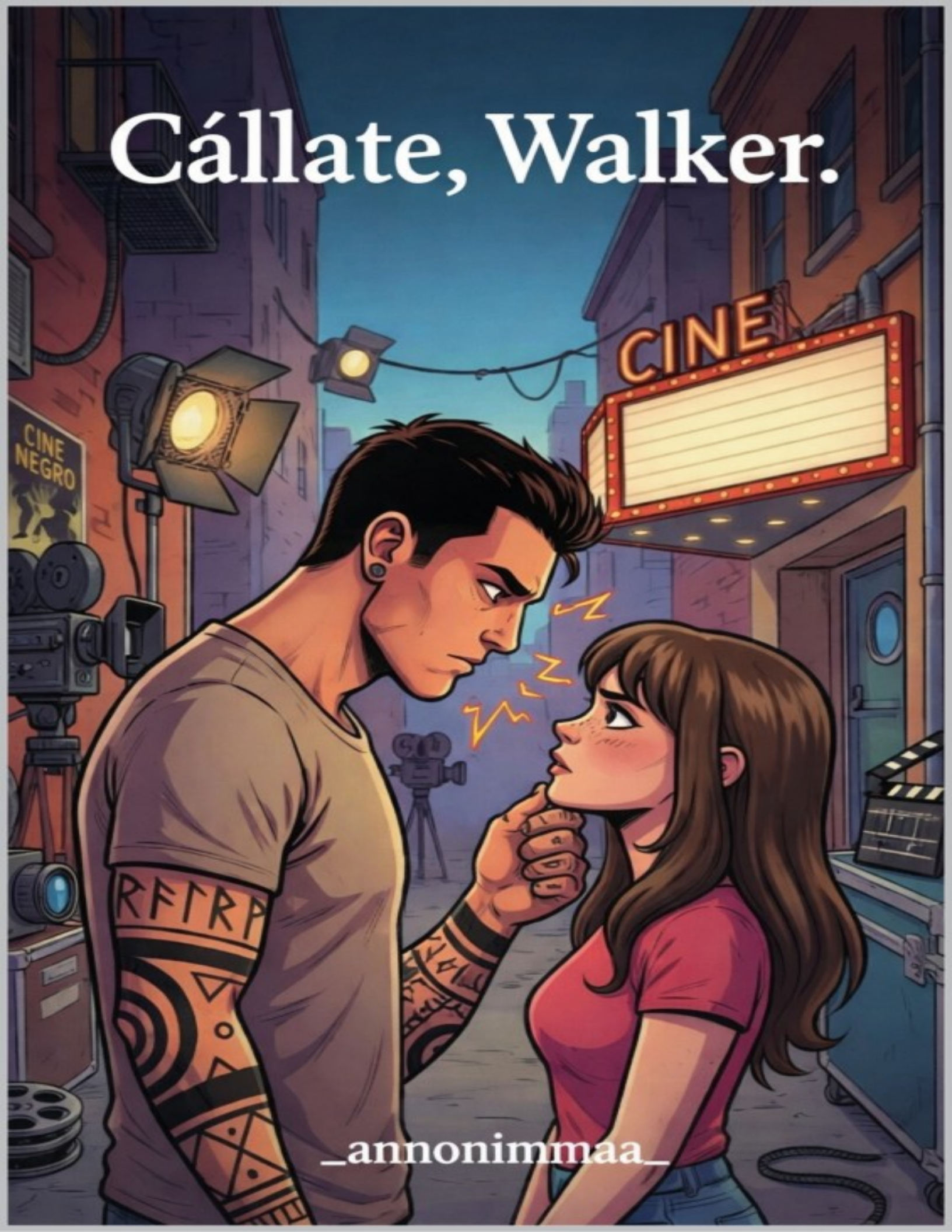
Cállate, Walker.
CINE
CINE NEGRO
annonimmaa

Capítulo 1

Aria Walker

Los nervios se hacen cada vez más grandes al ver que tan solo queda una hora de avión. Me habían cogido, después de tantos intentos, en una película a nivel internacional, y me alegraba. Únicamente me había dedicado a cortos breves emitidos en pequeños canales o en obras de teatro que se hacían en mi ciudad. Por un lado, siento que no estoy preparada. De hacer unas pequeñas actuaciones sin importancia pasar a las grandes pantallas es un gran paso. Por el otro, me alegra que me hayan cogido en el casting. Siendo sincera, no sé ni cómo han podido hacerlo. Lo único que siento es vergüenza al verme en el vídeo que grabé, actuando sobre una supuesta ruptura de relación.

Mi hermana, que es tan graciosa, lo único que hace es reírse cada vez que me pone el vídeo. Hablando de ella, está a mi lado. A diferencia de mi, se encuentra totalmente dormida y tranquila . Sinceramente me da envidia, así que pienso en la opción de copiarme. Me quito los *AirPods* de las orejas y los guardo en su caja. Me pongo las gafas de sol pese a estar dentro de un avión, vigilo que nadie me esté mirando hacer el ridículo y cierro los ojos, intentando dormir sin sentir la mirada de nadie.

𐙚 𐙚 𐙚

El sonido del avión aterrizando me despierta y lo agradezco. Mi hermana está dormida a mi lado—aún —y la despierto sacudiéndola rápidamente por los hombros.
Se levanta asustada y al ver que he sido yo y no el avión cayendo contra el suelo, se enfada.

—¿Eres imbécil o que?

Sonrío, divertida. Me encanta sacar de quicio a mi hermana. A diferencia de mi, tiene el pelo rubio. Lo demás lo compartimos: mismos ojos verdes, misma nariz e incluso mismo pelo.

—Callaros ya, pesadas —nuestra madre hace acto de presencia y decidimos hacerla caso.

Una vez que hemos cogido las maletas—y que he vuelto a molestar a mi hermana— salimos del avión y nos dirigimos hacia la salida del aeropuerto.

—¿Y ahora qué? —dice mi hermana.

—Ahora a pedir un taxi que nos lleve hacia el apartamento —responde mi madre y mi hermana asiente con la cabeza.

A mi no me da tiempo a decir nada más, porque un número desconocido me llama al móvil. Dudo si cogerlo o no, pero caigo en cuenta de que puede ser algo importante. Rezo mentalmente y aprieto el botón verde.

—¿Quién? —pregunto, intentando aparentar normalidad.

—En media hora vamos a por ti —la voz sospechosa me habla. Tiene un tono ronco, pero se puede apreciar la vejez de la persona—. ¿Dónde estás? ¿Has llegado ya?

Ni buenas tardes, ni nada.

—¿Quién es? —pregunta mi madre por lo bajito.

La mando callar llevándome el dedo a la boca, casi sin mirarla, pero al segundo giro la cabeza hacia ella. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados, como si ya supiera que esto no pinta bien.

—Mándame la ubicación del apartamento —le digo.

Asiente rápido, demasiado rápido, y teclea en el móvil con los dedos tensos. El silencio entre nosotras pesa más que la llamada.

—¿Hola? —insiste la voz a través del teléfono.

Aprieto el móvil con fuerza, notando el plástico clavarse un poco en la palma.

—Si, perdón —respondo—. Ahora mismo te mando la dirección.

Pongo el cuerpo de mi peso de una pierna a otra, nerviosa, mientras que me estoy mordiendo las uñas. El tiempo parece ralentizarse y yo cada vez me pongo más nerviosa, hasta que oigo un sonido de aprobación proveniente de su garganta.

—Perfecto. Buenas tardes —no deja que responda y me cuelga el teléfono.

Me quedo mirando fijamente el móvil. A decir verdad, en ningún momento he preguntado quién era, dando por hecho que era mi mánager. Noto como se me seca la boca al darme cuenta de que le he mandado literalmente mi ubicación. Aparto todo pensamiento negativo de mi cabeza y miro a mi madre.

—Tenemos que estar en media hora en el apartamento —explico.

Mi madre mira el reloj y pone una mueca que no me ha gustado nada.

—No vamos a llegar —dice, tranquila, mientras yo tengo un matojo de nervios en el estómago.

—No seas gafe —le dice mi hermana—, si vamos a llegar. El taxi está a cinco minutos y se tardan diez en llegar.

Por mi paz mental, decido confiar por primera vez en mi hermana y no aporto nada más. Un minuto antes, el taxi se para frente a nosotras y subimos.

←

Miro el reloj, nerviosa, y veo que tan solo queda un minuto para que el *secuestrador/ mánager* venga a recogerme. Cogo mis dos maletas y mi bolsa como puedo no sin antes haberle dado un beso a mi madre y un abrazo a mi hermana.

—Os voy a echar de menos —digo, aguantándome las ganas de llorar.

Mi hermana se ríe, seguramente pensando que soy una empalagosa aunque en el fondo tiene los ojos llorosos. Nunca lo admitirá, así que ya tengo una cosa con la que meterme con ella cuando vuelva.

—Vete ya, pesada —me responde.

Le doy un empujón que hace que suelte una risa triste y mi madre se acerca a mi.

—Déjame que te ayude con las maletas —no espera a que responda, me roba una de ellas y sale por la puerta disparada.

Cuando salgo del apartamento, hay un coche parado enfrente. Y sinceramente, no me inspira nada de confianza. Típico coche negro con ventanas blindadas para que no se vea lo que hay dentro. *Esto no pinta bien.* A todo esto, yo sigo sin saber a quien coño le he dado la dirección. Las dudas se resuelven cuando un señor, aproximadamente de unos cincuenta años, se acerca a mí—aún sin decir quién es—y me coge las maletas con total facilidad. Las guarda en el maletero y decido darle un último repaso al apartamento. Mi hermana está en la puerta, esta vez sin ocultarse, llorando. Se me escapa una lágrima que limpio rápidamente al ver como el señor sospechoso vuelve a acercarse a nosotras.

—Trae —le dice secamente a mi madre.

Hace caso y le da la última maleta que queda por guardar en el maletero. La guarda y se mete dentro del coche, no sin antes haberse despedido con un simple *adiós* a mi madre. Me abraza y ya no puedo ocultar más mis lágrimas. La abrazo de vuelta y dejo que todas las emociones que estoy sintiendo fluyan. Tristeza, porque no sé cómo haré para estar tanto tiempo sin ella. Alegría, porque me voy para cumplir mi sueño. Nostalgia, porque este es el último abrazo que la daré hasta un par de meses. El momento se rompe

cuando el señor, claramente con poca paciencia y sin empatía se pone a pitar, queriendo que yo me separe de mi madre.

—Gilipollas —susurro. Mi madre me levanta las cejas y sonrío—. Perdón.

Ahora es ella la que sonríe, quitándome la última lágrima que ha salido de mis ojos,

—Venga, cariño —se limpia y me sonríe con esa calidez que me hace sentirme tan cómoda—, háblanos todos los días, ¿vale? —me da un apretón en el hombro—. Te quiero —me da un beso en la mejilla y se aleja de mi.

Una vez estoy en la puerta del coche, le digo adiós con la mano a mi hermana que sigue llorando. Me devuelve el saludo y mi madre se acerca a ella, abrazándola. No vuelvo a mirar hacia ellas ya que sé que voy a volver a llorar y abro la puerta de copiloto. Me siento e instantáneamente el tío acelera. De manera automática, empiezo a mover la pierna nerviosa y juego con mis manos. Estar con él a solas en el coche la verdad es que me da bastante vergüenza—y a todo esto, sigo sin saber quien es este señor. Como estoy pensando en mis cosas, y teniendo en cuenta lo vergonzosa que soy, noto como poco a poco me va faltando el aire, provocando que se haga un silencio demasiado asfixiante por parte de ambos. Como si Dios quisiera salvarme—o matarme—, el silencio asfixiante de hace apenas diez segundos es interrumpido por un mogollón de gente que viene básicamente hacia el puñetero coche. Miro a todos lados, obviamente confundida, al ver que la gente se acerca hasta el coche hasta el punto de que algunos empiezan a moverlo. El hombre, cuyo

nombre todavía no sé, se pone a pitar desesperadamente para hacer que la gente se aparte, pero no lo hacen.

—¿Qué es toda esta gente? —pregunto, asustada.

El hombre me mira, cansado. Parece que él ya ha vivido este momento muchas veces por la forma en la que no está alarmado ante la situación.

—Se piensan que está Sterling —se limita a responder.

Frunzo el ceño. No tengo ni idea de si me está vacilando o no. No sé quién es esa tal Sterling, pero espero que no sea alguien de la droga o similar, la verdad es que pega bastante con el aspecto del conductor.

—¿Cómo? —pregunto, puesto que ninguna otra palabra es capaz de salir de mi boca.

No me responde. En su lugar, baja la ventanilla del coche, haciendo que se me vea. Y yo, sin saber qué hacer, me pongo a saludar. La gente, que estaba feliz, ahora no lo está. Las caras han pasado de la absoluta felicidad al… ¿asco? No sé si he asqueado a la gente con mi saludo, tampoco es que me importe. Mi mirada se va especialmente a una chica. A diferencia de la gran mayoría, ella está atrás del todo, por lo que no puedo oír lo que está hablando, o mejor dicho chillando. Sinceramente, no imagino que me esté diciendo nada bonito al ver como me mira. Intento actuar fuerte, pero me hago pequeña en el asiento y aparto la mirada de las personas, mirando hacia mis piernas. La gente, a los pocos segundos, empieza a esparcirse, dejándonos ahora hueco libre en la carretera para avanzar.

—Perdón por esto Aria, no ha sido un buen comienzo —dice mientras repiquetea con los pulgares el volante—. Me llamo Edward, por cierto.

Nombre descubierto. De nuevo, intento aparentar normalidad, más aun teniendo en cuenta que ha dicho mi nombre como si tuviéramos toda la confianza y me conociera de toda la vida. Aún así, esta vez es más fácil al no tener unas doscientas personas mirándome fijamente.

—Encantada, Edward —digo, amablemente.

Edward me sonríe y, aunque no le conozco de nada, su sonrisa hace que me sienta más cómoda. Le sonrío de vuelta por cortesía y vuelve la mirada al frente.

—Igualmente. ¿Eres otra de las *amigas* de Sterling? —la forma en la que ha dicho amigas me hace pensar en que si piensa que soy alguien…, no sé, alguien que conoce a esa señora.

Niego despacio con la cabeza, casi sin darme cuenta, como si el gesto saliera solo. Apoyo el codo en la ventanilla y dejo caer el peso del cuerpo sobre él, cansada. Luego reclino la cabeza contra el cristal frío y fijo la mirada en el exterior.

—No sé ni quién es —aclaro.

Edward me mira, sorprendido. Frunzo el ceño levemente al no entender su mirada. Por qué se supone que yo debería de conocer a esa tal Sterling, es que no lo entiendo. No parece darse cuenta de que su mirada sorprendida me ha llamado la atención ya que no me pregunta sobre ello.

—¿Pero tú has visto alguna película española alguna vez? —me pregunta—. De esas para adolescentes enamoradas, me refiero.

Sinceramente, no sé qué pretende con esa pregunta. Mis dudas siguen absolutamente igual acerca de la identidad de Sterling.

—Que va, quiero ser actriz precisamente de una película de esas, pero sin tener idea de cine —respondo, queriendo dar un toque de ironía y humor.

Edward sonríe y niega con la cabeza. Pone un gesto de desconcierto antes de ajustarse las gafas de sol.

—Pues no me lo explico.

No respondo, *no sé qué más decir.* Me gustaría preguntar directamente quién es Sterling, pero bastante juzgada me he sentido ya como para ahora preguntar. Parece que él tampoco está muy a la labor de decir algo ya que tararea canciones muy bajo y sigue repiqueteando con los pulgares, esta vez al ritmo de la canción que esté cantando. Yo soy una persona muy especial. Digamos que necesito escuchar la música que me gusta para calmarme. Y no es por juzgar la música del pobre Edward, pero me está aburriendo y no hace que esté de todo tranquila. Teniendo en cuenta lo tímida que soy, el hecho de decirle que ponga la canción que yo quiero me provoca hasta ansiedad. No obstante, sé que es lo único que va a hacer que me calme, por lo que me trago todos los nervios y suspiro —espero que bajo—, antes de hablar.

—¿Y si ponemos una canción cada uno? —pregunto, mientras voy sacando el móvil para conectarlo por Bluetooth—. Ya sabes, para que haya igualdad y tal.

Me arrepiento de eso último que digo y me pego mentalmente. Al segundo, me calmo brevemente al ver que Edward no me ha mirado raro, ni se ha extrañado por lo que he dicho. De hecho, ni me está mirando.

—Si, claro —dice, concentrado en la carretera.

Gracias. Me meto en *Spotify* y conecto el móvil al coche. Me da bastante vergüenza ponerle mi playlist pese haber sido yo la que ha tenido la idea, así que pongo una que me recomienda la propia aplicación.

𐙚 𐙚 𐙚

Vale, estamos aparcando. Los nervios del principio, que se han ido apagando lentamente al estar cantando canciones, han regresado golpeándome de repente. Dejando a un lado todos los nervios que por desgracia estoy volviendo a sentir, he descubierto que Edward es un tío encantador. Justo cuando terminó la primera canción que le puse, la cual no tenía ni idea de cuál era, me pidió que le pusiera una que él eligió. Descubrí, para mi sorpresa teniendo en cuenta la diferencia de edad, que tiene gustos musicales parecidos a los míos, haciendo que me soltara y que finalmente le enseñara mi verdadera lista de música. Mientras estoy perdida en mis pensamientos, apaga el motor, saca las llaves y sale del coche. Antes de poder abrir yo mi puerta, se acerca rápidamente y me la abre él.

—Que caballeroso —le digo, con confianza.

Aunque, le haya conocido hace apenas un par de horas, le he cogido hasta cariño. Al principio da miedo, pero una vez que le ves te da ternura. He descubierto que no le gusta quitarse las gafas de sol ya que, según él, *son su esencia.* Tiene la barba ligeramente cortada y el pelo canoso. Además, huele bastante bien, aunque se hace pesado el olor de su colonia, me imagino que se echará cincuenta litros al día. Edward, mientras tanto, me dedica una sonrisa y me hace una reverencia.

—Por favor, señorita —sujeta la puerta del coche y yo salgo, no sin antes haberle dedicado por mi parte otra sonrisa como respuesta.

Una vez fuera, miro lo que tengo delante. Un hotel de lujo está plantado delante de mis narices. Intento no quedarme lo suficientemente pasmada, nunca había visto uno de estos. Mi familia y yo no tenemos tantísimo dinero, aunque no podemos quejarnos. Las veces que nos hemos ido de viajes, no puedo negar que no hemos ido a sitios baratos, pero lo que tengo ante mis ojos supera el nivel. Dejo de mirar detenidamente cada detalle de la fachada para ayudar a Edward con mis propias maletas. Resulta ser en vano, porque Edward ya ha sacado todas. Cuelga mi bolsa encima de una de las maletas y se estira la espalda.

—Joder, cómo pesan —se queja y me roba una sonrisa.

Sin dejar que pueda darle una respuesta; me hace un gesto con la mano y se pone frente de mí, indicándome hacia donde tengo que ir. Lo primero que hace, lógicamente , es ir a la recepción. Puesto que cabe la posibilidad de que Edward tenga algo que hablar con la recepcionista, decido dejarles a solas. Cogo mis maletas y, sin acercarme hacia la recepción yo también, inspecciono ahora el interior. La recepción del hotel es enorme, demasiado para mi gusto. Todo brilla: el suelo, las paredes, hasta el aire parece limpio de más. Hay un olor raro, como a perfume caro mezclado con algo fresco, lo que me hace que me sienta un poco fuera de lugar.

—Aria, ven.

Oigo que Edward me llama y, *hola ansiedad*, me agobio. Miro a la recepcionista mientras me voy acercando al mostrador, y de verdad que parece muy amable, pero no puedo evitar sentir la angustia que estoy sintiendo. Pongo las manos en los bolsillos, ocultando que me están sudando, y pongo mi mejor sonrisa.

—Buenas tardes, Aria —la recepcionista me sonríe tranquilamente , pero no hace que me calme del todo—. Espero que hayas tenido un buen viaje.

Sonrío por cortesía y asiento con la cabeza.

—Un poco aburrido, pero si —digo, y me arrepiento al instante de haberme soltado tan rápido con ella, sin confianza—. Gracias por preguntar —digo ahora, más nerviosa de lo que ya lo estaba.

Apoyo mi brazo en la mesilla mientras ella mira hacia su ordenador, escribiendo algunas cosas. Cuando parece que ha terminado, vuelve a mirarme.

—Dime tus apellidos —me pregunta.

—Aria Walker Anderson.

Vuelve a apuntar en el ordenador. Me quedo mirándola fijamente sin saber que hacer hasta que pasa su mirada del ordenador a mi otra vez.

—Ubicación.

Miro rápidamente a Edward, buscando con la mirada algún tipo de calma, pero no se da cuenta de que le estoy mirando. Cierro los ojos un instante antes de responder.

—Broadway.

La recepcionista ahora me mira mal, como si estuviera tomándole el pelo o algo similar. Simplemente ese gesto basta para disparar mi ansiedad al mil, y siento que hasta incluso me pongo roja.

—Calle, piso y puerta.

Vuelvo a mirar a Edward, esta vez incómoda. No tengo ningún tipo de problema con esta chica y dudo ampliamente que quiera secuestrarme, pero en la vida me habían pedido tantos datos acerca de mi ubicación. Edward, al fin, levanta la mirada de su teléfono y se acerca a mí.

—Con lo primero te vale —le dice a la recepcionista, en un tono seco.

Asiente con la cabeza y se aleja del ordenador para acercarse a nosotros.
Miro su placa. Su nombre es Mia.

—¿Tienes el documento de identidad ? —asiento con la cabeza y abro el bolso para sacar mi monedero. Lo cojo y se lo doy. Cuando ha apuntado los datos, me lo devuelve—. Gracias.

—Gracias a ti —respondo.

—Una última cosa —me dice y la miro atentamente—. Por temas de seguridad, tanto desayuno, comida y cena será entregado en tu habitación.

Asiento con la cabeza prestándola atención y se me viene una duda a la cabeza.

—¿Es todo incluido? —Mía me asiente con la cabeza mirando hacia otro lado, dándome así su respuesta—. Vale.

—Vale —termina de hacer una cosa en un papel y lo pone en la mesa—. Estos son los horarios. Este número de aquí —le señala con el dedo—, es al que tienes que llamar si te apetece cualquier cosa: comida, beber algo… lo que sea.

Por último, saca la tarjeta de lo que me supongo que es mi habitación y me la entrega.

—Gracias —digo.

Deseando irme, aunque Mia ha sido bastante agradable, no espero a que se despida de mí y cojo mis maletas rápidamente. Siento que por fin puedo respirar tranquilamente al no tener que estar manteniendo una conversación actuando normal.

—Aria —me llama Mia, rompiendo mi momento de pensamiento y paz momentánea. Aún así, me giro, poniéndola mi mejor cara—. No sabes a qué habitación tienes que ir.

Vale, sé que estoy roja. En este momento, me gustaría que un agujero enorme se abriera debajo de mi y me cayera para siempre. Espero no volver a ver nunca más a Mia, no sé cómo voy a hacer para que me vea sin pensar que soy una idiota.

—Es verdad, que tonta —digo, susurrando aunque quiero decírselo a ella.

Me vuelvo a acercar hacia la mesa, y Mia me sonríe. Decido tomar su sonrisa como algo bueno, eliminando la otra parte de mi cerebro que dice que su sonrisa es en verdad riéndose de mí.

—Habitación **002**, a mano derecha.

—Muchísimas gracias. Y perdón —la digo.

Asiente con la cabeza como modo de despido y me acerco hasta Edward. Parece muy entretenido con el móvil porque no le quita ojo, incluso cuando estoy a su lado sigue sin darse cuenta de que estoy ahí.

—¿Me acompañas? —le pregunto, pero me niega con la cabeza—. Porfi.

—No puedo, Aria, perdonarme. Tengo que hacer unas cosas —me dice.

—Ah, vale —sé que es una respuesta seca, pero el simple hecho de pensar en mí ahora caminando ahí a solas me agobia más de lo que me gustaría admitir.

—Me has caído bien —responde, cambiando de tema. Noto como una sensación de felicidad crece dentro de mi—, espero que sea yo quien te lleve a los rodajes.

—Yo también lo espero —le digo sinceramente y me alejo de él.

Rezo un padre nuestro mentalmente, y me dirigo hacia donde Mia me ha indicado.

↞ ↞ ↞

Mira que quiero aparentar normalidad. Mira que no quiero agobiarme y que a los ojos de cualquier persona rica y pija que pase por mi lado piense que estoy loca. Mira que intento no perder la calma, pero es que llevo diez minutos de reloj y aquí no hay una habitación 002. Estoy en un pasillo donde absolutamente todas las habitaciones están con un cartel que pone: **Acceso Restringido.** Mi habitación no debería ser así, ¿*verdad*? Me agobio, esta vez sin ocultarlo. Aún así, quedarme parada en mitad de este inmenso pasillo no va a hacer que mi habitación aparezca de la nada, por lo que decido ir hasta el final. Como si hubiera sido el destino, lo primero que veo al girar mi cabeza al estar parada en el final es un numerito. Y siento que es el mejor día de mi vida cuando al fin veo

002. Justo enfrente de mi puerta, está la habitación con el número **001**. Aún así, teniendo el numerito delante de mis narices, sigo dudando. O sea que, mi habitación está a mano perdida de Dios, al final de un pasillo típico de una película de terror y con una persona totalmente anónima enfrente de mí. *Qué guay.*

Con los nervios comiéndome por dentro, esta vez por las ganas que tengo de ver cómo es por dentro, paso la tarjeta por la puerta. Una, dos, hasta cinco veces paso la tarjetita por el puñetero sensor, pero no se abre. *Esto no me puede estar pasando a mí*. Sabiendo perfectamente que estoy en lo erróneo, decido creer por mi salud mental que Mia ha tenido un fallo tonto y ha dicho **002** en vez de **001**. Sabiendo perfectamente que voy a fallar, acerco mi tarjeta al sensor aunque sé que no se va a abrir. Pero en el momento en el que oigo como la cerradura de la puerta se abre, solo me falta chillar de la alegría. Aún sin mirar hacia el interior, ya que quiero que sea una sorpresa, cojo mis maletas y suspiro antes de avanzar. Me choco con algo blandito. Siento que el corazón se me para—no en sentido romántico—al subir considerablemente mi mirada y ver a un chico mirándome fijamente, sinceramente un pelín enfadado diría yo.
En cuanto me mira, una leve sonrisa amenaza con salir de sus labios. A diferencia de Mia, sé perfectamente que quiere reírse de mí.

—Pero… —las palabras no salen de mi boca. Por favor, dónde está el suelo abriéndose bajo mis pies—. ¿Quién eres?—pregunto.

El chico misterioso sonríe un poco más, lo justo para dejar claro que se lo está pasando bien. Me daba la sensación de que sabía algo que yo aún no, y eso me enfadaba y me daba rabia.

—¿Y tú? —su risa contenida me estaba haciendo sentir vulnerable.

Yo soy una persona que puede ser todo lo tímida que tú quieras, pero en el momento en el que siento que algo va en contra de mi, como es el caso de ese imbécil, pierdo totalmente la vergüenza para dar lugar a la ira. Aún así, me daba rabia admitir que me gustaba su voz. Y me daba más rabia aún admitir que no era feo. Era bastante

guapo, de hecho. Y lo peor es que parece completamente consciente de ello. Es moreno, y encima tiene tatuajes, como si no fuera suficiente. Lleva un chándal negro y la capucha de la sudadera puesta, dándole ese aire despreocupado que da aún más rabia. Todo en él parece hecho a propósito, como si supiera que llama la atención y le diera exactamente igual. Está ahí, tranquilo, ocupando espacio sin esfuerzo, y eso es lo que más me molesta: que no tenga que hacer nada para resultar atractivo.
Sé que me he quedado mirándole más de la cuenta cuando emite un sonido desde su garganta. Al mirarle, su sonrisa ahora no se oculta en salir. Él ya me estaba mirando, y encima con esa típica mirada con la que sabe perfectamente que me he quedado callada por estar contemplándole .

—No pienso decírtelo —me siento mal nada más responderle así que niego con la cabeza, nerviosa—. Me llamo Ava— le miento.

Lo último que quiero es que un borde de mierda tatuado y guapo sepa mi nombre.
El chico misterioso sonríe de nuevo, con esa sonrisa que me da rabia porque solo hace que piense en que es guapo. Y no quiero que me parezca guapo un tío tan estúpido.

—Bonito nombre —se limita a responder, aún vacilón.

Pese a que es un completo imbécil, no puedo negar que me da un pelín de pena por haberle dado un nombre que no es el mío.

—Gracias —respondo. Ninguno de los dos habla. Parece escanear cada uno de mis movimientos, y eso me incomoda. —¿Y tú?—Vuelvo a preguntarle.

Se cruza de brazos y me mira fijamente, sin apartar los ojos de mí en ningún momento. No parece tener prisa, ni intención de hacerlo, y eso me incomoda más de lo que debería. Yo, en cambio, no consigo sostenerle la mirada. Empiezo a mirar a todos lados, cualquier cosa me sirve con tal de no enfrentarme a la suya, deseando irme de aquí cuanto antes.

—Adivina —su voz me saca de mis pensamientos y lo agradezco.

No sé porque se supone que estoy manteniendo esta relación con este guapo desconocido. Y no sé porque acabo de llamarle guapo. Solo me faltaba que me gustara este maleducado. Dejo de pensar en él por decimoquinta vez en los pocos minutos que llevamos y juego a su adivinanza.

—James —niega con la cabeza, divertido —William —vuelve a negar — Jackson...

—Joder, que nombres más feos me estás diciendo —me interrumpe — ¿tengo cara de llamarme Jackson?

Consigue sacarme una sonrisa, el imbécil.

—Oye, pero Jackson es un nombre muy bonito —no sé de dónde saco la fuerza o incluso la confianza, pero bromeo con él.

—Para un señor de sesenta años si.

Ahora si que me he reído. Me tapo la boca, ocultando mi sonrisa. Él, a su vez, permanecía con un semblante serio mientras seguía mirándome con esa misma intensidad que al principio. Caigo en cuenta en una cosa, que no sé porque no he pensado mucho antes. Desde que me he puesto a hablar con él, no he sentido ansiedad ni nervios malos. Al contrario, pero ese es otro tema. Hacia dónde quiero ir es, vale que como me ha hablado mal cualquier tapiz de vergüenza que tengo se esfume, pero ahora estamos hablando normalmente y en cualquier situación estaría con la ansiedad disparada. Y sinceramente, me da rabia no sentir ansiedad, por primera vez.

—Pues nada, viviré siempre con la duda —vuelvo a bromear y me vuelvo a sorprender a mi misma.

Noto como me voy poniendo roja, todo por culpa de la vergüenza que estoy sintiendo y por culpa de este tío.

—Landon —responde, y por su tono de voz, parece que lo ha hecho sin pensar.

Si algo me caracteriza, es que al ser tan callada, puedo descifrar perfectamente las emociones de las personas. Esto se debe a que soy bastante observadora, y aunque cada persona tiene una forma de reaccionar ante situaciones, todas comparten un mismo rasgo. En este caso, noto en Landon un arrepentimiento. Como si se hubiera arrepentido de decirme su nombre real.
No le culpo, yo le he mentido con el mío.

—Es muy bonito también —le intento calmar, pero no entiendo por qué—. Por cierto, ¿te importaría apartarte de la puerta de mi habitación?—Landon, que estaba muy majo hace apenas unos cinco segundos, vuelve a reírse y vuelvo a sentir que se ríe de mí en vez de conmigo— ¿De qué se supone que te ríes?—pregunto enfadada.

Landon sigue sonriendo, como si la situación no tuviera nada de raro para él. Descruza los brazos con calma y cambia de postura, apoyándose en el marco de la puerta de forma despreocupada. Parece cómodo ahí, demasiado cómodo, como si no tuviera prisa por moverse ni intención de dejarme pasar.

—¿Y quién te dice a ti que esta es *tu* habitación?

—Landon —intento empujarle, y vuelve a poner una mueca al oír como pronuncio su nombre. Esta vez no decido intentar calmarle—, llevo muchas horas de avión, aparta por favor —vuelvo a empujarle y eso parece que le molesta, porque toda la diversión que tenía se esfuma.

—¿Qué coño haces? —dice, con un tono totalmente distinto al de antes. Parece enfadado— Ni siquiera deberías estar en este pasillo.

Frunzo las cejas hasta que me duelen mientras que noto como estoy apretando con
más fuerza el asa de mi bolsa.

—Mira, no sé qué pretendes diciéndome eso, pero sé perfectamente dónde estoy, al igual que también sé que cuando he pasado la tarjeta por este sensor —le señalo—, se ha abierto la puerta.

—Esto es increíble —dice, sin poder creérselo.

—Claro que es increíble —le respondo—, me estás molestando.

Landon, sin decirme nada más, entra directamente en *mi* habitación, como si tuviera todo el derecho del mundo, y viene con la tarjeta de la puerta . La sostiene entre los dedos un segundo antes de mostrarla . En ella aparece el número **001**. Vuelvo a mirar mi tarjeta, por si de repente fuera a cambiar. *Mierda. Tenía razón.* Cuando levanto la vista, su expresión lo dice todo. Una sonrisa lenta y satisfecha se le escapa de los labios, disfrutando demasiado del momento. A diferencia de él, yo no puedo ni mirarle a la cara de toda la rabia que estoy sintiendo.

—Bueno, pues perdón. Pero es que no se me abría la puerta, entonces he pasado mi tarjeta por el sensor y…

Landon suspira indignado.

—Mira —me interrumpe, haciéndome ver que no le importa nada de lo que le estoy contando—, quéjate a la recepción o a quien sea, a mi déjame en paz.

La paciencia que me quedaba se me rompe de golpe. Siento cómo el enfado me sube por dentro, caliente y rápido, y tengo que apretar los dientes para no soltarle algo de lo que luego me arrepienta.

—Mira, chico malo. A mi no me hables así.

Sus ojos pasan del enfado a la sorpresa. De verdad, no sé cuántas cagadas van en el día de hoy, pero no quiero volver a hablar en la vida.

—¿Chico malo?—vuelve a reírse de mí.

—Pues sí, ¿algún problema? No sé si eres así o te lo haces, pero en ambos casos ya me jodería.

En cuanto las palabras salen de mi boca y veo cómo a Landon se le borra la sonrisa, algo dentro de mí cambia. Su gesto se tensa, la calma se le cae a pedazos, y por primera vez soy yo la que no aparta la mirada. Me doy cuenta de que le ha molestado. Y mucho.

—No tienes ni puta idea de quién soy, aunque se me hace extraño. Así que no hables sin saber.

¿Qué se le hace extraño? Ni que fuera actor de Hollywood. *Imbécil.*

—¿Qué habitación tienes? —pregunta, de repente.

No le contesto. Simplemente saco la tarjeta y se la enseño sin tan siquiera mirarle. Antes de que pueda reaccionar, me la quita de las manos con un gesto rápido y se adelanta. La pasa por el sensor y, tras un pitido suave, la puerta se abre automáticamente.

—Gracias— digo, esta vez con sinceridad.

Él, en cambio, ni se inmuta. Coge sus cascos negros con calma, como si la conversación ya hubiera terminado para él.

—Un favor por otro favor.

Frunzo el ceño, sin pillarlo del todo.

—¿Y qué favor te doy yo? —pregunto, confundida.

—El de que me dejes en paz — se coloca los cascos en los oídos y doy por hecho que pone música porque saca el móvil un segundo antes de guardarlo en el bolsillo— . Buenas tardes.

Y sin añadir nada más, se da la vuelta y se marcha, dejándome sola en mitad del pasillo, con la tarjeta aún en la mano y mil cosas en la cabeza. *Genial*. Qué agradable vecino me ha tocado.

CAPÍTULO 2

Landon Sterling

Alguien llama a la puerta. Sin muchas ganas, por no decir ninguna, dejo el móvil en el sillón a la vez que me levanto y me acerco a la puerta.

—¿Quién? —pregunto, sin intención de abrir.

Dado que soy uno de los actores más famosos del momento, me dejaron terminalmente prohibido abrirle la puerta a cualquier persona. *Ya sabes, los rumores corren.* Imagínate que le abro una puerta a un fan intenso o a un pirado.

—Estate listo en media hora, Edward está en media hora donde se supone que esperéis — resoplo, no sin antes haberle dado una aprobación a la voz del otro lado, y echo la cabeza para atrás, aburrido.

Sinceramente, no me apetece grabar esta película. Para empezar, me han dicho que la chica que actuará conmigo como protagonista es aprendiz. Vamos, básicamente que no tiene ni puta idea. Para seguir, por culpa de ese dato demasiado importante, tengo miedo de que piense que esto es demasiado para ella y blabla. Habrá que darle una oportunidad, supongo. Aunque no me apetece. Prefiero trabajar con chicas más formadas y profesionales, como Megan o Stella.

Caigo en cuenta de que sigo parado enfrente de la puerta y me muevo para empezar a cambiarme. Aproximadamente unos quince minutos después de coger lo primero que he pillado del armario, me pongo el reloj y cojo mi móvil. Veo la tarjeta de la habitación tirada en el suelo y le rezo a lo que sea que haya ahí arriba por haberla puesto en mi lugar. Cuando ya he asegurado que llevo todo, abro la puerta y salgo. Sin dar tan siquiera un paso, un niño viene corriendo

hacia mí, con una sonrisa. Y aunque es bastante adorable, tengo experiencias en estos temas. Sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—Tengo prisa —no dejo que responda y me voy hacia la calle.

Ahí, me está esperando Edward con su semblante serio. Cualquiera diría que es un tío de puta madre. Sinceramente, no me extraña que la gente en cuanto le vea se asuste un poco. Pero ahí le tienes, sonriéndome como un padre orgulloso de ver a su hijo.

—Buenos días —me dice.

Le doy una palmada en la espalda y me subo al coche. Tal y como hace siempre, en cuanto oye el sonido de la puerta cerrándose pisa el acelerador y sale.

—Pon algo de música, ¿no? —digo, rompiendo el silencio.

Edward me mira de reojo durante un segundo, como si estuviera valorando si contestar o no. Al final no dice nada. Simplemente estira la mano y enciende la radio. La música empieza a sonar y llena el coche, ocupando ese espacio que ninguno de los dos parecía dispuesto a tocar con palabras.

↞ ↞ ↞

Edward localiza un sitio justo al lado de lo que supongo que es el set de rodaje y aparca sin pensárselo mucho.

—Aria es maja, sé buena con ella —dice, dirigiéndome la palabra sin haberme hablado en todo el camino.

Frunzo el ceño. Para empezar, no tengo ni idea de quién es esa, aunque supongo que se referirá a la aprendiz. Y para colmo, no entiendo a qué viene el comentario. No sé si pretende aclarar algo o simplemente soltarlo así, sin más, pero lo único que consigue es dejarme todavía más confundido.

—¿A qué coño viene eso? —pregunto.

—No te pongas así. Me refiero a que no la trates mal —pone marcha atrás el coche—. Ya sabes que es nueva, no la agobies.

Resoplo. Otra vez con el temita. Se me había olvidado que tengo que actuar con una novata. Es que el simple hecho de pensarlo hace que quiera salir corriendo. Y sé que todo el mundo merece una oportunidad, pero estando en donde estoy he tenido muchas experiencias laborales todas relacionadas entre sí: la novata se rendía. Esta película tiene buena pinta, y no quiero que se vea perjudicada por una niñata que aún no es capaz de superar sus miedos.

—Solo pido que no sea una niñata — digo mientras me bajo del coche.

—Landon— me advierte.

Edward es el único, aparte de mi familia, que conoce mi nombre de verdad. Con él no tengo que fingir ni esconder nada. Sé que puedo confiar plenamente, y eso no es algo que diga a la ligera. Ha estado ahí desde el principio, cuando no era nadie, cuando todo esto aún parecía imposible. Gracias a él he llegado hasta donde estoy ahora, hasta convertirme en uno de los actores más conocidos del momento. Y no se me olvida.

—Que sí — respondo de mala gana—, que me esforzaré.

—No me sirve con eso —dice desde la ventanilla.

—¿No vienes? — pregunto, cambiando de tema.

—Justo voy a recogerla, por eso te he dicho esto —asiento con la cabeza y al girarme para irme, oigo como vuelve a llamarme—. Pórtate bien, por favor.

No digo nada más y él se va con el coche. Una vez dentro, la sala de rodaje resulta enorme, aunque he visto sitios mejores. Todo está plagado de pantallas verdes y cables por el suelo, y las cámaras

rodean cada plató desde todos los ángulos posibles. Hay movimiento constante, gente entrando y saliendo, técnicos ajustando cosas que no entiendo y voces que se cruzan de fondo. A lo lejos distingo a un grupo de personas sentadas en círculo sobre sillas negras, hablando entre ellas como si estuvieran en su propio mundo, ajenas a todo lo demás. *Supongo que me toca ir.*

Sin absolutamente ningún tipo de gana, me dirijo lentamente hacia ellos. Todas las sillas están ocupadas, excepto la que tengo en frente. Cruzo mis brazos al ver la putisima casualidad de que es la de Aria, la chica nueva. Prestando atención a mi entorno, veo que se están presentando entre ellos. Yo, sinceramente, doy por hecho que me conocen, por lo que miro hacia el suelo sin querer contacto visual con ninguno.

—Buenos días, Sterling — dice una voz femenina a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

Saludo con la cabeza sin tan siquiera mirarla. Repito, la experiencia me consume en este tipo de situaciones y lo único que quiere esta chica es o ligar conmigo o follarme.
Ninguna de las dos cosas va a conseguir. Quien supongo que es el productor o guionista, no para de dar vueltas todo el rato, agobiado.

—¿Dónde cojones está Aria? —le pregunta a otro chico. Como si lo hubiera manifestado, Edward aparece como típico de película en cámara lenta. Giro mi cabeza al ver que por fin, la nueva ha llegado y espero a que llegue—¿Dónde está Aria? —vuelve a preguntar, suponiendo que ahora está dirigiéndose a él.
Edward no responde, lo hace ella.

—Perdón por el retraso, de verdad —Coge aire—. No encontraba mi móvil.

No sé de qué me suena esa voz. Me resulta familiar, pero no consigo ubicarla del todo. Probablemente sea alguna de esas chicas del bar con las que hablo lo justo, sin interés real, solo para acabar la noche en la misma cama y poco más. Nada que merezca la pena recordar.

—No te preocupes, Aria —dice el chico de antes—. Siéntate con los demás, te estamos esperando.

Oigo como viene caminando rápidamente, incluso diría corriendo, para sentarse justo en mi sitio. Levanto mi mirada —solo por curiosidad—, para ver quién es esa chica y porque me suena tanto su voz. Una vez que la miro, recuerdo plenamente quién es. Es la imbécil que tengo en la habitación de enfrente mía en el hotel. La que me llamó chico malo. A la que le dije mi nombre. *Mierda.* Aria se acomoda y una vez que lo hace, mira al frente. En cuanto me mira, puedo notar perfectamente aún sin conocerla que está pensando lo mismo que yo. Sé que se acuerda de mí por la forma en la que me mira con el ceño fruncido.

—Vamos a empezar —dice el chico, sacándome de mis pensamientos y se sienta. Aria deja de mirarme para mirarle a él—. Mi nombre es Izan, y soy el guionista de la película que vais a grabar.

—¿Cómo se llama la película ?—pregunta Aria, demasiado feliz.

—Pero esta tía —digo para mí mismo, o eso creía.

Todos se han quedado mirándome, incluida Aria que, a diferencia de antes, ahora me mira con rabia. Noto como la mirada de Edward me fusila desde el lugar en el que está y decido callarme. Izan ignora la pregunta de Aria —obviamente— y sigue hablando.

—Primero, vamos a empezar presentándonos.

Pues que coñazo. Nadie dice nada, nadie da un paso al frente, y el silencio se alarga más de la cuenta. Al final es él quien tiene que elegir. Recorre el grupo con la mirada un segundo antes de señalar a una chica rubia, de pelo rizado y ojos verdes.

—Hola a todos y todas, yo me llamo Michelle —sonríe, mirándome sobre todo a mi. Puedo reconocer su voz, es la chica que se me ha acercado antes —. Encantada.

Al decir eso último, noto que Michelle me sigue mirando. Y teniendo en cuenta como me miraba, aparto mi mirada de la suya para mirar hacia abajo. Todos, a la vez, repiten un "*encantada"* , mientras yo me limito a seguir mirando para abajo.

—Yo me llamo Conan —se anima a hablar otro chico.

Tiene el pelo afro y la piel mulata. Es bastante alto y se le ve fuerte, pero sin exagerar. La cara es normal, rasgos marcados, y tiene una expresión tranquila, como si nada le sorprendiera demasiado. Viste sencillo y no destaca por la ropa, más bien por la forma en la que está ahí, relajado, mirando a su alrededor sin decir mucho.

—Mi nombre es Olivia y la verdad es que estoy encantada de estar aquí.

Pues vale. La chica es rubia, con el pelo rizado y demasiado bien colocado para un rodaje a estas horas. Tiene ojos verdes y sonríe más de lo necesario, como si estuviera en una entrevista y no en algo que nos da pereza a todos. Va arreglada, correcta, intentando dar buena impresión, hablando con ese tono dulce que ya me cansa antes de que termine la frase.

—Yo me llamo Aria —casi por inercia levanto la mirada, mirándola—, y perdón por el retraso, de verdad.

Todos asienten, como si con eso el tema quedara zanjado. Yo no. Yo sigo mirándola. Y joder, no es fea. Ni de lejos. De hecho, en otras circunstancias, en otro sitio y sin todo el circo que montamos ayer, seguramente me habría fijado en ella. Aria sería de esas chicas con las que habría hablado lo justo, lo necesario para acabar follando y ya está, sin más complicaciones. Pero entonces recuerdo dónde estoy y quién es. *Y se me pasa*. Podrá ser muy guapa, sí, pero eso no le quita lo imbécil.

—Bueno, pues ya estamos todos — dice Izan, sacándome de mis pensamientos.

Aria me mira, y no me molesta en absoluto que me haya pillado mirándola. De hecho, eso no parece importarla, más bien busca algo de mí, como si esperara a que hablara.

—¿Y tú? —me pregunta.

—¿Yo qué? —respondo, hablando por primera vez desde que he llegado.

—Te llamabas Jordan o algo así, ¿no?

Me está vacilando. Oigo risillas a mi lado derecho y mi mirada es suficiente para que se callen inmediatamente.

—Nadie sabe mi nombre, solo quien sea necesario — respondo, sabiendo perfectamente que se acuerda de quién soy y de qué la dije cómo me llamaba—, prefiero que me conozcan como Sterling.

Aria me mira, confusa. Sé perfectamente que sabe quien soy, no por verme en las pantallas, si no por verme en el hotel. Sabe perfectamente que le dije cómo me llamaba, aunque no se acuerde. Y me alegro mucho por ello.

—Bueno, ahora sí —interrumpe Izan, intentando cortar la tensión innecesaria que se ha formado—. Voy a deciros vuestro nombre y papel en la película.

En verdad, ya todos sabemos qué papel hace quién en la película. Lo que no sabemos es quién va a ser la otra o el otro protagonista, de qué va a tratar la película o en qué plataforma se va a echar.

—Michelle — le mira—. Tu serás la que desenlaza la historia de amor.

—¿Qué?—es lo único que dice.

—Ya lo entenderás — mira a Olivia—. Tu serás la hermana que intenta hacer que Sterling entre en razón.

Olivia asiente con la cabeza, confundida. Mira a Aria y Olivia la sonríe. Aria también la sonríe y parece que solo con ese gesto ya se van a llevar bien.

—¿Y yo?—dice Conan.

—Tu serás el mejor amigo de Sterling.

De puta madre —nótese la ironía—. Conan me mira emocionado mientras que yo solo le fulmino con la mirada. Solo faltamos Aria y yo , y me temo que sé por dónde van los tiros.

—Aria y Sterling van a ser los dos protagonistas principales — Aria me mira rápidamente y vuelve su mirada a Izan—¿Qué creéis que pasará?—lanza la pregunta al grupo.

—Está claro, ¿no?—dice Olivia— Se van a enamorar.

De repente, el corazón me empieza a latir más rápido y no sé por qué. No es nerviosismo ni incomodidad, sino que es algo distinto que no consigo explicar. Me quedo quieto, intentando entender qué me pasa al pensar que tendré que actuar de esa manera con Aria. No debería afectarme. Es *solo* un papel.

—Exacto, se van a enamorar.

Veo cómo la expresión de Aria cambia al instante. Su mirada se apaga un poco, como si la noticia le pesara más de lo que quiere admitir. Yo intento imitar ese gesto, fingir la misma desgana, pero no me sale.

—¿Van a ver escenas de…?

—Si —la interrumpe Izan—, de sexo.

No. La palabra se me queda resonando en la cabeza. Noto cómo Aria traga saliva y aparta la mirada, evitando cualquier contacto visual conmigo.

—¿No podría ser otra persona? — pregunta Aria, para mi sorpresa.

—¿Algún problema conmigo?—salto de inmediato.

Las palabras me salen solas, demasiado rápidas. En cuanto lo digo, me doy cuenta de que no sé muy bien por qué he reaccionado así, pero ya es tarde para echarme atrás. El silencio que se crea pesa más de lo que debería. Y lo peor es que, siendo sincero, quizá tendría razón. Tal vez sería más fácil que fuera otro. Más cómodo para todos. Entonces, ¿por qué me molesta tanto la idea? ¿Por qué siento ese nudo raro en el pecho que no debería estar ahí? No lo entiendo. *Y eso es lo que más me jode.*

—No quiero juzgar, pero eres el típico que no se toma nada y yo veo esta película como una oportunidad para crecer.

Me río y veo como todos están expectantes a mi respuesta.

—He trabajado en muchas películas y cualquier persona que me conozca te puede decir lo mucho que me esfuerzo para que todo salga bien.

Aria sonríe, casi riéndose, y eso hace que me enfade.

—¿Hablas de los cuatro gatos de fans que seguro que tienes? —Izan intenta intervenir pero ella sigue hablando— Seguro que solo has salido en programas que ponen a las cuatro de la mañana en la tele y que nadie ve.
¿En serio no sabe quién soy?
—Aria —dice Michelle, sonriendo—. ¿Estás de coña no?

Aria ladea la cabeza, como si la idea le hiciera todavía más gracia de lo que ya le parecía.

—¿A que tú también lo piensas?—la pregunta, divertida— No hay más que verle.

Michelle suelta una pequeña risa nasal antes de responder.

—Es uno de los actores más conocidos del momento —Responde.

El silencio cae de golpe. Aria se queda quieta un segundo y luego me mira. Yo levanto una ceja, esperando cualquier cosa menos lo

que viene después. Aria empieza a reírse. Pero a reírse de verdad.

—¿De qué coño te ríes? —digo, enfadado.

Siento cómo se me tensa la mandíbula sin darme cuenta.

—Por eso —dice entre risas, sin mirarme siquiera— por poco ayer termino muerta dentro del coche.

Me ignora completamente. Habla para ella misma, como si estuviera reconstruyendo la escena en su cabeza.

—¿Qué dices? —dice Oliver, riéndose.

—Un grupo de personas que parecían orangutanes se acercaron al coche a dar golpes en las ventanas —empieza—. Y luego me empezaron a gritar de todo.

Hace un gesto exagerado con las manos, imitando los golpes, y yo trago saliva.

—Aria —ella se gira hacia él automáticamente y le sonríe, como si supiera perfectamente por dónde va a salir.
—, ¿te acuerdas que te dije que buscaban a Sterling?

En cuanto oye mi apellido, Aria se pone roja. Roja de verdad. Y entonces me mira. No aparta la mirada. Y yo se la sostengo.

—Perdóname, chico malo.

Genial. Esta tía es gilipollas. Y encima bipolar. Aprieto la mandíbula sin darme cuenta al recordar que ya me llamó así la otra vez. Me hierve algo por dentro que no sé ni explicar. Desvío la mirada hacia Izan, intentando centrarme antes de soltar lo primero que se me pase por la cabeza.

—No pienso actuar de manera romántica con Aria, lo siento. No va a ser creíble —digo, seco.

Y, sinceramente, me da igual lo que Edward esté pensando ahora mismo de mí. No voy a fingir algo que no siento. Ni de coña.

—Es o eso o estás fuera —me responde Izan, sin rodeos.

No. Irme no es una opción. Me pagan una burrada por esta película y no pienso perder ese dinero porque una niñata —seguro que mayor de edad desde hace nada—, me esté tocando los cojones. No merece tanto poder sobre mí. Aprieto los dientes un segundo y asiento con la cabeza.

—Me quedo.

Izan asiente también, como si ya supiera cuál iba a ser mi respuesta.

—Después de este breve inciso —bromea pero no hace gracia—, ahora voy a contaros de que trata la película —todos miramos expectantes, incluso yo—. La película empezará con Michelle, que se llamará Grace, yendo por la calle sola. Aquí aparece Sterling, o Elijah, que intentará atracarla.

—¿Atracarla?—pregunto.

—Es un encargo de Samuel, Oliver en este caso. Es tu mejor amigo y uno de los mafiosos más buscados del momento —asiento con la cabeza y sigue hablando—. Aquí aparece Shopie, que es Olivia, intentando convencer a Elijah de que deje sus amistades, entre ellas Samuel, y haga una vida nueva.

—¿Y cuando aparezco yo? —pregunta Aria, intrigada.

—Ves la situación y sabes que Sterling quiere hacerle algo a Michelle. Te acercas para protegerla y Sterling se enamora de ti, digamos que a primera vista. Tu personaje se llamará Ava.

Ava. El nombre me golpea con más fuerza de la que debería. Recuerdo perfectamente cuando Aria me dijo que se llamaba así. No sé por qué, pero no se me había olvidado. Noto cómo ella sonríe, seguramente también recordándolo, y prefiero no decir nada. Me limito a quedarme callado, como si ese detalle no significara nada.

—Ha quedado claro, ¿no? —pregunta Izan. Todos asentimos y él aplaude—. Perfecto, después de comer grabaremos la primera escena, aquí tenéis los diálogos —Izan nos entrega los papeles y me

alegra ver que no tengo casi diálogo de momento—. Luego os contaré con detalle cómo es.

Todos se levantan de las sillas, excepto yo. Me quedo ahí sentado un segundo de más. Noto cómo Aria se queda mirándome, pero al final empieza a caminar, como si pasara de mí. Y lo peor es que no se porque pienso esto cuando es mejor que lo haga, no la quiero cerca.

—Pensaba que te llamabas Ava —la digo, ignorando lo que acabo de pensar.

No sé por qué lo suelto así, pero en cuanto lo hago noto ese gustito raro de haber pinchado donde molesta. Aria se para en seco. Da media vuelta despacio, mirándome como si estuviera decidiendo si merece la pena responderme o empujarme por una ventana. Se para y da media vuelta, mirándome.

—¿Te acuerdas de mi nombre?—pregunta.

No suena halagada. Suena peligrosa.

—Tú del mío parece que no.

Y lo peor es que, en el fondo, casi era mejor así. Pero aun así, no sé por qué me molesta que lo haya olvidado.

—Yo te dije que me llamaba Aria, no Ava. Aunque Ava también es bonito—sonríe.

No es una sonrisa feliz. Es de esas que se usan antes de clavar el cuchillo. Yo le devuelvo la sonrisa, tensa.

—No me vaciles, guapa —la miro fijamente—. Sé que me dijiste Ava.

Aprieto la mandíbula. Aria entrecierra los ojos. Da un paso hacia mí y luego otro hacia atrás.

—Lo que digas —responde.

Se gira y se aleja sin mirarme más, dejándome con la frase en la boca y la sensación incómoda de haber ganado una pelea que no me hace sentir bien.

↞ ↞ ↞

Ya estamos en la calle, preparados para grabar la primera toma. Aria, en cambio, sigue sin dirigirme la palabra. Ni una sola vez en todo el día. Y no, no debería importarme una mierda, pero me está poniendo de los nervios. No entiendo por qué hace esto ni por qué me afecta, y eso es justo lo que más me cabrea.

—Vale —dice Izan—, Michelle, saldrás de esta calle con el móvil y estos cascos escuchando música —Izan la entrega unos cascos y Michelle se los pone—. Sterling — le miro—, ponte esta sudadera y ponte la capucha, ¿vale? —asiento con la cabeza—. Cuando demos la orden, apareces tú.— le dice a Aria.

Aria asiente con la cabeza y mueve el cuello para ambos lados, estirándose, como si yo no existiera. Ese gesto, tan tranquilo, me termina de encender. Sin poder decirle a mis piernas que paren, se mueven solas hacia ella. Cuando nota que me acerco, intenta parecer relajada, pero la tensión le cruza los hombros. Sigue enfadada.

—Vas a comprobar que lo que has dicho antes era una estupidez— mi voz sale más baja de lo que esperaba. Más peligrosa.

Aria levanta una ceja, despacio, mirándome como si estuviera analizando a un espécimen raro.

—¿Cómo? —pregunta, genuinamente confundida.

Eso me cabrea más.

—"*Seguro que solo has salido en programas que ponen a las cinco de la mañana en la tele y que nadie ve*" —la repito—. Palabras textuales.

—He dicho cuatro en vez de cinco.

Ni se inmuta. Ni una pizca de arrepentimiento. Ruedo los ojos, soltando aire por la nariz, ya sin paciencia.

—Eres increíble.

—Lo sé —responde, encantada—. Me lo dicen mucho.

Aprieta los labios, aguantándose la risa, y eso es justo lo que termina de sacarme de quicio.

—Es inútil hablar contigo—lo digo más para convencerme a mí que a ella.

Aria sonríe entonces. Una sonrisa pequeña, satisfecha, como si acabara de ganar algo invisible.

—También me lo dicen mucho.

Se da media vuelta y camina hacia su puesto sin mirar atrás, dejándome plantado. Yo hago lo mismo, dándole la espalda con demasiada rigidez. Por fuera, indiferencia. Por dentro, el cabreo todavía subiéndome por la garganta.

**

En una de las escenas, mi personaje le pregunta al suyo cómo se llama. Me acerco a ella despacio, con seguridad, invadiendo su espacio más de lo necesario, y noto cómo se tensa.

—Eso no estaba en el guión, Aria —la digo, entre dientes—¿Te estoy poniendo nerviosa?

Aria traga saliva, pero no aparta la mirada. Me sostiene el pulso, aunque se le nota la tensión en el gesto. Eso tampoco estaba en el guión.

—Claramente no —susurra ella también.

—Demuéstralo.

Vuelve a centrarse en el personaje, como si necesitara agarrarse a algo para no perder el control. Responde a mi pregunta, a eso de si no prefiere saber mi nombre.

—Prefiero saber como besan.

Parpadeo, sorprendido. *¿Va en serio?* Aria se acerca sin dudarlo, con rabia, casi desafiandome, y siento cómo el corazón me vuelve a latir

más rápido, aunque me niegue a admitirlo. Frunzo el ceño justo antes de que me bese, más por orgullo que por otra cosa. El beso no es suave ni lento, sino que es brusco, tenso, cargado de algo que no tiene nada que ver con cariño. Me dejo llevar un segundo, aun sabiendo que es un error. En cuanto soy consciente de que nos hemos salido completamente del personaje y veo a los directores mirándonos, me aparto de golpe. Demasiado rápido. En otra situación no lo habría hecho. Pero esto no iba de deseo. Iba de rabia.

—¿Qué cojones haces? —improviso.

Aria me mira con una sonrisa que intenta sostener, aunque se le nota la vergüenza en los ojos. Su papel es el de típica chica cani y me jode admitir que, para ser aprendiz, lo está clavando.

—Tú me has seguido el beso, chico malo.

Genial, lo que me faltaba. Sonrío de manera inconsciente, aunque al darme cuenta borro la sonrisa. Aprieto la mandíbula. *No sé qué decir.* El guión se me ha ido de la cabeza. Lo único que me viene es el recuerdo del tacto de sus labios, y eso me cabrea todavía más.

—Ya nos veremos — Le digo a Michelle, hablándole a su personaje.

Ella se queda mirándome, totalmente confundida, sin saber cómo reaccionar porque esto no estaba previsto. Me doy la vuelta y me marcho calle abajo hasta que las cámaras dejan de grabarme. Me quito la capucha y bajo la mirada, acalorado. Por puro instinto, miro cómo Aria termina la escena, diciéndole a Michelle que quizá podrían quedar algún día.

—Corten —dice un cámara. Aria me mira y, al ver que la estoy mirando, aparta rápidamente la mirada—. No sé que habéis hecho, la verdad, pero me ha encantado —dice mirándonos a ambos.

A mí también. Y eso me jode.

Después de habernos puesto ya nuestra ropa normal, me dirijo rápidamente hacia ella.

—No vuelvas a hacerlo — le advierto a Aria.

Lo digo serio, pero mi voz me traiciona un poco. No suena tan firme como debería. Aria sonríe. Y esa sonrisa, por alguna razón, me descoloca más que el beso.

—Sé que te ha gustado.

Siento un tirón incómodo en el estómago, una mezcla de rabia y algo peor que no quiero nombrar.

—No tienes ni puta idea.

Ella ladea la cabeza, como si me estudiara. Baja la mirada un segundo y señala con los ojos hacia mi entrepierna. *Joder*. Niego con la cabeza de inmediato y doy un paso atrás, como si eso pudiera borrar lo evidente. Me paso la mano por la nuca, incómodo, y busco otra zona del set.

—No te creas superior, ni nada —gruño—. Ha sido actuación.

—Claro —responde—. Actuación muy convencida.

Me quedo quieto un segundo. Respirar. Eso es lo único que tengo que hacer.

—No me desconcentres —digo al final, más bajo—. Bastante tengo ya.

Aria se encoge de hombros, divertida, y da un paso atrás, devolviéndome el espacio. Y aun así, cuando se va, sé que ya lo ha conseguido. Solo hemos grabado una escena y ya no consigo pensar en otra cosa.

Capítulo 3

Aria Walker

Lo admito: no puedo dejar de pensar en el beso. Son las tres de la mañana y estoy tumbada en la cama, con el portátil apoyado sobre las piernas, intentando escribir algo que valga la pena. Siempre me

ha gustado escribir, sobre todo poesía. Llevo haciéndolo desde que empecé el instituto, con once años, y ahora tengo diecinueve. Es lo único que siempre ha estado ahi. El problema es que, por más que lo intento, no se me ocurre nada que no tenga que ver con él. Y no, no me gusta. *Para nada*. Me parece un egocéntrico arrogante, alguien podrido de dinero que ha estado con mujeres de las que al día siguiente ni siquiera recuerda el nombre. Justo el tipo de persona que debería darme absolutamente igual. Pero escribo sobre lo que me llama la atención. Sobre lo que se me queda dando vueltas en la cabeza aunque no quiera. Y su beso, por desgracia, lo ha hecho.

Pero a ver, es actor, ¿no? Estará más que acostumbrado a besar. No puede ser para tanto. Seguro que para él ha sido una escena más y ya está. Aun así, de repente me entran ganas de saber más de él. Solo curiosidad. *O eso me digo.* Cojo el portátil y abro *Google* casi sin pensarlo. Escribo "Sterling" y le doy a buscar. En menos de un segundo, su cara ocupa toda la pantalla. Fotos suyas por todas partes, entrevistas, titulares, imágenes demasiado cuidadas. Me quedo mirándolas más tiempo del que debería, para que mentir. Dejando de lado lo básico, me meto en la sección de noticias. Hablan de una serie nueva para Netflix, de una quedada con fans, de entrevistas, de mil cosas más. Entre ellas, la película que estamos rodando ahora. Paso a imágenes y casi todas parecen hechas sin que él se diera cuenta. Fotos robadas, claramente de paparazzi. Algunas en la calle, otras saliendo de sitios. Hay una en concreto que me llama la atención. Está en la playa, metido en el mar, con el pelo mojado y los tatuajes cubriéndole la espalda y parte del pecho. *Vale. Estaba bueno.*

Cambio de pestaña y miro las series en las que ha salido. Me sorprende ver una de mis favoritas entre ellas. Me quedo pensando. No le recuerdo en ningún momento y eso es raro, porque estoy bastante segura de que, si lo hubiera visto, me acordaría. Busco la serie y pongo el tráiler, aunque me gustaría volver a verla entera. Pero es tarde. Al final, termino deduciendo que él es el hermano menor de la protagonista. No pensaba que desde tan pequeño ya estuviera actuando. Sigo bajando y entro en otra película que no me

suena de nada. *Destino en Notas Musicales*. La portada es él junto a la protagonista, que es bastante guapa, mirándole de una forma demasiado intensa. Encuentro el tráiler rápido en *YouTube*. Esta vez sí le reconozco. Se le ve más mayor, más reciente. Lo confirmo al ver que el vídeo se subió hace solo cuatro meses. Hace de cantante que se enamora de una fan y empieza a escribir canciones para ella. El tráiler es bastante aburrido, la verdad. Hasta que llega justo lo que, aunque me cueste admitirlo, estaba esperando. La chica morena le besa en lo que parece un hotel y acaban en la cama. Trago saliva. *Me estaba gustando.* Aria, para. No te puede gustar este imbécil.

De repente, el ordenador que lo tenía enchufado a la corriente se me apaga y me quedo a oscuras. Y estas cosas no puede pasarme a mí, que soy una cagada y si me da miedo la oscuridad en mi casa imagínate aquí. Si pienso que hay espíritus en mi propio hogar, ¿qué impide que haya uno aquí, ahora mismo, mirándome? Me levanto corriendo hacia la puerta, abriéndola para que entre luz del hotel, pero me doy cuenta de que el problema es del hotel entero puesto que todo está a oscuras. Voy a llorar. Caigo en cuenta de que puedo poner la linterna de mi móvil y la enciendo, pero sigue sin ser suficiente. Me conozco muchísimo, y sé que va a darme un ataque de ansiedad. En estos momentos, necesito compañía. Me sé de una compañía específica justo enfrente de mi puerta, pero no sé si es la más apropiada. Pienso por mi misma: o me quedo rodeada de oscuridad y espíritus, o me voy con el. *No tengo más remedio.*

Enfoco con la linterna la puerta y doy unos pequeños golpes, pero nadie me abre. Vuelvo a llamar más veces desesperadamente hasta que la puerta se abre, lentamente. Sterling está– para mi buena o mala suerte –sin camiseta con el pelo despeinado. Al ver que le enchufo con la linterna, achina los ojos y me baja la mano.

—Aparta eso —dice, de mala gana, refiriéndose a mi linterna. Tiene la voz más ronca que de costumbre—¿Eres consciente de la hora que es?

Sinceramente, no. Ni de coña puedo decirle que se me ha pasado la noche entera cotilleando cosas suyas por redes sociales. Decirlo me

haría quedar como una psicópata, una loca o peor, como una fan obsesionada. Y no pienso regalarle esa satisfacción.

—Es que se ha ido la luz —le digo, nerviosa. No responde y no sé la expresión que tiene porque está todo muy oscuro—. Perdón por molestar, pero es que le tengo miedo a la oscuridad. Intentaría dormir, pero siento que un espíritu va a matarme y…

Oigo cómo resopla y me atrevo a mirarle la cara. Ya puedo hacerlo mejor al haberme acostumbrado a la oscuridad. Lo que creí que era un resoplido, era una pequeña risa. Y dejo que eso no afecte en mi, de verdad, pero se me escapa otra sonrisa a mi.

—Pasa —Me ofrece.

No quiero, pero no tengo otra opción. Voy enfocando con la linterna toda su habitación, con cuidado de no chocarme con nada puesto que la tiene muy desordenada y un poco asquerosa a decir verdad. Contrastando con ello, huele bastante bien, como a colonia cara. Él, sin embargo, camina con toda la calma del mundo por la oscuridad. Se tumba calmadamente en la cama y se tapa con la manta. Yo me quedo de pie, quieta, sin saber muy bien qué hacer ni dónde ponerme. Esto se está volviendo incómodo. *Muy incómodo*.

—Puedes sentarte —dice al cabo de unos segundos—. No muerdo.

No me tranquiliza. Me siento igual.

—¿Siempre duermes con desconocidas en tu habitación? —pregunto, más borde de lo que pretendía. Nada más decirlo, noto cómo se me tensan los hombros. *Genial, Aria. Súper natural.* Al darme cuenta de cómo ha sonado, bajo un poco el tono—. No has dudado casi nada en que entre.

Sonríe. No una sonrisa enorme, solo esa medio ladeada que parece hecha para provocarme.

—Solo con las que llaman a mi puerta a las tres de la mañana porque creen que hay espíritus.

Aprieto la mandíbula. *Perfecto. Recordatorio gratuito de mi momento más patético de la semana.*

—No es gracioso.

—Un poco sí.

—No —repito, más seca.

Camino hasta la cama y me siento en el borde, dejando espacio entre los dos. Mucho. Demasiado. Tan exagerado que casi parece intencionado. Clavo la mirada en mis manos para no mirarle.

—¿Te sientes mejor ahora? —pregunta.

Asiento, aunque no del todo. Me encojo de hombros.

—Un poco.

—Entonces misión cumplida.

Levanto la cabeza de golpe.

—No me refería a eso.

Me mira con atención ahora. Inclina ligeramente la cabeza, como si estuviera intentando descifrar un idioma raro.

—Entonces, ¿a qué te referías?

Abro la boca. La cierro. *Genial otra vez.*

—A nada.

—Mientes fatal, Aria.

Eso me molesta más de lo que debería. Noto cómo me arde la cara.

—No me conoces.

—Lo suficiente.

Eso me molesta más de lo que debería.

—¿Siempre eres así? —pregunto—. ¿Tan seguro de ti mismo?

—¿Siempre eres así tú? —me devuelve—. ¿Tan desconfiada?

Resoplo.

—No confío en la gente que no conozco —digo al final.

—Y aún así estás en mi habitación—*no tengo respuesta para eso.* Me remuevo en el sitio, incómoda, consciente de lo absurdo que es y de que, aun así, no me levanto—. ¿Vas a quedarte mirándome mientras duermo? —interroga, con un tono de humor.

Gracias a sus palabras, caigo en cuenta de que estoy pensando de más. Y que, en efecto, estoy mirándole fijamente. Le lanzo una mirada fulminante.

—No sueñes.

Él se estira un poco, relajado, como si no acabara de ponerme nerviosa sin tocarme.

—Lástima.

—Pensaba que no ibas a dormir —respondo, y me pego mentalmente por lo mal que ha sonado.

Sterling se ríe y se incorpora, quedándose sentado en la cama, todavía con esa calma suya que me saca de quicio.

—¿Qué quieres hacer entonces?

Quiero irme a mi cama y que venga la puta luz de una puñetera vez, eso quiero. Me siento en la cama también, más que nada para no seguir ahí de pie como una idiota.

—Hablar.

Él sigue mirándome. No ha dejado de hacerlo desde que me he sentado, como si estuviera esperando algo más.

—¿De qué?—pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevas actuando en películas? —me hago la interesante.

Cada pregunta que hago es peor. No sé qué debe estar pensando de mí ahora mismo porque incluso su forma de mirarme es indescifrable

para mí. Sé que no piensa nada bueno de mí, seguramente piense que soy una rarita o algo, como hacen todos.

—¿No tienes frío? —añade, evitando mi pregunta.

La verdad es que sí. Estamos casi en invierno y yo voy sin taparme, con un pijama que no abrigaba casi nada.

—No —miento.

No me cree ni él. Coge una manta y me la lanza sin mirarme siquiera.

—Gracias Sterling —digo , pero me arrepiento rápidamente al ver como me mira.

Empieza a reírse. Mucho. Demasiado. Tan alto que, al final, se me acaba pegando la risa, aunque yo a diferencia de él me tapo con la mano.

—No me llames así, que incómodo ha sido —Dice aún sonriendo.

Sus ojos marrones se clavan en los míos y soy incapaz de apartar la mirada. Literalmente no puedo.

—No le dices a nadie tú nombre.

—A ti te lo dije.

Si, y sigo sin saber por qué lo hizo. Sé que está esperando algo por la forma en la que me mira, como si quisiera que le llame por su nombre. El problema es que se me ha ido completamente de la cabeza

—Soy mala para los nombres —admito al ver que, por mucho que me esfuerce, no recuerdo ni por qué letra empezaba.

Me rasco la nuca, incómoda, como si el nombre pudiera aparecer por arte de magia.

—Landon, Aria. Landon.

Lo dice despacio, marcándolo, como si se lo estuviera grabando a fuego al aire. Me río por cómo lo pronuncia y se me olvida incluso

taparme la boca.

—Vale, Landon —me pongo un mechón detrás de la oreja y me acomodo mejor en la cama— Landon… ¿qué más?

Me sorprende lo fácil que me sale decirlo ahora. Como si ya no me resultara tan ajeno. Niega con la cabeza y levanta un dedo, teatral.

—Primero tú. Aria, ¿qué más? —Dice, imitándome.

Ruedo los ojos, pero sonrío sin querer.

—Aria Walker Anderson.

Landon apoya la cabeza en su mano y se cruza de piernas, observándome con demasiada calma para mi gusto.

—Landon Sterling Di Marco.

Parpadeo.

—¿Eres italiano? —pregunto, con curiosidad real.

En Google no ponía nada sobre eso. Él se encoge de hombros.

—Mi madre sí, pero yo nací aquí, así que no me considero italiano.

Asiento despacio, procesándolo, y ladeo la cabeza.

—¿Sabes hablar italiano? —cuestiono.

Cada pregunta es cada vez más estúpida. Como no va a saber hablar italiano cuando es italiano. *Que venga la luz ya, por dios.* Asiente con la cabeza.

—Empecé haciendo anuncios publicitarios solamente emitidos en Italia. Luego hice algún que otro papel secundario en una serie y ya no me contrataron para hacer nada más italiano —se encoge de hombros y me parece muy tierno ese gesto—. Supongo que no lo pronuncio bien.

—Dime algo en italiano —le digo.

Puede que no haya sido buena idea, por si no se siente cómodo, pero cuando veo que asiente sin problema entiendo que no le

importa.

—*Mentirei se dicessi che non mi è piaciuto che mi baciassi* —Dice, con total normalidad.

Me mira, como esperando mi reacción. Yo me quedo en blanco. No tengo ni idea de lo que acaba de decir. Igual me ha insultado y todo.

—¿Qué me has dicho? —pregunto, con curiosidad.

Landon sonríe y se acerca un poco, lo justo para que lo note.

—Mentiría si dijera que no me gustó que me beses.

Vale, de repente estoy muy nerviosa. No sé qué decir. No sé qué cara poner. Y él me sigue mirando, esperando una respuesta que no soy capaz de darle. No cuando, en el fondo, pienso exactamente lo mismo. Me acerco a él casi sin darme cuenta, pero me freno en seco. Sé que quería que esto pasara desde que he entrado por la puerta, pero para en un momento que no quería que eso pasara, se hizo la luz. Al volver la luz, automáticamente se enciende la lámpara de Landon. Sin tan siquiera mirarme, la apaga y se tumba en la cama.

—Pensaba que querías seguir hablando.

Landon niega con la cabeza y se incorpora, levantándose de la cama.

—Hablaba contigo para distraerte, has dicho que te da miedo la oscuridad, ¿no? Quería hacerte olvidar de ello hasta que volviera.

Ah. Así que era eso. *Soy idiota.*

—Pero...

—Aria, ni siquiera soy italiano. No sé lo que he dicho, me lo he inventado.

No sé por qué, pero eso duele. Más de lo que debería. No entiendo por qué he confiado en él ni por qué me he dejado llevar. Lo sabía. Siempre lo he sabido. Es un puto egocéntrico arrogante, podrido de dinero, que se ha acostado con tantas mujeres que al día siguiente

no recuerda ni sus nombres. No digo nada. Me levanto de la cama y voy directa hacia la puerta. Noto su presencia detrás de mí, pero no me giro.

—Aria —me doy la vuelta. No debería, pero lo hago. Durante un segundo me permito ser idiota y sentir un mínimo de esperanza—. Sé puntual mañana, por favor.

No respondo. Salgo de su habitación y voy directa a la mía. Cuando meto la mano en los bolsillos del pijama, no encuentro la tarjeta. *No. No, no, no.* Miro dentro de la funda del móvil, por si acaso. *Nada*. Esto no está pasando. Miro dentro de la funda de mi móvil pero tampoco está. Me cago en todo, te lo juro. Paso de ir otra vez a su habitación, paso muchísimo. Me dirijo hacia recepción, pero no hay nadie. *¿En serio? ¿Un hotel con atención al cliente veinticuatro horas y no hay ni una persona? Puto hotel de cinco estrellas.* Resoplo y, sin ganas, vuelvo hasta la habitación de Landon. Llamo otra vez a la puerta. Aprieto los dedos un segundo antes de soltar el nudillo, como si eso pudiera prepararme para lo que venga. Tarda poco en abrir y, cuando lo hace, me mira con la misma intensidad de antes, como si no hubieran pasado ni diez minutos. Ese tipo de mirada que no pregunta nada, que solo observa.

No me da tiempo a decir nada. Me coge la cara de repente y me besa, con prisas, casi con desesperación. El mundo se me queda en blanco un segundo, literal, como si alguien hubiera apagado una luz. Me quedo en shock apenas un instante, sin reaccionar, hasta que mi cuerpo decide ir por libre. Le agarro del pelo con una mano y le acerco más a mí, sin pensar demasiado, sin pensar en nada. Siento el pulso acelerarse en la garganta, traicionándome. Landon se aparta de golpe. El aire frío entre los dos me golpea más fuerte de lo que debería. Tiene las mejillas rojas cuando me mira, los labios entreabiertos, como si estuviera igual de descolocado que yo.

—Perdón por lo de antes, he sido un hijo de puta.

Y sí. La verdad es que sí lo ha sido. Lo pienso, pero no lo digo. Me quedo callada, porque ahora mismo no sé qué tono usar sin que me

tiemble la voz.

—Me he dejado la tarjeta dentro de la habitación —le digo, agarrándome a eso y apartando las ganas muy reales de confirmar lo otro.

Se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta. Ese gesto suyo de falsa calma que ya empiezo a reconocer.

—¿Otra excusa? Primero lo de la oscuridad y ahora esto.

Tiene razón. Suena fatal. Aprieto la mandíbula un segundo, cansada incluso de justificarme.

—Landon —digo, sin ganas, sin energía para discutir.

Miro el pasillo. Son casi las cuatro de la mañana y estoy muerta de sueño. El hotel está en silencio, demasiado silencio para todo lo que acaba de pasar. Suspira. Un suspiro largo, rendido.

—Pasa anda —suspira y se aparta, dejándome espacio.

Y otra vez estoy ahí dentro. Volvemos a la misma situación. Me pregunta otra vez si tengo frío y yo vuelvo a mentirle diciendo que no, aunque la manta sigue tentándome.

—¿Qué hacías despierta a las tres de la mañana? —pregunta.

Ni de coña voy a decirle que estaba intentando escribir y que no podía dejar de pensar en su beso.

—No podía dormir —miento—. Todo esto del rodaje es...

—Nuevo, ¿verdad? —asiento— ¿En cuántas cosas has participado?

—Solo en unos cuantos anuncios y series pequeñas emitidas en donde yo vivo, todo esto se me viene grande.

—Te acostumbrarás, Aria —dice. Y la forma en la que pronuncia mi nombre me recorre la espalda como un escalofrío traicionero—. No tienen empatía ni piensan en gente novata como tú, que no ha participado en algo tan grande.

Frunzo el ceño al instante. No por lo que dice, sino por cómo lo dice. Como si supiera algo de mí que no le he contado.

—No soy ninguna novata.

Mi voz sale más seca de lo que pretendía. Me molesta tener que aclararlo. Me molesta aún más que él lo dé por hecho. Landon se acerca un paso y, sin pedirme permiso, me aparta un mechón de pelo de la cara, colocándolo detrás de la oreja. El gesto es suave. Demasiado. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza, tensándose. Como si no nos conociéramos desde ayer. Como si esto fuera normal.

—Claro que no —dice, y se aparta de mí casi al instante—. Perdón.

Ese "*perdón*" me descoloca más que el gesto. No esperaba que retrocediera. Me quedo quieta, agotada. Miro la cama. ¿Me tumbo? Tengo muchísimo sueño, pero la idea de dormir con Landon me incomoda más de lo que quiero admitir. Puede ser todo lo imbécil que quiera. Porque lo es. Pero la verdad es que me llama bastante la atención. Y admitirlo me molesta más de lo que debería.

Aun así, no es suficiente. No lo es. No para meterme en la cama con él al segundo día de conocerle.

—Dormiré en el sillón —dice de pronto, como si me hubiera leído la cabeza.

Levanto la mirada hacia él, sorprendida solo lo justo.

—No te preocupes, ya duermo yo.

No contesta. No discute. No intenta ganar. Simplemente coge una manta y se tumba en el sofá. Lo hace con naturalidad, sin drama. Sé que no va a dormir mal, es un sillón cama y lo sabe. Eso, por alguna razón, me fastidia un poco.

—Por cierto, Aria —giro la cabeza hacia el sillón, aunque no le veo bien—. Todo lo que te he dicho era verdad.

Ahí vuelve. La duda. Ese punto exacto en el que no sé si está siendo sincero o si solo es increíblemente bueno mintiendo.

—¿Qué es todo? —pregunto.

—Todo, Aria. Desde mi apellido hasta lo mucho que me gustó besarte.

Aprieto la sábana entre los dedos. *Genial. Justo lo que no necesitaba escuchar.* No digo nada durante unos segundos. Demasiados. Me muevo en la cama, acomodándome, como si eso pudiera disimular lo incómoda que estoy.

—Vale —murmuro al final—. No sé si debería creerte, pero vale.

Silencio.

—¿En serio vas a responderme solo eso?—pregunta.

—Soy muy vergonzosa, ¿vale?—respondo, un poco a la defensiva—Nunca nadie había sentido un mínimo de curiosidad en mí—lo digo rápido.

Como si así doliera menos decirlo.

—No lo entiendo.

Eso me irrita. Como si fuera tan difícil de imaginar. No contesto. Finjo que no le he oído. Prefiero callarme a decir algo que luego me pese. El silencio se instala entre nosotros. No es incómodo, pero tampoco agradable. Es raro.

—Buenas noches, chico malo —digo al final, rompiendo el silencio—en cuanto lo digo, me arrepiento.

¿Por qué coño he dicho eso?

—Buenas noches, Walker —responde.

Y, aunque no debería, me quedo más tranquila.

Capítulo 4

Landon Sterling

Unos golpes demasiado ansiosos me despiertan. Como siempre que estoy en un hotel por trabajo, imagino que son simplemente producto de mi imaginación, una excusa barata para dormir un poco más. Pero este pesado no es como los demás. Sigue insistiendo, llamando a la puerta cada vez más fuerte. Me revuelvo en la cama—que, para ser sincero, es un poco incómoda—, y trato de ignorarlos, aunque sé perfectamente que no va a servir de nada.

—Joder… —murmuro, todavía sin abrir los ojos.

Cuando, para mí desgracia , finalmente los abro, los rayos de sol se me clavan directamente en ellos. Lo que hago primero por pura inercia es cerrarlos de nuevo y taparme la cara con el brazo. Me resulta extraño. La noche anterior esto no pasó, y eso que ayer hacía incluso más sol que hoy. Aun así, ahora parece que alguien llamado Sol ha decidido apuntarme directamente a los ojos. *Aria. Aria, Aria, Aria.* No había caído en la cuenta de que estoy en el sofá que hay en la habitación. Ella, al contrario que yo, duerme completamente tranquila. No se ha enterado de que estoy aquí, mirándola. Mira que he dormido con chicas, pero con ninguna había sentido esta curiosidad rara, casi incómoda, de no poder apartar la mirada. Supongo que será porque es bastante guapa. *Eso quiero creer.* Además, debería caerme mal. Nunca he visto a nadie tan maleducado conmigo, hasta el punto de empujarme fuera de mi propia habitación para que me fuera. Nadie se comporta así conmigo. Nadie me trata con bordería, porque todo el mundo sabe quién soy. Pero *ella* no lo sabía. Y eso, por alguna razón, lo cambia todo.

No, joder. No puedo sentir absolutamente nada de curiosidad por esta persona, y menos aún cuando actúa conmigo en una película. Aunque sea una película romántica, y eso, curiosamente, no es lo que me molesta. Me paso la mano por el pelo, frustrado, frustrado, intentando ordenar mis pensamientos. Tan metido estoy en ellos, y aún mirándola, que todo deja de existir a mi alrededor, incluidos los

golpes en la puerta. Hasta que, de repente, vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que siguen ahí. Me levanto despacio, todavía medio dormido, procurando no hacer ruido para no despertar a Aria.

—¿Quién? —pregunto en voz baja.

Dudo incluso de que me haya oído, porque lo he dicho casi en un susurro.

—En media hora estate listo —después de decir eso, la misma voz que sigo sin poner cara, se despide.

Aprovecho para volver a mirarla. Está ahí, tan calmada, que me da hasta pena despertarla. Y, de golpe, todo mi cuerpo se tensa. Si han llamado a mi puerta, eso significa que ahora van a llamar a la suya. Y eso significa que no está en su habitación. Y eso, a su vez, significa que está aquí, conmigo. Y por motivos más que obvios, no pueden saberlo. *Me cago en todo.* Ahora, sin tan siquiera temer porque Aria se despierte, me acerco rápidamente a ella. Justo cuando voy a despertarla, oigo de nuevo los mismos golpes. Esta vez, son más calmados que antes. Me encantaría volver a hacer oídos sordos, pero me acerco rápidamente a la puerta.

—¿Quién? —pregunto ahora, con bastante menos paciencia.

—Me han pedido que te pregunte si sabes dónde podría estar Aria —argumenta, y me empiezo a tensar—. No está en su habitación y no conseguimos contactar con ella—explica el mismo chico de antes, y yo vuelvo a mirar hacia atrás.

¿Qué dónde está Aria? Está aquí, conmigo. *Landon, espabila.* Me doy una bofetada mental y vuelvo a la realidad por segunda vez.

—No tengo ni idea, ni siquiera hablo con ella —miento, y acto seguido vuelvo a dirigir la mirada hacia ella.

El chico se queda callado. Al mirar por la pequeña mirilla que hay en la habitación, veo como marca un número de teléfono. Casi al instante, escucho el móvil de Aria vibrar levemente. Mi cuerpo se tensa al pensar que pueda notarlo. Sin preocuparme por hacer ruido,

corro hasta el móvil y lo cojo. Y, por supuesto, de todas las veces posibles, Aria decide despertarse justo ahora. Se queda mirándome, sin saber muy bien qué hacer y cómo actuar. Yo la miro igual, deseando que todo desaparezca a mi alrededor. Intento dejar el móvil donde estaba, pero es inútil. Ya me ha pillado. Y para colmo sigue vibrando.

—¿Qué haces? —pregunta, con voz dormida—. Ese es mi móvil.

Me quedo en blanco. Podría decirle la verdad, que la están llamando, pero las palabras no me salen.

—Es que te llamaban y…

—¿Eso te da derecho a coger mi teléfono? —me interrumpe.

—No, no. Mira… —me pongo nervioso. Y eso solo empeora todo, porque nunca me había puesto así por nadie—. Es que te están buscando y el chico te llamaba al móvil—suspiro antes de seguir hablando—, tenía miedo de que lo oyera—explico, avergonzado.

Aria, que me miraba odiándome completamente —ojalá fuera mutuo —, ahora me mira agradecida. Tan agradecida, que incluso sonríe.

—Gracias, Landon.

Sonrío yo también. No sé si esto debería ser malo, pero me alegra que se acuerde de mi nombre. Intento apartar los pensamientos que empiezan a formarse en mi cabeza, pero me da rabia no conseguirlo. Está tan guapa que quiero besarla. *Y no debo.* No quiero dar ilusiones con algo que sé que no va a pasar nunca. No estoy preparado para una relación. Nunca lo he estado. Siendo sincero, no me veo atado a alguien, renunciando a mi libertad. No me va la idea de estar enamorado.

Aria, que hace apenas unos instantes parecía debatirse entre el enfado y una calma forzada, se levanta de golpe. Lo primero que hace es mirar la hora en su móvil. Veo cómo alza las cejas, sorprendida y, a la vez, claramente asustada. Lo entiendo perfectamente: si llega tarde otra vez, la matan.

—Mierda —dice, casi es un susurro,como si todavía estuviera procesando—. Mierda, mierda —repite, esta vez ya de pie, agarrando el móvil con fuerza—¡MIERDA! —chilla finalmente, perdiendo cualquier intento de autocontrol.

—¿Dónde vas tan rápido?—pregunto, siguiéndola con la mirada. Aria se detiene un segundo y me mira, como esperando que diga algo más, como si necesitara una confirmación o una explicación urgente. Por suerte para ella, hay una buena noticia que claramente no recuerda ahora mismo—. Tienes todavía media hora, sin prisa.

La veo pensar. Deja de negar con la cabeza y baja la mirada hacia el suelo, respirando un poco más despacio. Creo que en ese momento empieza a caer en la cuenta de todo, de golpe, como si las piezas se fueran colocando una detrás de otra. Primero se da cuenta de que no está en su habitación, porque su mirada va directa a la cama. Luego, casi sin querer, creo que recuerda el beso, porque sus ojos se desvían hacia mis labios durante apenas un segundo. Demasiado rápido para disimularlo del todo.

Lo único que espero, de verdad, es que no se acuerde de que le hablé en italiano. Porque eso sí que no sabría cómo explicarlo. Aria parece darse cuenta de que se ha quedado callada mirándome y aparta la mirada casi de golpe, bajándola hacia el suelo, como si de repente le diera vergüenza haber sostenido mis ojos durante tanto tiempo.

—Gracias —dice. Frunzo el ceño, desconcertado, sin entender a qué viene eso. Al ver que no respondo, vuelve a mirarme y, al darse cuenta de que sigo sin comprender nada, se aclara la garganta y se explica mejor—. Por no haber hecho nada más conmigo.

Sus ojos me miran con una sinceridad que me descoloca. Los míos, en cambio, aparentan neutralidad, como si no me afectara. Pero la verdad es que duele. Un poco más de lo que esperaba. ¿Y si todo lo que le dije anoche no significó nada para ella? ¿Y si no fue correspondido en absoluto?

Me obligo a reaccionar. Finjo mi mejor sonrisa, esa que llevo años usando cuando no quiero que se me note nada, y la observo con calma, como si no me hubiera tocado por dentro.

—Tampoco es que quisiera —miento.

Aria sonríe, rueda los ojos con un gesto que ya empiezo a reconocer y, sin despedirse, sale de mi habitación. Me quedo quieto unos segundos, mirando la puerta cerrada. Quizá esto sea lo mejor. Fingir indiferencia. Fingir que no pienso en besarla cada vez que la veo. Todo es culpa suya. Por haberme besado primero.

𐙚 𐙚 𐙚

Salgo del hotel y me dirijo directamente hacia la zona de aparcamientos. A mi siempre me esperan ahí, para que no me vea la gente. Como llevo haciendo estos dos días, miro hacia ambos lados antes de avanzar, comprobando que la calle esté completamente vacía. Cuando confirmo que no hay nadie, rodeo el edificio y voy hacia la parte trasera. Me extraña no ver ningún coche aparcado. Me quedo quieto un segundo, mirando alrededor, hasta que caigo en la cuenta de que lo más probable es que hayan pillado un atasco. Eso me tranquiliza un poco.

Aun así, saco el móvil del bolsillo y marco el número de Edward. A los dos tonos, me lo coge.

—Oye, tú, ¿dónde te has metido? —digo, intentando sonar tranquilo —. Vamos a llegar tarde.

Por el ruido de fondo, deduzco rápidamente que Edward no está en el coche. De hecho, juraría que está en su casa, tirado en el sofá, con una cerveza en la mano y la televisión puesta.

—¿No te han avisado? —pregunta. Antes de que pueda responder, continúa hablando— Izan ha dicho que un familiar suyo se encuentra en pésimas condiciones, va a atrasar toda la película hasta que pueda asistir.

No me jodas. Empiezo a caminar de un lado a otro sin darme cuenta, nervioso. Entiendo a Izan. De verdad que lo entiendo. Pero, mientras tanto, él sigue cobrando y yo no veo ni un puto euro.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, esperando, casi suplicando, que me diga una semana.

Edward suspira al otro lado del teléfono. Ese suspiro ya me avisa de que la respuesta no me va a gustar.

—Ha dicho un mes cómo máximo…—hace una pausa—, pero podría ser más.

Un mes es muchísimo tiempo. Demasiado. Aun así, no puedo evitar entenderlo. Me viene a la cabeza la muerte de mi hermana. Lo rápido que pasó todo. Cómo, de un día para otro, dejó de estar conmigo. Supongo que para Izan está siendo incluso más complicado. En su caso, alguien sigue sufriendo. En el mío, fue instantáneo. Y aun así, dolió como si no tuviera fin. Se me humedecen los ojos y alzo la mirada hacia el cielo, obligándome a parpadear despacio para evitar que las lágrimas lleguen a caer. No ahora. *No aquí.*

—Está bien, no pasa nada —digo, aunque ni yo mismo me lo crea.

Cuelgo la llamada y vuelvo a entrar al hotel, caminando sin demasiado rumbo. En la entrada veo a Michelle, apoyada cerca de la puerta, esperando a quien sea que tenga que llevarla al rodaje. Aunque hablar con ella es lo último que me apetece en este momento, me acerco. Se da cuenta enseguida de que lo hago, porque se acomoda el pelo con cuidado y le da una calada larga al cigarrillo que sostiene entre los dedos, como si estuviera marcando territorio.

Ignoro deliberadamente todo lo que hace para llamar mi atención y me detengo en seco frente a ella.

—Han atrasado el rodaje un mes, mínimo —le digo sin rodeos—. Le ha ocurrido algo a Izan y no va a poder acudir—no entro en detalles. No me apetece hacerlo—. Avisa a los demás de mi parte—añado.

—¿Y qué voy a hacer yo mientras tanto? —pregunta.

Por el tono y la forma en la que vuelve a darle otra calada al cigarrillo mientras me mira, estoy bastante seguro de que lo dice con doble sentido. Aparto la cara al notar el olor del tabaco. Cuando expulsa el humo, vuelvo a mirarla.

—Eso no es asunto mío —respondo. No quiero sonar del todo borde, aunque me da igual que piense que soy un gilipollas. Aun así,intento suavizarlo un poco—. Creo que hay actividades en el hotel y cosas de esas.

—¿Me ves a mi haciendo actividades del hotel? —dice, con una sonrisa ladeada—. Me apetece algo más… divertido.

Creo que va a tocarme el hombro y me aparto un paso, por si acaso.

—Ahí ya no puedo ayudarte —me limito a decir.

Michelle enarca las cejas.

—¿Crees que no puedes?

La miro, incómodo, buscando la manera más rápida de terminar con esa conversación absurda.

—Sé que no puedo —Afirmo y pone una mueca de decepción.

—Una pena —dice mientras tira el cigarrillo al suelo y lo apaga con el zapato—. De todas formas, gracias, Sterling.

Pienso en Aria. En lo incómodo que me hizo sentir que me llamara Sterling en lugar de por mi nombre. Y en lo poco que me importa que Michelle me haya llamado por mi apellido. Asiento a modo de despedida y me dirijo a mi habitación, con la cabeza en otra parte—por no admitir que en Aria —. Miro la puerta **002**, justo enfrente de la mía. Solo haría falta un pequeño movimiento de mano para estar llamando. Nada más. Algo tan simple como eso. No quiero darle ilusiones. De verdad que no. Pero algo minúsculo en mi mente tiene tantas ganas de verla que me cuesta mantenerme firme. Antes de pensarlo con claridad, levanto la mano y llamo. No obtengo

respuesta. Vuelvo a llamar, un poco más fuerte. Sigue sin abrir. Me quedo quieto unos segundos, mirando la puerta como si fuera a responderme por sí sola. Es imposible que no esté aquí. Bueno, imposible no es, puede que simplemente me esté ignorando.

Trago saliva y niego con la cabeza. Es absurdo. *Completamente absurdo.*

—Un momento, coño —dice de repente desde dentro.

Su voz me hace detenerme en seco. Se me escapa una sonrisa automática al oírla hablar así, tan natural. Me aclaro la garganta antes de contestar, intentando poner una voz más grave de lo normal.

—¿Cómo ha dicho? —respondo, fingiendo seriedad.

Pego la oreja a la puerta y escucho cómo el agua de la ducha se corta de golpe. Después, el sonido de la cortina al moverse.

—Hostia, perdón —responde desde dentro, casi gritando—. Pensaba que eras otra persona.

¿*Otra* persona? ¿Sería yo esa otra persona? Aparto el pensamiento de inmediato cuando la puerta se abre. Aparto el pensamiento de inmediato cuando la puerta se abre. *Nada. Más.* Trago saliva sin poder evitarlo y sonrío al darme cuenta de que está completamente roja, desde las mejillas hasta el cuello.

—Buenos días a ti también —Aria no sonríe con mi comentario. No reacciona, básicamente. Me mira como si estuviera enfrente de un monstruo o algo peor—. Aria —añado, intentando sonar normal—, yo también me ducho, ¿sabes? No me voy a espantar por verte en una toalla, por dios.

Ahora sí. Aria sonríe, tapándose la boca con la mano. Ese gesto, tan simple, me provoca algo raro en el pecho. Antes de pensarlo demasiado, le cojo la mano y se la bajo despacio, con cuidado, como si no quisiera asustarla. Aria me mira con curiosidad, claramente confundida por lo que estoy haciendo. Sus labios quedan

entreabiertos y no aparta la mirada de mí ni un segundo. *Joder*. Si yo debería odiarla. Debería odiarla porque me habló fatal el primer día. Porque no me reconoció. Porque me trató como a cualquier imbécil en mitad del rodaje, delante de todos. Porque no se calla una y porque no tiene ningún problema en plantarme cara.

Y aun así, aquí estoy, bajándole la mano como si no fuera capaz de apartarme de ella.

—¿Qué haces? —pregunta, sin moverse, observándome con ese mismo detenimiento.

—No te tapes la boca cuando te ríes —respondo sin rodeos—. Estás preciosa así.

Aria se pone nerviosa al instante. Se le nota en los hombros, en la forma en la que traga saliva, en cómo desvía la mirada solo para volver a buscar la mía segundos después. Yo, en cambio, no dejo de mirarla*. ¿En qué cojones estoy pensando?* Estoy siendo un cabrón. *Y lo sé.* No quiero darle ilusiones. De verdad que no. Pero tampoco quiero que sea como las demás. No quiero que sea una noche más, ni un lío sin nombre, ni alguien a quien olvidar al día siguiente. Y eso es precisamente lo que más me jode.

—¿Dónde quedó el imbécil que conocí el primer día en este mismo pasillo, chico malo? —dice de repente.

Y ahí se me va la diversión. Porque lo dice sonriendo. Porque suena ilusionada. Porque parece convencida de que yo también siento algo más. Y lo peor de todo es que, en parte, tiene razón. La estoy haciendo sentir cosas. Pero no quiero parar.

—¿Puedo pasar? —pregunto, intentando cambiar de tema antes de cagarla más.

Aria se mira a sí misma, a la toalla, y luego vuelve a mirarme. Parece caer en la cuenta de golpe de que no estoy en el rodaje, de que estoy aquí, delante de ella.

—¿No deberías estar ya allí?

Chasqueo la lengua y bajo la mirada un segundo.

—Un familiar de Izan está en malas condiciones —empiezo—. Va a retrasar todo un mes, como mínimo.

—¿UN MES? —me interrumpe, alzando la voz —¿Me explicas que hago en un mes aquí metida sin nada que hacer, Landon?

—Al menos estás conmigo.

—Por desgracia.

—Sé que te hace ilusión, Walker.

—No me llames así, Sterling —dice sonriendo —En fin, vive en tu propia mentira.

—¿Puedo pasar o no? —insisto.

Aria suspira y, sin decir nada más, señala la habitación con la mano abierta.

—Adelante, caballero. Como en tu casa —hace una pequeña reverencia exagerada y se ríe, esta vez sin taparse la boca. Me apoyo un segundo en el marco de la puerta—. Voy a cambiarme al baño.

—También puedes cambiarte aquí —suelto, sin pensar. Aria me mira como si estuviera a punto de asesinarme. Levanto las manos de inmediato, rendido——. Vale, vale —añado—. Aquí te espero.

Coge la ropa de su armario y se mete al baño, cerrando la puerta tras ella. Me quedo solo en la habitación y, por pura inercia, empiezo a observarla con más atención. No tiene nada que ver con la mía. Aunque la estructura es prácticamente igual y los colores también, la suya parece un completo caos. Hay hojas impresas por todas partes, guiones que Izan nos manda y que ella no se ha molestado en ordenar. Están esparcidas sobre la mesa, algunas dobladas, otras subrayadas. Encima hay un estuche abierto y varios subrayadores de color rosa y azul tirados sin cuidado.

—Landon —oigo mi nombre desde el baño.

—Mhm —respondo sin pensarlo.

—Pon música en mi ordenador, porfa.

Obedezco sin discutir. Busco el portátil y lo encuentro encima de la cama, enchufado y cargando. Pulso el botón para encenderlo, pero me pide la contraseña.

—¿Puedes venir? —pregunto, esperando que asome la cabeza por la puerta del baño. No obtengo respuesta, por lo que decido seguir hablando—. Me pide la contraseña.

—Mierda —la oigo decir desde dentro, y no puedo evitar sonreír—. Todavía ni me he quitado la toalla, lo estoy haciendo justo ahora.

Oigo el sonido de la tela cayendo al suelo. Y ahí se me tensa el cuerpo entero. Trago saliva sin querer. No porque esté viendo nada, porque no lo estoy viendo, sino porque mi cabeza hace justo lo que no debería hacer. Me imagino cosas que no quiero imaginarme. Me pone nervioso. Me cabrea conmigo mismo. No está haciendo nada raro. Soy yo, que estoy enfermo.

—La contraseña es mi fecha de nacimiento —continúa, como si nada.

—Qué original —respondo, intentando sonar normal.

No oigo su risa, así que supongo que está sonriendo al otro lado de la puerta.

—Uno… — me dicta y empiezo a escribir—. Siete. Cero. Tres.

Pulso enter y el ordenador me dice que la contraseña es incorrecta.

—No me deja —aclaro.

—Vuélvelo a poner —responde—. Pero en números. No estarás escribiéndolo con letras, ¿no? No puedes ser tan tonto.

Pues sí. Sí puedo. Borro lo que he escrito y lo pongo bien. Esta vez el portátil se enciende, pero no como esperaba. En la pantalla aparece un poema. Corto. Sencillo. Demasiado directo. Lo leo una vez. Luego otra. Y me quedo completamente bloqueado. No necesito

darle muchas vueltas para saber que va por mí. Y ahí es cuando me doy cuenta de que no tendría que estar aquí. Ni tocando su ordenador. Ni entrando en su cabeza de esta manera. Porque estoy bastante seguro de que no quiero nada. ¿O sí? *No lo sé, joder.*

El miedo me golpea de golpe. Nunca he sabido ser amado. Nunca. Y quizá por eso todas mis "*relaciones*" han acabado siendo un desastre. Ocho de cada diez veces, he salido corriendo antes de que nadie pudiera quedarse.

—¡LANDON! —me grita desde el baño, sacándome de mis pensamientos—Tan solo es meterte a *Youtube*, ya.

Cierro la pestaña del poema demasiado rápido, como si me hubieran pillado haciendo algo que no debería. Abro YouTube y pincho en el buscador. Lo último que aparece escrito es mi apellido. Lo pulso. Solo ha visto el tráiler de *Destino en Notas Musicales*. Ahora sí que me agobio. Pongo la primera canción que encuentro sin pensarla demasiado y salgo de su habitación sin despedirme, cerrando la puerta tras de mí.

Mientras camino, la música de mis cascos resuena en mis oídos, pero mi cabeza es un caos absoluto. El poema no deja de repetirse en mi mente. Y, por mucho que me joda admitirlo, me enfrento a una mezcla de emociones que no sé manejar. ¿Qué significa todo esto con Aria? Me atrae, por desgracia. Paso de seguir ocultándolo. Pero la idea de implicarme emocionalmente me aterra. Me asusta más de lo que quiero admitir. Ya en mi habitación, cojo una de las muchas libretas que tengo y empiezo a dibujar sin pensar, intentando vaciar la mente. Pero ni siquiera los garabatos consiguen apagar la confusión. Empiezo a dibujar su pelo. El poema… ¿era también una señal de que ella está igual de perdida que yo? ¿Lidiando con cosas que no sabe cómo manejar?

Tal vez debería hablar con ella. Decirle las cosas claras. Aunque eso signifique hacernos daño. Termino dibujando su cara. Rompo el papel en dos y me tumbo en la cama, mirando al techo, pensando en lo inmaduro que me estoy comportando. Y en lo poco preparado

que estoy para sentir nada por nadie. Cierro los ojos y respiro hondo, como si eso fuera a arreglar algo. Sé que estoy jugando a algo que no sé manejar. Y lo peor no es que pueda salir mal.

Lo peor es que, aun sabiendo eso, no quiero parar.

Capítulo 5

Aria Walker

Me pongo la camiseta lo más rápido que puedo, casi sin respirar, porque no me gusta hacerle esperar a Landon y menos aún sabiendo que ha venido solo para verme. Bueno, en verdad eso creo. Al igual que creo que seguirá estando aquí, en el salón, con esa cara suya de "*me da igual todo*", aunque en realidad le importe más de lo que reconoce. O eso me he montado yo. Porque a estas alturas, con él, ya no sé qué es verdad y qué me invento para no aceptar que me está afectando. A decir verdad, no puedo decir que estoy enamorada ni que me gusta, porque sería pasarme, pero me está empezando a atraer. Y soy consciente de que le conozco de hace menos de una semana, pero es que nunca había congeniado así con nadie. Lo que más rabia me da de todo esto, es que yo en teoría debería odiarle. Por ser un cabrón y tener la educación en la mierda, o simplemente por hablarme mal o reírse de mí. Pero todo se esfuma cuando pienso en el beso. Me sorprendí a mi misma cuando lo hice, porque pensé más en él que en mí al hacerlo. Lo único que pretendía en ese momento era sorprenderle y que se enfadara. Todo habría sido más fácil si hubiese hecho eso. Pero no, Landon decidió seguirme el beso y, para mí mala suerte, lo hizo de

una manera que se me ha quedado grabada. Pero yo quiero odiarlo, te juro que quiero. De hecho, lo intento.

Intenté hablarle mal, intenté mirarle mal, intenté no ser amable. Pero no funciona, y eso es bastante raro en mí teniendo en cuenta que soy bastante tímida. Y con él no. Y me enfada. Ahora, pensando sinceramente, ¿qué me está pasando con Landon? Pues sinceramente… *ni yo lo sé*. Lo que sí sé es que sus palabras han hecho efecto en mí. Y no solo lo de anoche, cuando soltó lo del italiano como si no fuera nada. También lo de hoy. Lo de "*no te tapes la boca cuando te ríes*". Y lo peor es que no me lo dijo como quien liga. Me lo dijo como si fuera… normal. Como si no fuera una inseguridad enorme. *Porque lo es.* Llevo tapándome la boca al reírme desde los diez años. Un niño del colegio, uno de esos imbéciles que se creen graciosos por existir, me dijo que mi sonrisa era de las más feas que había visto en su vida. Fue un comentario de mierda, sí. Pero el tenía diez años. Y yo también. Y a los diez años ese tipo de cosas no se te resbalan, se te pegan. Se te quedan dentro. Desde entonces, siempre que me río, mi mano va sola. Como un reflejo.

Caigo en cuenta de que estoy pensando de más y de que ya hace unos minutos que me he vestido. Tan solo me he quedado ahí, mirándome en el espejo. Cojo el peine y lo paso despacio por mi pelo, intentando que mi cabeza se calle. La música sigue sonando de fondo en el ordenador. Tarareo sin darme cuenta, muevo un poco la cabeza y me sorprende lo normal que se siente todo durante cinco segundos. Como si no estuviera pasando nada raro. Como si no hubiera un actor famoso al otro lado de la puerta que me ha besado y luego ha actuado como si nada. Una vez que termino, salgo del baño. Voy sigilosa, ya que me llama la atención que puede estar haciendo Landon. ¿Cantar? No le pega. Bailar ya ni te digo. Cuando llego hacia el salón, la habitación está vacía. Me quedo quieta, parpadeando, como si el mundo se hubiera congelado un segundo. No está.

Miro hacia el salón de la habitación, luego hacia la puerta, luego hacia la cama, como si pudiera aparecer por arte de magia. No aparece. Mi portátil está encima de la cama, con la pantalla abierta. En ella está el tráiler de *Destino en Notas Musicales* ocupando todo. Y entonces lo veo. El *Word* también está abierto. Con mi poema. Se me cae el estómago al suelo. *Mierda. Mierda, mierda.* Me acerco al portátil sin saber ni por qué. Es como si mi cuerpo se moviera solo, como si quisiera confirmar lo obvio. Sí, está abierto. Sí, lo ha visto. Y sí, yo me quiero morir. Me entra nerviosismo del de verdad, del que te sube por el pecho. Empiezo a caminar de un lado a otro. Me muerdo el labio. Me odio. ¿Por qué se ha ido? Le he asustado. Le he agobiado. He sido intensa. Le he cansado, como siempre hago con la gente. Pero pensaba que con él era distinto. Y él se ha ido. Todo por mi culpa.

Me pongo las zapatillas de andar por casa y voy a su habitación. Son cinco pasos. Cinco. Pero se me hacen eternos. Llamo. No abre nadie. Vuelvo a llamar, un poco más fuerte, como si la puerta fuera a apiadarse de mí. Nada. Me quedo mirando el número de su puerta como si me estuviera vacilando. Y me muero de ganas de insistir, pero no. No voy a hacer el ridículo más de lo que ya lo he hecho. Me doy media vuelta. Teniendo en cuenta que solo le conozco de hace un par de días, no sé porque me importa tanto que me haya dejado ahí sola. No es dolor de: *joder, que hijo de puta.* Es dolor de: *joder, le quiero de vuelta.* Me intento convencer a mi misma de que separarme de él no tiene ningún tipo de importancia. Si él se ha ido, yo también. No voy a quedarme encerrada esperando como una tonta. Decido dar una vuelta por el hotel. Desde que llegué aquí —aunque solo hayan pasado dos días— no he hecho literalmente nada. Las comidas casi siempre fuera por el rodaje y las cenas nos las traen a la habitación para que nadie nos vea y nos moleste.

Paso por una zona de espectáculos y veo un cartel enorme: Concurso de poesía – Esta noche. Me freno en seco. Me gustaría ir. Muchísimo , además. Pero me da vergüenza. Y me da miedo. Y me da ese pánico absurdo de que alguien me mire y piense "*qué ridícula*". Sobre todo si Landon estuviera ahí. Aunque, a ver, no creo

que Landon vaya a un concurso de poesía. No le pega nada. Aunque tampoco me pegaba a mí estar besándome con él en un rodaje y mírame. *Aria, espabila*. Deja de pensar en el beso de una vez, por ahora Landon no es nadie. Además, ¿qué va a opinar la gente sobre lo que escribo? Nunca le he enseñado mis poemas a nadie. No porque no quiera, sino porque me da miedo que me rompan otra vez lo que me cuesta tanto construir. Lo único que sabe alguien es que escribo, no necesita saber sobre qué y cómo lo hago. Pero eso hoy ha cambiado, porque el imbécil de Landon se ha puesto a cotillear mis cosas y lo ha leído.

Estoy tan metida en mi cabeza que cuando alguien me toca por la espalda me sobresalto como si me hubieran disparado. Me giro rápido, con el corazón en la garganta, deseando que sea Landon. *No lo es*. Es la chica rubia del rodaje, esa que tenía unos rizos muy dorados y que me quedé con ganas de conocer—la ansiedad no me dejó, obviamente—. Me mira con una sonrisa tan amable que me descoloca. Le devuelvo la sonrisa, aunque no tengo ni idea de cómo se llama y eso me da rabia, porque yo con los nombres soy un maldito desastre.

—Aria, ¿verdad? —pregunta.

Asiento, sin voz. Que ella se acuerde de mí nombre me hace sentir muy culpable. Me extrañó levemente al notar como me tiemblan un pelín las manos. Es mi ansiedad, hablando por primera vez en tres días. Que rabia que con Landon no sienta ni un pelín de ansiedad, sería más fácil alejarme de él. Pero lo único que siento con él es calma. *Joder:*

—Estoy odiando mi cabeza —suelto sin pensar.

—¿Por qué?—pregunta, curiosa.

Mierda. Necesito improvisar rápido, y eso hace que mi ansiedad me lo impida.

Empiezo a calmarme de la manera que me enseñó la psicóloga: tocando con mi pulgar todos los dedos. Una vez que lo hago

bastante rápido, suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Porque no me acuerdo de los nombres aunque me los digan tres veces —respondo.

Olivia sonríe, creyéndose mis palabras. Y en el fondo lo que he dicho es verdad, por lo que mi cara no es ningún cuadro ahora mismo. *Creo*.

—Olivia, Aria —dice—. Olivia— se ríe más—. Tranquila, es normal. Además, tú eres la protagonista. Todo el mundo se va a acordar de ti.

Me pongo roja. Odio ponerme roja. Pero en este caso, me estoy poniendo roja de la vergüenza en sentido malo. En un sentido de querer irme de aquí. Sin embargo, con cierta persona que yo me sé, me ponía roja de lo nerviosa que estaba en el buen sentido.

—¿Qué tal estás? —pregunto, por cambiar el tema. Y por intentar callar mi mente.

—Bien. Bueno… raro lo del rodaje, pero no pasa nada. Me he apuntado a un taller de poesía que hacen aquí.

¿Es este el destino hablándome? Hace unos minutos estaba pensando si unirme o no, creyendo que iba a estar sola, pero resulta que Olivia también va.

De repente, las ganas de ir se hacen más fuertes, intentando ignorar lo que piensen de mí. Pero el miedo es más fuerte.

—Si, justo estaba viendo eso yo también —digo sin querer entrar en detalles—. ¿Qué tal va el taller?

Olivia se gira y me enseña una mochila rosa un poco fea. Pero me callo. No soy quién para juzgar. Yo llevo el alma hecha un cuadro.

—Justo iba ahora —dice, y al ver que me quedo callada, sonríe—. ¿Quieres venir?

Quiero decir que sí. Me apetece. Me haría bien. Pero me da vergüenza. Vergüenza y miedo. Me da miedo que piensen que soy

una pringada.

—No, no —miento—. Iba a dar una vuelta por el hotel.

—¿Todavía no lo has hecho? —pregunta, sorprendentemente interesada.

Pues no. He estado ocupada siendo idiota con Landon. No digo eso, claro.

—Ya sabes, como nos traen todo a la habitación no he salido mucho —vuelvo a mentir.

Olivia me vuelve a creer. Empiezo a sentirme un poco mal, pero es parte de la supervivencia.

—¿Nos sentamos y hablamos un rato? —propone, señalando unos bancos.

Un poco de compañía no me viene mal. La verdad.

—Vale —digo, intentando sonar normal. Aunque estoy atacada.

Nos sentamos y, de alguna manera, acabamos hablando de todo. De dónde somos, de cosas de rodaje, de lo raro que es estar aquí y que parezca que todo el mundo va con prisa. Y, por desgracia, en algún momento, Landon sale en la conversación. Como si fuera un puto imán.

—Cuando dijiste el primer día que tenía pocos seguidores o algo así… —Olivia se ríe—. No sé cómo aguanté sin reírme.

A mí se me escapa una risa también, aunque el tema no me hace gracia de verdad.

—Ni siquiera le conocía… —digo y me corrijo rápido—. Bueno, conocerle, no le conozco. Dije lo que se me pasó por la cabeza. Me arrepiento.

Y no es mentira. Me arrepiento. No porque él sea él, sino porque yo no soy así en el fondo. Yo solo me pongo nerviosa, ataco, me defiendo.

—¿Sabes en qué habitación está? —pregunta Olivia.

Me quedo tiesa. Puedo hasta escuchar como la saliva baja por mi garganta. Solo espero que ella no lo note.

—¿Por qué?—es lo único que me sale decir.

—No por mí, eh —dice rápido—. Michelle no para de hablar de él—trago saliva, molesta sin razón. O con toda la razón del mundo, no sé—Creo que le gusta o algo.

O solo quiere *follárselo*, que es más probable. No digo nada. Me levanto, buscando una excusa para cortar esto antes de que me amargue.

—Bueno… creo que va siendo hora de ir a la clase —miento.

Olivia se levanta también.

—Tienes razón. No queremos llegar tarde justo el primer día.

Caminamos juntas hasta el taller, al final Olivia me ha convencido para ir. Y el tiempo que hemos estado hablando, al final me he calmado y ha sido una conversación agradable. Olivia me cae bien, es ese tipo de personas que al hablar durante treinta segundos ya te inspira muchísima confianza. Cuando veo la entrada del taller, como por inercia, giro la cabeza hacia atrás. No sé quién me creo, me pienso que va a venir Landon en mi búsqueda o algo, pero obviamente eso no pasa. Olivia se me queda mirando para que pase yo primero. La sonrío como respuesta y entro a la clase, deseando con todas mis fuerzas que Landon se me vaya de la cabeza.

***

Sinceramente, no sé cuánto tiempo ha sido de taller, pero ha sido un coñazo. O sea, no porque la poesía sea un coñazo. La poesía me encanta. Es mi sitio seguro. Pero el taller está planteado como si todos fueran súper intensos y súper profundos y yo solo quiero morirme de vergüenza. En cambio, Olivia está encantada. No para de hablar, de comentar todos los usos que ha hecho de figuras

retóricas, mezclando ahí todas con todas. Eso no es poesía, pero bueno.

—No sabía que la poesía era tan maravillosa hasta hoy —dice, feliz.

Yo asiento como si acabara de descubrirla también.

—Yo la odiaba —miento—, pero tengo que reconocer que me ha encantado.

No sé cuántas veces he mentido ya a la pobre Olivia, pero ella se vuelve a creer mi mentira. Y me siento mal, pero tampoco voy a ponerme a contarle mi vida ahí.

—A ver qué has escrito —dice, intentando mirar el papel que llevo doblado.

Ni de coña. En el poema he escrito justo lo que no quiero que nadie lea: ansiedad, presión, la sonrisa, el miedo, esa sensación de que todo el mundo te mira y tú solo quieres desaparecer.

—A ver tú —le devuelvo la pelota.

—Lo verás por la noche —dice, misteriosa.

—Lo mismo te digo —miento por milésima vez. No voy a leer nada en voz alta ni aunque me paguen.

Esta noche nos han informado de que hay un concurso de poemas. Consiste en que, de manera optativa, puedas elegir si quieres leer tu poema o no delante de todo el hotel. El ganador, no tengo ni idea de que se gana, puesto que en cuanto han dicho que es en público, he cerrado los oídos. Me despido de Olivia y me dirijo hacia el pasillo del infierno. Veo a lo lejos una silueta, y temo que sea algún tipo de secuestrador o un niño que quiera una foto o algo. Aunque dudo que me conozcan, y yo me la haría encantada, la verdad. Cuando me voy acercando, poco a poco se me va parando el corazón.

Landon está ahí. Sentado en el suelo, apoyado en la pared, justo al lado de mi puerta, con una libreta en la mano. Cuando me ve, la cierra rápido y se levanta de golpe.

—Aria.

Me llama como si no hubiera pasado nada. Como si no me hubiera dejado sola. Como si no me hubiera hecho sentir como una idiota. Y yo, en vez de contestar, lo ignoro. Saco la tarjeta de la funda del móvil. *Chúpate esa, chico malo.* ¿Estoy siendo una imbécil, al igual que él? Sí. Pero que se joda. Abro la puerta y, antes de poder cerrarla, Landon ya está dentro. Y no solo dentro. Está sentado en mi cama. Como si fuera suya.

—¿Qué quieres? —pregunto, seca.

—Me tuve que ir —levanto las cejas como si estuviera impresionada por su descubrimiento— Tiene una explicación.

—¿Cuál? —pregunto, sin suavizar nada.

—No me hables así, por favor —dice, y su cara parece incluso dolida.

Me da rabia. Me da rabia que parezca bueno ahora. Me da rabia porque no sé si es real o es parte de su teatro.

—Ahora te viene lo de ser majo —suelto, sin pensar. Landon abre la boca como si fuera a responder, pero yo me adelanto. Estoy cansada —. Es que ya sé cómo eres, Landon —digo, y me siento en la cama para no temblar—, haces que una chica se fije en ti solo para follártela y al día siguiente no saber nada de ella.

Sé que le he hecho daño con mis palabras, porque antes me miraba con una pequeña dulzura y ahora me mira un poco enfadado. Bueno, quitando lo de poco. Al tener la mandíbula tan marcada, noto cómo la aprieta. También puedo ver como traga saliva. A decir verdad, mi comentario no era para hacerle daño, sino para que, con su mirada, me confirme si realmente busca algo serio o si realmente estoy en la razón. Sé que he dado en el clavo por cómo me mira.

—¿Y si soy así, qué pasa? —responde, y usa mi mismo tono, el mismo frío—. Que yo recuerde, en ningún momento he dicho que quisiera algo contigo.

Y así, la Aria empoderada de hace apenas unos segundos se esfuma. Es como si me hubieran pegado una bofetada. Porque tiene razón. Y me duele. No entiendo cómo la gente puede jugar así con los sentimientos de la gente. Si es que yo se lo vi, la intuición no falla. No sé porqué me dejé comer la cabeza por un subnormal así.

—Fuera de aquí —digo. Landon no se mueve. Me levanto y lo agarro del brazo, obligándome a no temblar—. Landon, vete.

Por fin reacciona. Se levanta, lleno de furia. Justo cuando está en la puerta, me mira con asco. Ni siquiera me había mirado así la primera vez que le conocí.

—Prefiero Sterling —dice, casi es un susurro. Pero le he oído perfectamente.

Me quedo en shock un segundo y luego no puedo evitar reírme, aunque tengo lágrimas en los ojos. Es ridículo. Todo es ridículo.

—¿En serio? —digo, soltándole—. Vete a la mierda, Landon. No me hables en tu puta vida—no reacciona. No dice nada. Eso me rompe más que cualquier insulto—. Vete.

Se gira hacia la puerta. Y mi pecho se aprieta, porque en el fondo no quiero que se vaya. Quiero que se quede. Quiero que me diga que estoy equivocada. Quiero que me arregle lo que ha roto. Justo cuando va a abrir la puerta, se frena en seco. Y yo, por puro instinto, me alejo. Por su aspecto, me da vibras de que es el típico que cuando se enfada le pega un golpe a la puerta o algo, a ver si me voy a llevar yo la hostia sin querer. Pero no lo hace. Nada de puñetazos. En lugar de eso, gira su cuerpo hacia mí y vuelve a mirarme. Intento no mirarle de vuelta, ahora mismo le odio, y sé que él a mí también por cómo me mira.

Me coge por los hombros y me empuja contra la pared.

—¿Pero qué coño hac…? —empiezo.

No me deja terminar. Me besa. No soy capaz de responder, pero no por asco, sino por sorpresa. Odio que en este momento mi mente no

piense en alejarse, sino que piensa en volver a besarle. A pesar de que le odio, porque le odio.

—Aria, joder —murmura entre besos—. No quiero alejarme de ti.

Me vuelve a besar y mi autocontrol se va a la mierda cuando le agarro de la cabeza y le atraigo más hacia mí. Porque odio esto. Lo odio. Pero me gusta. Aunque por poco tiempo, porque proceso lo que acaba de decir. ¿Qué no quiere alejarse? *Pero será gilipollas.* Le empujo. Landon me mira confundido. Y yo, sin saber de dónde me sale, le doy una bofetada. Me sorprendo a mi misma y me miro la mano, claramente flipando por lo que acabo de hacer. Nos quedamos los dos paralizados. Yo por hacerlo. Él por recibirla. Landon se toca la mejilla, dolido. Pero no hace nada. Solo me mira como si estuviera intentando entenderme.

—Vale —dice, respirando hondo—. Lo entiendo. Soy un cabrón—se separa un paso. —Que no te haya dicho que me atraes no significa que no pase, Walker.

—¿Quieres algo conmigo? —pregunto, aunque sé que es absurdo.

Sé lo que va a decir. Lo sé. Landon niega con la cabeza.

—No es tan fácil, Aria. Nos conocemos de dos días —y odio admitir que tiene razón —. Además —añade—, nunca me he enamorado.

Suelto una palmada, irónica, y me acerco un poco más.

—Lo olvidaba, chico malo.

No sé cómo lo hace, pero en dos frases me ha hecho olvidar que hace cinco segundos lo quería matar. No sé si eso es bueno o es preocupante. Landon sonríe por cómo le llamo.

—De todas maneras —dice, acercándose él ahora—, serías la última persona de la que me enamoraría.

—¿Ah, sí? —susurro, tragándome la vergüenza. Con él es fácil.

Landon me coge la cara con suavidad y deja la mano ahí, como si me sostuviera. Me mira a los ojos. Me acaricia la mejilla con el

pulgar. Baja lentamente hasta mi labio y roza justo la comisura, despacio, como si me estuviera poniendo a prueba. Me vuelve a mirar a los ojos.

—No —susurra.

Acerca su nariz a la mía. Está esperando que sea yo la que haga el último movimiento. Y yo no lo hago. Porque si lo hago, pierdo. Y estoy cansada de perder. Noto su respiración entrecortada rozándome la piel. Baja la mirada a mis labios, se relame los suyos sin darse cuenta. Estamos demasiado cerca. Solo haría falta un movimiento mínimo para poder besarle.

—¿En qué estás pensando? —pregunto, curiosa, casi sin voz.

Landon me coge la mano y la lleva a su pecho. Al principio no entiendo. Hasta que noto su corazón. Va rapidísimo. Igual que el mío. Se inclina hacia mi cuello y se para en mi oído.

—¿Lo notas? —susurra—. Es lo desesperado que me siento por besarte ahora mismo.

Y yo me quedo sin aire. Entonces, como una señal del destino haciéndome ver que esto está muy mal, llaman a la puerta. Nos separamos de golpe, como si nos hubieran pillado haciendo algo ilegal. Me acerco a la puerta intentando disimular el calor que tengo en la cara.

—¿Quién? —pregunto.

—La carta con el menú de hoy, señorita Walker.

Landon sonríe, se tapa la boca con la mano como un crío y corre al baño a esconderse. Abro la puerta, elijo lo que quiero comer y cierro, esperando que lo traigan. Cuando vuelvo, Landon sale del baño. Y su cara ha cambiado. Otra vez esa seriedad. Otra vez ese "*me da igual todo*".

—Me voy a mi habitación —dice, ya girándose hacia la puerta.

—¿No comes aquí? —pregunto, sin entender el cambio.

Landon se pone los cascos que llevaba colgados al cuello sin mirarme.

—Tengo cosas que hacer.

Y eso es todo. Sale por la puerta. Y me deja sola. Otra vez. Me quedo en mitad de mi habitación con el pecho apretado, el labio todavía caliente y la rabia subiéndome por la garganta. Porque no sé qué quiere. Porque no sé qué quiero yo. Solo sé una cosa: que esto no va a acabar bien. Y lo peor es que una parte de mí no quiere que acabe.

Capítulo 6

Landon Sterling

Cierro la puerta de mi habitación de un portazo que suena demasiado fuerte para la hora que es. Sinceramente, eso es lo que

menos me importa ahora. No me importa despertar a un vecino, tampoco me importa que me echen del hotel. Me quedo quieto unos segundos, con la mano todavía apoyada en la madera, como si cerrarla hubiera sido una decisión importante. Como si al hacerlo hubiera elegido algo. Me paso las manos por la cara, arrastrándolas hacia abajo, frotándome los ojos hasta que veo luces de lo fuerte que aprieto. *Joder*. Debería haberme quedado. Debería haber dicho algo distinto. Debería dejar de actuar como un completo gilipollas. Pero no lo hago. Nunca lo hago cuando importa. Sé que no tiene ningún sentido que diga esto, ya que nunca he sentido atracción por nadie, solo lo mínimo para terminar en lo de siempre. Lo de Aria va mucho más allá de eso. La odio por hacerme sentir de esta manera tan vulnerable, la odio porque es tan buena que hacerla todas estas putadas me duele. La odio porque siento cosas por ella.

Camino por la habitación sin rumbo, chocando casi con la cama, con la mesa, como si el espacio se hubiera encogido de repente. Me siento, me levanto, vuelvo a sentarme. No sé qué hacer con el cuerpo. No sé qué hacer conmigo. Abro la maleta sin pensar y ahí está la caja de cigarrillos. Me quedo mirándola como si me estuviera retando. Hace ocho meses que no fumo. Ocho meses desde la última vez que pensé que necesitaba algo para calmarme. Ocho meses diciéndome que ya no soy ese. No entiendo qué cojones me está pasando. No me había pasado nunca. Nunca sentí que alguien me descoloca hasta el punto de no reconocerme. Y eso es lo que me hace actuar como un completo gilipollas. A la mínima que siento que me estoy saliendo de lo que es normal para mí, del momento en el que deseo hacer con Aria algo que no haría con nadie más, es cuando me aparto.

No es por ella, es por mí. Pero a ver cómo le explicas eso a alguien que ve que huyes de ella. Es como si Aria me debilitara. Como si tuviera un mando invisible y pulsara botones que yo no sabía que existían. Y cuando se va, cuando se aparta, cuando deja de mirarme… me quedo vacío. Y eso me da miedo. Puta debilidad y puto amor, estaba muy tranquilo a lo mío hasta que decidió chocarse conmigo. Abro la caja de los cigarrillos y saco uno. Cojo el mechero,

aunque ya sé que no debería. Después, salgo a la terraza y me dejo caer en la silla. El cigarro pesa demasiado entre mis dedos. Lo giro, lo observo, como si fuera a darme una respuesta. Enciendo el mechero. La llama sale firme. Me lo llevo a la boca y lo enciendo. Esto me hará olvidarla. Aspiro. El humo me quema la garganta. Expulso el aire lentamente, mirando hacia la calle. Doy otra calada. Y otra. Y entonces algo dentro de mí se revuelve. Apago el cigarro con rabia contra el cenicero. No quiero olvidarla. Y eso es lo que más me jode de todo.

***

La comida llega media hora después. Oigo el carrito por el pasillo, y también oigo cómo se abre su puerta. Mi cuerpo reacciona solo: cojo el móvil y empiezo a buscarla, como si fuera lógico. No aparece. No hay fotos suyas. No hay entrevistas. No hay artículos. En *Google* salen otras chicas con su nombre. En *Instagram* no existe. En *YouTube* tampoco. *Nada*. Es como si no perteneciera a este mundo. Como si no hubiera dejado huella en ningún sitio. Y no sé por qué, eso me pone nervioso. Me hace sentir que podría desaparecer de mi vida igual de fácil. Que podría no volver a verla y no habría pruebas de que existió. Llaman a mi puerta y el corazón se me acelera como un imbécil.

—¿Quién? —pregunto.

No hay respuesta. Una nota se desliza por debajo de la puerta. La abro rápido, esperando verla ahí fuera. No hay nadie. Leo: **Concurso de poemas. Diez y media. Participación de miembros del nuevo rodaje.** Nuevo rodaje. *Ella*. Estoy seguro de que irá Aria. Nunca me ha gustado la poesía, siempre me ha parecido gente leyendo cosas demasiado profundas para sentirse especiales. Pero esta vez quiero ir.

↞ ↞ ↞

Son las cinco de la tarde y faltan cinco horas. Abro la puerta y camino justo cinco pasos antes de pararme en seco.

—…y es siempre igual —dice su voz—. Parece un puto acosador.

Se me congela el cuerpo.

—Bloquéale —responde otra voz femenina—. Caso arreglado.

Me quedo quieto, con la frente apoyada en la puerta, respirando hondo. No debería estar escuchando. No debería importarme. Pero me importa. Llamo antes de pensar y la puerta se abre rápido. La rubia del rodaje me mira con la boca abierta.

—Hostia… —murmura.

Se aparta un poco y entonces aparece Aria. Me mira. Rueda los ojos.

—¿Qué haces aquí?

No alza la voz, pero el tono basta. Me recoloco el peso en un pie, como si eso me hiciera menos intruso.

—Vaya —respondo—. Ese "*hola*" ha sido especialmente cariñoso.

—No estoy de humor —dice, cruzándose de brazos—. Así que ve al grano.

Ese cruce de brazos no es casual. Es un muro. Uno que ya conozco.

—Creo que me he confundido de habitación—bromeo.

—Claro —responde—. Y yo creo que sabes perfectamente dónde estás.

La rubia carraspea detrás de ella, incómoda, como si de pronto sobrara.

—Eh… yo… —empieza.

—Olivia —dice Aria sin mirarla—, dame un segundo —Olivia nos observa a los dos como si hubiera entrado en mitad de una escena sin contexto. Luego se acerca y abraza a Aria rápido, fuerte, con cariño real. A mí, en cambio, me dedica una mirada de arriba abajo,

cejas fruncidas, juicio silencioso, antes de irse. Cuando la puerta se cierra, el aire pesa un poco más— ¿Has venido a escuchar conversaciones ajenas o a decir algo? —me suelta Aria.

Aprieto la lengua contra el paladar antes de contestar.

—No estaba escuchando —digo—. Bueno, no de forma profesional.

—Eres increíble.

—Gracias, intento mantener el nivel.

—No era un cumplido.

—Nunca lo son contigo —sonrío—. Pero oye, variedad ante todo.

Su mandíbula se tensa apenas un segundo.

—Landon —dice mi nombre despacio—, ¿qué quieres?

Me quedo callado. Demasiado. El silencio se estira y noto cómo me pica la nuca.

—No lo sé —admito—. ¿Eso cuenta como respuesta honesta?

—Cuenta como respuesta vaga —replica—. Y estoy cansada de eso.

—Pues siento decepcionarte, pero es lo único que tengo ahora mismo.

Suspira por la nariz, molesta.

—Siempre tienes algo —dice—. Apareces, desapareces, vuelves a aparecer, ¿sabes lo que pareces?

—Un acosador —repito—. Sí, lo he oído.

No esperaba que sonriera. Pero lo hace. Apenas un segundo. Y ese segundo me descoloca más que un insulto.

—Al menos escuchas.

—Cuando quiero —respondo—. Y cuando no, también, por desgracia.

Doy un paso dentro sin pedir permiso. El suelo cruje bajo mi zapatilla.

—¿Puedo?

—Ya lo has hecho —dice—. Así que supongo que sí.

Entro del todo y me siento en la cama como si fuera lo más normal del mundo. Me dejo caer, y el colchón cede bajo mi peso.

—¿Te importa? —pregunto, señalando la cama.

No me muevo ni un centímetro. Estoy tirado como si ese sitio fuera mío desde siempre, aunque no lo sea. Aria me mira un segundo de más, evaluándome.

—Me importa —responde—. Pero tampoco te vas a mover.

Sonrío de lado, porque me ha leído demasiado bien.

—Exacto.

—Eres insufrible.

No grita. No dramatiza. Eso es lo que de verdad me toca.

—Y tú sigues hablándome —le devuelvo—. Algo estaré haciendo bien.

Rueda los ojos, pero no se levanta. Punto para mí.

—No te flipes.

—Jamás.

Se sienta al otro lado de la cama y coge el portátil. En vez de abrirlo, lo deja apoyado contra el pecho, como un escudo improvisado, como si yo pudiera atravesarlo con solo mirarla.

—¿Has venido a pedir perdón? —pregunta.

—No soy bueno en eso.

—Ya me he dado cuenta.

El silencio pesa. Me rasco la nuca. Clásico movimiento de cualquier persona que no sabe dónde meterse.

—Pero puedo intentarlo —añado—. A veces.

—No me hagas perder el tiempo.

Respiro hondo. Esta es la parte en la que normalmente me largo, pero hoy mi cuerpo no se mueve.

—No quería irme antes.

Ahora sí me mira. Y duele un poco.

—Pues lo hiciste.

—Porque si me quedaba —me paso la lengua por los labios—, iba a decir cosas que no debería.

Aria se inclina un poco hacia delante. Atenta.

—¿Peores que desaparecer sin decir nada?

—Sí.

Aria ladea la cabeza, como si quisiera estudiarme.

—¿Por ejemplo?

Trago saliva, ya no hay vuelta atrás.

—Por ejemplo —empiezo— decirte que llevo todo el día con tu voz en la cabeza.

Frunce el ceño, como las otras mil veces de antes. Me voy a terminar acostumbrando a ese gesto, y me pego mentalmente al confirmar que aún así sigue igual de guapa.

—No me hables en metáforas baratas.

—No es metáfora.

—Pues dilo claro.

Me quedo callado un segundo. Odio decir las cosas claras. Porque cuando las digo, son verdad.

—*Voglio che tu esca dalla mia fottuta testa.*

—Ya estamos —dice, suspirando—. Landon, no sé italiano.

—Lo sé.

—Entonces habla normal.

—No sé decirlo normal.

—Eso es problema tuyo —se inclina hacia delante— ¿Qué pasa conmigo ?—pregunta.

Abro la boca para decir algo, pero no me sale nada, aunque se lo que quiero decir. Cierro la boca y aprieto los dientes.

—Eso no es justo —respondo.

—Nada de esto lo es.

Se cruza de brazos. Está a la defensiva pero aun así, no se aleja.

—Vale —resoplo—. ¿Quieres jugar a esto?

—Depende.

—Quiero que salgas de mi puta cabeza. Eso he dicho en italiano— confieso—, ¿contenta?

Se queda mirándome. Esta vez no aparta la vista.

—Eso sí lo entiendo.

—Genial. Avanzamos.

—¿Y por qué no salgo? —pregunta—. ¿Qué te lo impide?—no respondo. Porque sé la respuesta— Exacto —concluye—. Tú.

Aprieto la mandíbula. Me duele que tenga razón.

—¿Y tú qué quieres, Aria?

Se toma su tiempo en responder. Demasiado tiempo, diría yo. Tanto que hace que empiece a contar números en mi cabeza para relajarme.

—Que no me confundas.

—Demasiado tarde —resoplo.

—Que no hagas cosas bonitas si no significan nada.

Me incorporo un poco, serio por primera vez.

—No hago nada sin que signifique algo.

—Mentira.

—Vale —admito—. A veces sí.

Se cruza de piernas, marcando distancia. Mierda. Si me hubiera callado ahora seguiría igual de cerca que antes.

—Entonces no juegues a esto conmigo.

—Tampoco sé jugar a otra cosa.

—Eso no es romántico —dice—. Es preocupante.

—Nunca he dicho que fuera romántico.

Se forma un silencio raro, como si Aria no hubiera pillado mi coña.

—Vete —dice al final—. Antes de que me arrepienta de no haberte mandado a la mierda.

Me levanto despacio. No porque no tenga prisa. Porque si voy rápido, parece que me da igual.

—Suerte con el poema.

—No es para ti.

—Menos mal —sonrío—. Me pondría nervioso.

—Landon—me llama.

—¿Sí?

—No vuelvas a escuchar detrás de las puertas.

Sonrío, cansado.

—Prometo intentarlo—respondo, burlón.

—Eso no es una promesa.

—Es lo máximo que puedo ofrecer ahora.

Me mira. Niega con la cabeza.

—Eres un imbécil.

—Lo sé.

Cierro la puerta con cuidado. Demasiado cuidado. Y aun así, mientras me alejo, sé una cosa con absoluta certeza: ninguno de los dos quiere que esto termine aquí.

𐙚 𐙚 𐙚

Diez y media. El teatro está más lleno de lo que esperaba. Demasiado para ser de un hotel. Hay un murmullo constante que no se apaga nunca del todo: risas bajas, gente cuchicheando, el roce de las chaquetas contra los asientos, algún móvil vibrando a destiempo. Todo suena demasiado alto. Edward está a mi lado, dormido, con la cabeza ladeada y la boca ligeramente abierta, como si este lugar no tuviera absolutamente nada que ver con él. Ha venido porque le he insistido mil veces, porque le he vendido esto como hacer algo juntos, como salir del hotel y despejarnos, aunque ninguno de los dos se creyera esa excusa ni por un segundo. Yo, en cambio, no puedo estar quieto. Muevo el pie derecho. Luego el izquierdo. Me froto las manos contra los vaqueros. Aprieto la mandíbula hasta que me empieza a doler. *Me quiero ir. No. No me quiero ir.* Quiero que salga ya. Sale gente al escenario y la aplauden. Yo aplaudo por inercia, porque todo el mundo lo hace y no quiero llamar la atención. No escucho realmente nada de lo que dicen. Las palabras entran y salen de mi cabeza sin quedarse. No me importa ninguno. No he venido por esto.

Hasta que sale ella. Aria. Se me para el mundo un segundo. Literalmente. Como si alguien hubiera bajado el volumen de todo lo

demás y lo único que quedara enfocado fuera ella. El escenario, la luz, su silueta. Por fuera parece tranquila. Camina con seguridad, la espalda recta, el papel bien sujeto entre los dedos. Si alguien que no la conociera la mirara ahora mismo, pensaría que está perfectamente. Que esto no le impone. Que no tiene miedo. Yo sé que no es verdad. Lo sé por cómo respira antes de llegar al atril. Por cómo se aclara la voz una décima de segundo más de lo necesario. Por cómo aprieta el papel, como si necesitara sentir algo sólido entre los dedos para no perder el equilibrio. Por ese gesto mínimo, casi invisible, de humedecerse los labios. Está nerviosa. Mucho. Y aun así está ahí arriba.

Empieza a leer. Y cada palabra me golpea. No es solo lo que dice. Es cómo lo dice. Es el ritmo exacto que le da a cada verso. Es la pausa entre frase y frase, como si necesitara un segundo para recomponerse sin que nadie lo note. Es la forma en la que su voz tiembla lo justo para que no parezca un error, sino algo inevitable. Algo humano. Habla de confusión. De duda. De no saber dónde colocarse sin perderse. Habla de sentirse atrapada entre dos cosas que tiran en direcciones opuestas. De avanzar y retroceder al mismo tiempo. De querer y no querer. De quedarse cuando sabe que debería irse. Entre dos personas. Trago saliva. Siento una presión en el pecho que me obliga a incorporarme un poco en el asiento, como si el aire ya no entrara igual. Siento que me está hablando a mí. No al público. No al teatro lleno. *A mí*. Que cada verso es una hostia directa, bien colocada. Que todo esto no es poesía al azar, que tiene nombre y apellido aunque no los diga. Y cuando levanta la mirada y me busca, no soy yo quien la encuentra primero. Es ella la que me encuentra a mí.

Se le clavan los ojos en los míos, incluso desde aquí. Incluso con la luz cegándole parte de la cara. Me reconoce. *Lo sé.* Porque algo cambia en su expresión. Algo mínimo, pero suficiente. Su respiración se altera apenas un poco. Sus hombros se tensan. Y entonces deja el papel. Ahí es cuando todo se vuelve peor. Ya no lee. Ya no se esconde detrás de nada. Ya no hay excusas. El papel queda apoyado. Ahora las palabras salen de ella, no de la hoja. Me está

mirando a mí mientras habla. A mí, entre toda esta gente que no tiene ni idea de lo que está pasando realmente. Dice cosas como *confundo tus miradas* y siento un nudo seco en el pecho, como si me hubieran apretado por dentro. Dice *laberinto* y me veo reflejado en cada pared, dando vueltas sin encontrar salida. Dice *no sé qué somos sin decirlo*, y me duele como si me lo hubiera escupido a la cara.

Porque lo sé. Lo sabe. Lo sabemos los dos. Esto no es una actuación. Esto no es un poema cualquiera. Esto es una confesión. Siento calor. Demasiado. Me levanto antes de pensar. No puedo seguir escuchando. Me da miedo escuchar más. Me da miedo entender demasiado. Me da miedo quedarme y que algo dentro de mí se rompa del todo. Edward se mueve a mi lado y, de repente, está despierto. Me agarra del brazo antes de que pueda dar un paso más.

—Te lo dije —dice, serio ahora, sin rastro de sueño—. Le estás haciendo daño.

No le miro.

—¿Crees que no quiero irme? —susurro, con rabia, con la voz baja para que nadie más oiga—. ¿Crees que no lo he intentado?

Edward aprieta un poco más fuerte, obligándome a mirarle.

—No —me corrige—. No quieres.

Aprieto la mandíbula.

—No sabes de lo que hablas.

—Sí lo sé —dice—. Te conozco desde hace años. Cuando algo te da miedo, huyes. Pero cuando algo te importa, te quedas dando vueltas alrededor hasta que lo rompes—trago saliva—. Y eso es lo peor —añade—. Porque no es que no puedas irte. Es que no quieres.

No digo nada. No porque no tenga respuesta, sino porque la tiene él. Porque cada palabra encaja demasiado bien. Porque me duele admitirlo. Me levanto del todo y camino hacia la salida sin mirar

atrás. No espero a que me siga. No espero a que termine el poema. No espero a que baje del escenario. No espero a que me vea irme. Me voy. Porque me gusta. Porque nunca me había sentido así. Porque no sé cómo manejarlo. Y porque, por primera vez en mi puta vida, algo me importa de verdad, y no tengo ni idea de qué hacer con eso.

Capítulo 7

Aria Walker

Llevo una semana sin hablar con Landon. Siete días exactos. No porque los haya contado de forma consciente, sino porque mi cabeza lo ha hecho por mí, como si necesitara llevar un registro exacto de cuánto tiempo lleva sin aparecer. Como si eso sirviera para algo. Una semana sin verle, sin oírle, sin esa sensación molesta —y ahora incómodamente familiar— de saber que está cerca. No voy a fingir que no quiero verle. Claro que quiero. He pensado más veces de las que me gustaría admitir en llamar a su puerta y exigirle que me explique de qué coño va todo esto. En preguntarle por qué

desaparece cuando las cosas empiezan a importar. En decirle que no tiene derecho a entrar en mi vida, removerlo todo y luego largarse como si nada. Le odio. *O al menos eso intento repetirme.* Porque hay otra parte de mí —mucho más silenciosa, mucho más traicionera — que le echa de menos. Que echa de menos el silencio cómodo que se formaba cuando estábamos juntos. Ese silencio raro que no pesa, que no incomoda, que no exige que digas nada inteligente para justificar tu presencia.

Mi portátil se ilumina de repente y el destello me saca de mis pensamientos. Parpadeo un par de veces, como si volver a la realidad me costara más de lo normal. Me acerco y veo el remitente del correo. Izan. Abro el mensaje sin pensarlo demasiado y noto cómo el estómago se me encoge. El rodaje se reanuda mañana. *Mañana*.

—De puta madre… —murmuro, dejándome caer en la cama.

No es que no quiera volver a rodar. De hecho, me alegra. Necesito distraerme, hacer algo, sentir que no estoy atrapada en este hotel con mis pensamientos dando vueltas como buitres. Lo que no me hace ninguna gracia es volver a actuar con Landon. Tener que fingir cercanía, tensión romántica, miradas cargadas de intención, cuando fuera del guión no sabemos ni en qué punto estamos. Cojo el móvil y llamo a Olivia. No responde. Me sorprende más de lo que debería. Nunca pensé que acabaría apoyándome en ella, pero aquí estamos. Apuntarme a las clases de poesía fue lo mejor que hice desde que llegué. Gracias a eso la conocí de verdad. Resulta que escribe desde pequeña, pero siempre se ha escondido por miedo al qué dirán. Por miedo a exponerse. Me veo reflejada en eso más de lo que me gustaría.

La vuelvo a llamar y esta vez sí responde.

—Dime que has cambiado de opinión y me vas a decir de una vez para quién iba tu poema —dice, sin rodeos, como si no existiera otra posibilidad.

Resoplo y dejo caer la cabeza hacia atrás, mirando el techo.

—Hola a ti también —bromeo—¿Y cuándo te vas a olvidar de eso? —pregunto, intentando sonar ligera, aunque ni yo misma me lo creo.

—Nunca —responde sin dudar—. Lo siento, pero no. Me encantó.

Y, sin querer, algo se me encoge en el pecho. No porque necesite aprobación —o eso me digo—, sino porque cuando alguien ve algo tuyo de verdad, algo que escribes sin pensar en quién lo va a leer y no sale corriendo, es la mejor sensación que alguien puede experimentar.

—Eres muy intensa —murmuro.

—Y tú muy dramática —me devuelve—. Estamos empatadas—sonrío sin darme cuenta—En serio, Ari —añade, bajando un poco el tono—. No tienes pinta de escribir cosas porque sí. Ese poema no era al azar.

Trago saliva.

—No todo tiene que ir dedicado a alguien —digo, a la defensiva.

—Eso es mentira y lo sabes —responde—. Cuando algo no es así, no duele tanto escribirlo.

Cierro los ojos un segundo. ¿Por qué tiene que ser así?

—Métete en el correo —le digo rápido, cambiando de tema antes de que siga tirando del hilo—. Dime qué opinas de eso.

Oigo cómo se mueve al otro lado, seguramente abriendo el portátil o el móvil.

—A ver… —dice—. Vale, sí. Esto es muy de golpe, ¿no?

—Exacto —respondo—. Cero tacto.

—Pero bueno —añade—, mejor que quedarnos aquí eternamente sin hacer nada.

—¿Eso lo dices tú o tu cuenta bancaria?

Se ríe.

—Un poco de las dos cosas, no te voy a mentir.

Hay un silencio corto, cómodo.

—¿Tienes ganas? —pregunto al final, sin pensar demasiado.

—Ari —se ríe otra vez—, pareces una entrevistadora pesada. ¿Qué viene después, que donde me veo dentro de cinco años?

—No te pases.

—Sí, tengo ganas —dice, ya más seria—. Me gusta rodar. Y me gusta estar aquí. Aunque sea raro.

Asiento, aunque no pueda verme. No sé por qué me alivia oír eso.

—Vale —murmuro—. Me alegro.

—¿Y tú? —pregunta—. No te escapes. ¿Tienes ganas o no?

Abro la boca para responder, pero en ese momento llaman a la puerta y pego un pequeño salto.

—Joder —suelto.

—Relájate —se ríe—. Parece que van a raptarte.

—Pues mira, ojalá

—¿Es alguien interesante? —pregunta, en tono de broma.

—Que va—respondo.

—Bueno, eso ha sonado un pelín sospechoso.

—Olivia…

—Vale, vale —se ríe—. Te cuelgo antes de que me arrepienta de no estar ahí para cotillear en directo. Mañana nos vemos, ¿vale?

—Sí —respondo—. Mañana.

Cuelgo y me quedo unos segundos mirando la pantalla apagada del móvil, respirando hondo, antes de acercarme despacio a la puerta. No tengo mirilla, ha dado la puta casualidad de que está rota, así

que pego la oreja, intentando adivinar quién está al otro lado. Aunque en el fondo ya lo sé. *Espero*.

—¿Quién? —pregunto, deseando oír esa voz después de tanto.

—Abre —dice al otro lado, seco.

Solo oír su voz me remueve todo. El estómago se me encoge de golpe, y noto esa presión rara en el pecho que siempre aparece cuando algo me importa más de la cuenta. Odio que me pase con él. Odio que, después de una semana entera intentando convencerme de que puedo seguir sin Landon, una sola palabra suya sea suficiente para descolocarme entera. No quiero abrir. No quiero verle. No quiero volver a escucharle hablar como si nada hubiera pasado. Me quedo quieta un segundo, con la mano suspendida a medio camino del pomo. Pienso en todas las veces que he imaginado esta escena: yo abriendo la puerta, diciéndole cuatro verdades, cerrándosela en la cara. Pienso en lo bien que me sentí los primeros días sin verle, en cómo el silencio empezó a doler menos, hasta que dejó de ser silencio y se convirtió en ausencia. Respiro hondo. Una vez. Dos. Pero lo hago.

Porque siempre hago lo mismo. Porque siempre termino abriendo la puerta a las personas que sé que pueden hacerme daño. Porque, aunque me cueste admitirlo, una parte de mí necesitaba que estuviera ahí, al otro lado, llamando. Y eso es lo que más rabia me da. Y ahí está. Landon. Ni siquiera parece nervioso. Eso es lo primero que pienso. Está ahí plantado, como si no llevara una semana entera ignorándome. Y eso, precisamente eso, es lo que más me jode. Porque yo sí he estado nerviosa. Yo sí he estado dándole vueltas a todo, repasando conversaciones, miradas, palabras que quizá significaron más para mí que para él.

—¿Qué quieres? —pregunto sin apartarme de la puerta.

No me muevo. No le dejo claro si puede pasar o no. Es una forma absurda de protegerme, lo sé, pero ahora mismo necesito cualquier barrera posible.

—Hablar.

Claro. Hablar. Qué fácil suena cuando lo dice él.

—Tu silencio ya me ha hablado. Y tu ausencia también —respondo—. Durante una semana entera—le recuerdo.

No responde. En su lugar, aprieta la mandíbula. Lo conozco lo justo para saber que ese gesto significa que algo le ha dolido, aunque intente disimularlo.

—¿Me vas a dejar pasar o prefieres seguir castigándome desde el pasillo?

Ese tono. Esa manera de intentar quitarle peso a todo. Me arde algo en el pecho.

—No te hagas la víctima —digo, notando cómo se me tensa la espalda—. Yo no he sido la que se ha alejado— abro la puerta del todo y me aparto solo lo justo para que pase. No porque quiera que entre, sino porque no quiero seguir teniendo esta conversación en el pasillo como si no importara. En cuanto cruza, cierro de golpe. El ruido resuena más de la cuenta. Me giro hacia él antes de que pueda decir nada—¿Sabes lo humillante que es sentir que te has inventado algo? —le suelto de golpe—. Pensar que igual todo estaba en tu cabeza, que malinterpretaste gestos, y quedarte esperando como una idiota.

Mientras hablo, me doy cuenta de que me tiemblan un poco las manos. Las escondo cruzando los brazos.

—No fue mentira —dice rápido—. Nada de lo que pasó fue mentira.

Y quiero creerle. *Joder, cómo quiero creerle.* Pero las ganas no quitan el daño.

—Pues eso pareció cuando te fuiste —respondo—. Cuando me dejaste sola sin una explicación.

—¡Porque no sabía qué decirte! —alza la voz—. Porque sabía que si abría la boca la iba a cagar aún más.

Ese "*aún más*" me golpea.

—¿Y desaparecer es mejor opción? —pregunto, notando cómo la voz ya me tiembla—. ¿De verdad crees que eso duele menos?

Se queda callado. Me mira. Y por primera vez no veo a Landon Sterling, el actor seguro de sí mismo. Veo a un chico que no sabe dónde meterse.

—No —dice al final—. No lo es.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

Necesito la respuesta. No una excusa. Algo que tenga sentido. Se pasa la mano por el pelo, nervioso. Ese gesto sí que no es fingido.

—Porque me asusté.

Me río. Sale sola. Una risa corta, sin gracia.

—Claro. Pobrecito.

Me odio un poco por decirlo, pero no puedo evitarlo.

—No te rías —dice, molesto—. No estoy de broma.

—Ni yo —respondo—. Yo estaba aquí intentando entender qué había hecho mal para que te largaras.

Y al decirlo me doy cuenta de que eso es lo que más me duele: haberme culpado.

—No hiciste nada mal —me aclara

—Típica frase de libro romántico

—Porque es verdad, joder —da un paso hacia mí. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza y se tensa entero. No me aparto, pero tampoco cedo—. Me gustas —dice—. Y no estoy acostumbrado a eso.

Lo dice como si fuera una confesión enorme. Para mí suena más a problema.

—Eso no es un halago —le digo—. No me ha hecho sentir mejor.

—Lo sé —responde—. Por eso me fui.

—Pues te salió genial —le suelto—. Me dejaste hecha mierda.

Esta vez sí que le hago daño realmente. Lo veo en su cara. En cómo baja un segundo la mirada.

—No quería hacerte daño, Aria.

—Pero lo hiciste —digo, ya sin rabia, solo cansancio—. Y eso es lo único que importa ahora mismo.

El silencio se instala entre los dos. No es cómodo, a diferencia de otros días. Es pesado, denso, como si costara respirar.

—No sé quedarme —dice al final, más bajo—, siempre he sido así. Cuando algo empieza a importarme, huyo.

Y ahí está. La verdad que no quería oír, pero que necesitaba.

—Pues conmigo eso no funciona —respondo—. Yo no quiero a alguien que aparece cuando le apetece y desaparece cuando siente algo de verdad.

—No soy ese tío contigo —dice, frustrado—. O al menos no quiero serlo.

—Pues demuéstralo —le digo—. Porque ahora mismo solo veo a alguien que me hizo creer cosas para luego largarse.

—¿De verdad piensas que todo esto me da igual? —se enfada—. ¿Que me fui tan tranquilo?

—No lo sé —confieso—. Porque no estabas aquí para decírmelo.

Eso le deja sin palabras. Y por primera vez siento que estamos hablando de verdad.

—Estoy harto de que pienses que juego contigo —dice—. No he venido a follarte ni a marearte.

—Menos mal —respondo—. Porque no es lo que busco.

—Entonces deja de empujarme fuera como si lo fuera.

—Deja de actuar como si lo fueras —le devuelvo y nos miramos. Los dos respirando fuerte. Los dos cansados— El poema era para ti —digo al final, sin mirarle—. Y me jode admitirlo.

Siento cómo se queda quieto.

—Eso…—empieza—. Eso no era algo que tenía que saber así.

—Pues ya lo sabes —respondo—. Y ahora entiende por qué dolió tanto que te fueras.

Da un paso hacia mí. Levanto la mano antes de que haga nada.

—No —le advierto—. No intentes arreglar esto besándome.

Se detiene. Y agradezco que lo haga.

—No he venido para eso —dice, serio—. He venido porque me arrepiento—esa palabra me atraviesa— Me arrepiento de irme —continúa—. De dejarte con dudas. De no hablar cuando debía —me mira de verdad. Sin sonrisas. Sin chulería.—Y estoy enfadado conmigo —añade—. No contigo.

Algo dentro de mí se rompe un poco. De alivio. De dolor. De todo a la vez.

—Entonces no me lo pagues a mí —susurro.

Suspira y se sienta en la cama, como si de repente todo le pesara demasiado.

—No quiero perderte —dice—. Pero tampoco quiero hacerte daño.

No decimos nada durante unos segundos largos. De esos que no son incómodos, pero tampoco tranquilos. De esos en los que piensas demasiado.

—No sé si puedo creer que no te vas a ir otra vez —digo al final, con la voz más baja—. No ahora.

Landon no responde enseguida. Se levanta de la cama despacio, como si no quisiera hacer ningún movimiento brusco que pudiera romper algo invisible.

—No te voy a pedir que confíes en mí —dice—. Sería injusto. Solo… deja que me quede hoy. Sin promesas raras. Solo quedarme.

Lo miro. De verdad lo miro. Y por primera vez no veo al chico seguro, ni al actor, ni al imbécil encantador. Veo a alguien cansado. Y arrepentido.

—Quédate —digo—. Pero no me toques.

Asiente. Ni protesta, ni bromea.

—Vale.

Se dirige a la terraza en silencio. Yo me quedo sentada en la cama, con la cabeza hecha un caos. Me paso las manos por la cara, respiro hondo. Me odio un poco por lo mucho que me afecta. Pasan unos minutos. Abro un poco la puerta de la terraza y lo veo.Está sentado fuera, en una de las sillas, ligeramente encorvado, con los cascos puestos y una libreta apoyada sobre las rodillas. Tiene una pierna doblada y la otra estirada, moviendo el pie al ritmo de algo que solo él escucha. No escribe. Dibuja. Lo sé por cómo mueve la mano. Por la concentración absoluta que tiene encima. Está tan metido en lo suyo que no se da cuenta de que estoy ahí, mirándolo sin pudor.

Me acerco despacio. No porque tenga miedo de hacer ruido, sino porque no quiero romper ese momento. Hay algo casi íntimo en verlo así. Sin pose. Sin personaje. Sin esa seguridad impostada que suele llevar encima. Y entonces lo veo bien. No está dibujando el paisaje. *Me está dibujando a mí.* O, al menos, una versión de mí. Estoy sentada en la cama, con las piernas recogidas y los hombros ligeramente hacia delante. Mi expresión es suave. Tranquila. Hay una pequeña sonrisa en mis labios que no reconozco del todo, pero que, al mismo tiempo, siento extrañamente mía. No sé cuándo he puesto esa cara. No sé cuándo he sonreído así. No sé en qué momento le he mirado de esa manera. Pero ahí está. Soy yo. Claramente yo. Se me cierra el pecho de golpe. Como si alguien hubiera apretado un botón invisible dentro de mí. Trago saliva y noto cómo los ojos se me humedecen sin pedir permiso. Landon se

mueve de repente. Se quita uno de los cascos y, al girarse, me ve. Da un pequeño salto, como si le hubiera pillado robando.

—Joder —dice, llevándose la mano al pecho—. Pensé que estabas dormida.

Su reacción me saca una risa floja, nerviosa.

—No lo estaba —respondo—. Y… tampoco sabía que dibujabas.

Se encoge de hombros, incómodo. Muy lejos del Landon seguro y provocador.

—No suelo enseñarlo —dice—. Es algo mío—asiento despacio. Lo entiendo más de lo que él cree. Arranca la hoja de la libreta con cuidado. Demasiado cuidado, como si temiera romper algo más que papel. La dobla una vez. Luego otra. Y me la tiende sin mirarme directamente a los ojos— No la abras ahora —dice rápido—. Hazme ese favor.

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya intuyo la respuesta.

—Porque me muero de vergüenza —responde—. Y porque no quiero ver tu cara cuando lo hagas.

Cojo el papel. Está tibio. Literalmente tibio, como si aún conservara el calor de sus manos. Ese detalle tan absurdo hace que se me encoja algo por dentro.

—Gracias —digo, sin saber muy bien por qué. No sé si le doy las gracias por el dibujo, por quedarse, o por intentar hacerlo mejor.

—No me des las gracias —responde—. Es lo mínimo que podía hacer después de cagarla.

Nos quedamos de pie, uno frente al otro. No hay tensión sexual. No hay ganas de besarnos. Y eso, curiosamente, se siente incluso más intenso. Hay algo más profundo. Más real. Algo que no se arregla con un beso ni con una frase bonita.

—Aria —dice, rompiendo el silencio—. No sé qué va a pasar mañana. Ni pasado. Ni dentro de una semana. Pero hoy no me voy.

Lo miro. Intento buscar en su cara alguna señal de mentira, de duda, de esa huida que tanto miedo me da. No la encuentro. Asiento despacio. Quiero creerle un poco. *Solo un poco.*

—Vete ya —le digo—. Antes de que vuelva a enfadarme.

Es medio broma. Medio verdad. Sonríe apenas. Una sonrisa pequeña, cansada, sincera.

—Buenas noches, Walker.

—No me gusta que me llamen así—respondo al instante.

—Lo sé —dice—. Pero me gusta cómo me miras cuando lo hago.

Le cierro la puerta en la cara antes de que pueda decir nada más. Literalmente. Me quedo apoyada en ella unos segundos, respirando despacio. Siento el corazón acelerado. No por deseo. Tampoco por emoción, sino por todo lo que no se ha dicho y lo que empieza a decirse. Vuelvo a la cama. Me siento. Desdoblo el papel con cuidado, como si fuera algo frágil. Y ahí está. *Yo*. No idealizada. No perfecta. Debajo, en una esquina, con su letra clara y ordenada, leo: "*No sé pedir perdón como debería. Pero si supiera quedarme, empezaría así.*" Se me llenan los ojos de lágrimas. Y esta vez, no las odio.

Capítulo 8

Landon Sterling

Edward no me dirige la palabra desde que me ve. Ni cuando le saludo con un gesto torpe de la mano ni cuando se mete en el coche. Ni ahora mismo tampoco , mientras conduce con ambas manos al volante. Nunca le había visto así de serio conmigo, y eso me enfada más aún. El silencio es espeso. No es cómodo. Me remuevo en el asiento, cruzo un pie sobre el otro, luego lo descruzo. Me apoyo en la puerta. Luego me incorporo otra vez. Nada me coloca bien. Edward no reacciona. Si se da cuenta, finge que no. Le

miro de reojo. Mantiene la vista fija en la carretera, conduciendo más lento de lo normal por el atasco que tenemos delante. Su mandíbula está tensa. Lo conozco lo suficiente como para saber que está enfadado de verdad, no solo molesto. ¿Y qué más le daba a él lo que yo tuviera o no con Aria? Vale, sí. Me avisó. Vale, sí. Tenía razón en algunas cosas. Pero no he hecho nada malo. *No a él.*

—¿Vas a dejar de ignorarme ya o piensas seguir haciéndote el interesante todo el trayecto? —suelto al final, molesto.

Noto cómo me mira de reojo durante un segundo, lo justo para hacerme saber que me ha oído. Luego vuelve la vista al frente. Tarda unos segundos en responder.

—Te avisé —dice por fin, seco—. Te dije que no le hicieras nada. Y no me hiciste caso.

Resoplo, exageradamente, y giro la cabeza hacia la ventana. Paso de mirarle. Paso de su cara de hermano mayor decepcionado.

—No es asunto tuyo lo que haya pasado —respondo—. No tienes derecho a montarme este numerito.

—Claro que es asunto mío —replica—. Me pediste que viniera. Luego me pediste que te acompañara. Y luego me haces sentarme a verte largarte a mitad de una lectura mientras ella te buscaba con la mirada.

Eso me toca. Aprieto los dientes. Aprieto tanto que me duelen.

—No sabes lo que estás diciendo —digo—. No estabas ahí dentro de mi cabeza.

—No hace falta —contesta—. La vi—eso me obliga a mirarle—¿Viste cómo te miraba? —continúa—. No estaba recitando un poema. Te estaba hablando a ti.

Claro que lo vi. Claro que lo sentí. Sus ojos al principio perdidos, nerviosos. Y luego, cuando me encontró, ese cambio. Como si yo fuera el único público que le importaba. Como si cada palabra fuera para mí.

—Sí —murmuro—. Lo vi.

Edward niega con la cabeza, frustrado.

—Pues entonces no hagas como si no fuera para tanto. Se está enamorando de ti, Landon. Y tú… tú nunca lo has hecho. No la hagas creer que puedes darle algo que sabes que no sabes dar

Eso me revienta.

—No hables como si me conocieras mejor que yo —le suelto—. No sabes lo que siento.

—Precisamente por eso hablo —responde—. Porque te conozco. Porque cuando algo empieza a importarte de verdad, sales corriendo.

Me quedo callado. Los nudillos me arden de lo fuerte que estoy apretando la sudadera. Me doy cuenta tarde de que los tengo blancos. Aflojo. Respiro. No quiero perder los nervios, pero los tengo ya en la garganta. Suena el móvil del coche y Edward lo coge en el manos libres.

—Dime.

—¿Dónde estáis? —dice una voz claramente alterada—. Deberíais estar aquí hace diez minutos.

Miro el atasco delante de nosotros. Un mar de coches parados.

—Estamos en un atasco —responde Edward—. Ya se está despejando.

—Eso espero. ¿Vais con Aria, no?

Trago saliva sin poder evitarlo. Oír su nombre así, sin contexto, me acelera el pulso. Miro a Edward, pero sigue atento a la carretera.

—He ido primero a por Sterling —dice.

—Te dije que llevaras a los dos juntos.

Me giro hacia Edward, incrédulo. Él me devuelve la mirada solo un segundo, sin expresión.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto yo, antes de pensar.

—Sabes perfectamente por qué —responde en voz baja.

Ese tono me jode. Como si fuera un niño al que hay que proteger de sí mismo.

—No te metas en mis asuntos —digo, más serio—. No tienes por qué…

—¿Hola? —interrumpe la voz del teléfono—. Sigo aquí.

Me callo de golpe. Edward también. Suspira.

—En veinte minutos tienes a los dos —dice—. Estamos llegando.

Edward cuelga la llamada sin decir nada más. Pisa el acelerador un poco más fuerte de lo necesario y el coche avanza cuando por fin el atasco empieza a disolverse. Yo no digo nada al principio. Me quedo mirando al frente, con la mandíbula apretada, notando cómo me hierve algo en el pecho que no tiene nada que ver solo con Aria. Esto va más allá.

—¿Por qué no la has traído conmigo? —pregunto al final, rompiendo el silencio. Edward no responde enseguida. Sigue mirando la carretera, como si no me hubiera oído—. Te lo estoy preguntando en serio —añado—. Izan ha sido bastante claro. Los dos juntos.

—Lo sé —responde, sin mirarme.

Eso me enciende.

—Entonces explícame por qué cojones estoy yo aquí solo —digo, ya molesto—. Porque no ha sido un despiste, Edward. Ha sido a propósito.

Aprieta el volante.

—Porque sabía que esto iba a pasar —contesta—. Y porque no iba a meterla en medio.

—¿En medio de qué? —le espeto—. ¿De qué coño estás hablando?

Me mira de reojo.

—De ti —dice—. De cómo saliste del teatro.

Suelto una risa seca.

—Ah, genial. Así que ahora decides por mí.

—Decido proteger a alguien que no tiene por qué pagar tus idas y venidas —responde, más duro—. Y sí, Izan quería que vinierais juntos. Pero también quería que llegarais en condiciones.

—No tienes derecho a hacer eso —le digo—. No con ella. Ni conmigo.

—Tengo todo el derecho —replica—. Porque me lo pediste hace años.

Eso me deja clavado un segundo.

—No mezcles cosas —digo—. Esto no es lo mismo.

—Se parece demasiado —contesta—. Y tú lo sabes.

Me paso la mano por la cara, nervioso.

—La has dejado sola a propósito —aclaro—. ¿Sabes lo que puede pensar? ¿Sabes cómo queda eso?

—Lo sé —admite—. Pero también sé cómo te pones cuando te enfrentas a las cosas de golpe. Y hoy no estabas para eso.

—No estabas ahí para decidirlo por mí —insisto—. Izan preguntó por ella. No por mí solo.

—Y le he dicho que iríamos los dos —responde—. En veinte minutos. No le he mentido.

—Has manipulado la situación —le suelto—. Y eso me jode.

Edward frena un poco más brusco al aparcar y me mira por fin de frente.

—Me jode más verte perder el control —dice—. Porque cuando lo pierdes, no te das cuenta de a quién te llevas por delante.

—No soy un crío —respondo, tenso.

—No —dice—. Pero actúas como uno cuando algo te importa de verdad.

Silencio.

—No tenías que hacer eso —repito, más bajo—. No hoy.

Edward suspira, cansado.

—Quizá no —admite—. Pero prefería que te enfadaras conmigo antes que verla a ella incómoda desde primera hora.

Aprieto los puños sobre las rodillas.

—Estás jugando a ser el héroe —digo.

—Y tú a evitar lo que sientes —responde—. Ninguno sale ganando.

Nos quedamos callados. El coche ya está aparcado.

—Solo espero que no la líes más —añade—. Porque esta vez no eres el único en quien tienes que pensar.

Me quito el cinturón con un tirón.

—No la voy a liar —digo al salir—. Pero no vuelvas a decidir por mí.

Edward asiente despacio.

—Solo espero que estés haciendo lo correcto —dice.

No respondo. Cierro la puerta. Y me quedo ahí, con el enfado todavía latiendo, sabiendo que en el fondo, me ha jodido porque tiene razón.

***

Noto la mirada de Edward clavada en mi nuca desde que nos sentamos. No necesito girarme para saber qué cara tiene. Es esa mezcla suya de *te lo dije* con *no la cagues ahora.* Me pone de los nervios. Aria está sentada frente a mí, un par de sillas más allá. No está hablando. No hace nada en especial. Y aun así, no puedo evitar levantar la mirada hacia ella cada pocos segundos, como si mi

cuerpo funcionara solo y yo fuera un simple espectador. Está escuchando a Izan con atención, inclinada un poco hacia delante, las manos juntas sobre las piernas. Parece tranquila, pero la conozco lo justo como para saber que no lo está del todo. Parpadea más de la cuenta. Juega con el borde de la manga. Pequeños gestos que nadie más nota.

—Lo que grabaremos hoy será sencillo —dice Izan, y por fin consigue que le preste atención. Me incorporo un poco en la silla. —. Debido a la improvisación del otro día…—trago saliva sin querer y miro a Aria. Ella también baja la mirada un segundo, como si supiera perfectamente a qué se refiere. A ese beso—, la historia de amor será más fácil de llevar.

Me alegro. De verdad que me alegro. No por la película. Por nosotros. Levanto la vista otra vez y justo cuando la miro, Aria me pilla. Sus labios se curvan apenas en una sonrisa leve, tímida. No es una sonrisa para el resto del mundo. Es pequeña. Y va dirigida a mí. Intento devolverla, pero en ese momento noto otra mirada. Mucho más pesada. *Michelle*. Está sentada no muy lejos, observándome sin disimulo. No sonríe. No habla. Solo mira. Y esa atención me incomoda de golpe, como si me hubieran pillado haciendo algo mal. La sonrisa se me borra sola.

—Grabaremos, para empezar, una escena en una casa —continúa Izan—. Será cuando aparecen Olivia y Sterling.

Asiento con la cabeza de forma automática y busco a Olivia con la mirada. Me devuelve la mirada pero no como esperaba. Tiene el ceño fruncido y los brazos cruzados. Parece molesta. ¿Enfadada? No me da tiempo a pensar más porque Izan sigue hablando.

—Olivia convencerá a Sterling de que deje toda la banda traficante y esas cosas.

Vale. Clásico.

—Luego apareces tú —dice señalando a Aria.

Levanto la mirada de golpe. Ella también. Durante un segundo nos miramos sin decir nada.

—Vuelves a pasar por el callejón porque por esa calle llegas a tu trabajo —continúa—. Sterling vuelve a pasar por ahí aposta, buscándote.

No puedo evitar sonreír para mí mismo. Eso sí que me lo creo.

—Te acorrala —sigue Izan— y… os besáis, después de un par de cosas.

Noto cómo Edward se mueve en la silla. Seguro que me está mirando otra vez. Paso de él.

—¿Siempre va a ser así? —pregunta Aria de pronto. Levanto una ceja, sorprendido. No por la pregunta, sino por el valor de hacerla en voz alta— Lo de besarse y todo eso —añade—. Teniendo en cuenta que sería ya como la tercera escena.

La miro mejor. No lo dice con mala intención. No está atacando el guion. Está intentando entender. Eso me hace sonreír sin darme cuenta.

—Es una historia dark romance —responde Izan—la cara de Aria es un poema. Literalmente. Frunce un poco el ceño. Parpadea. Mira al suelo como si estuviera procesando información nueva en otro idioma. Me entra la risa floja. No fuerte. Solo esa sonrisa que se te escapa cuando alguien te parece adorable. E inocente. Izan la observa y sonríe—¿Sabes lo que es? —le pregunta.

Aria niega con la cabeza y baja aún más la mirada. Sus mejillas se ponen un poco rojas. *Quiero besarla.*

—No —dice al final, bajito.

Oigo una risa por el lado derecho de la mesa. Levanto la cabeza de golpe y miro al chico que también es protagonista. Me mira. Me río cero. Ni un poco. Debí mirarle tan mal que su sonrisa se borra al instante. Traga saliva despacio y aparta la mirada. Bien.

—Según *Google* —dice una voz femenina. Olivia. La miro ahora a ella. Tiene una media sonrisa que no me gusta nada— Dark romance es "*un subgénero de novelas románticas con temas más oscuros y contenido maduro*" —añade, haciendo énfasis en lo último mientras mira directamente a Aria.

Aria se pone roja hasta las orejas. Y yo ya no puedo aguantarme. Me río. Esta vez sí. Bajo. Casi una risa de pecho. Aria gira la cabeza hacia mí al instante, frunciendo el ceño, claramente enfadada, pero con una sonrisa luchando por salirle. *¿Te hace gracia?* Parece decirme con la mirada.

—Pues eso —dice Izan, cortando el momento antes de que vaya a más—. ¿Habéis leído los guiones que pasé por correo?

Todos asentimos a la vez. Todos. Excepto Aria. Me giro hacia ella incrédulo. *No puede ser.* Aria asiente un segundo más tarde, de forma torpe, sin levantar la cabeza, como si ni ella misma se creyera lo que acaba de hacer.

—Perfecto —continúa Izan, sin darse cuenta—. En media hora practicaremos la escena. Mientras tanto, haced lo que queráis.

Me recuesto un poco en la silla y miro a Aria justo cuando se levanta de su sitio. Durante un segundo —solo uno— pienso que viene hacia mí. No porque me haya mirado ni porque haya dudado, sino porque siempre me pasa lo mismo con ella: mi cabeza va más rápido que la realidad. Me permito una sonrisa breve, casi inconsciente. Pero Aria pasa de largo. Ni se frena, ni gira la cabeza, ni me dedica una mirada de reojo. Camina directa hacia el baño con ese paso decidido que usa cuando quiere aparentar que no le afecta nada. Y sé que es fachada. La conozco lo justo como para saberlo. La sonrisa se me borra. *Genial*. La sigo con la mirada hasta que desaparece tras la puerta. Me quedo unos segundos quieto, apoyado en la silla, con el cuerpo inclinado hacia delante, como si así pudiera alcanzarla. Me digo que no vaya. Que es ridículo. Que ha ido al baño, no a esconderse de mí. Pero aun así me levanto. Doy dos pasos, pero me

paro. Resoplo, molesto conmigo mismo, y vuelvo a sentarme *No hagas el imbécil, Landon. Compórtate.*

—Hola, Sterling.

Levanto la vista. Michelle.

—Hola —respondo, sin ganas.

Se queda ahí, demasiado cerca, apoyando el peso en una cadera. Edward, desde la otra punta de la sala, me está mirando. Lo noto sin necesidad de buscarlo. Ese silencio suyo es peor que cualquier bronca.

—¿Siempre eres así de borde o hoy estás inspirado? —pregunta Michelle.

—Solo con gente con la que no me interesa hablar —contesto, sin filtro.

Parpadea, molesta, pero sonríe.

—Vaya carácter.

—Me lo dicen mucho.

—Oye… —empieza, bajando la voz—. Luego podríamos ensayar juntos, ¿no?

No pienso ni un segundo.

—No.

Me levanto. Paso por su lado sin mirarla y empiezo a caminar. Sé perfectamente hacia dónde voy incluso antes de decidirlo. Edward vuelve a clavarme la mirada en la espalda. Llego al pasillo del baño y me detengo frente a la puerta. No entro. No soy tan estúpido. Me quedo ahí, esperando sin saber muy bien qué espero. La puerta se abre. Aria sale.

—¿Qué pasa? —dice al verme—. ¿Te has confundido o algo?

Su tono es ligero, pero no me engaña. Tiene los hombros tensos, los dedos apretando el móvil, la mirada moviéndose rápido alrededor.

—No —respondo—. Solo… estaba pasando.

—Claro —dice, sin creérselo.

Hay un silencio breve. Incómodo. No porque no tengamos cosas que decir, sino porque hay demasiadas.

—No sabía que eras de aparecer así —añade—. Sin avisar—me suelta una pullita.

—Tampoco sabía que te gustaba desaparecer sin mirar atrás —respondo.

Me mira. Ladea la cabeza.

—¿Eso va por mí o por ti?

Buena pregunta.

—Por los dos —digo al final.

Se cruza de brazos.

—Edward no parece muy contento contigo —dice—. Me ha mirado como si te hubiera atropellado el perro.

—Siempre me mira así cuando sabe que tiene razón —respondo—. Es su forma de castigarme.

—Pues hoy está especialmente serio.

—Hoy tiene motivos—me limito a decir. La observo. Está haciendo todo lo posible por parecer tranquila, pero se toca el collar, se recoloca el pelo, da pequeños pasos sin darse cuenta. Está nerviosa —Por cierto —añado—. *Dark romance.*

Se pone roja al instante.

—No empieces.

—No te has leído el guión —le digo—. Y no pasa nada, pero al menos admítelo.

No se lo digo para humillarla. Ni siquiera para picarla. Se lo digo porque la conozco lo suficiente —aunque solo sea un poco— como

para haber notado ese gesto suyo: asentir demasiado rápido, no hacer preguntas, mirar al suelo cuando Izan hablaba. Aria no finge bien cuando va perdida, y eso me hace gracia y me enternece más de lo que debería.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunta.

Y ahí está. Ese tono suyo que intenta sonar despreocupado, pero no cuela. Tiene los hombros un poco tensos y los dedos jugueteando con la manga. Está nerviosa.

—Porque cuando Izan hablaba asentías sin mirar a nadie —respondo —. Eso es lo que hace la gente cuando va improvisando.

Lo digo con media sonrisa, no para atacarla, sino para que no se sienta acorralada. No quiero que se cierre. No conmigo.

—Vale —admite—. No me lo he leído entero.

Y ahí, *joder*. Ahí me entran ganas de sonreír más fuerte, pero me contengo. Me gusta que lo admita. Me gusta que no se haga la lista.

—Entero —repito, ahora intentando picarla—. Interesante.

No puedo evitarlo. Me sale solo. Provocarla es demasiado fácil.

—He leído partes —se justifica.

La forma en la que lo dice es casi defensiva, como si esperara que la juzgue. Y no lo hago. No por eso. Hay cosas peores que no leerse un guión.

—Ajá.

No necesito decir nada más. El silencio hace el resto.

—No me mires así —dice—. Me pongo más nerviosa.

Lo dice sin pensar. Sin filtro. Y a mí se me va todo a la mierda en ese segundo. Porque no es solo lo que dice, es cómo lo dice. Bajito. Directo. Como si acabara de confesármelo sin querer.

—No sabía que te ponías nerviosa conmigo —digo, acercándome un poco.

Doy el paso casi sin darme cuenta. Mi cuerpo va por delante de mi cabeza, como siempre que estoy cerca de ella. Me pregunto si Edward estará viendo esto desde lejos. *Me da igual.*

—No me pongo nerviosa contigo —responde—. Me pongo nerviosa con que nos vean.

Claro. Ahí está el muro. El recordatorio de que no estamos solos. De que esto no es solo nuestro. Y aun así, no puedo evitar sonreír.

—A mí eso me da igual —confieso.

Porque es verdad. Porque cuando estoy con ella se me olvida todo lo demás. El rodaje. La gente. Las consecuencias.

—Ya lo sé —dice—. Ese es el problema.

Y me frena en seco. Porque tiene razón. Nos miramos. El aire se vuelve más denso. No hay nadie hablando, pero siento que estamos diciendo demasiadas cosas sin abrir la boca. Me dan ganas de tocarla. De besarla. De callarla. De decirle que pare.

—Michelle ha venido a hablarme —suelto de repente.

No sé muy bien por qué lo digo. Quizá porque necesito romper algo. Quizá porque quiero ver su reacción. Y sí, soy un imbécil por eso. La pillo desprevenida.

—¿Ah, sí? —dice, fingiendo indiferencia—. Qué sorpresa.

No la miro directamente, pero la noto. Ese microsegundo en el que se tensa. Ese cambio casi nulo en su expresión.

—Muchísima.

Me sale con ironía. Con cansancio.

—¿Y?

Está probando terreno. Midiendo. Y yo me debato entre decir la verdad o seguir jugando.

—Y nada.

Porque no hubo nada. Pero tampoco sé si quiero que eso la tranquilice o la enfade.

—Claro.

No dice más, pero le cambia la expresión. Muy poco. Lo justo para que yo lo note. Y joder, lo noto. Y me gusta más de lo que debería.

—No te pongas celosa —digo.

Lo digo suave. Casi con una sonrisa.

—No lo estoy.

Por mi salud mental, interpreto eso como una mentira.

—Lo estás.

Porque la conozco ya un poco. Porque sé leer entre líneas.

—No.

—Un poco—Insisto. Porque sí.

—Ni un poco.

Sonrío. Porque ya está perdida. Y yo también.

—Edward también lo ha notado.

Y en cuanto lo digo, sé que he ganado.

—Edward lo nota todo —responde—. Da miedo.

Me acerco más. Demasiado. Ya no debería. Ya no es prudente. Pero hace rato que dejé de serlo.

—Sal de mi cabeza —murmuro, cambiando de tema—. En serio.

Lo digo casi sin darme cuenta. No como una broma, no como una frase para picarla. Lo digo porque lo necesito. Porque está ahí todo el rato, incluso cuando no la miro. En cómo, por primera vez en mi vida, me cuesta mantener el control.

—Hazlo tú primero —responde, bajito.

Y joder. No levanta la voz, no me mira desafiante. Lo dice suave, casi cansada, como si también estuviera perdiendo una guerra que no ha elegido pelear. Esa forma suya de responderme me desarma más que cualquier discusión. La cojo de la nuca. Despacio. Como si tuviera miedo de que, si me muevo rápido, desaparezca. Mis dedos encuentran su piel y noto el calor al instante. Aria se queda quieta, rígida al principio, pero no se aparta. Y eso me mata. Porque sé leer los cuerpos incluso mejor que las palabras, y el suyo no me está diciendo que pare. Noto cómo se le acelera la respiración. La mía va igual, incluso peor. Tengo el corazón golpeándome las costillas como si quisiera salir corriendo antes que yo. Estoy demasiado cerca. Lo suficiente como para notar su olor. Lo suficiente como para olvidar dónde estamos. Estoy a nada de besarla. Nada. Un gesto mínimo. Y sería fácil. Demasiado fácil. Y también sería un error. Porque sé que besarla aquí no arreglaría nada. Solo lo complicaría todo más.

Pero no lo hago. Y me sorprende a mí mismo.

—Aquí no —dice ella.

Su voz no tiembla, pero sé que por dentro sí. La conozco lo suficiente ya como para saber cuándo está siendo fuerte a propósito.

—Lo sé —respondo—. Por eso no lo hago —no es valentía. Es miedo. Miedo a que, si cruzo esa línea ahora, ya no haya vuelta atrás. La suelto y me alejo un paso, aunque me cuesta. Como si me arrancara algo del pecho. Como si mi cuerpo no estuviera de acuerdo con mi cabeza por primera vez en mucho tiempo— Luego —añado—. Ensayando.

Lo digo con una media sonrisa, intentando devolverle el juego, el tono ligero. Fingiendo que esto no me ha afectado tanto como en realidad lo ha hecho.

—Cállate, Sterling.

Ahí está otra vez. Ese tono suyo entre enfadado y divertido. Ese equilibrio imposible que consigue conmigo.

—Tú has empezado, Walker.

Se gira y se va hacia Olivia sin mirar atrás. Ni una sola mirada por encima del hombro. Ni una duda visible. Como si no acabáramos de estar a segundos de liarla. Como si no me hubiera dejado con el cuerpo tenso y la cabeza ardiendo. Yo me quedo ahí. Quieto. Con el pecho apretado, la mandíbula dura y la cabeza hecha un caos. Intentando recomponerme mientras todo dentro de mí va justo en la dirección contraria. Edward vuelve a mirarme desde lejos. No hace falta que diga nada. No hace falta ni que frunza el ceño. Le conozco demasiado bien. Sabe exactamente lo que está pasando.

Sabe que estoy caminando por una línea muy fina. Y que nunca se me ha dado bien frenar a tiempo. Ya sé que la estoy cagando. Lo sé desde el momento en que me importa. Desde el momento en que no quiero usarla como siempre hago con todo. Desde el momento en que besarla no es suficiente Y aun así no quiero parar.

Capítulo 9

Aria Walker

Grabar las escenas de hoy ha sido… intenso. No encuentro otra palabra que no se me quede corta. Landon y yo hemos tenido que

besarnos varias veces. No uno de esos besos rápidos y técnicos que se olvidan al segundo, no. Besos de los que se sienten demasiado reales incluso sabiendo que hay cámaras delante. Uno de ellos ha sido en el callejón, acorralándome contra la pared, con su cuerpo demasiado cerca del mío, con su mano apoyada a escasos centímetros de mi cabeza. Y aunque sabía que era actuación, aunque sabía que había un *corten* después, mi cuerpo no entendía de guiones.

Para rematarlo, un montón de seguidores descubrieron que íbamos a grabar allí. Estaban detrás de las vallas, grabando con el móvil, gritando cosas que preferí no entender. El equipo tuvo que llamarles la atención varias veces, pero en ningún momento los echaron. Supongo que eso también forma parte del show. Yo me sentía observada. No solo por ellos, sino por todo. Por las cámaras, por el equipo, por el simple hecho de existir allí. No estoy acostumbrada a que cada gesto pueda ser analizado, congelado en una foto y subido a internet en segundos. Ahora, ya fuera del edificio del rodaje, estoy sentada sola en un bordillo, esperando a que Edward venga a por mí. Me abrazo las rodillas sin darme cuenta, como si así pudiera protegerme un poco del cansancio mental que llevo encima. Mis ojos, traicioneros, buscan a Landon constantemente. Sé que no debería. Sé que no puedo acercarme a él aunque quiera. *Y vaya si quiero.* Para empezar, la gente sacaría conclusiones. Muchas. Algunas falsas, otras… no tanto. Además, levantaría sospechas que de repente nos lleváramos bien después de la fama que tenemos de llevarnos mal. Y no quiero meter en problemas ni a él, ni a mí, ni a nadie del equipo. Suspiro y saco el móvil, más por distracción que por necesidad. Le escribo a mi mejor amiga.

Aria: ¿qué haces?

Aria: me aburro esperando a que vengan a por mí

No tarda ni un minuto en contestar.

FalsaAmiga: qué alegría saber de mi amiga desaparecida

FalsaAmiga: se me olvidaba, ser la mejor amiga de una actriz profesional es muy duro

Sonrío sola y niego con la cabeza. Siempre igual. Justo cuando voy a responderle algo sarcástico, veo que me está llamando.

—No soy una profesional —digo nada más cogerlo.

Edna se ríe al otro lado y su risa me relaja un poco sin querer.

—Lo serás, querida. Cuéntame —dice—. ¿Algo interesante?

¿Interesante? *Claro*. Trabajo con uno de los actores más famosos del momento, está peligrosamente bueno, tengo que rodar un dark romance y encima me he liado con él más de una vez. Nada fuera de lo normal.

—No, nada —miento—. Bueno, la gente es maja y eso.

Me echo un mechón de pelo detrás de la oreja, como si eso hiciera la mentira más creíble.

—¿Lo de que te has liado con Sterling me lo omites? Mala amiga.

Me quedo en silencio.

Mi cabeza va a mil intentando entender cómo lo sabe, mientras mi corazón empieza a latirme demasiado rápido.

—Pero…

—No hay peros, Aria —me interrumpe—. Hay una foto en internet en la que te estás besando con Sterling en un callejón bastante turbio, la verdad.

El estómago se me hunde.

—¿Qué foto? —pregunto, fingiendo sorpresa, como si no supiera perfectamente de qué habla.

—No te hagas la loca —dice—. La típica foto que hace que medio internet se vuelva gilipollas durante veinticuatro horas.

Abro Google sin colgar la llamada. Tecleo su nombre. No tardo ni dos segundos en encontrarla. *Ahí está.* Landon apoyado contra la pared, invadiendo mi espacio. Mi mano en su nuca. Mi cara apenas visible.

—Solo se le ve a él —digo rápido—. Podría ser cualquiera.

—¿OSEA QUE LA HAS BUSCADO? —grita—. Aria. Reina. Amor de mi vida. Esa mano es tuya. Y esa pulsera de la derecha es mía. Te la regalé yo en tu cumpleaños. No hay escapatoria.

Cierro los ojos.

—Vale, pero es una escena —digo—. Literalmente estamos trabajando.

—Ya, ya —responde—. Y yo trabajo viendo *edits* de él sin camiseta, pero no me ando besando con nadie en callejones.

—No es real —insisto—. Es ficción. Cine. Interpretación.

—Claro —dice, con un tono que no me creo ni yo—. Interpretación con lengua incluida, por lo que veo.

—EDNA.

—Vale, vale —se ríe—. Pero escúchame. Ese hombre es mi actor favorito desde que salió en aquella película horrible pero preciosa donde hacía de músico atormentado.

—No era horrible —digo sin pensar.

En cuanto las palabras salen de mi boca, sé que la he cagado. Silencio. Un silencio demasiado largo para ser normal en ella.

—¿Perdón? —pregunta—. ¿Cómo sabes tú eso?

Mierda, Aria. Controla la boca antes que la cabeza.

—Porque… la vi —me justifico, improvisando—. Es famosa.

—Ajá —dice, sospechando—. ¿Y qué se siente besarle?

El corazón me da un golpe seco. No porque no sepa qué contestar, sino porque sé perfectamente qué no puedo decir.

—Nada especial —miento—. Normal.

—Aria.

Solo dice mi nombre. Y aún así me siento pillada.

—En serio —digo—. Es un beso técnico. Marcas, cámaras, gente mirando. Nada romántico.

Eso último lo digo casi para convencerme a mí.

—Pues en la foto parece que te va la vida en ello —responde—. Y él parece —hace una pausa dramática— muy metido en el papel.

Cierro los ojos un segundo. Claro que está metido en el papel. Landon siempre lo está. Incluso cuando no debería.

—Es actor —digo—. Se le da bien.

—¿Y a ti? —pregunta, con voz cantarina—. ¿Se te da bien besarle?

Aprieto los labios.

—Se me da bien hacer mi trabajo —respondo seca.

Porque si empiezo a hablar de sensaciones, de manos, de respiraciones, no paro. Edna se ríe.

—Estás a la defensiva. Eso es nuevo.

Me apoyo contra la pared. Quizá lo nuevo no es estar a la defensiva. Quizá lo nuevo es tener algo que defender.

—No —niego—. Es que estás exagerando.

—Estoy emocionada —corrige—. Mi mejor amiga besándose con mi crush internacional.

El estómago se me revuelve.

—No es mi crush —me apresuro—. Es un compañero de trabajo.

—Claro —dice—. Y yo veo *TikToks* suyos por motivos académicos.

Resoplo.

—Edna…

—Dime.

—No montes películas donde no las hay.

Porque si las monta ella, yo tengo que enfrentarme a ellas después.

—No hace falta montarlas —responde—. Internet ya lo está haciendo por mí. Además —añade—, siempre te pasan estas cosas raras. Nunca te gusta nadie y, de repente, actor famoso.

La frase me toca más de lo que debería.

—No me gusta —digo rápido—. Y no es "*de repente*".

Porque no ha sido de repente. Ha sido poco a poco. Miradas. Silencios. Gestos pequeños. Demasiados.

—Eso es exactamente lo que diría alguien a quien le gusta y no quiere admitirlo.

—No me conoces —le digo.

Aunque la verdad es que me conoce más de lo que me gustaría.

—Te conozco demasiado —responde—. Por eso sé que estás evitando decir algo.

Trago saliva.

—Porque no hay nada que decir.

Porque decirlo lo haría real. Y lo real da miedo.

—Vale —dice, tras una pausa—. Entonces dime una cosa. Solo una.

Ya sé que no debería dejarla seguir. Pero lo hago.

—¿Qué?

—Cuando te besó… ¿pensaste en algo o en alguien más que en la escena?

El aire se me queda atrapado en el pecho. La imagen vuelve sola. Sus manos. La pared fría. El ruido alrededor desapareciendo.

—No —miento—. Pensé en no tropezarme con el cable de la cámara.

La mentira sale demasiado ensayada. Edna se ríe otra vez.

—Eres pésima mintiendo.

—Y tú pésima interrogando.

—Bueno —suspira—. Sea lo que sea, disfruta. Aunque sea del momento. No todo el mundo puede decir que ha besado a Sterling sin que le demanden.

Aprieto el móvil con fuerza.

—Edna…

—Vale, vale —dice—. No te saco más el tema. Pero si mañana me mandas un audio llorando, no me sorprenderá.

—No va a pasar.

Eso espero.

—Claro que no —responde—. Tú nunca te complicas.

—Aria—me sobresalto al oír mi nombre a mi espalda. *Landon*. Me giro y, efectivamente, es él. De pie a pocos metros, con esa calma suya que siempre parece fingida. Me sobresalto todavía más cuando se acerca—Edward va a llegar tarde —dice—. Le ha pillado la policía fumando en el coche.

Parpadeo, procesando la frase.

—¿Cómo? —pregunto, sin poder evitar reírme.

Landon niega con la cabeza, resignado, y esa expresión suya —esa mezcla de "*no me sorprende*" y "*qué desastre*"— consigue sacarme una risa más sincera de la que debería.

—Cinco minutos más y está aquí —añade.

—Vale —respondo.

Solo eso. *Vale*. Como si mi corazón no acabara de acelerarse por el simple hecho de tenerle delante otra vez, tan cerca, tan peligroso para mi estabilidad emocional. Landon mira a ambos lados, rápido. Como comprobando si alguien nos observa. Y cuando parece convencido de que no, se acerca un poco más. Demasiado. Levanto el móvil en señal de advertencia, señalándole con el dedo, intentando decirle sin palabras que estoy hablando, pero no me hace ni caso.

Se planta delante de mí y, antes de que pueda reaccionar, me coge la cara entre las manos. Sus dedos son cálidos, firmes, y ese gesto tan sencillo consigue que todo lo demás desaparezca durante un segundo.

—Estás pre…

No le dejo terminar.

—Edna… —digo, forzando una naturalidad que no tengo—, acaban de venir ya a buscarnos.

Al otro lado del teléfono hay un segundo de silencio. Un silencio demasiado largo.

—Aria —dice entonces, muy seria de repente—. No soy tonta.

Se me encoge el estómago.

—¿Qué…? —empiezo, pero no termino.

—Estoy demasiado obsesionada con él —continúa—. Y conozco su voz. La he oído.

Cierro los ojos un instante.

Mierda.

Landon se queda completamente quieto, como si hubiera entendido por mi expresión que algo va mal. Se aparta un poco más, pero no se va. Me observa, atento, intentando leerme la cara.

—Edna… —susurro—. No es lo que crees.

—No estoy diciendo nada —responde—. Solo digo que lo he oído.

Trago saliva. Mi cabeza va a mil por hora buscando una salida decente.

—Estamos trabajando —digo al final—. Nada más.

—Claro —responde, pero ese "*claro*" no suena nada convencido—. Tú trabajando y mi crush internacional susurrándote cosas al oído. Normalísimo.

Landon levanta una ceja, curioso, como si estuviera intentando adivinar qué demonios está pasando en esa conversación.

—No empieces —le pido—. De verdad.

Suspira.

—Vale —dice—. No empiezo. Pero luego no me pidas que haga como si no hubiera escuchado nada.

—Gracias —respondo, sincera.

—Te quiero, aunque seas un desastre —añade.

Eso sí me desarma.

—Yo a ti también —digo.

Con la mirada de Landon clavada en mí, siento un cosquilleo incómodo recorrerme la nuca. Abro el bolso con manos torpes y guardo el móvil sin mirarle, como si así pudiera ganar unos segundos para recomponerme. El corazón me va demasiado rápido, como si acabara de correr y no de colgar una llamada. Cuando levanto la cabeza para mirarle, no me da tiempo a decir nada. Me empuja contra la pared en la que estaba apoyada. No es brusco. Es decidido. Como si lo tuviera claro desde antes y solo hubiera estado esperando el momento exacto. Y me besa. Es inmediato. No hay duda, no hay espacio para pensar si está bien o mal, si deberíamos o no. Simplemente pasa. Su boca contra la mía, firme, caliente, como si llevara todo el día conteniéndose. Yo reacciono por puro instinto: enredo las manos en su pelo y le atraigo hacia mí,

necesitándolo más cerca, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir durante esos segundos.

Suena un quejido ronco desde el fondo de su garganta y ese sonido me atraviesa entera. No debería afectarme así. No ahora. Pero lo hace. Me aprieta contra la pared y por un momento se me olvida dónde estamos, quién puede vernos, todo. Hasta que soy yo la que se separa. Le aparto con la respiración agitada, el pecho subiéndome y bajándome demasiado rápido. Le miro. Sus labios están enrojecidos, un poco hinchados por el beso, y sus ojos están más oscuros. La respiración acelerada delata que no ha sido solo cosa mía.

—Estás preciosa —dice entonces, terminando lo que claramente iba a decir antes de que le cortara con la llamada—. No tienes idea de cuánto lo estás.

Parpadeo. ¿*Preciosa*? Me siento ridícula solo de pensarlo. Llevo un jersey blanco arrugado porque lo he metido en la bolsa a toda prisa, unos vaqueros normales, de esos que no dicen nada. El pelo lo llevo recogido en una coleta hecha sin espejo, con mechones rebeldes que seguro están haciendo lo que quieren.

—No creo —respondo, bajando la voz, incómoda.

Pero él no aparta la mirada. Al contrario, me recorre de arriba abajo con calma, como si no estuviera viendo ropa, sino algo más. Como si lo que le gustara no tuviera nada que ver con cómo voy vestida. Sonríe, esa sonrisa suya ladeada que me pone nerviosa porque siempre parece saber algo que yo no. Va a decir algo más, pero el sonido de un coche frenando frente a nosotros rompe el momento como un jarro de agua fría. Landon gira la cabeza y le imito. El coche de Edward. *Genial*.

Landon me mira un segundo, luego mira al coche. Y en vez de apartarse discretamente o fingir normalidad, hace justo lo contrario. Se acerca a la ventanilla cuando Edward baja del coche y yo siento cómo la sangre me sube directa a las mejillas.

—Edward —dice Landon, con toda la tranquilidad del mundo. Edward levanta una ceja, en silencio. Landon me señala con la cabeza y me mira otra vez, como si estuviera orgulloso—¿A que está preciosa?

Me quedo en blanco. ¿Qué está haciendo? Siento cómo me arde la cara. Seguro que estoy roja como un tomate. Aparto la mirada primero hacia un lado, luego hacia el otro, incapaz de sostener ninguna mirada más de dos segundos. Me paso una mano por la cara fingiendo normalidad y me acerco un poco, intentando arreglar el desastre.

—No le hagas caso —le digo a Edward, rápida—. Se lo he dicho yo… era un reto.

Ni yo me creo lo que acabo de decir. Edward no responde. Solo mantiene la ceja levantada, mirándome con esa calma suya que intimida más que si gritara. Landon me mira de reojo, claramente sorprendido, y ese gesto basta para que Edward huela la mentira a kilómetros.

—Subid —dice finalmente, seco.

Nada más. Se da la vuelta y vuelve al coche. Antes de subir, Edward se detiene un segundo más de lo normal y lanza una última mirada a Landon. No es una mirada de enfado. Es peor. Es una de advertencia. Luego mira al frente. Yo trago saliva.

Una vez subida al coche, el silencio no llega de golpe. Se instala despacio, como cuando baja la niebla y no te das cuenta hasta que ya no ves nada. Edward arranca sin decir nada. Landon se hunde en el asiento, mirando al frente, mandíbula tensa. Yo me quedo rígida, con las manos apoyadas en los muslos, sin saber dónde colocarlas para no parecer nerviosa. Quiero decir algo. Cualquier cosa. Pero no sale. El coche avanza y nadie habla. Solo el sonido del motor y los semáforos cambiando.

—Pon música —dice Landon al final.

No es una petición. Es casi una orden. Edward tarda unos segundos en hacerlo, como si lo estuviera pensando. Al final, pone la radio. Una canción cualquiera, baja, que no tapa el silencio del todo. Solo lo hace más incómodo. Me froto las manos sin darme cuenta. Hace frío, o quizá soy yo. Soplo despacio sobre los dedos, avergonzada de parecer una niña. Landon se mueve a mi lado. Lo noto incluso sin mirarlo. Se quita la sudadera. Me la deja sobre las manos, torpe, sin mirarme a la cara. Me quedo quieta un segundo antes de cogerla.

—Gracias… Sterling —murmuro.

Nada más decirlo me arrepiento. Suena distante. Forzado. Como si hubiera querido marcar una línea que en realidad no sé si quiero que exista.

—Es inútil, Aria —dice Edward de pronto—. Sabes perfectamente cómo se llama.

El estómago se me encoge.

No levanto la mirada. Aprieto la sudadera entre los dedos, como si así pudiera esconderme un poco.

—No iba por ahí diciéndolo —digo muy bajo, casi justificándome—. Solo…

Me callo. Porque no sé qué añadir sin parecer tonta.

—No es eso lo que he dicho —responde Edward—. Solo digo que lo sabes.

Silencio otra vez. Landon se gira un poco hacia delante.

—¿Y eso es un problema ahora? —pregunta.

Edward no le mira.

—No he dicho que lo sea —contesta—. He dicho que ella lo sabe.

Eso crispa a Landon. Lo noto por cómo se mueve en el asiento.

—¿Puedes hablar claro de una vez? —dice—. Porque parece que estás diciendo algo sin decirlo.

Edward suspira.

—Hablar claro contigo nunca ha servido de mucho.

Me hundo un poco más en el asiento. No quiero estar aquí. No quiero escuchar esto. Siento que estoy invadiendo algo que no es mío.

—Edward… —empiezo, pero mi voz sale tan floja que casi no me oigo—. De verdad, no pasa nada. No…

Landon se gira hacia mí enseguida.

—No —dice—. Sí pasa.

Me mira un segundo, como comprobando que estoy bien. Luego vuelve a mirar al frente.

—Me imagino que a las demás también les habrás dicho tu nombre, ¿no? —dice Edward, sin rodeos.

La frase me golpea más fuerte de lo que esperaba. "*A las demás"*. Me clava algo en el pecho. Bajo la mirada de inmediato y la fijo en la ventanilla, fingiendo interés en las luces de la calle. No quiero que se me note. No quiero parecer una idiota que se cree especial por una tontería.

Landon se gira de golpe.

—¿A qué te refieres con lo de "*las demás*"? —pregunta, ya más serio.

Edward tarda en responder.

—A que esto no es nuevo —dice—. A que ya he visto esta película antes.

Aprieto los labios. No miro a ninguno de los dos. La vergüenza me sube por el cuello, lenta, pesada. Siento que hablan de mí como si no estuviera.

—No tienes que compararme con nadie —digo, bajito—. Ni yo he hecho nada para…

—No te estoy comparando —me corta Edward, esta vez mirándome por el espejo—. Solo estoy siendo realista.

Eso me hace más daño que si me atacara directamente. Landon se mueve bruscamente.

—No le hables así —dice—. No tiene nada que ver con lo que tú y yo hemos vivido.

—Precisamente por eso —responde Edward—. Porque yo sí sé cómo acabó.

—Esta vez no es igual.

—Eso dices siempre.

El coche se detiene en un semáforo. El silencio que cae es espeso, casi físico. Yo miro mis manos. Jugueteo con la manga de la sudadera. No sé dónde meterme.

—Edward… —digo otra vez—. No hace falta que…

—Sí hace falta —me interrumpe, sin dureza—. Porque si no lo digo yo, nadie lo hará.

Landon gira la cabeza hacia él, enfadado de verdad ahora.

—No te pedí que la trajeras para esto.

—Os porque Izan lo pidió —responde—. Y porque no voy a fingir que no veo lo que está pasando.

—No sabes lo que está pasando —dice Landon.

Edward frena y aparca al borde de la acera. Apaga el motor. Ahora sí se gira.

—Lo que veo —dice despacio— es que te está importando. Y cuando algo te importa, tú te desordenas—no miro a Landon, pero siento cómo se tensa aunque esté delante de mí—Y lo que veo —continúa Edward— es a una chica que no está jugando, que está sentada ahí atrás intentando no estorbar, preguntándose si ha hecho algo mal.

Trago saliva. No quiero llorar aquí. No delante de ellos.

—Eso no es justo —dice Landon.

—No —asiente Edward—. No lo es. Por eso se lo digo ahora y no después—se gira un poco hacia mí, con la voz más baja—Que te haya dicho su nombre no te hace especial, Aria —dice—. Y no lo digo para herirte. Lo digo para que no construyas algo sobre una idea que quizá no se sostenga.

Me arde el pecho.

—Yo… —empiezo, pero no sé cómo terminar la frase—. No estoy esperando nada.

Y es verdad. O al menos quiero creerlo. Edward me mira unos segundos.

—Ojalá sea así —dice al final.

Landon no aguanta más.

—Basta —dice, seco—. No tienes derecho a meterla en esto.

—Sí lo tengo —responde Edward—. Porque tú no sabes cuándo parar—termina y aparca el coche.

No aguanto más aquí encerrada. Salgo del coche sin decir nada y entro al hotel casi corriendo. Escucho pasos detrás de mí y no necesito girarme para saber quién es. Me niego a hacerlo. Si le miro ahora, me rompo del todo. Saco la tarjeta del bolso y, tiemblo tanto, que casi se me cae. Justo cuando voy a pasarla por el lector, la mano de Landon se cierra alrededor de mi muñeca.

—Aria —dice—Niego con la cabeza sin mirarle. Aprieto los labios. No quiero que vea mis ojos—Por favor —añade, más bajo—. No le hagas caso. Es mentira.

Pero ahora mismo no sé qué es mentira y qué no. Solo sé cómo me ha dolido escucharlo todo, cómo se me ha quedado grabado lo de *las demás*. Me limpio las lágrimas con la mano libre, rápido, como si pudiera esconderlas así. Él se mueve enseguida, se coloca delante de mí, y cuando levanto un poco la cara ya es tarde: lo ha visto.

—Vete —digo, con la voz rota—. Sabía que…

No puedo terminar la frase. Se me quiebra en la garganta. Landon no espera más. Me rodea con los brazos y me pega a su pecho. No tengo fuerzas para apartarlo. Tampoco ganas. Me quedo quieta, rígida, dejando que me sostenga sin devolverle el abrazo.

—Por favor, no le creas —dice contra mi hombro—. Esta vez es diferente, Aria. Te lo juro.

Resoplo, temblando.

—¿Por qué…? —empiezo—. ¿Por qué debería…?

La voz no me da. Me ahogo antes de poder acabar. Él se separa lo justo para mirarme y niega despacio, como pidiéndome calma.

—No hables ahora —dice—. Primero respira. Solo eso. Me echo a llorar más fuerte al oírlo hablarme así, tan suave, tan cuidadoso. Y odio pensar que quizá no soy la primera a la que abraza de esta manera. Que quizá no soy tan distinta como quiero creer—Venga… —murmura—. Relájate un poco. Estoy aquí.

Deja besos lentos en mi cabeza, en mi pelo, sin prisa, sin intentar nada más. Y aunque me enfada que me afecte tanto… funciona. Mi respiración se va calmando poco a poco. Pero el nudo en el pecho sigue ahí. Y sé que esto, pase lo que pase después, no está ni de lejos arreglado.

***

Diez minutos más tarde seguíamos abrazados, pero ya no de la misma manera. El temblor se me había ido del cuerpo, las lágrimas se habían secado, y lo que quedaba no era tristeza pura, sino algo más incómodo. De estar a gusto y, al mismo tiempo, querer gritarle que me había hecho daño. Estaba cómoda entre sus brazos, demasiado. Y eso me molestaba casi más que todo lo demás. Porque no debería sentirse así de bien alguien que me había puesto el mundo patas arriba en tan poco tiempo. Me separo despacio,

apoyando las manos en su pecho para coger distancia. Landon me mira al instante, como si temiera que fuera a desaparecer si me soltaba del todo.

Me pongo de pie y respiro hondo, intentando ordenar la cabeza antes de que vuelva a liarla.

—Necesito estar sola un rato —digo, sin dureza, pero firme.

Doy un paso hacia mi puerta, pero él se mueve rápido y me corta el paso. No me toca, no me acorrala, solo se coloca delante. Eso me enfada… y me tranquiliza a la vez.

—No puedo dejarte así —dice—. No puedo dejarte sola con todo lo que tienes en la cabeza ahora mismo.

—Landon…

—Aria —me interrumpe—. Por favor. Solo un momento más—saca la tarjeta de su bolsillo casi sin pensarlo y abre la puerta de su habitación. El gesto es automático, como si ya hubiera tomado la decisión por los dos—Pasa.

Lo miro. Miro la habitación. Lo miro otra vez a él. Ahora mismo es lo último que me apetece. Meterme en su espacio. Darle más poder sobre cómo me siento. Pero también sé —y eso me jode— que si me voy a mi habitación voy a pasar la noche dándole vueltas a todo, imaginando cosas, creyendo palabras que no sé si son verdad. Cierro la puerta detrás de mí y el sonido seco del cierre me sacude por dentro. Es definitivo. en el que sabes que algo acaba de cambiar aunque no sepas todavía cómo.

Capítulo 10

Landon Sterling

Aria pasa detrás de mí y cierra la puerta. El sonido del cierre es seco, definitivo. Después de eso, no pasa nada. El silencio se queda flotando entre los dos, incómodo pero ninguno se atreve. Ella se queda de pie unos segundos, indecisa, y yo no me muevo. No quiero asustarla. No quiero hacer un gesto de más y que vuelva a salir corriendo.

Evita mirarme. Lo noto en cómo clava los ojos en cualquier punto menos en mí. La pared. El suelo. La ventana. Cualquier cosa sirve menos mis ojos.

—Puedes sentarte… si quieres —digo al final, rompiendo el silencio con cuidado, como si hablara demasiado alto pudiera romperla.

No responde, pero se sienta en la cama. No en el centro. En la esquina. Marcando distancia.

Me acerco despacio y me siento también, dejando espacio entre los dos.

Demasiado espacio.

—Edward no tenía que decir eso —suelto, sin rodeos.

Aria se encoge de hombros.

—No ha dicho nada que no sea verdad.

Esa frase me duele más de lo que debería.

—No es así —respondo rápido—. No todo.

—¿Qué parte no? —pregunta, por fin mirándome—. ¿La de que no te quedas? ¿O la de que nunca terminas con nadie?

Aprieto la mandíbula.

—No soy un monstruo, Aria.

—No he dicho eso —dice—. Pero tampoco me has demostrado lo contrario.

Silencio otra vez.

—No sabía que iba a hacerte tanto daño —digo más bajo—. Si lo hubiera sabido…

—¿Qué? —me corta—. ¿Te habrías ido antes?

Eso me deja sin palabras.

—No —respondo al final—. Me habría quedado.

—Eso dices ahora —replica—. Pero cuando las cosas se complican, terminas desapareciendo.

—Porque no sé hacerlo de otra forma —confieso—. Porque siempre me ha funcionado huir.

Se ríe. No con humor. Con cansancio.

—Pues conmigo no funciona —dice—. Yo no soy así.

—Ya lo sé —respondo—. Por eso estoy aquí.

Me mira, dudando.

—¿Y mañana? —pregunta—. ¿O dentro de una semana? ¿Vas a volver a desaparecer?—no contesto enseguida. Y ese silencio ya es una respuesta—Eso es lo que me da miedo —añade—. Que hoy estés aquí y mañana no.

—No he venido para prometerte nada que no pueda cumplir —digo —. He venido para decirte la verdad.

—La verdad suele doler —murmura.

—Sí —asiento—. Pero duele más no decirla—Me giro un poco hacia ella—. No me fui porque me diera igual —continúo—. Me fui porque me importaba demasiado.

—Eso no tiene sentido —dice.

—Lo sé —respondo—. En mi cabeza tampoco lo tenía cuando lo hice.

Se frota las manos, nerviosa. La veo pequeña. Vulnerable. Y me odio por haber sido yo quien la ha puesto así. Bueno, en este caso Edward.

—No quiero ser una más —dice de repente—. No quiero sentir que soy "*otra chica*" en tu vida.

—No lo eres —respondo sin pensar.

—Eso dices —me devuelve—. Pero Edward no piensa lo mismo.

—Edward no sabe lo que pasa aquí —me enfado—. No sabe cómo te miro. No sabe lo que me haces.

—¿Y qué te hago? —pregunta, bajito.

Respiro hondo. Miro al suelo un segundo. Luego a ella.

—Me descolocas —digo—. Me haces pensar cosas que nunca me había planteado. Me haces quedarme cuando mi instinto me dice que huya.

Se le humedecen los ojos otra vez.

—Entonces no huyas —susurra—. Al menos no ahora.

Me acerco un poco más. Muy poco. Lo justo para que me note.

—Nunca me había gustado nadie —empiezo, ya sin frenos—. Nunca hasta que te conocí—La miro directamente—. No sabía lo que era estar pensando constantemente en alguien —sigo—. No sabía lo que era escuchar una canción y que tuviera nombre y cara—Se queda quieta, escuchándome—. El dibujo que te di lo hice a los tres días de conocerte —añado—. Tres días, Aria. Y ya estaba así de jodido—Se le escapa el aire despacio—. Fui a esa obra aburrida de poesías solo por…

—La poesía no es aburrida —me corta, otra vez, fingiendo enfado.

Sonrío un poco, sin querer.

—Vale, perdón —digo—. No es aburrida. Solo hay que saber entenderla—me acerco un poco más, y esta vez no se aparta—. Lo siento —digo entonces, de verdad—. Por irme. Por callarme. Por hacerte dudar—no responde. Me deja seguir—. Me puse una canción durante diez minutos seguidos pensando en ti —confieso—. La misma. En bucle. Como un idiota—La miro, sincero, sin chulería, sin ironía—. Dime qué más pruebas quieres para saber que estoy colado por ti, Walker.

—No se me olvida que eres actor —dice al final, bajito.

No es un ataque. Es una defensa. La conozco lo suficiente ya como para notarlo.

—¿Estás pensando que todo esto es actuado? —pregunto sin dureza —Aria se encoge de hombros. Ese gesto mínimo me dice más que cualquier respuesta. No niega, pero tampoco afirma. *Y la duda me duele.* No digo nada más. No porque no tenga palabras, sino porque sé que ahora mismo sobran. Me acerco despacio, dándole tiempo a apartarse si quiere. No lo hace. Posó mis labios sobre los suyos, sin fuerza. Un beso corto. Me separo solo lo justo para mirarla a los ojos ——¿Esto te parece actuación?—no responde con palabras.

Me coge de la nuca con decisión, como si hubiera tomado una elección. Me atrae hacia ella y esta vez no hay duda en su gesto. Dejo que lo haga. Dejo que me bese. Pero cuando noto que el beso se vuelve más intenso, soy yo quien toma el control, no para avanzar sin freno, sino para cuidar el ritmo. La empujo suavemente hacia la cama. No hay prisa. Vuelvo a besarla, con más hambre, pero también con algo nuevo: cuidado. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta y el escalofrío me recorre entero. No es solo físico. Es la forma en la que me toca, como si quisiera comprobar que sigo ahí, que no voy a desaparecer. Me agarra la camiseta y la levanta. No se lo impido. Cuando me la quita, siento el aire frío en la piel, y en su mirada. Es una mirada insegura.

Le quito la camiseta despacio, con tiempo, como si cada segundo contara. Cuando la tela deja su cuerpo al descubierto, se tensa. Lo

noto. Sus hombros, su respiración, la forma en la que deja de mirarme durante un segundo. Mis ojos recorren su cuerpo, sí. Pero no con hambre. Con atención. Con respeto. Como si estuviera viendo algo que no me pertenece del todo y tuviera miedo de estropearlo. Vuelve a besarme antes de que diga nada, como si quisiera adelantarse a sus propios pensamientos. La beso de vuelta, pero me separo para bajar al cuello. Dejo besos lentos, sin prisa, subiendo y bajando, hasta quedarme cerca de su oído.

—¿Sigues pensando que esto es actuación? —susurro, con la voz más grave de lo que pretendía—niega rápido. Demasiado rápido. Y cuando gime bajo, suave, sé que no está fingiendo nada. Sigo bajando, despacio, pero cuando llego a su abdomen y levanto la mirada algo no encaja. No está relajada. Está tensa. Me detengo al instante, como si hubiera tocado fuego, y me siento a su lado— ¿Pasa algo? —pregunto.

Niega, nerviosa, y se inclina para besarme, como si quisiera borrar la pregunta. Me echo un poco hacia atrás y levanto las cejas, sin reproche. Solo esperando la verdad.

—Es que… —empieza, y se detiene—. No sé qué estarás pensando de mi cuerpo. Sé que no tengo el cuerpo de todas las que has conocido y…

La interrumpo antes de que pueda hacerse más daño.

—Aria—se calla y me mira. Le coloco una mano en la mejilla, firme pero suave—. Eres mejor que todas esas —digo sin elevar la voz—. No porque seas distinta. Sino porque eres tú.

—No sé yo… —murmura.

—Eres la única con la que he sentido algo que no tiene que ver con el placer —confieso—. La única que me pone nervioso. La única que me hace pensar antes de tocar—trago saliva—. Nunca había querido que me pasara hasta que te conocí.

Me mira. Y sonríe. Esa sonrisa pequeña que me desarma siempre.

—Chico malo —dice.

—Cállate, Walker.

Se ríe, y esa risa me golpea en el estómago como un calor conocido.

—¿Podemos dejarlo para otro día? —pregunta de repente—. No porque no quiera, sinl porque ahora mismo necesito ir despacio.

Busca su camiseta entre las sábanas. Se la doy sin hacer comentarios, sin bromas, sin presión.

—Claro que sí —respondo al instante.

Me sonríe mientras se la pone deprisa, todavía un poco sonrojada.

—No hace falta que te la pongas tan rápido —añado, más suave—. Me encanta tu cuerpo. Pero me gusta más que confíes en mí.

Aria me sonríe y, esta vez, se pone la camiseta con más calma. No hay prisa. Es un gesto pequeño, pero me da la sensación de que está decidiendo quedarse, al menos un poco más. Cuando termina, no se mueve. Se queda ahí, sentada frente a mí, y noto su mirada fija en mi pecho. Se detiene en el tatuaje.

—¿Qué significa? —pregunta al final, sin curiosidad. Más bien con cuidado.

Justo ahí. Trago saliva sin darme cuenta. El cuerpo se me tensa antes que la cabeza. Ese tatuaje no es solo tinta. Es una herida cerrada a medias. Niego con la cabeza mientras cojo la camiseta del suelo, más por instinto que por necesidad.

—No es importante —digo, intentando sonar normal.

Pero ella no aparta la mirada.

—Pero quiero saberlo.

Y ahí está el problema. Que cuando me mira así, no me sale mentir. Me pongo la camiseta despacio, como si el tiempo fuera más lento de repente, y levanto la vista hacia ella. Sus ojos no tienen prisa. Tienen algo peor: *confianza*. Y solo la he sentido con ella.

—Es por mi hermana —digo al fin—no añado nada más. Espero que sea suficiente. Pero Aria levanta ligeramente las cejas, no para exigir, sino para invitarme a seguir. Como si me dijera estoy aquí, si quieres. Respiro hondo—. Murió el año pasado —continúo—, en el acto.

Lo digo rápido, como si así doliera menos. Como si no fuera real si no me detengo en ello. Aria abre un poco los ojos, sorprendida, y se acerca sin pensarlo. Simplemente me toca la mano, como comprobando que sigo ahí.

—Lo siento —dice.

Es automático. Demasiado.

—No es nada —miento.

No quiero pena. No quiero que me mire distinto. No quiero que su voz cambie o que me trate como algo frágil. Estoy acostumbrado a eso. A que todo el mundo baje el tono, a que me hagan preguntas que no quiero responder. Y sé que va a volver a hablar. Sé lo que viene después. *¿Qué le pasó? ¿Cómo fue? ¿Dónde estabas tú?* Aprieto la mandíbula.

—¿Cómo se llamaba? —dice.

Me deja completamente descolocado. Parpadeo. Bajo la mirada antes de poder evitarlo.

—Giada —respondo—. Tenía solo doce años.

No me lo ha preguntado. Pero sale igual. Como si llevara demasiado tiempo guardándolo. La imagen me golpea sin permiso. Su risa. Su forma de hablar rápido. Lo pequeña que era. Demasiado pequeña para todo lo que pasó. Aria no dice nada. Me mira y, por primera vez desde que la conozco, es ella la que me toca la cara. Apoya la mano en mi mejilla con una suavidad que me desarma por completo. Siento cómo se me acelera el corazón. Me deja un beso en la frente. Nada más. Nada menos.

—Lo siento muchísimo, Landon —dice.

Y ahí ya no puedo aguantar. La abrazo sin pensar, con fuerza, como si mi cuerpo hubiera tomado la decisión por mí. Ella responde al instante, rodeándome, apoyando la cabeza en mi pecho. No me dice que todo va a ir bien. No me promete nada. Solo está.

Mi hermana era muy pequeña. No merecía nada de lo que le pasó. Los recuerdos pasan uno tras otro, sin orden, mientras Aria me acaricia el pelo con una calma que no sabía que necesitaba. No me siento débil. No me siento observado. Por primera vez, no me siento solo con eso.

𐙚 𐙚 𐙚

Noto como a la media hora su respiración se ha vuelto más suave, dándome a entender que se ha quedado dormida. Tiene el ceño relajado, los labios entreabiertos, una mano apoyada en mi pecho como si fuera lo más normal del mundo. Y por primera vez en mucho tiempo, no siento la necesidad de moverme. El móvil empieza a vibrar sobre la mesa. Edward. Cuelgo sin pensarlo y dejo el móvil boca abajo. Al segundo, vuelve a vibrar. Insiste. Como siempre hace cuando sabe que ha metido la pata. Resoplo despacio y me levanto con cuidado de no despertarla. Cojo el móvil y salgo a la terraza, cerrando la puerta con el mínimo ruido posible.

Contesto. No digo nada. Dejo que sea él quien hable.

—Lo siento —dice al instante, sin rodeos—. Me he pasado muchísimo.

No hay justificación. No hay tono defensivo. Eso me descoloca más que si se hubiera puesto chulo.

—Pues sí —respondo, seco—. Bastante.

Me apoyo en la barandilla y miro al vacío, intentando no subir la voz. Edward suspira al otro lado. Lo conozco demasiado bien. Ese suspiro es de culpa, no de cansancio.

—No debería haber dicho nada delante de ella —continúa—. Ha sido innecesario. Y cruel.

—No tienes ni idea de lo que has provocado —le digo—. Estaba hecha polvo, Edward. Rota.

Hay un silencio breve.

—¿Estás con Aria? —pregunta.

Me giro hacia la cama a través del cristal, como si pudiera verme.

—Sí.

—¿Está bien?

La pregunta me enfada casi más que lo anterior.

—Se ha quedado dormida —contesto—. Y no porque esté tranquila. Porque estaba agotada de llorar.

Vuelve a quedarse callado.

—No era mi intención —dice al final—. Sabes que nunca ha sido.

—Pero ha pasado —le corto—. Y siempre es lo mismo contigo. Te crees que sabes lo que necesito mejor que yo.

—Landon… —empieza, con ese tono que usa cuando intenta bajar el conflicto.

—No —le interrumpo—. No me hables como si tuviera quince años.

—Soy lo más cerca que has tenido a unos padres en la vida—aprieto la mandíbula. Me duele porque es verdad. Y porque sabe perfectamente que decirlo así me toca donde más jode—. Y por eso mismo —añade, más bajo—, me preocupa verte meterte en algo que puede hacerte daño.

—Lo que me ha hecho daño es lo que has dicho tú —respondo—. No ella.

El silencio se alarga. Demasiado.

—¿De qué habéis hablado? —pregunta al final, con cuidado.

Suelto una risa irónica.

—No eres mi padre.

—No —admite—. Pero llevo años recogiendo tus mierdas cuando sales huyendo.

Eso me frena.

—Esta vez no estoy huyendo —digo—, estoy quedándome.

—¿Te gusta? —pregunta.

No duda. No rodea la pregunta.

—Me gusta —admito—. Muchísimo—lo digo despacio. Como si al decirlo así se hiciera más real—. Y no es un capricho —añado—. No es atracción. Es ella. Cómo me mira. Cómo me habla. Cómo me hace sentir normal.

Edward no responde enseguida.

—Nunca te había oído hablar así —dice al fin.

—Porque nunca me había pasado —contesto—. No me había sentido así de bien con nadie más. Solo con Giada.

El nombre cae pesado entre los dos. Edward se queda completamente en silencio. Y entonces lo veo. Miro hacia dentro. Aria está despierta. Me está mirando. *Mierda*.

Siento cómo se me acelera el corazón y me sube el calor a la cara. Aparto la mirada, avergonzado, como si me hubiera pillado haciendo algo que no debía.

—Espero que estés totalmente seguro de lo que estás diciendo —dice Edward al volver a hablar, con la voz más baja que antes.

—Lo estoy —respondo sin dudar—. Más que nunca.

—Entonces… —hace una pausa— no la cagues.

Cierro los ojos.

—Eso intento.

—Pásamela —dice—. Quiero hablar con ella.

Trago saliva y vuelvo a mirarla. Aria ya está incorporándose, nerviosa, como si hubiera entendido todo sin escuchar cada palabra.

—Edward quiere hablar contigo —le digo. Se levanta rápido, insegura—Tranquila —añado, besándole la sien antes de soltarla—, no voy a ninguna parte.

Le doy espacio y entro en la habitación, cerrando la puerta despacio.

***

A los diez minutos, Aria sale de la terraza con una sonrisa que no le había visto en todo el día y me devuelve el móvil. No es una sonrisa grande, ni exagerada. Es tranquila. De esas que te dicen todo está un poco mejor.

—¿Qué sonríes tanto? —pregunto, aunque en el fondo ya sé la respuesta.

Aria sonríe todavía más, como si le hubiera pillado el juego, y se acerca hasta mí sin ninguna prisa.

—Secretos entre Edward y yo —responde.

Resoplo, medio divertido, medio aliviado. Me alegra verla así. Me alegra que Edward haya sabido arreglarlo, aunque fuera tarde. Y me alegra, sobre todo, que Aria no esté cargando sola con algo que no le correspondía. Se tumba en la cama boca arriba, ocupando su sitio como si llevara ahí toda la vida. Yo la imito sin pensarlo. En cuanto nota que estoy a su lado, gira el cuerpo para mirarme de frente. Y ahí vuelven. Las mariposas. Como si no se hubieran ido nunca.

—Gracias por haberme hablado de tu hermana —dice, sincera.

No sé qué contestar, así que la beso. No es un beso urgente ni desesperado. Es lento. De esos que no buscan nada más que decir estoy aquí. Ella se separa primero y me mira a los ojos, con esa forma suya que me desarma.

—No sé cómo voy a hacerlo —confieso.

—¿El qué? —pregunta, apartándome un mechón de pelo de la frente con cuidado.

—*Dissimolare che non mi piaci davanti alla gente* —digo sin pensar.

Aria enarca una ceja, divertida.

—Traduce, italiano intenso.

—Disimular que no me gustas delante de la gente —repito, sonriendo.

—Suerte que tenemos que somos los protagonistas de una película de amor.

—Muchísima suerte —respondo—, aunque habría preferido a Michelle.

Me mira mal. Exactamente como esperaba.

—Sí, ¿verdad? Olivia me dijo que no paraba de hablar de ti.

—Me alegra saber eso —contesto, burlón.

Aria me empuja por el hombro, suave, pero con intención.

—Debí hacer caso a la Aria del primer día.

—Querrás decir *Ava* —digo. Se ríe, y esa risa me deja en paz por dentro—¿Por qué lo dices? —pregunto.

—Me caiste mal —admite—. Mucho. Cuando te vi sentado el primer día de rodaje pensé: qué imbécil.

—Yo no podía dejar de mirarte.

—Si dices eso haces que me sienta mal.

—Pero es verdad —respondo, tocándole un mechón de pelo—. Y cuando me besaste supe que ibas a ser mi perdición.

Aria sonríe y me da un beso corto en los labios, casi tímido.

—Ese mismo día, nada más llegar a la habitación, me puse a buscarte en todos lados.

—No voy a decirte lo que hice yo al llegar a la mía —respondo—. Solo diré que agradeceré eternamente que se fuera la luz del hotel.

—Yo pasé miedo —admite.

Y ahí está otra vez esa sonrisa que me roba algo por dentro. Mira el reloj de su muñeca y suspira antes de levantarse.

—Debería irme.

—Quédate a dormir —le digo, pasándole una mano por la cintura sin pensarlo.

—¿Y mi cena?

—O sea que te importa más la comida que yo.

—Sí —responde, sin dudar, sonriendo.

—Vale —asiento—. Pues adiós.

Hace justo lo que no quiero que haga: se levanta, se acomoda el pelo frente al espejo y camina hacia la puerta como si nada. La alcanzo y la sujeto por la cintura.

—No te vayas —le pido, sin ironía.

—Después de cenar vuelvo.

Se ríe al ver cómo se me ilumina la cara sin poder evitarlo.

—Te estaré esperando.

Me sonríe una última vez y se va a su habitación. Cierro la puerta despacio y me dejo caer en la cama, mirando al techo. Llaman a la puerta al minuto exacto. Ni siquiera me da tiempo a pensar. Me levanto de un salto, convencido de que es Aria, con esa esperanza estúpida que aparece aunque sepas que no tiene sentido. Me miro de reojo en el espejo, me paso una mano rápida por el pelo y abro. Y no. No es ella.

Es una chica morena, bajita, con una mochila colgada de un hombro y una cara entre fascinada y completamente incrédula. Se queda mirándome durante dos segundos eternos.

—No puede ser.

Perfecto. Ya está. Fan. Vídeo viral. Titular mañana.

—Oye —empiezo rápido, bajando la voz—, no digas nada de que esta es mi habitación o te juro que…

—¿Tú sabes lo fuerte que es esto? —me corta, ignorándome por completo—. O sea, sabía que existías, obviamente, pero así, en persona…

Frunzo el ceño.

—Vale, para —digo—. ¿Quién eres?

—Edna —responde, como si eso lo explicara todo—. Y tranquilo, no voy a gritar ni pedirte una foto. Bueno, igual luego sí. Pero ahora no.

—Genial —murmuro.

—Pero espera —añade, inclinándose un poco hacia mí—. Esto no es lo raro.

—¿Ah, no?

—No—confirma—, lo raro es que esta habitación se supone que es la de una amiga mía—señala la puerta con el dedo—. Aria—al decir su nombre, sonríe como una villana. Buscando alguna expresión que la confirme que he sentido al oír su nombre —, seguro que la conoces, es difícil no hacerlo.

Mi cerebro entra en modo emergencia. Decir la verdad sería raro. Decir que no la conozco también.

—Ni idea —decido responder—. Hay muchas Arias en el mundo.

Edna me mira fijo.

—Ajá— ese "*ajá*" pesa demasiado—. Vale —dice de repente—, te voy a hacer una pregunta y necesito que no mientas.

—Depende de cuál—me limito a responder

—¿Eres Sterling?

Cierro los ojos un segundo.

—Depende de para qué.

—DIOS —susurra, llevándose una mano al pecho—. Lo sabía. No estoy loca.

—Eso aún está por verse —respondo.

Se ríe. Fuerte. Sin ningún tipo de pudor.

—Tranquilo, actor misterioso-no tan misterioso —dice—. No soy una fan pesada. Solo ligeramente obsesionada desde hace años. Pero de forma sana, no te asustes.

—Claro —asiento—. Sanísima.

—O sea, mírate —continúa—. De verdad esperaba que fueras más alto.

—Perdona.

—Y más borde —añade—. Pero estás normal. Eso me desconcierta.

—Gracias —digo—. Creo.

—Entonces —dice, cruzándose de brazos—, si esta no es la habitación de Aria, ¿por qué estás tú aquí?

Abro la boca para responder. Y en ese momento, la puerta de enfrente se abre de golpe.

—¿EDNA?—la voz de Aria suena entre sorpresa y pánico absoluto. Edna se gira como si hubiera ganado la lotería—¿QUÉ HACES AQUÍ TAN PRONTO?—se abrazan casi tirándose al suelo, hablando a la vez —¿Pero tú no venías mañana?

—Me han dado el día libre.

—¿Y no avisas?

—Quería darte una sorpresa —Yo sigo ahí, apoyado en el marco de mi puerta, observando la escena como si no fuera real. Edna se separa un poco y vuelve a mirarme—. Ah, por cierto —le dice a Aria —. Creo que he conocido al amor de mi adolescencia.

Aria se gira hacia mí con los ojos abiertos como platos.

—¿QUÉ? No le hagas caso— me dice Aria rápido—. Es un poco tonta.

—Tonta tú —responde Edna—. Yo al menos reconozco a Sterling cuando lo tengo delante.

Aria me mira. Yo levanto las manos.

—Juro que no he dicho nada de quién soy.

—Todavía —añade Edna.

Genial.

—Bueno —digo, intentando recuperar algo de dignidad—, si me permitís, me voy a mi habitación.

—¿Te vas ya? —pregunta Edna—. Qué decepción.

—Me esfuerzo por vivir con ello.

Aria me mira con una sonrisa nerviosa.

—Me da que no voy a poder ir a tu habitación a cenar —dice.

—Menos mal —respondo, fingiendo tranquilidad.

Edna nos mira a los dos alternativamente.

—Ajá.

Ese "*ajá*" vuelve, pero ahora de Aria, por lo que los sentimientos que estoy sintiendo son totalmente distintos.

—Mañana, ¿vale? —añade Aria acercándose un poco—. Edna solo se queda hasta por la tarde.

Edna parpadea. Una vez. Dos. Luego abre mucho los ojos.

—¿Cenar? —repite—. ¿Habéis dicho cenar?

Aria se queda congelada medio segundo.

—No… bueno… o sea…

—NO NO NO NO —dice Edna levantando las manos como si estuviera presenciando un crimen—. Perdón, perdón, perdón. Esto es culpa mía. Claramente.

—Edna… —empieza Aria.

—Si yo hubiera sabido que estabais en plan cita secreta de actores guapos, no vengo. O vengo mañana. O no vengo nunca. Me exilio.

—No es una cita —dice Aria rápido—. Es solo…

—Aria —la interrumpe—. No insultes mi inteligencia. Acabo de ver cómo te ha cogido de la cintura Sterling. Eso no es "*solo*".

Yo carraspeo.

—Para que conste —digo—, no estaba planeado.

—PEOR —responde Edna señalándome—. Muchísimo peor —de repente, deja la mochila en el suelo y se da la vuelta en dirección al ascensor—. Vale, ya está. Me voy.

—¿Cómo que te vas? —dice Aria alarmada, yendo detrás de ella.

—Me voy del hotel. O a dar una vuelta. No sé. Pero no voy a ser el obstáculo entre una historia romántica.

—Edna, para —Aria la agarra del brazo—. No es lo que piensas.

—Eso es exactamente lo que diría alguien a quien le brillan los ojos.

—¡No me brillan!

—Te brillan —afirma—. Te brillan como cuando te gustaba el profesor de historia y decías que era solo "*majo*".

—¡TENÍA TREINTA AÑOS MÁS!

—Y MIRA CÓMO SALIÓ ESO —responde Edna, abriendo la puerta del ascensor como si estuviera huyendo de una explosión—. Yo no interrumpo destinos.

—Edna, vuelve —dice Aria—. No voy a cenar con él.

Edna se para. Se gira lentamente.

—¿No?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Edna la mira de arriba abajo, luego me mira a mí.

—¿Tú qué dices?

—Que me encantaría —respondo—, pero no es una cita.

Edna suspira dramáticamente.

—Qué decepción de generación—sale del ascensor y vuelve hacia nosotras—. Vale —dice—, entonces me quedo. Pero aviso: si mañana os pillo mirándoos raro en el desayuno, me vuelvo a ir.

—No vamos a mirarnos raro —dice Aria.

Edna la mira.

—Aria.

—Vale —cede—. Puede que un poco.

—Ajá —asiente satisfecha—. Entonces todo en orden—se agacha, coge la mochila del suelo y entra en la habitación de Aria como si nada—. Buenas noches, tortolitos que no son tortolitos —dice—, intentad no liaros en el pasillo, que luego dicen que soy yo la exagerada.

La puerta se cierra, con Aria fuera. Silencio. Miro a Aria. Aria me mira a mí.

—Lo siento —dice ella a la vez que yo digo:

—Me cae bien.

Se ríe, negando con la cabeza.

—Es un peligro.

—Lo sé —respondo—. Pero uno divertido.

Nos quedamos un segundo mirándonos, sin tocar, sin decir nada más.

—Mañana —repite ella, más suave.

—Mañana —asiento.

Se mete en su habitación. Yo cierro la mía. Y sonrío como un idiota.

Capítulo 11

Aria Walker

—¿TÚ ESTÁS BIEN DE LA CABEZA? —le suelto nada más cerrar la puerta detrás de ella.

Edna se gira despacio, con la mochila todavía colgada de un hombro, mirándome como si acabara de descubrir que el fuego quema.

—¿Qué? —dice—. ¿He hecho algo mal?

—¿Algo mal? —repito—. ¿Te parece normal aparecer así, de repente, y ponerte a gritar en un pasillo donde vive medio rodaje?

Mientras hablo, cierro la puerta del todo, por si acaso. No quiero rumores nuevos. Ya tengo suficiente con los que seguro están circulando.

—Aria —responde muy seria—, he visto a Sterling en chanclas. Eso altera el sistema nervioso de cualquier persona.

Me llevo una mano a la cara, intentando contener la risa. No porque tenga gracia, sino porque Edna tiene esa capacidad horrible de romperme cuando estoy a punto de hacerlo yo sola. Me paso una mano por la cara, intentando no reírme, pero joder, es imposible con ella.

—Has salido corriendo como si hubieras pillado a dos personas haciendo algo ilegal.

—Porque lo parecía —dice entrando del todo en la habitación—. Os mirabais raro.

Me quedo quieta un segundo. *Raro*. No sé ni cómo definir lo que ha pasado hoy. No sé ni cómo definir lo que me pasa cuando él está cerca.

—NO nos mirábamos raro.

—Os mirabais *muchísimo* raro—suspira teatralmente y empieza a avanzar por la habitación, mirando todo con los ojos muy abiertos, como si estuviera en un museo—. Joder… —murmura al llegar al salón. Sonrío sin poder evitarlo. Recuerdo perfectamente la primera vez que entré aquí y pensé exactamente lo mismo. Edna se queda quieta un momento, girando sobre sí misma—. Vale, no —dice—. Esto no es una habitación de hotel. Esto es una mansión encubierta.

—Exagerada.

—Aria, hay dos baños. ¿Qué necesitas, dos baños para ti sola?

Me río, aunque por dentro sigo tensa. Es raro cómo puedo estar riéndome y, a la vez, sentir ese nudo constante en el pecho.

—Cállate —me río—. Ya me sentía rara antes de que vinieras.

Se acerca al baño del recibidor, asoma la cabeza y vuelve a salir.

—Bañera y ducha —enumera—. ¿Quién toma estas decisiones?

—Gente rica.

—Ah —asiente—. Claro—sigue andando hasta el salón y se deja caer en uno de los sofás—¿Y dices que estás sola aquí?

—Sí.

—Crimen —sentencia—. Absoluto crimen.

—Edna…

—No, no —me corta—. Lo retiro. No estás sola. Tienes a Sterling justo enfrente—la miro fulminando. Ella me devuelve una sonrisa lenta. Peligrosa. De esas que significan sé cosas—¿Qué? —dice—. Niégame que no te gusta tenerle ahí.

Abro la boca. La cierro. Porque podría decir muchas cosas y todas sonarían demasiado cercanas a la verdad. Pienso en lo mucho que odié la idea al principio. En cómo me parecía invasivo, incómodo, casi irritante saber que estaba justo enfrente. En lo fácil que era convencerme de que me daba igual. Y luego pienso en lo poco que la odio ahora. En lo normal que se ha vuelto. En lo raro que sería no saber que está ahí, aunque no pase nada.

—No es eso —respondo al final—. Es… cómodo.

Lo digo despacio, midiendo las palabras, como si así pudiera controlar lo que significan.

—Ajá.

Ese "*ajá*" no es neutro. Es un "*no te creo*" disfrazado.

—Edna.

—Ajá *muy* fuerte—se levanta y va directa a la terraza. La sigo, apoyándome en la barandilla a su lado. Las vistas no son gran cosa, pero el aire frío me despeja un poco—. Tenemos un tema pendiente, querida —dice de repente.

Se me tensan los hombros al instante. El cuerpo reacciona antes que la cabeza.

—No.

No quiero hablar de esto. No quiero ponerle nombre.

—Sí.

—No.

—Te he visto —continúa—. Y antes de que digas nada: no, no es normal que tu "*amigo*" te mire así.

Me cruzo de brazos. No por frío. Por defensa. Porque siento que si no me protejo, algo se va a notar demasiado.

—¿Así cómo? —lo pregunto fingiendo ignorancia, como si de verdad no supiera a qué se refiere.

—Como si se le olvidara respirar.

Trago saliva. Literalmente. Porque la imagen aparece sola en mi cabeza y no me gusta lo precisa que es. Ni lo rápido que mi cuerpo la reconoce.

—Edna, no exageres.

—¿Que no exagero? —se gira hacia mí—. Aria, por favor. Le conozco desde hace años. Me he visto entrevistas, alfombras rojas, escenas dramáticas, besos de película… y esa mirada *no* es de trabajo.

Siento una presión en el pecho. No dolor. Algo más parecido a miedo.

—Es actor —replico—. Se le da bien.

Me agarro a eso como a una excusa salvadora.

—Y tú estás defendiéndole —me señala—. Sospechoso.

—No le defiendo—digo demasiado rápido.

—Le estás defendiendo muchísimo.

Aprieto los labios. Me cruzo aún más de brazos, como si así pudiera encerrarme dentro de mí misma.

—No ha pasado nada raro.

—Claro —asiente—, y yo he venido aquí solo a traerte croquetas.

—Ojalá.

Ojalá de verdad. Ojalá todo fuera así de simple.

—Ojalá —suspira—. Pero no. He venido y me encuentro con que mi mejor amiga se está metiendo en un terreno muy peligroso.

—¿Peligroso?

La palabra me incomoda. Suena más grande de lo que quiero aceptar.

—Sí —dice muy seria—. El terreno de los sentimientos complicados con actores guapos.

—No me gusta —digo demasiado rápido. Edna me mira. No dice nada. El silencio pesa más que cualquier respuesta—. No. Me. Gusta —repito.

—Eso es exactamente lo que dice la gente a la que le gusta.

—Edna.

Hay advertencia en mi voz. Y algo de súplica.

—Vale, vale —levanta las manos—. No te gusta. Solo te pone nerviosa. Solo te acelera el corazón. Solo te brillan los ojos cuando hablas de él.

—No me brillan.

—Brillan.

—No.

—Brillan tanto que casi necesito gafas de sol.

Resoplo. Me echo a reír, rindiéndome un poco porque pelear contra Edna siempre ha sido una batalla perdida. Y porque, aunque no quiera admitirlo, parte de mí sabe que no va tan desencaminada.

—Eres insoportable.

—Y tú muy poco convincente —se gira de nuevo hacia el interior de la habitación y saca el móvil. Mi estómago da un pequeño vuelco. No quiero ver nada. Y a la vez quiero verlo todo.

—Ven —dice—. Te voy a enseñar algo.

—No.

—Sí.

—Edna, no quiero ver vídeos suyos.

Lo digo sabiendo que es mentira incluso antes de terminar la frase.

—MENTIRA.

Me enseña el móvil. TikTok. Favoritos. Una carpeta. "**mi dios todopoderoso".** Siento una mezcla absurda de vergüenza ajena y algo que se parece demasiado a los celos.

—Estás enferma.

—Estoy informada—Edna desbloquea el móvil con una sonrisa peligrosa, de esas que ya me avisan de que voy a arrepentirme de no haber huido antes. Se sienta más cómoda en la cama, como si lo que estuviera a punto de enseñarme mereciera atención completa, y acerca la pantalla hacia mí—. Es este.

Antes incluso de que le dé al play, ya veo la miniatura. Landon aparece de perfil, traje negro perfectamente ajustado, el pelo peinado hacia atrás de esa forma que parece casual pero que claramente no lo es. La luz es cálida, de restaurante caro, de esos sitios donde todo brilla un poco más de la cuenta. Hay una chica frente a él, morena, elegante, con un vestido oscuro que deja los hombros al descubierto. Trago saliva sin darme cuenta. El vídeo empieza con él sentado a la mesa, apoyando un codo en el mantel

blanco, girando lentamente una copa de vino entre los dedos. No dice nada al principio. Solo la mira. *Y joder, cómo mira*. No es una mirada amable ni coqueta. Es intensa, directa, como si estuviera midiendo cada reacción de la otra persona.

La chica habla. No se oye bien por la música de fondo, pero se le nota molesta. Sus gestos son bruscos, las manos se mueven demasiado. Landon ladea la cabeza, aprieta la mandíbula un segundo —ese gesto ya lo conozco— y bebe un trago de vino sin apartar los ojos de ella.

—Mira eso —susurra Edna—. Esa escena es clave.

Yo no respondo. Estoy demasiado ocupada observando cómo él se inclina un poco hacia delante, invadiendo el espacio personal de la chica sin tocarla. Cómo apoya la mano en la mesa, cerca de la de ella, pero sin llegar a rozarla. Cómo sonríe apenas, como si supiera algo que ella no. La discusión sube de tono. La chica se levanta de golpe, la silla chirría contra el suelo. Durante un segundo parece que se va a ir sin mirar atrás. Y entonces él se levanta. El movimiento es rápido, decidido. Le agarra la muñeca con firmeza —no brusco, pero sí seguro— y la gira hacia él. La chica protesta, intenta soltarse, pero Landon no la deja ir. Se acercan tanto que sus cuerpos casi se chocan.

—Ahora —dice Edna en voz baja.

Landon no le da tiempo a decir nada más. La empuja suavemente contra la pared del pasillo del restaurante, colocando un brazo a cada lado de su cabeza. La acorrala. Exactamente igual que en el rodaje. Exactamente igual que conmigo. Mi estómago se contrae. El beso no es bonito. No es tierno. Es intenso, cargado de rabia y deseo mezclados. Él inclina la cabeza, la besa con hambre, como si necesitara callarla. La chica responde, se aferra a su chaqueta durante un segundo… y luego lo empuja. Lo empuja fuerte. Se separan. Ella le dice algo —algo que no se oye— y se va, taconeando pasillo abajo sin mirar atrás. El vídeo termina con Landon solo, apoyando la espalda contra la pared, cerrando los ojos

un segundo y apretando los puños. Cuando los abre, la expresión ya no es seductora ni chula. Es dura. Fría. Cansada. Edna pausa el vídeo. Yo sigo mirando la pantalla, aunque ya está congelada en el último fotograma.

No sé qué me molesta más: si lo bien que lo hace, si lo real que parece, o lo familiar que se me ha hecho su manera de mirar.

—¿Qué te parece?

Parpadeo. Me obligo a despegar los ojos del móvil.

—Pues una actuación normal —miento.

Ni siquiera me suena convincente a mí. Edna inclina la cabeza, estudiándome con demasiada atención.

—Ya… —me responde y se sienta en la cama. Hago lo mismo que ella y agradezco que, por fin, se salga de la carpeta y apague el móvil—. ¿Me lo cuentas ya o…?

Me quedo unos segundos en silencio. No porque no sepa qué decir, sino porque sé exactamente qué decir y eso es lo que me da miedo. Contarlo en voz alta significa aceptar que no ha sido solo una cadena de casualidades raras. Significa aceptar que me ha importado. Suspiro fuerte, exagerando, como si así pudiera espantar los nervios.

—No empieces a poner esa cara —le digo—. En cuanto sienta tu mirada juzgandome te juro que paro.

—Aria —responde, llevándose una mano al pecho—. Te juro que no voy a juzgarte—la miro—Bueno, voy a juzgarte un poco —añade—, pero con amor.

Resoplo.

—Vale —cedo—. Pero no interrumpas.

—No prometo nada —dice, sentándose mejor—. Empieza.

Trago saliva.

—El primer día que llegué la tarjeta no me iba —empiezo—. Estaba cansada, cargada con las bolsas, y solo quería entrar en la habitación y tirarme en la cama. Mientras hablo, lo revivo todo con demasiada claridad. El pasillo, la moqueta, la sensación de estar fuera de sitio—. Paso la tarjeta por error por su puerta —sigo— y se abre.

—NO —dice Edna, inclinándose hacia delante—. Ya empezamos fuerte.

—Pensé que era mi habitación —me justifico—. Hasta que aparece él.

—Dilo bien —me corrige—. *ÉL*.

—Sterling —digo, y se me hace raro incluso ahora—. En la puerta. Mirándome como si yo fuera la que se había colado.

Edna abre la boca, fascinada.

—Por favor dime que estabas antipática.

—Muchísimo.

—Gracias, universo.

—Le dije que se había metido en mi habitación —continúo—. Así, sin pensar. Y encima enfadada.

—No puede ser —se ríe—. ¿Le gritaste?

—No gritar… pero casi.

—Aria —se tapa la cara—. Estoy llorando.

—Y al día siguiente —sigo—, me lo encuentro en el rodaje.

Edna da un pequeño gritito ahogado.

—NO ME JODAS.

—Te lo juro.

—Esto es un *enemies to lovers* de manual —dice—. ¿Tú eres consciente de eso?

—No es lovers —me apresuro—. Es… trabajo.

—Claro —asiente—. Trabajo con besos en callejones.

—Edna.

—Sigue, sigue.

Me apoyo hacia atrás en la cama.

—No sabía quién era —confieso—. Te lo juro. Pensé que era, no sé. Un actor más.

—Dime que también le soltaste algo borde en el rodaje.

—Le dije que tenía pinta de chico malo.

Silencio. Edna me mira. Parpadea. Y entonces explota.

—NO —grita—. NO. ARIA. ESO NO HA PASADO.

—Sí—respondo, avergonzada.

Es mi mejor amiga, pero es que ahora mismo no puedo mirarla a la cara.

—TÚ —se señala a sí misma— delante de ÉL —señala al aire— le dices eso.

—Sí.

—Esto no es real —dice, levantándose de la cama—. Estoy viviendo en una simulación.

Me empiezo a reír.

—Encima se rió—digo.

—OBVIO —responde—. Si le dicen eso diez personas al día, pero ninguna con tu cara de "*me da igual quién seas"*—se pasea por la habitación como si estuviera procesando información vital—. O sea —enumera—: le echas la bronca, no sabes quién es, le llamas chico malo… y luego te besa en un rodaje de *dark romance.*

—No fue así de simple.

—Nunca lo es —dice—. Pero siempre empieza así.

Me muerdo el labio.

—Edna… yo no lo busqué.

—Eso es lo que da miedo —responde, mirándome de golpe—, que no lo hayas buscado—me quedo callada—. Y ahora dime —añade más suave—. ¿En qué punto exacto dejaste de pensar "*qué tío más imbécil"* y empezaste a pensar "*mierda*"?

Sonrío sin querer.

—No lo sé —admito—. Supongo que cuando dejó de parecerme un gilipollas todo el tiempo.

—Ah —dice—. El punto sin retorno.

—No digas eso.

—Lo siento —sonríe—. Pero es que es muy fuerte —se sienta otra vez a mi lado.

—¿Y tú qué? —pregunto, intentando cambiar el foco—. ¿Desde cuándo eres tan fan?

—Desde siempre —responde sin dudar—. Pero tranquila. No te lo voy a robar.

—Gracias.

—Aunque si rompes su corazón —añade—, sí que me enfadaré contigo.

—Edna.

—Es broma —dice—. Más o menos —las dos nos quedamos en silencio unos segundos— ¿Estás asustada? —me pregunta al final.

No respondo enseguida.

—Un poco —admito—. No por él. *Por mí.*

Asiente despacio.

—Eso es lo que pasa cuando algo importa.

Y por primera vez desde que empezó todo, no me río, no lo niego, no lo disfrazo. Solo me quedo ahí, pensando que quizá Edna me conoce demasiado bien.

𐙚 𐙚 𐙚

A la media hora ya la he contado cosas. Demasiadas. O pocas, depende de cómo lo mires. He omitido lo gordo —lo de su nombre, lo de lo cerca que hemos estado de pasarnos de la raya, lo de lo fácil que me deja tonta—, pero aun así siento que me he quedado medio desnuda contándole lo que siento. Edna remueve la sopa con la cuchara como si estuviera analizando mi futuro sentimental en vez de un caldo.

—Entonces… —dice despacio— ¿me estás diciendo que te gusta?

—No —respondo rápido.

Edna levanta una ceja.

—Ah, vale. Entonces te da igual. Perfecto. Me quedo tranquila.

—He dicho que no —repito, ya molesta conmigo misma.

—Y yo he oído "*sí, pero me da miedo decirlo en voz alta".*

Me quedo callada. Odio que me conozca tanto. Me da rabia porque no puedo ganarle una discusión a alguien que te ha visto llorar por una serie y luego decir "*no estoy triste, es alergia".*

—No quiero hablar de esto —murmuro.

—No quiero hablar de esto, dice —me imita—. Y luego vas y te juntas con un actor famoso para un *dark romance.* Tú eres un meme viviente, Aria.

—No es un *dark romance* mío, es del guión.

—Claro. Y los besos eran por ciencia.

Me pongo roja y me escondo detrás del cojín.

—Edna, por favor.

—No, no, no. Ahora me lo cuentas bien. —Se sienta más recta—. ¿Qué le has dicho exactamente? ¿Que te gusta? ¿O que "*te confunde*"? Porque tú eres muy de decir "*me confundes*" para no admitir nada.

—Le he dicho que siento algo —admito bajito—. Y ya.

—¿Y él qué?

Me muerdo el labio. Pienso en su cara. En cómo se puso serio. En cómo se le notaba el susto, pero también el algo.

—Que… cree que es correspondido.

Edna se queda quieta, cuchara en el aire.

—¿Perdona? ¿Cree? ¿Cree? ¿Eso qué es? ¿Una encuesta? ¿Un "*según mis cálculos*"?

—No. O sea… —me pongo nerviosa—. Que sí, que… que lo nota.

—Aria… —dice, y se tapa la boca con la mano como si estuviera en una boda—. Estoy a dos segundos de gritar.

—No grites, por favor.

—No voy a gritar. —Respira hondo—. Voy a hiperventilar en silencio, que es más elegante —me río sin querer. Y eso me delata: cuando me río, me siento un poco menos sola. Un poco menos rara. Edna aprovecha. —. Vale, entonces… —baja la voz como si estuviéramos conspirando—, ¿por qué siento que me has dejado cosas fuera?

—Porque no soy idiota.

—Eso me ofende, yo tampoco lo soy.

—Edna, no puedo contártelo todo.

—¿Por qué? ¿Porque te da vergüenza? ¿Porque es muy fuerte? ¿Porque…? —se acerca— ¿porque te gusta de verdad?

Abro la boca para negarlo, pero no me sale. Así que hago lo que hago siempre: me hago la dura.

—Porque no es tu vida.

Edna sonríe con una calma que me asusta.

—Mi vida es una mierda, déjame vivir la tuya un rato.

—Eres insufrible.

—Y tú adorable. Eso también es insoportable —Nos quedamos un segundo mirándonos, y entonces suelta la frase que me mata—. Ahora siento que te he molestado al venir antes de lo acordado —dice, más bajito—. No sabía que ibais a cenar juntos.

Me quedo quieta. Y de repente me entra la culpa. Porque Edna ha venido por mí y yo aquí pensando en Landon como si fuese el centro del planeta.

—No —niego rápido—. No me has molestado. De verdad. Me lo propuso así sin más. Y… seguro que lo entiende.

Edna chasquea la lengua.

—O sea, que encima te lo propone él. —Me mira raro—. Qué cabrón.

—No es un cabrón.

—Aria…

—Vale, a veces es un cabrón.

—Gracias. —Asiente, satisfecha—. Ya me cuadran las matemáticas.

Antes de que pueda seguir, llaman a la puerta. Las dos nos congelamos. Edna me mira como si fuera a sacar un bate del bolso.

—No te muevas —susurra—. Si no te mueves, no existes.

—Eso no funciona así.

—A mí me funcionó en el instituto.

—¿Quién? —grito desde el salón.

Silencio. Edna se acerca a mí, dramatizando.

—Vale. O es un asesino… o es alguien del hotel con el menú de mañana.

—¿Y por qué no contestan?

—Porque los asesinos no contestan, Aria.

Me levanto despacio, con el corazón raro. Voy al recibidor.

—¿Hola? —digo ya más cerca.

Edna viene detrás de mí como una guardaespaldas de 1,50.

—Ojalá hubiera una puta mirilla —murmuro.

—Ojalá tuvieras un perro grande y feo.

—No necesito un perro, necesito paz.

Abro un poco la puerta. Y veo a Michelle, de espaldas, plantada frente a la puerta de Landon. Edna abre los ojos como platos.

—¿Quién es? —me susurra.

Le hago "*shhh*" con el dedo. La puerta de Landon se abre y escuchamos a Michelle.

—¿Puedo pasar? No entiendo una cosa del guión y como tú eres experto y eso…

Edna me mira con un odio personal hacia la humanidad.

—Esta chica es gilipollas —susurra—. Perdón, es gilipollas profesional.

Landon ni siquiera tarda. Ni siquiera duda en darle una respuesta.

—Tú y yo no tenemos ninguna escena juntos, Michelle. Pregúntale a alguien con quien sí la tengas.

Pum. Puerta en la cara. Yo suelto el aire. No me doy cuenta de que me he quedado sonriendo hasta que Edna me señala.

—*Green flag,* querida. Punto para él.

—Cállate —le digo, empujándola suave.

—No, no, no. —Me señala otra vez—. Eso ha sido sexy. Un hombre que pone límites. Estoy a punto de aplaudir —Michelle se gira. Por un segundo, creo que nos ha visto. Cierro la puerta de golpe. Nos quedamos dentro, como dos ratas escondidas. Se oye a Michelle irse diciendo "*gilipollas*". Edna se ríe bajito, con una satisfacción malvada —. Es que me cae fatal. Tiene cara de "*me huele el ego".*

No puedo evitar soltar una risa nasal. Es exactamente el tipo de frase que solo Edna puede decir sin que suene forzada. A mí me daría vergüenza hasta pensarlo en voz alta.

—Edna…

—¿Qué? Es verdad.

Y lo dice tan tranquila, como si estuviera hablando del tiempo. Me hace gracia y, al mismo tiempo, me tranquiliza. Tenerla aquí es como volver a un sitio conocido, a cuando mi vida no era un rodaje, ni fotos filtradas, ni Landon ocupando espacio en mi cabeza sin permiso. Volvemos al salón. Me dejo caer en el sofá con un suspiro largo, de esos que no sabía que estaba aguantando. El cansancio se me ha instalado en los hombros, pero la cabeza sigue yendo demasiado rápido.

—¿Te has dado cuenta de que llevas aquí y no me has contado nada de ti? —le pregunto, cambiando de tema porque si sigo con Landon me va a dar algo.

Edna se encoge de hombros, como si no fuera importante. Como si ella no lo fuera.

—Porque lo tuyo es mejor.

Me da un dolor leve en el pecho. Odio cuando se quita valor así, como si su vida fuera un relleno y la mía algo digno de película.

—Cuenta.

—Mi vida es: trabajo, casa, y llorar con vídeos de gatos.

Me la quedo mirando. Dice "llorar con vídeos de gatos" riéndose, pero yo sé leer entre líneas. Sé lo que es llegar a casa cansada y sentir que no hay nada especial esperándote.

—Eso también es una vida.

—Es una vida deprimente. —Me mira—. Además… esto es lo más importante que me ha pasado en meses: tú besándote con Sterling. Es mi religión.

No puedo evitar reírme. Me tapo la cara un segundo, más por vergüenza que por humor. Ojalá pudiera contarle lo poco religiosa que me siento yo con todo esto.

—Tienes que hacerte actriz —bromeo—. Como yo.

Lo digo en broma, pero también hay algo de orgullo ahí. Todavía me cuesta creer que esta sea mi vida.

—Ojalá. Pero sin tu suerte.

—¿Mi suerte?

Lo pregunto de verdad, porque aún no tengo claro en qué punto exacto empieza la suerte y en cuál el caos.

—Sí, tu suerte: estar literalmente pegándote morreos con mi crush internacional.

Siento calor en la cara.

—No son morreos.

—Aria, hay una foto.

—Es un rodaje.

Lo repito como un mantra, como si diciéndolo muchas veces fuera a convencerme a mí misma.

—Internet no distingue, querida. Internet celebra—me mira con ojos brillantes —. Cuando seas famosa y te vayas por el mundo no te olvides de mí.

Me sale una sonrisa pequeña, de esas que duelen un poco.

—Imposible olvidarme de alguien tan pesada.

—Capulla —nos miramos un segundo en silencio, y siento ese cariño raro que solo se tiene con alguien que te conoce de verdad. Edna se queda pensativa, y de repente se ríe sola, como si acabara de acordarse de algo—. Por cierto… casi no me dejan entrar.

—¿Cómo lo conseguiste?—Edna aprieta los labios, conteniendo risa —. Edna…

—Le puse un audio tuyo.

Se me para el corazón.

—¿Qué audio?

—Uno tuyo cantando.

—¿CUÁL?

Mi voz sale demasiado alta, demasiado alterada. Ella, encantada con el drama, saca el móvil. Le da play. Yo cantando *Greedy*. A pleno pulmón. Convencida de que soy *Tate McRae* y de que el mundo necesita oírme. Me tapo la cara al instante. Quiero desaparecer.

—Cinco segundos y me dejó pasar. Creo que pensó que eras peligrosa.

—Normal —nos reímos tanto que me duele la tripa. Me río hasta que me falta el aire, hasta que por un momento dejo de pensar en todo lo demás. Y eso vale oro— ¿Qué hora es? —pregunto de golpe, porque el cansancio me cae encima.

—Las dos y media.

—¿QUÉ?

—¿QUÉ HACES? —me grita—. ¿Quieres que nos echen?

—Nos levantamos a las seis y media.

Lo digo y, al instante, me arrepiento. Edna se queda tiesa, con los ojos abiertos como platos.

—Esto era información vital. Yo con esta información me iba. Yo me iba corriendo. Yo me compraba un billete de vuelta.

—A dormir, pesada.

—¿Pero luego puedo seguir durmiendo? ¿O tu actor internacional te va a llamar para recitarte poemas en italiano?

—Cállate.

—No puedo. Es mi naturaleza —nos metemos en la cama. El colchón se hunde un poco más de lo normal, pero no me importa. Me tapo hasta la barbilla, agotada—. No me quites la manta —murmura.

—Siempre eres tú la que la roba.

—Mentirosa profesional —dice, ya medio dormida.

Sonrío en la oscuridad. Cierro los ojos. Y por primera vez en todo el día, no estoy sola con mi cabeza.

Capítulo 12

Landon Sterling

La alarma de mi móvil suena antes de que esté preparado para existir. Ni siquiera recuerdo haberla puesto. Me revuelvo en la cama y, cuando no para, estiro el brazo a ciegas hasta que doy con el móvil y la apago de un manotazo. Seis de la mañana. Estoy acostumbrado a madrugar. Siempre lo he estado. Pero eso no significa que me guste ni que mi cuerpo lo acepte sin protestar. Me quedo unos segundos mirando al techo, con la cabeza todavía espesa, y antes incluso de pensar en el rodaje, en Edward o en el día que tengo por delante, *Aria ya está ahí.* Como siempre. Se me cuela sin pedir permiso.Su risa de anoche, su forma de mirarme cuando cree que no la estoy mirando, el brillo leve —muy leve— que se le queda en los ojos cuando le digo algo que no esperaba escuchar. Me jode lo fácil que se me ha metido dentro. Me jode y, al mismo tiempo, me calma.

Me levanto al fin y me meto en la ducha. El agua caliente me espabila lo justo para no parecer un zombie, pero ni así consigo sacarla de la cabeza. Me enjabono el pelo y apoyo la frente un segundo contra los azulejos. Me pregunto si a mí también se me nota. Si mis ojos brillan cuando la miro. Si ella se da cuenta. Hace un año que no brillan por nada. Desde que Giada murió, todo se quedó… plano. Gris. Y ahora aparece ella y, de repente, algo se mueve. Me da miedo admitirlo incluso para mí. Salgo de la ducha, me visto sin pensar demasiado —pantalones marrones, camiseta negra— y me echo colonia casi por costumbre. Me miro en el espejo un segundo más de lo normal, no por vanidad, sino porque quiero saber si se me nota que algo ha cambiado.

El móvil vibra. Una perdida de Edward. Eso significa ya estoy aquí. Cojo la bolsa del rodaje y salgo de la habitación. Cuando paso por el pasillo, oigo voces elevadas en la habitación de Aria. Gritos, risas, frases atropelladas. No entiendo nada, pero sí reconozco su risa, y sin querer se me afloja algo en el pecho. Me detengo un segundo, casi sin darme cuenta, y luego sigo caminando como si no hubiera pasado nada. Salgo por la puerta trasera del hotel, mirando a los lados para asegurarme de que no hay nadie, y me dirijo al coche de Edward.

Abro la puerta y me subo.

—¿Qué tal? —me dice, dándome una palmada en la espalda como si ayer no hubiera liado la que lió.

—Sobreviviendo —respondo, seco pero sin ganas reales de discutir, pese a que ayer quedó todo hablado.

Edward sonríe, mete la mano en la guantera y saca sus gafas de sol. Le miro con una ceja levantada.

—No me mires así —dice—. Son parte de mi identidad.

Resoplo y me río, a mi pesar. El enfado se me va solo. Siempre hace lo mismo.

—¿A quién esperamos? —pregunto, aunque ya lo sé.

Edward inclina la cabeza hacia la entrada del hotel. *Y ahí está*. Aria sale con un jersey ajustado y unos pantalones sencillos. Está guapa sin esfuerzo, como si no se hubiera dado cuenta. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza y tengo que contener las ganas de bajarme del coche. Pero no viene sola. A su lado aparece Edna. *Perfecto*. Me quedo quieto, con la mano todavía apoyada en la puerta.

Bajo la ventanilla cuando se acercan.

—Buenos días—dice Aria.

No sonríe. Está tensa. Lo noto incluso antes de pensar en ello, en cómo mantiene los hombros rectos y las manos demasiado quietas.

—Buenos días —respondo yo, intentando sonar normal, como si no llevara toda la mañana pensando en ella.

Antes de que pueda decir nada más, Edna da un paso al frente.

—No te esfuerces —dice, señalándome con un dedo—. Ya sé que eres tú.

Parpadeo.

—¿Yo?

—Sí, tú —afirma—. El de la puerta equivocada. El de "*hay muchas Arias en el mundo*". El de la voz que llevo escuchando desde que tengo quince años.

Aria se tapa la cara con las manos.

—Edna, por favor…

—No —niega ella—. Déjame tener este momento. Ayer estaba en shock. Hoy vengo preparada.

Edward suelta una carcajada desde el asiento del conductor.

—Encantado —le digo a Edna—. Veo que ya hemos pasado la fase de misterio.

—La pasé anoche —responde—. Vi dos entrevistas, tres escenas y un edit con música triste. Muy innecesario, por cierto.

—¿Edit triste? —pregunto.

—No preguntes —dice Aria rápido—. No quieres saber.

Edna la ignora.

—Además —continúa—, no me gustó nada cómo me hablaste ayer.

Frunzo el ceño.

—¿Cuándo?

—Cuando fingiste que no sabías si tú eras tú—me acusa—. Eso fue feo. Muy feo.

—Era autoprotección —me defiendo—. No sabía si ibas a gritar.

—Tenía razones —dice—. Pero me contuve. Por ella.

Señala a Aria con orgullo.

—Gracias —murmura Aria, muerta de vergüenza.

—Estás preciosa —le digo más bajo, para que se relaje.

Funciona. Siempre funciona. Edna lo ve. Obviamente lo ve.

—Ajá —dice, cruzándose de brazos—. Así que este es el famoso tono.

—¿Qué tono? —pregunta Aria.

—El tono de "*te estoy mirando como si el resto del mundo no existiera*" —responde—. Muy cinematográfico. Muy peligroso.

Edward carraspea.

—¿Subimos ya o qué? —dice—. Antes de que esto se convierta en un podcast.

—Espera —dice Edna—. Una última cosa —me mira directamente—. Si le haces daño, te desheredo como crush.

—Edna… —protesta Aria.

—Lo digo con cariño —añade ella—. Y con violencia.

—Trato hecho.

Edna sonríe satisfecha, como si acabara de cerrar un acuerdo internacional, y en vez de apartarse abre la puerta trasera del coche y se mete dentro con una naturalidad insultante.

—Perfecto —dice mientras se coloca el cinturón—. Vámonos, que llegamos tarde.

Edward la mira por el retrovisor, luego me mira a mí, luego vuelve a mirarla a ella.

—¿Tú también vienes? —pregunta, parpadeando despacio.

—Sí —responde Edna—. ¿No era obvio? No pienso perderme el rodaje de mi mejor amiga con su coprotagonista guapo y problemático.

—No es oficial —dice Aria rápido desde el asiento delantero, sin mirarme.

—Claro que no —asiente Edna—. Igual que Titanic era solo un paseo en barco.

Edward suspira y arranca el coche.

—Vale —dice—. Pero sin gritar.

—No prometo nada —contesta Edna—. Me emociono fácilmente—el coche se pone en marcha y durante unos segundos hay un silencio raro, incómodo, de esos que solo existen cuando hay demasiada gente pensando demasiadas cosas a la vez. Yo noto la mirada de Aria de reojo. Ella mira por la ventanilla. Edna nos mira a los dos—. Bueno —dice de pronto—, ya que estamos todos aquí y nadie ha muerto todavía… ¿puedo hacer una pregunta?

—No —responde Aria al instante.

—Sí —digo yo al mismo tiempo.

Aria me mira fulminándome.

—Gracias, Sterling —dice Edna encantada—. Se nota quién coopera.

—Edna… —advierte Aria.

—Tranquila —dice—. No es grave. Creo—se inclina un poco hacia delante, apoyando los brazos en los asientos—¿Os besáis igual de bien fuera de cámara que dentro?

El coche entero se queda en silencio. Edward carraspea tan fuerte que parece que se le va a salir un pulmón.

—EDNA —dice Aria—. ¿ESTÁS TONTA?

—Un poco —admite—. Pero no esquives la pregunta.

—No hay fuera de cámara —responde Aria, rígida—. Todo es trabajo.

—Ajá —dice Edna—. Y yo soy la reina de Inglaterra.

No puedo evitar reírme por lo bajo.

—No te rías —me dice Aria sin mirarme.

—No me estoy riendo —miento fatal.

Edna me señala.

—Eso. Eso es lo que digo. Esa complicidad. Eso no es trabajo.

—Edna —insiste Aria—, por favor.

—Vale, vale —levanta las manos—. Cambio de tema —dura exactamente tres segundos—. Aunque tengo que decir una cosa —añade—. Ayer, cuando abriste la puerta del hotel y fingiste que no sabías quién era Aria, me decepcionaste un poco.

—Lo sabía —respondo—. Lo vi en tu cara.

—Fue devastador —dice—. Pero luego te vi cerrar la puerta a Michelle y se me pasó.

Aria se gira de golpe.

—¿Cómo sabes eso?

Edna sonríe con malicia.

—Las paredes oyen. Y yo también.

Edward niega con la cabeza.

—Es raro que te hayan dejado salir —dice Edward, sin quitar la vista de la carretera.

Edna se ríe al instante, una risa escandalosa, de esas que llenan el coche aunque no quiera. Aria rueda los ojos, pero no con molestia, sino con esa resignación divertida de quien ya sabe lo que viene.

—Soy amiga de la recepcionista.

Edward frena un poco más brusco de lo necesario.

—¿Amiga… amiga? —pregunta, incrédulo.

—Amiga de trauma compartido —aclara Edna—. Nos unió una experiencia intensa.

—Joder —suelta Aria, llevándose una mano a la cara.

Eso despierta mi curiosidad de golpe.

—¿Eres su amiga? —pregunto, mirándola por el retrovisor.

Edna no responde al principio. Se hace la interesante. Disfruta demasiado de estas pausas dramáticas. Me giro un poco más para mirarla y, cuando cruza su mirada con la mía, se le ilumina la cara.

—¿Me hablas a mí? —pregunta, fingiendo inocencia. Asiento y no puedo evitar sonreír. Tiene esa energía caótica que te obliga a estar atento—. Bueno… —dice alargando la palabra—, digamos que tuvimos un encuentro muy… poco profesional.

Mi mente, que no sabe estarse quieta, se va automáticamente a sitios que no debería. La corto en seco. No. Edna no va por ahí. O eso espero.

—¿Poco profesional? —repito, arqueando una ceja.

Antes de que Edna pueda responder, Aria se adelanta, claramente arrepentida de haber permitido que este tema saliera.

—Le puso un audio mío cantando a la recepcionista para que la dejaran pasar.

Me quedo un segundo en silencio. Luego otro. Y luego ya no puedo más. Me río. Pero no una risa contenida. No. Una risa de verdad. De las que salen del pecho. Edward se me une casi al instante, negando con la cabeza mientras se ríe también. Vale. Oficialmente, esta chica me cae bien. Cuando Aria nota que me estoy riendo, me da un golpe flojo en el hombro.

—Oye.

—¡Ay! —me quejo exageradamente—. Qué agresividad.

—Cállate —me dice.

Pero esta vez no suena cortante. Me mira. De verdad me mira. Directo a los ojos. *Y joder*. Lo noto. Ese segundo se me queda clavado en el pecho. Su mirada va de un ojo al otro, como si dudara de algo, y yo trago saliva sin darme cuenta. Aparto la vista, incómodo, sofocado, agradeciendo mentalmente que Edna vuelva a hablar y rompa el momento.

—Fue por pura supervivencia—continúa—. La señora no me creía. Le enseñé mensajes y me dijo que estaban editados. Le enseñé fotos y me dijo que estaban editadas. ¡EDITADAS! —repite, indignada—. ¿Tú sabes lo ofensivo que es que te digan que tu vida está editada?

—Un poco sí —responde Edward—. Trabajo de esto.

—Pues imagínate —dice Edna—. Ese audio fue mi última bala.

Yo la miro, todavía con media sonrisa.

—Necesito escucharlo.

—No —dice Aria al instante, girándose hacia mí.

—Lo necesito muchísimo —insisto, apoyando el codo en la puerta.

—Que no.

Y ahí sé que ya está perdida, porque no suena enfadada. Suena divertida. Y Edna lo sabe.

—Votos a favor de que se ponga el audio —propongo.

Levanto la mano. Edna levanta las dos. Y, para mi sorpresa, Edward también levanta una, mirándome por el espejo con una sonrisa cómplice. Aria se tapa la cara.

—No me lo puedo creer… —murmura—. Estáis todos en mi contra.

—Siempre —dice Edna—. Es un complot.

—Venga —cede Aria, resignada—. Cuando quieras.

Edna no pierde ni un segundo. Saca el móvil, busca el audio con una rapidez sospechosa — esto no es la primera vez que lo reproduce —, y hace un gesto a Edward.

—Baja la música.

Edward obedece. El audio empieza a sonar. *Y joder*. No sé qué esperaba, pero no esto. Aria canta. De verdad canta. Afina. Controla la voz. Sube y baja con seguridad. No es una broma, no es algo gracioso: es bonito. Me quedo completamente callado, escuchando,

con una sensación rara en el pecho que no sé etiquetar. No conozco la canción, pero ya sé que cuando llegue a mi habitación la voy a buscar. Cuando termina, Edna vuelve a darle play, riéndose otra vez. Aria le quita el móvil, pero también se ríe, rendida.

—BUENO, YA, ¿NO?

Apaga el móvil y lo deja en su regazo. El coche se queda en silencio. Uno distinto. No incómodo. Expectante.

—Cantas bien —dice Edward al final—. Estoy sorprendido. El primer día que te vi poniendo música no habría apostado por esto.

Aria se ríe, avergonzada, y noto cómo me mira de reojo. Espera algo. Lo sé.

—No sabía que cantabas —digo al fin.

—No canto —responde—. Solo cuando me aburro.

—Pues nunca pensé que diría esto —interviene Edward—, pero espero que te aburras algún día conmigo.

Edward la mira por el espejo. Aria se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, roja.

—Imposible —dice.

Y justo entonces, el coche se detiene. Hemos llegado. Y yo solo pienso que, joder, ojalá este trayecto hubiera durado un poco más.

***

—Lo de hoy es sencillo —dice Izan, dando una palmada suave para llamar la atención. Pasea la mirada por todos nosotros y, cuando comprueba que nadie está mirando el móvil ni hablando entre dientes, continúa—. Sterling quiere poner celosa a Aria con Michelle.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Niego. Así. Sin pensarlo. Automático. El silencio cae de golpe. Varias miradas se clavan en mí

como si acabara de confesar un crimen.

—No voy a besar a Michelle —aclaro, con la voz firme, sin rodeos. Busco a Aria casi sin darme cuenta. Ella ya me estaba mirando.

—Es el guion, Sterling —responde Izan, paciente, como si me estuviera explicando algo a un niño pequeño.

—Me da igual —contesto, seco, sin ganas de entrar en debate—. No pienso hacerlo.

Vuelvo a mirar a Aria. Mueve los labios como si quisiera decir algo, pero no llego a entender qué. Izan busca apoyo con la mirada entre los guionistas. Nadie dice nada. Ni una sola voz se levanta para defenderle. Suspira. Se rinde.

—Vale… —dice al final—. ¿Quieres decir el porqué o…?

—Simplemente no quiero —le corto—. Fin del asunto.

Otro silencio incómodo. Noto la mirada de Michelle quemándome la nuca, pero ahora mismo podría estar mirándome un león hambriento que me daría exactamente igual. Giro la cabeza hacia Aria otra vez. Ya no me mira. Está hablando con Edna y con un señor que no tengo ni idea de quién es, como si se conocieran de toda la vida. Bebe tranquilamente de una pajita, relajada, ajena al drama. Niega con la cabeza divertida por algo que Edna le dice, y entonces me mira. Me clava los ojos. Trago saliva.

Decido no apartar la mirada. A ver quién aguanta más. Aria lo capta enseguida. Se cruza de brazos, desafiante, sin dejar de mirarme. Izan sigue hablando, pero para mí el sonido se vuelve ruido de fondo. Ella sube una ceja. Yo la imito. Mis ojos bajan solos a sus labios. *Error*. Cuando vuelvo a subir la mirada, es ella la que me está mirando la boca. Me relamo sin pensar y sonríe, apenas, pero lo suficiente como para que el pecho se me apriete. *Joder. Me voy a morir aquí mismo.*

—Aria —la llama Izan, rompiendo el momento.

Ella aparta la mirada de mala gana.

—¿Sí o no? —pregunta él.

Aria empieza a juguetear con las manos. Nerviosa. Está claro que no tiene ni puta idea de lo que le ha preguntado. Aun así, asiente.

—Sí.

—¿Por qué? —insiste Izan.

Se queda en blanco. Literalmente. La miro y sé que no sabe qué decir. Giro la cabeza hacia Edna y se me escapa una sonrisa al ver su cara: está conteniendo la risa como si su vida dependiera de ello. Cuando me mira y ve que yo también estoy a punto de reírme, bebe de su pajita con una seriedad fingida y aparta la mirada.

—Pues… —empieza Aria, buscando palabras—. Eh…¿Cuál era la pregunta? —suelta al final.

Michelle se ríe. No es una risa normal. No es divertida. Es una risa con mala leche. Aprieto la mandíbula sin darme cuenta y la miro. Le importa una mierda mi mirada.

—¿De qué te ríes? —dice una voz que no es la mía.

Edna está de pie. Aria se revuelve en su asiento al instante.

—Edna, no…

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunta Edna, avanzando un paso, con una sonrisa peligrosa.

Michelle alza una ceja, desafiante, y se recoloca en la silla.

—De lo que me da la santa gana.

—Oye, chicas, parar de… —intenta intervenir Izan.

—Espero que no te estés riendo de Aria —continúa Edna, ignorándolo por completo.

—¿Y qué si lo hago? —responde Michelle, levantándose—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? —Edna ladea la cabeza, irónica—. Nada. Solo pensar que eres bastante valiente para reírte después de haberte arrastrado hasta la habitación de Landon anoche.

El ambiente se congela.

—Edna… —murmura Aria, muerta de vergüenza.

Michelle abre la boca, indignada.

—¿Perdona?

—Sí, sí —continúa Edna, como si estuviera hablando del tiempo—. Llamar a su puerta con la excusa del guión. Muy profesional todo. Casi tan profesional como quedarte mirando la puerta cuando te la cerró en la cara.

Izan se lleva una mano al pelo.

—Chicas, por favor…

—¿Crees que me importa lo que pienses? —escupe Michelle.

—No —sonríe Edna—. Pero a mí sí me importa que te rías de mi mejor amiga. Y mira, hoy me he levantado con pocas ganas de tolerar gilipolleces.

Michelle da un paso más, claramente enfadada.

—No sabes con quién te estás metiendo.

—Oh, tranquila —responde Edna—. Lo sé perfectamente. Con la chica que no acepta un no como respuesta.

Aria está roja como un tomate. Incómoda. Me levanto sin pensarlo.

—Parad ya —digo. Michelle me ignora—. Michelle —repito, subiendo el tono. Ahora sí me mira. Enfadada—, para ya, no hagas más el ridículo.

No sé por qué, pero me hace caso. Se sienta de nuevo, lanzando una última mirada venenosa a Edna y a Aria.

—Gracias —dice Izan, claramente aliviado. Le asiento sin darle importancia—Vale —continúa—. Entonces, Sterling… —me mira—. ¿Estás más cómodo besando a Aria?

La miro. Me mira. No hace falta hablar.

—Sí —respondo sin dudar.

—Perfecto —dice Izan—. Sterling besa a Aria y aparece Michelle, sorprendiendo la escena y hablando con Aria.

Todos asentimos. Yo no dejo de mirar a Aria. Y Edna, desde atrás, me guiña un ojo como diciendo: *más te vale no cagarla.*

***

Aria está delante de mí. Actuando. O fingiendo. O siendo demasiado real. Me dice que tiene muchísimas ganas de besarme, que en un sitio público no puede hacerlo. Su voz tiembla lo justo. Lo suficiente como para que me joda por dentro. La empujo contra la pared, tal y como marca el guión. Mi mano va directa a su cintura. Me acerco. Noto su respiración. El olor de su colonia. El segundo exacto antes del beso.

—CORTEN.

Joder. Las cámaras bajan casi a la vez. Izan aparece con la cara de alguien que ya ha perdido toda fe en la humanidad.

—Michelle —dice despacio, muy despacio—. Entras después del beso.

—Ah… vale —responde ella, llevándose una mano al pecho—. Perdón, es que me lío.

No te lías una mierda. Mira a Aria. No disimula. Sale del plano con una sonrisa que me da ganas de romper algo.

—Otra vez —ordena Izan—. Desde el principio.

Aria me mira de reojo.

—Está siendo raro —susurra.

—Está siendo una gilipollas —le contesto bajo.

Acción. Repetimos. Aria habla. Yo la empujo contra la pared. Esta vez subo la mano hasta su nuca. No estaba en el guión, pero me da igual. Necesito tocarla para no perder los nervios. Me acerco más. Demasiado.

—¡Corten!

Antes incluso de que Izan llegue, ya sé lo que ha pasado. No porque sea adivino, sino porque esto ya es un patrón. Michelle está otra vez adelantándose, medio dentro del plano. Lo que me jode no es solo que sea torpe. Es esa sensación de intención. Y yo llevo tragando demasiado últimamente. Demasiado para alguien que siempre presumió de no tragarse nada.

—Por favor… —Izan se frota la cara—. Michelle, ¿qué parte no estás entendiendo?

Izan parece diez años mayor desde que empezó el rodaje. Y lo entiendo.

—Ay, perdón —dice ella, exagerando—. Siempre entro antes sin querer.

—No es sin querer —salto yo.

Se me escapa antes de medirlo. Me sorprende mi propia voz. Silencio. Todos me miran, pero me da igual. Ya estoy cansado de ser el Landon que todo el mundo espera: el que no se implica, el que no se moja, el que no defiende nada porque nada le importa.

—¿Perdona? —Michelle se gira hacia mí, ofendida—. ¿Qué insinúas?

—Que pares —digo seco—. Que dejes de interrumpir. Que hagas tu trabajo y ya.

Lo digo con un control que no me reconozco. Lo digo firme. Simple. Por dentro tengo el corazón fuerte, fuerte, fuerte, como si estuviera en una escena de acción y no en un callejón.

—No me hables así —responde—. No eres nadie para…

—Soy el puto protagonista de la escena —la corto—. Y estás jodiendo el rodaje.

Me sale más agresivo de lo que planeaba. Y no me arrepiento.

—¿Te crees especial ahora? —me escupe—. ¿Porque no quieres besarme a mí?

Y ahí está. La verdad. No era por "*entrar antes*". Era por mí. Por el ego. Y si fuera solo conmigo, me daría igual. Pero oigo un cambio en la respiración de Aria. Y eso me enciende. Porque Aria no tiene por qué comerse esta mierda.

—No quiero besarte porque no toca —respondo—. Y porque no me da la gana, ya que estamos.

Sé que la frase se oye por todo el set. Sé que mañana puede haber titulares raros si alguien lo cuenta. Y aun así, la suelto.

—Claro —se ríe ella—. Ahora resulta que el chico malo se ha vuelto selectivo.

Me dan ganas de reírme, pero no por gracia. Por desprecio.

—Michelle —dice Izan, nervioso—. Vamos a calmarnos.

—No —digo yo, sin apartar la mirada de ella—. Vamos a dejarlo claro. Estás entrando antes porque quieres llamar la atención. Y es patético.

Michelle aprieta los labios. Por fin se le borra la máscara un segundo.

—¿Y a ti qué te importa lo que yo haga?

—Me importa porque estás molestando a Aria —digo—. Y conmigo puedes hacer lo que quieras, pero con ella no.

Y cuando lo digo, algo dentro de mí se coloca. Como si por fin una pieza encajara. No es "*caballerosidad*". No es postureo. No es quedar bien. Es simple: no quiero verla incómoda. No quiero verla pequeña.

No quiero verla pensando "i*gual no valgo*". Se oye un murmullo general.

—Mírate —Michelle se ríe—. Defendiéndola. ¿Qué pasa, Sterling? ¿Te has enamorado de la actriz nueva?

Mi estómago da un vuelco. No porque me ofenda. Sino porque… joder. Quealguien lo diga en alto delante de todos es como si te encendieran una luz en la cara.

—¿PERO TÚ QUIÉN COJONES TE CREES?

De pie. Roja. Avanzando sin frenos. Y ahí, lo admito: me entra una risa interna. No porque esto sea "*gracioso*" en plan. simpático, sino porque Edna es una bomba. Y en este set lleno de falsedad, Edna es lo único real. Y lo real se agradece.

—EDNA, NO —dice Aria, levantándose de golpe.

La forma en la que Aria dice su nombre me lo deja claro. Edna no es peligrosa porque sea mala. Es peligrosa porque es leal.

—No, no, no —Edna se quita la chaqueta—. Ahora sí que no —Se planta delante de Michelle, a dos centímetros— ¿Sabes lo que pasa? —dice con una sonrisa peligrosa—. Que llevas todo el día tocando los cojones.

Yo debería intervenir. Debería. Pero una parte horrible de mí piensa: *dale, Edna.* Porque yo no puedo decir lo que Edna dice. Yo tengo contratos, imagen, prensa, *bla bla bla.* Edna no. Edna tiene solo dos cosas: boca y cero miedo.

—¿Perdona? —Michelle se pone de pie—. Tú no pintas nada aquí.

—Pinto lo suficiente para decirte que ayer te arrastraste hasta una habitación que no era la tuya —Edna alza la voz—. Y encima vienes hoy de víctima.

Me tengo que morder la lengua. Porque lo de "*arrastrarte*" me parece una palabra tan perfecta que me dan ganas de aplaudir.

—ESO ES MENTIRA.

—¿Ah, sí? —Edna da un paso más—. Porque a mí me contaron otra cosa.

—EDNA —grito yo—. Para.

Lo digo serio. Y no porque quiera salvar a Michelle. Me da igual ella. Es por Aria. Porque sé que Aria va a sentirse culpable si esto se va a la mierda por su culpa.

—Ni de coña —responde sin mirarme—. Nadie se ríe de mi amiga.

Michelle levanta la mano. Y mi cuerpo se tensa instintivamente. No porque me dé miedo, sino porque sé leer ese gesto. Y ahí se lía. Edna va directa a por ella. Y me jode lo mucho que lo estoy disfrutando. Me siento como un crío viendo a alguien decir en voz alta lo que tú no te atreves. Y me da vergüenza disfrutarlo, pero no lo puedo evitar.

—¡EH, EH, EH! —dos personas de producción la agarran de los brazos justo a tiempo.

—¡SOLTADME, CABRONES! —grita—. ¡QUE LE VOY A DAR UNA SOLO!

Yo trago saliva para no reírme.

—¡EDNA! —Aria corre hacia ella—. ¡Para, por favor!

—¡QUE NO! —Edna forcejea—. QUE ESTA TÍA ES IMBÉCIL

—Seguridad —ordena Izan, ya desesperado—. Sacadla del set.

Mientras se la llevan, Edna sigue gritando.

—¡APRENDE A ENTRAR EN PLANO, REINA!—dice, oyéndose su voz cada vez más lejos— ¡Y DEJA DE ARRASTRARTE POR LOS HOTELES!

Una vez no se la oye a Edna, el set se queda en silencio. Ese silencio incómodo de cuando todo el mundo está pensando lo mismo pero nadie lo dice. Yo miro a Aria un segundo. Y en su cara veo dos cosas: vergüenza y ganas de reírse. Y eso me derrite. Michelle está blanca. No debería alegrarme, pero me alegra.

—Vamos a grabar —dice Izan, agotado—. Ahora. Y bien.

Michelle asiente, callada. Acción. Empujo a Aria contra la pared. Y al tocarla, noto lo de siempre: esa electricidad que me jode la vida. Porque no es actuación. No del todo. Esta vez nadie interrumpe. La escena sale perfecta. Pero yo ya no estoy actuando. Y Michelle lo sabe.

Capítulo 13

Aria Walker

Durante el trayecto de vuelta, el silencio *no* existe dentro del coche. Principalmente porque Edna no lo permite.

—Es que sigo sin entenderlo —dice por cuarta vez, quitándose un *AirPod* y mirándonos a todos—. O sea, me sacan a mí. *A mí*. Cuando la otra estaba literalmente provocando.

Edward suspira sin apartar la vista de la carretera.

—Edna, por favor…

—No, Edward, no —le corta—. Por favor no. Que luego soy yo la exagerada. Pero la señorita *"entro antes en plano porque soy tonta"* no es la mala—se enfada cada vez más al hablar —me muerdo el labio para no sonreír. Y sé que no debería reírme, pero es Edna

siendo Edna incluso enfadada. Landon está dormido, o al menos lo finge para no tener que intervenir en la conversación. Tiene el codo apoyado en la ventanilla, la cabeza sostenida por la mano y la respiración tranquila. Su otra mano sigue entrelazada con la mía. Yo le acaricio los dedos despacio con mi pulgar, y hacer es me relaja hasta a mi—. Y encima —continúa Edna—, me sacan a mí como si fuera una amenaza para la paz mundial. Perdona, Izan, pero si yo quisiera pegarle, le habría pegado. No estaría avisando.

—No ibas a pegarle —dice Edward, cansado.

—Hoy, no —corrige—. Pero ganas no me faltaban —se gira hacia mí, demasiado rápido—. Y tú —me señala—, tú estabas muy tranquilita para alguien a quien estaban faltando el respeto en su cara.

—No estaba tranquila —respondo en voz baja—. Estaba bloqueada.

Edna me mira un segundo más, como calibrando algo. Su expresión se suaviza apenas un poco, recordando que yo no soy como ella y aunque me falten el respeto mil veces, si mi mente se bloquea yo me bloqueo.

—Vale —dice—. Eso sí te lo compro —Landon se mueve ligeramente, como si hubiera escuchado su nombre aunque nadie lo haya dicho. Aprieta un poco más mi mano, inconsciente, y se recoloca en el asiento sin despertarse del todo. Edna lo mira—. Encima mírale —resopla—, dormido como un santo. Después de casi liarla en el set.

—Pero no la ha liado —murmura Edward.

—No, la he liado yo —replica ella—, como siempre. La que no sabe estarse quieta cuando ve a una imbécil riéndose de su mejor amiga.

Aunque Edna lo diga con tono humorístico, sabe que ha hecho lo correcto. Han sido tantas las veces que Edna me ha ayudado a lo largo de mi vida, que solamente pensar en ello hace que se me pongan los ojos cristalinos.

—Gracias —digo simplemente.

Edna no responde enseguida. Se encoge de hombros, vuelve a ponerse el *AirPod,* y a los dos segundos se lo quita otra vez.

—Pero sigo enfadada, ¿eh? —añade—. Mucho. Que conste.

Edward frena en la parte trasera del hotel y pone el coche en doble fila.

—Ya hemos llegado —dice—. Intentad no pegarle a nadie mañana, por favor.

—No prometo nada —responde Edna—. Pero lo intentaré. Por ti.

Landon se revuelve al notar que el coche se detiene. Abre los ojos de golpe, como si hubiera tenido una pesadilla. Busca con la mirada. Me encuentra. Sonríe.

—Hola —dice, medio dormido—¿Ya hemos llegado? —pregunta, con esa voz ronca que me da ganas de empujarlo solo para disimular.

Edna le mira rápidamente, como si hubiera estas esperando todo el viaje a que se despertara—cosa que es cierta.

—Anda, la bella durmiente despertó —bromea—. Ya que estás despierto, aprovecho para informarte de que estoy enfadadísima.

Landon frunce el ceño, confuso.

—¿Con quién?

—¿CON QUIÉN? —repite Edna, indignada—. Con quién no. Michelle es una gilipollas, Izan otro, y yo otra —dice, mientras niega con la cabeza—. Debería haberla pegado. AH—dice, acordándose de algo —, contigo también estoy un pelín enfadada. Pero es que eres mi crush de toda la vida, enfadarme contigo del todo va en contra de mi voluntad.

Me muerdo el labio para no reírme. Mientras, Landon me mira de reojo, como buscando contexto, pero yo solo me encojo de hombros, inocente.

—Vale… —dice él despacio—. ¿He hecho algo mientras dormía?

—NO —Edna se inclina hacia él—. Dime si tú ves normal lo que ha pasado antes. Van y me sacan como si fuera una delincuente, ahí agarrándome uno de cada mano —se levanta la camiseta y enseña su brazo, sin ningún tipo de marca—. ¿Lo veis, verdad? Tengo hasta moratones.

Landon asiente muy serio, sin atreverse a negarle a Edna que no tiene absolutamente nada en el brazo.

—Horrible —dice—. Inaceptable.

—Gracias —responde Edna, satisfecha durante exactamente dos segundos—. Buf es que, que gilipollas—vuelve a repetir como lleva haciendo durante todo el viaje—. Aunque en verdad ha sido épico. Tú enfrentándote con ella y luego yo me acerco antes de que esas columnas de dos metros a agarrarme fuera del plató ese.

—¿Te agarraron? —pregunta Landon.

Eso hace que Edna le mire instantáneamente casi con la boca abierta. Seguramente está pensando algo tipo: *te lo acabo de decir, imbécil,* pero su semblante se vuelve serio otra vez, seguramente recapacitando y sabiendo que Landon acaba de levantarse y no se ha enterado ni media.

—DOS PERSONAS —remarca—. DOS. Como si yo fuera peligrosa.

—Bueno…—empieza él—. Un poco sí parecías.

—¿PERDONA?

—Quiero decir —corrige rápido—, peligrosa emocionalmente.

—Ah —Edna asiente—. Así sí.

Yo ya no puedo más. Me tapo la boca con la mano, riéndome en silencio. Landon se da cuenta y me mira, sonriendo.

—¿Te hace gracia? —me pregunta.

—Mucho —confieso—. No sabes cuánto.

Edna nos mira a los dos, alternando la mirada.

—Ajá —dice—. Ya veo por dónde va todo.

—¿Por dónde? —pregunta Landon.

—Si lo digo, hay probabilidades de que no sea lo que pienso y quedo mal, lo siento—responde—. En fin. Que estoy enfadada. Mucho. Y necesitaba que lo supieras.

Landon asiente con mucha calma, se desabrocha el cinturón y abre la puerta del coche.

—Vale —dice—. Gracias por avisar.

Edna parpadea. La conozco, y sé que quiere que sigamos con la conversación, más que nada para desahogarse ella misma.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres que haga? —pregunta él, genuinamente confundido—. ¿Le escribo una carta a producción? ¿Miro mal a todos mañana?

—MÍRALA MAL A ELLA —dice Edna sin dudar—. Eso, para empezar.

—Hecho —responde él con total seriedad.

Landon me rodea la cintura por detrás y me acerca a él, como si fuera lo más natural del mundo. Edna nos mira, levanta una ceja.

—No voy a decir nada —advierte—. Todavía.

—Gracias —respondo yo.

—Pero pienso cosas —añade—. Muchas.

—También gracias —dice Landon.

Edward carraspea desde el coche.

—¿Os vais o queréis seguir esta terapia grupal aquí?

—Ya vamos —respondo.

Landon me guía suavemente hacia la entrada del hotel. Edna nos sigue, todavía mascullando cosas entre dientes sobre Michelle y

producción. Entramos dentro del hotel y el aire cambia al instante. No sé si es el silencio, la luz más cálida o simplemente que ya no estamos rodeados de gente del rodaje, pero todo se siente más íntimo. *Más real.*

—Vale —susurra—. Aquí es donde fingimos que somos personas normales.

—Dura poco —le digo.

No me equivoco. En recepción está Mia, la chica del primer día. Sentada, concentrada, con cara de estar contando mentalmente cuántas horas le quedan para salir de allí. Todo parece normal hasta que Edna se detiene en seco.

—NO —dice—. No puede ser.

Me paro también, confusa.

—¿Qué?

—ESA —susurra señalando con la barbilla—. ESA ES LA MUJER.

Frunzo el ceño.

—¿La mujer de qué?

Edna se gira hacia mí con una expresión solemne.

—La que escuchó tu audio cantando como si fueras una diva poseída.

Se me cae el alma a los pies.

—Edna.

—Aria.

—No.

—Sí.

En ese momento, Mia levanta la vista y nos reconoce. Nos dedica una sonrisa educada, demasiado educada. De esas que dicen sé más de ti de lo que debería.

—Buenas noches —dice.

—Buenas noches —respondo yo, intentando no morir.

Landon, que hasta ahora había ido sorprendentemente callado —cosa rara en él cuando nota que algo me incomoda—, suelta una risa corta, la peor: *esa risa contenida que significa ya sé algo y me hace gracia.* Me giro hacia él con una mezcla peligrosa de súplica y amenaza.

—¿Pasa algo que me estoy perdiendo? —pregunta, como si no supiera perfectamente que está a punto de meterse en terreno prohibido.

—Nada —respondo demasiado rápido—. Absolutamente nada.

Odio cómo mi voz se acelera cuando miento. Pero lo que más odio es que él lo haya notado. A mi derecha está Edna, que me mira con una sonrisa de villana.

—Yo solo diré —empieza— que Mia, la recepcionista, ya no me mira igual.

—Edna —digo en voz baja—. No.

—Edna —imita Landon—. Sí.

Me giro hacia él, horrorizada.

—No te pongas de su lado.

—No me pongo de su lado —dice—. Me pongo del lado del entretenimiento.

Eso debería estar penado por ley. Edna da un paso hacia el mostrador de recepción, exageradamente tranquila, como si no acabara de declarar la guerra.

—Mia —dice con una sonrisa falsa—. Perdona, una pregunta rápida.

Mia levanta la vista de los papeles. Nos reconoce. Y entonces me reconoce a mí. Lo noto en esa pausa mínima. Ese microsegundo en el que su cerebro conecta cosas.

—Dime —responde.

Yo quiero morir. Quiero evaporarme. Quiero volver atrás en el tiempo y no existir. Landon se acerca también, apoyándose en el mostrador como si esto fuera su hábitat natural.

—Es solo curiosidad profesional —añade él—. ¿Le caímos bien ayer?

Mia arquea una ceja.

—Depende —dice—. ¿Eso era lo que estabais intentando?

EDNA SE RÍE. Yo no.

—No intentábamos nada —me apresuro a decir—. Fue un malentendido.

—Claro —dice Landon—. Un malentendido muy… *sonoro*.

Le clavo la mirada. Le voy a matar. Él sonríe. El cabrón. Edna se inclina un poco hacia Mia, como si fueran viejas amigas conspirando.

—Tienes que entenderla —dice—. Aria es una persona muy intensa cuando se siente observada.

—NO SOY INTENSA.

—Lo eres —dicen los dos a la vez.

Mia contiene una sonrisa.

—No pasa nada —dice—. Peores cosas han pasado aquí.

Eso no me tranquiliza en absoluto. Landon asiente, solemne.

—¿Ves? —me dice—. Ya estás creando historial.

—No quiero historial.

—Pues lo tienes.

Edna chasquea la lengua.

—Bueno —dice—. Solo queríamos asegurarnos de que no había resentimientos.

—Ninguno —responde Mia—. De hecho —me mira—, me caes bien.

Me quedo quieta.

—¿Sí?

—Sí —dice—. La gente auténtica se nota.

Eso debería hacerme sentir mejor. Pero en realidad solo pienso: *Genial. Ahora también soy "la auténtica" que hizo el ridículo.* Landon se endereza, satisfecho.

—¿Ves? —dice—. Encantas sin esfuerzo.

—No era el objetivo.

—Pero es el resultado —responde.

Edna me rodea los hombros con un brazo.

—Relájate —susurra—. Esto no ha sido tan grave.

La miro.

—Me has acercado deliberadamente a la persona que más me juzga sin hablar.

—Exacto —dice—. Terapia de choque.

—Venga —dice Landon—. Antes de que empeoréis la situación.

—¿EMPEORAR? —repito.

Edna sonríe.

—Siempre se puede.

Landon me mira y me cuesta apartar la mirada. Una de las cosas que más destacaría de Landon es su mirada. Es ese tipo de miradas que no puedes dejar de ver. Que te deja hipnotizado y se te olvida quien eres, o como te llamas. Sin duda lo que más me gusta de todo este tema es el pequeño destello que aparece en sus ojos cada vez que me mira. Me pregunto si a mi también me brillarán así, pero mi respuesta se aclara rápidamente al ver como Edna me está mirando.

—Cantas jodidamente bien, Aria —lo dice bajo. De esa forma que no parece pensada, como si se le hubiera escapado antes de poder frenarse. Mi nombre, dicho así, con ese tono, me recorre entera como un escalofrío que intento disimular tragando saliva y mirando a cualquier sitio menos a él—. No deberías avergonzarte.

Levanto la vista sin querer y ahí está otra vez: *ese brillo.* No es una sonrisa descarada, no es chulería. Es algo más tranquilo, más sincero. Durante una milésima de segundo pienso en besarle, pero entonces recuerdo que Edna está literalmente devorando la escena con los ojos, como si estuviera presenciando el tráiler exclusivo de una película que luego va a guardar, repetir y analizar plano por plano.

—Vamos —digo rápido, demasiado rápido—. Ya es tarde.

No solo se lo digo a Landon. Me lo digo a mí misma. Por suerte, los dos me hacen caso. Cuando llegamos a las habitaciones, Landon se detiene frente a la suya. No entra, sino que se queda ahí, apoyado en la puerta, esperándonos. Y lo entiendo al instante: no quiere que esto acabe todavía.

—Mañana estaré todo el día contigo —me sale antes de pensarlo. Me quedo quieta. *Joder*—Quiero decir… —añado, intentando arreglarlo— a no ser que tengas algo que hacer.

Landon no duda ni un segundo.

—Lo único que quiero hacer mañana es estar a tu lado todo el rato.

Y ahí ya estoy perdida. Me coge la cara con ambas manos, con cuidado, como si temiera que pudiera romperme, y me da un beso corto. Me quedo en blanco. Mi primer impulso es mirar a Edna, como si necesitara comprobar que esto es real. Ella está sonriendo. Mucho. Demasiado. Carraspea, claramente intentando recomponerse para no gritar.

—Vale —dice—, solo quiero dejar constancia de que esto...—señala vagamente entre los dos—, es muy fuerte.

Landon levanta una ceja, divertido.

—¿Eso es bueno o malo?

—Buenísimo —responde ella sin pensarlo—. Me has caído bien.

Él se sorprende un segundo. Luego sonríe.

—Tú también me has caído bien.

Edna suelta el aire como si hubiera estado conteniéndolo desde que le conoció.

—Menos mal —dice—. Porque si no, tendría que odiarte por sistema.

—Lo habría entendido —responde Landon—. Yo también me odiaría —Me río sin querer— ¿A qué hora te vas mañana? —pregunta él entonces, mirando a Edna.

—A las siete y media me recoge un coche para ir al aeropuerto —responde—. El vuelo sale a las nueve y media.

Landon niega con la cabeza como si eso no fuera aceptable en ningún universo.

—Nosotros te llevamos.

—Tenemos rodaje —digo yo, aunque ni yo misma sueno convencida.

—Veo que no has prestado atención —me dice él, con una sonrisa ladeada—. Mañana nuestro papel es casi inexistente. Olivia y el chico ese callado se comen la jornada.

—¿Conan? —pregunto.

—Ese —asiente—. No pasa nada porque lleguemos tarde.

Miro a Edna, que sé lo que está pensando porque está levemente roja. Al igual que está completamente emocionada. Ir con Landon y Edward sería lo mejor para las dos. No tendríamos que despedirnos deprisa, ni dejar a Edna a manos de una pobre víctima a la que le contaría todo. Tendríamos tiempo para más bromas, para alargar esto un poco más. *Ojalá pudiera quedarse todo el tiempo.*

—Díselo a Edward —le digo, todavía dudando un poco.

—Ya lo he hecho —Landon levanta las cejas. Victoria absoluta.

—Vale —dice Edna—. Entonces está decidido.

Edna me abraza con fuerza, como si fuera una despedida adelantada.

—Gracias —le digo a Landon al separarme.

Me acerco y lo abrazo también, sin pensarlo demasiado. Él me rodea la cintura y me besa la cabeza con una naturalidad que me desarma.

—Mañana me lo pagarás —susurra, guiñándome un ojo.

Paso la tarjeta por el lector y la puerta se abre con ese pitido demasiado fuerte para la hora que es. Landon se gira una última vez antes de entrar en su habitación y nos despide con dos dedos, como si esto fuera lo más normal del mundo. La puerta se cierra y nos quedamos en un silencio. Silencios que dura exactamente medio segundo.

—CÓMO QUE MAÑANA SE LO…

—¿QUIERES CALLARTE? —le tapo la boca a medias mientras empujo la puerta de mi habitación—. ¡ENTRA! ¡AHORA!

—MMMMPF—protesta contra mi mano —la empujo dentro como si fuera una delincuente peligrosa— que me ha demostrado que lo es —, y cierro la puerta de un portazo. Me apoyo en ella, respirando hondo, como si acabara de sobrevivir a algo traumático. Edna se quita mi mano de la boca de un manotazo— ¿ESTÁS LOCA? — susurra-grita—. ¿TÚ SABES LO QUE ACABA DE PASAR?

—Sí —respondo—. Y por eso mismo necesito que no lo grites por todo el hotel.

—¿ QUE NO LO GRITE? —se lleva las manos a la cabeza—. Aria, acaba de decir "*mañana me lo pagarás*" COMO SI FUERA UNA PUTA PELÍCULA.

—EDNA.

—NO, NO, NO —empieza a pasearse por la habitación—. Esto es muy fuerte. Esto es demasiado fuerte.

—Baja la voz —le suplico—. Por favor.

—¿Bajar la voz? —me señala, pero baja la voz—. Tú lo que tienes que bajar es el nivel de magnetismo sexual que tienes con mi novio ficticio.

—NO HAY MAGNETISMO.

—MENTIRA —se sienta en la cama de golpe—. ¿Tú has visto cómo te mira? ¿TÚ HAS VISTO ESO?

Me quito los zapatos despacio, intentando ganar tiempo.

—Edna…

—Te mira como si fueras un pensamiento recurrente —continúa—. Como una canción que no se le va de la cabeza.

—No exageres.

—Aria, por favor —me mira muy seria—. Yo exagero cuando digo que me duele la cabeza para no ir a trabajar. Esto no es exagerar.

Me dejo caer a su lado.

—No ha pasado nada —digo, aunque ni yo me lo creo.

—Claro —asiente—. Nada. Solo te ha besado, te ha prometido el día entero mañana y encima me lleva al aeropuerto. NORMALÍSIMO.

—Eso último es educación.

—Eso último es CUÑADISMO —sentencia—. Ese hombre ya me está adoptando.

No puedo evitar reírme.

—Eres imbécil.

—Y tú estás coladísima.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí —se inclina hacia mí—. Y encima lo peor es que se nota que él también—me quedo callada—. Bueno —dice de pronto, levantándose —, voy a dormir porque mañana tengo que despedirme dramáticamente en el aeropuerto—dice, pero no se tumba.

En su lugar, está sentada en la cama, muy recta, con las manos apoyadas en los muslos y la mirada fija en un punto invisible de la pared. Eso, en Edna, es una señal de alarma.

—¿Por qué tienes cara de haber cometido un crimen emocional? —bromeo ligeramente, apoyándome en el marco de la puerta.

Suspira como si llevara cargando con esto desde hace horas.

—No empieces.

—No he empezado nada —respondo—. Has empezado tú con esa cara.

—Aria…

Su tono ya no es teatral. *Cuidado*. Edna seria es territorio desconocido. Me acerco y me siento frente a ella, cruzando las piernas, preparándome mentalmente para cualquier confesión.

—Habla.

Mi voz sale tranquila, pero el ambiente no lo está. Edna está demasiado quieta, y eso en ella es raro. No se mueve por la habitación, no gesticula, no exagera nada. Está sentada en la cama, con la espalda recta, como si el cuerpo no supiera muy bien qué hacer.

—Prométeme que no te vas a reír.

La miro, analizando por primera vez a una Edna fuera de lo cómico. Tiene la mandíbula tensa y los hombros un poco elevados, como si estuviera preparada para defenderse de algo. No es la Edna de

siempre. No es la que entra gritando, ni la que suelta una burrada sin pensar.

—Lo intentaré.

No aparta la mirada.

—No vale "*intentarlo*".

Resoplo despacio y me acomodo mejor en la cama, girándome hacia ella. Si quiere que esto sea serio, lo va a ser.

—Vale —digo—. Prometo reírme por dentro—bromeo, intentando calmar un poco el ambiente.

Frunce el ceño.

—Ya empezamos.

—Perdón. Continúa.

Edna se frota la cara con ambas manos, como si necesitara despertarse o aclararse las ideas. Las deja caer sobre los muslos y se queda mirando al suelo unos segundos demasiado largos. Cuando vuelve a levantar la cabeza, ya no parece nerviosa, parece cansada.

—Creo que tengo un problema.

La frase cae pesada entre las dos. No suena exagerada. Suena real. Me enderezo sin darme cuenta y de jugar con la sábana. También dejo de mover los pies. Todo en ella indica que esto no es una broma, que no va a rematarlo con una risa ni con una salida graciosa.

—Define "*problema*" —suavizo—, porque tu definición y la mía no suelen coincidir.

Edna tarda un segundo de más en responder. Se encoge un poco sobre sí misma, como si la palabra le pesara antes incluso de decirla.

—Un problema del tipo *emocional*.

El ambiente cambia. No dramáticamente, pero sí lo suficiente como para que me enderece sin querer. Edna no suele usar esa palabra.

No así.

—Eso es grave.

—Lo sé.

—Eso es muy grave.

—No me lo recuerdes.

Me inclino un poco hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Su postura está cerrada, los hombros tensos, y evita mirarme directamente. *Mala señal.*

—¿Tiene nombre?—el silencio llega antes que la respuesta. Silencio confirmador. Cierro los labios despacio—. Edna…

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si ya supieras la respuesta.

Porque probablemente la sé. Y ella lo nota. Suspira, larga y rendida, como si ya no tuviera fuerzas para esconderlo más.

—El chico callado.

Cierro los ojos un segundo. Solo uno. El suficiente para asumirlo.

—Conan —digo.

—CONAN —repite ella, exagerando el nombre, llevándose una mano al pecho como si estuviera invocando algo peligroso—. Aria, ese hombre debería venir con advertencia sanitaria.

—¿Por?

Se levanta de golpe y empieza a pasearse por la habitación. Eso sí es Edna. Nerviosa, desbordada, sin saber qué hacer con su propio cuerpo.

—Porque no hace NADA —dice, gesticulando—. Nada. No habla. No sonríe. No se luce. Y aun así —se señala el pecho—, aquí dentro hay disturbios.

—Vale —digo, conteniendo la sonrisa—. ¿Qué ha hecho exactamente?

Se detiene frente a mí.

—Respirar.

—Grave.

—Mirar.

—Peor.

—Existir —remata—. Eso ya es delito.

Esta vez la risa se me escapa. No puedo evitarlo. Ella me fulmina con la mirada, pero no tarda en relajarse un poco.

—Esto te pasa por fijarte en gente misteriosa.

—NO ES MI CULPA —se gira hacia mí de golpe—. Yo no pedí sentir esto.

—¿Qué sientes exactamente?

El paseo se corta en seco. Edna traga saliva y, por primera vez desde que ha empezado a hablar, baja la voz.

—Nervios —dice—. Vergüenza. Y… —hace una mueca rara, casi vulnerable—, ganas de que me mire otra vez.

Hostia. Esto va en serio. Me apoyo en la cama, pensativa. Edna no habla así nunca. Cuando le gusta alguien suele ser puro cachondeo. Esto es distinto. Esto es peligro emocional real.

—¿Habéis hablado?

—Tres frases —responde—. Dos fueron "*hola*" y la otra "*gracias*".

—Romance épico —bromeo.

—Cállate o te pego.

—Vale, vale.

Se deja caer a mi lado.

—Y aquí viene lo peor —añade—. No sé si debería hacer algo.

—¿Por?

—Porque es TU mundo —me mira—. Tu rodaje. Tu trabajo. Tu movida. Y no quiero joder nada.

Eso me desarma un poco. Está pensando antes en mí que en ella. Y eso dice mucho.

—Edna… —digo despacio—. Conan no es "*mi mundo*". Es solo un tío que trabaja aquí.

—Un tío guapísimo.

—EDNA.

—Tenía que decirlo.

Resoplo y miro al techo. Qué ironía. Yo con mis líos sentimentales y ahora ella con los suyos. Somos un puto circo.

—¿Te gusta de verdad? —pregunto.

No duda.

—Sí—no duda. Hostia—, y eso me acojona —continúa—. Porque no sé gestionarlo. Yo no hago "*gustar*". Yo hago "*me da igua*l".

—Bienvenida al infierno —murmuro.

Me mira.

—¿Siempre es así?

—Peor.

Se queda callada unos segundos.

—¿Y si le hablo y me ignora?

—Te mueres un poco —respondo—. Pero sobrevives.

—¿Y si piensa que soy pesada?

—Lo pensará durante cinco minutos. Luego se le pasa.

—¿Y si sale mal?

—Peor es quedarte con la duda.

Suspira largo.

—Odio que tengas razón—se gira hacia mí—¿Me ayudarías?

—Siempre.

—¿Incluso si eso implica que tengas que hablar tú primero?

—Sí —digo sin pensar—. Aunque me dará una vergüenza histórica.

—Entonces estamos iguales.

Sonrío. Me doy cuenta de que, a pesar de todo, esto es lo que somos: dos personas intentando no liarla emocionalmente.

—Y mañana me voy —dice de repente, dramática, mirando al techo —. Justo mañana. JUSTO cuando encuentro al amor de mi vida.

Ahí está. El momento exacto en el que suelta la bomba. La miro sin decir nada durante unos segundos, porque necesito procesar varias cosas a la vez: uno, que Edna esté hablando en serio; dos, que esté usando la expresión amor de mi vida; y tres, que lo esté diciendo con Conan como sujeto.

—Edna —digo despacio—. O habéis mentido contacto visual, ¿cuántas veces? ¿Tres?

—Cuatro —corrige—. Y media, porque una fue de perfil—suspira como si el mundo estuviera en su contra y se deja caer otra vez en la cama—. Es que es cruel —continúa—, el universo es cruel. Me lo pone delante, callado, misterioso, con esa cara de "*no hablo pero pienso cosas profundas*", y justo cuando mi corazón empieza a hacer cosas raras me tengo que ir.

Noto cómo se me escapa una sonrisa. No porque me haga gracia burlarme de ella, sino porque Edna enamorada —o lo que sea esto— es un espectáculo digno de estudio.

—A ver —empiezo—, tampoco sabes si es mutuo.

Se gira hacia mí de golpe.

—ME MIRÓ, ARIA.

—La gente mira.

—NO ASÍ —se incorpora, indignada—. Fue una mirada sostenida. De las que duran medio segundo de más. De las que no son sociales.

Levanto las cejas.

—Ah, claro. Las miradas ilegales.

—Exacto—se queda en silencio un momento, y ahí es cuando noto el cambio. Ya no está exagerando tanto—. Lo peor —dice más bajo—, es que no me da tiempo a nada. Ni a cagarla, ni a arreglarla, ni a comprobar si me lo he imaginado todo.

Me siento a su lado.

—Edna…

—Es muy injusto —añade—. Yo no estoy hecha para historias cortas. Yo necesito mínimo tres capítulos y un epílogo.

Me muerdo el labio para no reírme otra vez.

—También puede ser —le digo— que no sea el amor de tu vida.

Me mira.

—No ayudes.

—Vale, perdón.

Suspira otra vez y se tapa la cara con las manos.

—Es que encima soy yo. Yo, que hablo con cualquiera. Yo, que no me corto. Y con él—se quita una mano y me mira—, me quedo tonta.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿*Tonta-tonta*?

—*Tonta-tonta* —asiente—. Nivel: *pienso demasiado antes de abrir la boca.*

Vale. Esto sí es grave.

—Entonces —digo con cuidado—, igual no es tan mala señal.

—¿Por qué?

—Porque si te importa lo suficiente como para ponerte nerviosa… —me encojo de hombros— algo hay.

Se queda pensativa. Muy rara en ella.

—Genial —murmura—. Me enamoro justo cuando tengo un vuelo.

—Muy tú.

—Muy yo.

Me mira de reojo.

—¿Y si no vuelvo a verle nunca?

Ahí noto el pellizco. Porque por primera vez no está haciendo drama por hacer drama. Está asustada.

—Pues entonces —le digo— te irás al aeropuerto pensando que fue bonito mientras duró.

—O pensando que fui una cobarde.

—Eso también.

Me mira mal.

—Gracias por el apoyo emocional.

—Para eso estoy.

Se deja caer otra vez en la cama y estira los brazos.

—En fin —dice—. Mañana me voy. Sin romance. Sin cierre. Sin nada —hace una pausa—. Qué puta rabia, Aria.

Asiento despacio.

—Sí —digo—. Bastante.

Capítulo 14

Landon Sterling

—Dime —digo, con el móvil encajado entre el hombro y la oreja mientras cojo el bote de colonia.

El gesto es automático. Demasiado automático. Me echo un poco más de la cuenta, como siempre que necesito sentir que controlo algo. El olor invade el aire y, por algún motivo estúpido, pienso si a Aria le gustará. Luego me digo que deje de pensar gilipolleces. No sirve de nada. Nunca me sirve.

—Ya estoy —responde Edward al otro lado—. Donde siempre.

—Voy a por ellas.

Cuelgo sin esperar respuesta. Dejo la colonia en la mesilla, cojo la bolsa del rodaje y me pongo el abrigo. Antes de salir, me miro un

segundo en el espejo. No para comprobar cómo voy vestido. Para comprobar si se me nota demasiado en la cara. Spoiler: se me nota. Salgo al pasillo y me planto frente a su puerta. Ni siquiera llamo aún. Respiro.

—QUE LENTA ERES, POR DIOS BENDITO—la voz de Edna atraviesa la puerta como una bomba.

Cierro los ojos un segundo. Sonrío sin querer. No porque sea gracioso —que lo es—, sino porque Aria está ahí dentro. Porque Edna está ahí. Porque esto, de algún modo, ya se siente doméstico. Y eso me acojona más de lo que debería. Llamo. La puerta se abre casi de inmediato. Edna aparece vestida, con zapatillas, bolso colgado y una expresión de absoluta indignación vital. Me mira de arriba abajo sin ningún tipo de vergüenza.

—Ajá —dice, evaluándome—. Hoy vienes guapo.

—Buenos días para ti también —respondo.

—No me distraigas —me señala con un dedo—. Tu chica sigue vistiéndose y vamos tarde.

Mi chica. La palabra me atraviesa el pecho antes de que pueda evitarlo. Noto cómo se me curva la boca en una sonrisa traicionera. Edna lo ve. Claro que lo ve. Sus ojos se deslizan directamente a mis labios y sonríe, satisfecha.

—No es mi chica —digo, aclarándome la garganta—. Y deja de decir eso.

—Claro que no —responde, con un tono que significa exactamente lo contrario—. Solo eres un señor que aparece a las seis de la mañana en su puerta con colonia recién puesta. Normalísimo.

—No empieces.

—No he empezado —dice—. Estoy calentando.

Me aparta un poco para que pase, pero antes de dejarme entrar se inclina hacia mí, como si compartiera un secreto.

—Por cierto, repito —susurra—. Si le rompes el corazón, te entierro en este mismo hotel.

La miro. No bromea del todo.

—Tenéis una obsesión colectiva conmigo —digo.

—No —corrige—. Tenemos instinto de protección. Y tú das vibes de peligro emocional.

—Encantador.

—Lo sé.

Entro. La habitación está sorprendentemente ordenada. Me siento en el borde de la cama, dejo la bolsa en el suelo y miro alrededor sin mirar realmente nada. El vapor sale del baño y me envuelve el olor a jabón, a ella. No la veo, pero la siento. Y eso hace que el pecho me pese.

—¿Hola? —su voz sale desde dentro.

Mi cerebro se apaga un segundo.

—Edward ya está aquí, preciosa —digo, sin pensarlo demasiado.

En cuanto la palabra sale de mi boca, sé que he cruzado algo. No sé qué. Pero algo. La puerta del baño se abre un poco. Aria aparece con una mano tapándose la boca. Está sonriendo. O riéndose de mí. O ambas cosas.

—En cinco minutos estoy, precioso.

Joder. Antes de que Aria cierre, pongo la mano en la puerta. No fuerte. No brusco. Solo lo justo para que no se vaya.

—¿Puedo pasar?

Asiente. Entro y cierro detrás de mí. Y el mundo se reduce a ese baño, a su respiración, al latido que me golpea en las sienes.

—¿Por qué cierras? —pregunta sin mirarme, guardando el peine en el neceser. No respondo. Me acerco despacio. No quiero asustarla. Pero tampoco quiero mentirle fingiendo que no pasa nada. Se gira, y

cuando me ve tan cerca, da un pequeño respingo—. Antes iba a cerrar para hacerte de rab…

No la dejo terminar. Le cojo la cara con ambas manos. Su piel está caliente, húmeda, real. La beso. Sin pensar. Sin guión. Sin nada que no sea esta necesidad absurda de callarlo todo. La empujo con cuidado hasta la pared. Su espalda toca los azulejos y yo me separo apenas un centímetro de su boca. Siento su respiración contra la mía. Mi pulso va demasiado rápido.

—No sabía que llamarte precioso me iba a afectar tanto —murmura, aún con la respiración entrecortada.

Suelto una risa ronca y me acerco un poco más a ella. No porque quiera intimidarla, sino porque mi cuerpo parece haber decidido por mí que esa distancia es insuficiente.

—Tú en general eres la que me afecta tanto—Lo digo sin pensar demasiado. O quizá pensándolo demasiado y decidiendo que ya me da igual. Aria sonríe, volviendo a acercar sus labios a los míos y la sigo apenas un segundo, hasta que me obligo a separarme. Porque si no lo hago ahora, no lo hago nunca—. Y no me vuelvas a llamar precioso —añado, bajando la voz—. Por favor.

Como si tuviera algún tipo de autoridad moral para pedir nada. La beso otra vez. Más corto. Más controlado. Justo entonces, el móvil vibra en mi bolsillo como si el universo se estuviera riendo de mí. *Mierda*. Me separo de golpe, casi atropellándola en el proceso, y cojo el móvil como si fuera una granada a punto de explotar.

—Edward —digo, con la voz más rota de lo que me gustaría—. Ya estamos casi, te lo ju…

Ni me deja terminar.

—Venga, Landon, joder.

Cuelga. Me quedo mirando el móvil unos segundos, con la pantalla negra reflejándome la cara. Aprieto la mandíbula. No porque esté enfadado de verdad, sino porque Edward tiene ese don especial de

recordarme que el mundo sigue girando aunque yo esté perdiendo el norte por una chica en un baño de hotel.

—¿Te ha colgado? —pregunta Aria desde detrás, apoyada todavía en la pared.

Asiento sin mirarla.

—Con cariño, como siempre—me giro por fin hacia Aria. Está observándome con esa mezcla rara de preocupación y diversión que me desarma más que cualquier drama—. Lo siento —digo—, siempre es así cuando vamos justos.

—Tranquilo —responde—. No es como si no supiera dónde me meto.

Esa frase me da más fuerte de lo que debería. Porque tiene razón. Y porque, por primera vez en mucho tiempo, alguien parece entrar sabiendo exactamente el caos que soy. Salimos del baño, aparentando normalidad

—De verdad, ya estamos —le digo—. No quiero que empieces el día corriendo por mi culpa.

—No pasa nada —responde—. Además —hace una pausa mínima—, hoy no me importa madrugar.

Levanto la vista hacia ella, sorprendido.

—¿Ah, no?

Niega con la cabeza, mirándome solo un segundo antes de apartar la mirada.

—No.

Edna carraspea exageradamente.

—Vale, qué bonito todo, pero si queréis seguir mirándoos como si estuvierais en una peli romántica, hacedlo en el coche. Yo me quiero sentar.

Eso rompe el momento, por suerte o por desgracia. Cojo aire, guardo el móvil y me paso una mano por el pelo, intentando

recomponerme.

—Vamos —repito—. Antes de que Edward vuelva a llamar y decida atropellarnos simbólicamente.

—O literalmente —añade Edna.

Salimos al pasillo. Mientras caminamos, no puedo evitar pensar que Edward tiene razón en una cosa: voy tarde. Pero también sé que, si no hubiera entrado en ese baño, si no la hubiera besado otra vez, ahora mismo estaría llegando puntual y completamente vacío. Una vez ahí, el coche de Edward no está quieto. No es una sensación, es literal: vibra, se mueve, tiembla levemente como si también él tuviera sueño acumulado mezclado con una energía inexplicable que solo ciertas personas poseen a primera hora de la mañana. Edward tiene el volumen demasiado alto. Ridículamente alto para las siete y media. La cabeza le va de un lado a otro siguiendo el ritmo y sus dedos golpean el volante como si no hubiera dormido en tres días pero tampoco le importara.

Edna, en cuanto reconoce la canción, se transforma. No sonríe. No reacciona normal. Abre los ojos como si acabara de recibir una señal divina.

—No —dice—. No, no, no—se gira hacia Aria con una expresión completamente exagerada, dramática, llevándose una mano al pecho—¿TÚ ERES CONSCIENTE DE QUE ESTA CANCIÓN ES UN HIMNO?

—Edna… —murmura Aria, ya anticipando el desastre.

—NO —continúa—. No me cortes. Esto es historia. Esto es cultura. Esto es… —señala el altavoz— arte—y sin esperar respuesta, abre la puerta del coche y sale corriendo como si la música la hubiera invocado—. LE AMO—grita mientras se mete en el asiento del copiloto sin ningún tipo de cuidado.

Aria y yo nos quedamos quietos un segundo, mirándonos, como si ambos pensáramos exactamente lo mismo. Ella niega con la cabeza, divertida, y se va hacia su lado del coche. Yo rodeo el vehículo más

despacio, todavía medio dormido, medio sonriendo, y me siento atrás. Edward y Edna ya están cantando. Cantando mal, alto. Edward se gira un segundo hacia mí.

—Buenos días, fenómeno —dice sin dejar de cantar.

—Son las siete y media —respondo—. ¿De dónde cojones sacáis esta energía?

Edward se ríe tan fuerte que el coche da un pequeño bandazo.

—Vamos a llegar tarde —dice Aria desde atrás, mirando a Edna, pero sé que también va por mí.

—Cariño —responde Edna sin mirarla—, llegar tarde es una actitud vital.

Edward arranca y empezamos a movernos. Yo echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en el asiento, intentando volver a dormirme, pero entonces la miro. Aria está con el móvil. Su ceño se frunce cuando algo no le gusta, se relaja cuando sonríe. Hay algo peligrosamente tranquilo en verla así, tan metida en lo suyo, tan ajena a que la observo. Apaga la pantalla cuando nota que el coche ya va en marcha y levanta la vista. Me pilla mirándola. Me sonríe y aparta la mirada hacia la ventana. *Yo no puedo.* Hay algo en cómo se recoge el pelo detrás de la oreja, en cómo mueve el pie siguiendo la música, en cómo parece tan… en paz. Y eso me jode, porque hace tiempo que no asocio paz con nadie.

—¿Puedo poner yo ahora una? —dice Edna de repente.

—Adelante —responde Edward—. Ilústranos.

Edna saca el móvil con una lentitud exagerada, mirándonos por el espejo retrovisor como si supiera exactamente lo que va a provocar.

—Esto es una elección emocionalmente responsable —avisa.

Le da al play. Reconozco la canción al segundo. Y reconozco también cómo Aria se queda quieta.

—NO—dice ella—. Edna, no.

—¿Qué? —responde Edna con fingida inocencia—. Si es preciosa.

Edward se ríe.

—¿Es la del audio?

—NO —responde Aria demasiado rápido.

—Sí —dice Edna—. ES ESA.

—Te voy a matar —Aria se tapa media cara con la mano.

—Mira cómo canta —añade Edna señalándola—. MIRA.

La miro. Está moviendo los labios. Bajito, como si no quisiera que nadie se diera cuenta. *Y joder,* me atraviesa algo en el pecho. Dejo mi mano sobre el asiento del medio. Dudo. No quiero forzar nada. No quiero incomodarla. Entonces siento sus dedos buscándome. Se entrelazan con los míos. No me mira. Yo tampoco me atrevo. Pero sonrío como un imbécil. Edward nos ve por el espejo y no dice nada. Solo sonríe. De esas sonrisas que dicen ya lo sé.

***

Quince minutos después, el coche se frena. Abro los ojos. Aria no está. El corazón se me desploma. Me incorporo de golpe.

—Tranquilo —dice Edward echando el seguro—. No ha desaparecido de la Tierra.

La veo fuera, hablando con Edna. Riéndose. Respiro.

—Joder… —murmuro.

Edward se gira del todo hacia mí.

—Landon —dice serio—. Perdón.

—¿Por?

—Por decirte que la dejaras en paz.

Me revuelvo en el asiento.

—No te he hecho caso.

—Ya lo sé —sonríe—. Y menos mal—mira hacia ella otra vez—. Desde que está en tu vida, tienes otra cara. Y yo te conozco desde hace años. Eso no es poco.

Trago saliva.

—No somos nada —digo—. Y no sé si ella quiere lo mismo.

Edward niega con la cabeza.

—Mírala —dice. La miro. Aria levanta la vista justo en ese momento y me ve. Baja la mirada, nerviosa—¿Tú quieres? —pregunta Edward.

—Sí —respondo sin dudar.

—Entonces no te escondas —dice—. No tengas miedo de ser quien eres con ella.

—¿Y si no es suficiente?

Edward me pone la mano en el hombro.

—Entonces tendrás que dejar que busque a alguien que sí lo sea.

Las palabras se me quedan clavadas. No por duras, sino porque tocan justo donde duele. Bajo la mirada y me llevo las manos a la cara, presionándome las sienes como si así pudiera ordenar todo lo que se me agolpa dentro. *Mierda*. Porque, en el fondo, yo lo sé. Sé que soy lo que Aria busca. Lo veo en cómo me mira cuando cree que no la observo. En la manera en la que se relaja cuando estoy cerca. En cómo me besa, sin prisa, como si no tuviera miedo de quedarse ahí. Pero saberlo no siempre es suficiente cuando vienes de perderlo todo una y otra vez. Cuando cada cosa buena que has tenido ha terminado rompiéndose entre las manos.

—Soy esa persona —digo al fin, en voz alta. Mi voz suena más firme de lo que me siento. No sé si se lo digo a Edward, a mí mismo o a ese pensamiento que no deja de susurrarme que no confíe demasiado—. Lo soy —repito—. Y lo quiero demostrar.

Edward no sonríe de inmediato. Me mira con calma, como alguien que no necesita palabras grandes para entender lo que pasa por dentro.

—No tienes que demostrar nada a nadie, Landon —dice al final—, es a ella. Y creo—hace una breve pausa—, solo creo que ella ya lo sabe perfectamente.

Eso me afloja algo en el pecho. No del todo, pero lo suficiente. Edward coge las llaves del coche y sale, apoyándose en la puerta mientras espera a que haga lo mismo. Me paso las manos por el pelo, respirando hondo, como si estuviera a punto de saltar desde un sitio alto sin saber si el agua estará fría o no. Salgo, sin pensar, simplemente camino hacia ella. Aria está hablando con Edna, riéndose por algo que no alcanzo a escuchar. Cuando nota que me acerco, se gira y me sonríe. No es una sonrisa enorme. Es suave. Tranquila.

No digo nada. La cojo de la cara con las dos manos, con cuidado, como si pudiera romperla si me equivoco de gesto, y la beso ahí mismo. Delante de Edna. Delante de cualquiera. No hay duda en mí. Aria responde al instante. Su mano se enreda en mi pelo y, durante un segundo, todo lo demás desaparece. Cuando nos separamos, lo hago despacio, buscándole señales. Cualquier cosa. Un gesto incómodo. Una duda. Algo. No hay nada. Sonríe. Y apoya la cabeza en mi pecho, como si ese fuera su sitio. El aire vuelve a mis pulmones. La rodeo con los brazos y le beso la cabeza, cerrando los ojos un instante, grabándome la sensación para cuando vuelva el miedo.

Edward aparece de repente y me separo de Aria, a regañadientes. Me mira. No dice nada. Pero en su expresión hay algo claro, algo firme. Lo estás haciendo bien. Sonrío, apenas, y asiento para mí mismo. Me separo de Aria lo justo para caminar junto a Edward y entrar con él al aeropuerto.

↞ ↞ ↞

Solo quedan unas tres personas para que Edna embarque. Edna se separa de Aria después de un abrazo eterno, las dos llorando sin ningún tipo de control emocional ni dignidad. Cuando por fin se sueltan, Edna se seca la cara con la manga como si eso solucionara algo, inspira hondo, y entonces se gira hacia mí. Me señala con el dedo.

—Vale —dice—. Ahora tú.

Doy un paso hacia ella, esperando otro abrazo o una frase profunda, cuando de repente frena en seco, me mira de arriba abajo y suspira dramáticamente.

—Esto es rarísimo.

—¿El qué? —pregunto.

—Que esté a punto de subir a un avión —dice—, después de despedirme de mi mejor amiga y tenga delante a mi crush de TODA LA VIDA.

Se me escapa una risa.

—No hace falta que lo digas así.

—Sí hace falta —niega con la cabeza—. Porque no es normal. No es NORMAL que yo haya pasado años guardando vídeos tuyos, defendiendo tus películas aunque hay algunas insoportables y ahora te esté hablando en persona —hace una pausa. Me mira muy seria. Saca algo del bolsillo de su abrigo—. Necesito pedirte una foto y un autógrafo.

Parpadeo.

—¿Ahora?

—Sí —asiente—. Ahora. Antes de subir a un avión y arrepentirme toda mi vida.

—Edna…

—No, no —me corta—. Esto no es negociable. Además —me señala —, ahora ya no soy solo la fan. Soy la fan que te conoce. Eso es

nivel superior.

Me río de verdad, sin poder evitarlo.

—¿Dónde quieres que te firme?

Mira a su alrededor, nerviosa.

—Vale, problema —dice—. No traigo nada.

Se queda pensando dos segundos y de repente se baja la mochila del hombro y la abre.

—Aquí.

Saca una libreta medio doblada, claramente usada.

—¿Esto?

—Sí —dice—. Es donde apunto cosas importantes. Y ahora esto.

Me da un boli con una sonrisa enorme.

—No escribas algo triste, por favor —añade—. No sobreviviría emocionalmente.

Sonrío y firmo. Cuando se la devuelvo, la abraza contra el pecho como si fuera un tesoro.

—Vale —dice, respirando hondo—. Ahora la foto.

Nos colocamos. Saca el móvil, estira el brazo.

—Sonríe —me ordena—. Que luego Aria dirá que sales serio porque eres intenso —nos hacemos la foto. Baja el móvil y la mira un segundo, emocionada—. Dios —murmura—, esto va directo a favoritos—se ríe, pero enseguida se le humedecen los ojos. Entonces levanta la mirada y cambia el tono, más suave—. Ahora en serio—me acerco un poco más, atento—. Conozco a Aria desde siempre —dice—. Sé cuándo está fingiendo, cuándo está cómoda y cuándo está realmente feliz—miro hacia Aria, que sigue secándose las lágrimas sin mirarnos—. Contigo lo está —continúa—, de verdad—trago saliva—. Y eso —sonríe—, aunque me joda admitirlo porque llevo enamorada de ti media vida, me hace sentir muy en paz—se

acerca y me abraza. Fuerte, sincera—. Cuídala —dice contra mi hombro—. Es lo único que te pido.

—Lo haré —respondo sin dudar.

Se separa, se limpia una lágrima y vuelve a sonreír.

—Vale —dice—. ya está. Momento fan superado —. Y oye —añade mientras se aleja—, si algún día sacas otra película mala la defenderé igual. Por tradición.

Se despide de Edward, vuelve corriendo una última vez hacia Aria para darle otro abrazo rápido, y finalmente se pierde por la puerta de embarque. Aria se rompe del todo y se me viene encima. La rodeo con los brazos. Cuando Edna al fin desaparece de nuestra vista, Edward me mira y me asiente con la cabeza justo antes de irse hacia la salida, dándonos intimidad sin decirlo en voz alta. Cuando Aria se separa de mi pecho, todavía tiene las mejillas mojadas y los ojos enrojecidos. Me duele verla así. No porque esté llorando, sino porque sé exactamente a quién está echando de menos ya. Le paso el pulgar con cuidado por la mejilla, despacio, como si pudiera borrar no solo la lágrima sino también el nudo que tiene dentro. Luego le cojo la cara con las dos manos, obligándola a mirarme.

—Hasta llorando estás preciosa —le digo sin pensarlo, porque lo pienso de verdad. Ella sonríe un poco, y esa sonrisa me desmonta entero. Yo también sonrío, embobado, como si no existiera nada más alrededor que ella y este momento—¿Quieres comer algo? —pregunto, más por cuidarla que por hambre.

Aria niega con la cabeza, pero enseguida mira alrededor, alerta.

—Te van a reconocer.

No me importa. *Bueno, sí me importa,* pero me importa más ella.

—No si vas tú a coger la comida y yo te espero fuera —le digo, como si fuera lo más normal del mundo quedarme plantado aquí solo para no incomodarla.

Se queda pensativa unos segundos. La conozco lo suficiente para saber que está valorando si eso es justo para mí. Al final asiente despacio. Le doy un beso en la frente, suave, largo, de esos que dicen estoy aquí sin decirlo.

—Ahora vuelvo —dice. Da dos pasos y se gira. Vuelve hacia mí y me hace sonreír antes incluso de abrir la boca. Me coge la cara con una mano, como si necesitara anclarme ahí—. No me has dicho qué quieres.

Me río, bajito, porque tiene razón y porque me encanta que se acuerde de esas tonterías.

—Un cruasán —respondo.

—Qué típico —dice, pero me mira los labios como si no le importara en absoluto.

Saco el monedero del bolsillo casi por reflejo y le doy un billete de cinco dólares.

—Págalo con esto.

Me mira como si acabara de insultar a alguien.

—Sabes perfectamente que no voy a hacerlo.

—Aria…

—No voy a hacerlo —repite, firme, con esa media sonrisa que siempre usa cuando sabe que va a ganar.

La miro un segundo más y me rindo. No merece la pena discutir cuando verla sonreír así ya es suficiente victoria.

—Como tú quieras.

Hace un pequeño gesto triunfal, casi imperceptible, y se va hacia la cafetería. La observo hasta que entra, hasta que deja de estar a la vista. Solo entonces respiro con normalidad. Me giro hacia la salida y veo cómo un pequeño grupo de personas empieza a acercarse directamente hacia mí.

—Sterl…

—Tengo prisa —respondo sin frenar el paso, sin girarme siquiera.

—Ey, espera —insiste otra voz—. Solo una foto.

Sigo andando, sin mirar. He aprendido hace tiempo que, si paras, ya has perdido. Oigo risas detrás. De repente, un tirón seco en la camiseta. Me paro en seco. Me giro despacio, conteniendo el enfado, y me encuentro a un chaval de unos quince años mirándome con una sonrisa de suficiencia. Detrás de él hay otros cinco, todos con el móvil en la mano.

—¿Quién era esa chica? —pregunta uno, sin ningún tipo de vergüenza.

La pregunta me atraviesa como un golpe en el estómago. No debería contestar. No debería decir nada. Pero pienso en Aria dentro, esperando, ilusionada con un puto cruasán, sin saber que aquí fuera hay gente que cree tener derecho a todo.

—Mi novia —respondo.

Silencio. Dura exactamente medio segundo.

—Es la del rodaje, ¿no? —dice otro.

—No —miento.

Pero es una mentira inútil. Se ríen. Todos.

—Tranqui, tranqui —dice el mismo que me ha agarrado—. No vamos a decir nada.

No le creo. Ni un segundo.

—Más te vale —le respondo, seco, girándome para irme. Vuelve a agarrarme de la camiseta, esta vez más fuerte. Me giro de golpe, con la mandíbula tensa, el pulso acelerado—. Para —le advierto—, no me toques.

En lugar de asustarse, sonríe aún más.

—Una foto, ¿no? Y te dejamos tranquilo.

—Ya te he dicho que tengo prisa —el chaval saca el móvil del bolsillo con toda la calma del mundo y me lo pone delante de la cara. La pantalla se me clava en los ojos. Aria y yo. Besándonos. Siento cómo algo se me rompe por dentro. Aprieto la mandíbula. Miro hacia otro lado un segundo, intentando no perder los nervios—. Borra eso.

—Una. Foto —repite, despacio, marcando cada palabra.

No es una petición. Es un chantaje. Podría negarme. Podría mandarlos a la mierda. Pero no lo hago. Porque no va de mí, va de ella. De su carrera. De todo lo que todavía no está preparada para soportar. Asiento.

—Rápido.

Me coloco a su lado y fuerzo mi mejor sonrisa. No es real. No es para ellos. Es una máscara. El chico estira el brazo y hace el selfie. Oigo el clic.

—Ya está—me enseña la pantalla. La foto nueva. Luego, sin que tenga que pedírselo, vuelve a la galería. La foto de Aria y mía sigue ahí. La borra delante de mí—. Palabra —dice, guiñándome un ojo.

Se alejan riéndose, como si nada. Como si no me hubieran dejado temblando por dentro. Me quedo quieto un segundo. Respiro hondo. Miro hacia la cafetería. Aria sigue dentro. Hay gente delante de ella. No ha visto nada. *Gracias.* Ahora sí. Sin más incidentes, salgo del aeropuerto.

Edward está apoyado en el coche. Al verme llegar solo, aplasta el cigarro con el zapato y se endereza.

—¿Dónde está? —pregunta, mirando hacia la puerta.

—Le he dicho que vaya a comprar algo —respondo—. Que la esperaba fuera para no llamar la atención.

Asiente.

—Bien hecho.

Me da una palmada en la espalda. Trago saliva. Miro de nuevo hacia la puerta. Nada. Cinco minutos. Nada. Justo cuando saco el móvil para llamarla, la veo aparecer. Viene con una bolsa de cartón en la mano, agitándola como si acabara de descubrir un tesoro.

—¡¡QUE HABÍA PALMERAS DE CHOCOLATE!! —grita, acercándose— ¡EDWARD, HABÍA PALMERAS!

Edward se ríe sin poder evitarlo.

—¡Eso es una gran noticia!

Aria se acerca a mí, me dice lo mismo que a él, pero a mí me besa. Y en ese gesto pequeño, normal, se me va todo el miedo de golpe. Le quito la bolsa de las manos, saco el cruasán y veo que está relleno de crema. Pongo cara de drama. Me lo como igual. Ella saborea su palmera como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida. La miro sin darme cuenta. Sonrío como un idiota. Abro el coche, saco un paquete de clínex y se lo doy. Me da las gracias con un gesto y se limpia la boca. Edward me mira.

—¿Sigues dudando? —susurra.

Y no. No dudo. No cuando Aria vuelve a acercarse a mí y apoya la cabeza en mi pecho, como si fuera exactamente donde tiene que estar.

Capítulo 15

Aria Walker

De camino al rodaje, mi móvil no deja de vibrar dentro del bolsillo. No es una vibración normal, es de esas que no paran, que te ponen nerviosa aunque no sepas por qué. Lo raro es que el de Landon tampoco deja de vibrar. Y aunque no sea raro, teniendo en cuenta que tendrá mil contactos, a mí se me hace raro. Le miro de reojo y frunce el ceño, sacando el móvil por enésima vez. Edward sigue conduciendo, pero sé que se ha dado cuenta. El ambiente dentro del coche empieza a cargarse. Saco yo también el móvil. En cuanto enciendo la pantalla, siento como si el corazón me hubiera dejado de latir. Tengo diez llamadas perdidas de mi hermana, el doble de llamadas de Edna y por el grupo de mis amigas, más de cien mensajes. En todos se me menciona. Delante de mi, Landon empieza a pasarse el pelo por la cara, nervioso.

—Lo sabía. LO SABÍA. ¡Joder! —se pasa las manos por la cara, claramente frustrado.

Edward le lanza una mirada rápida, pero Landon no tarda en mirarme a mí. Cuando nuestros ojos se cruzan, hay algo raro ahí. No es ningún tipo de enfado, es más bien miedo. Típica actuación de alguien que no sabe qué hacer. Mi móvil vuelva a vibrar. Y de nuevo, ahí está mi hermana. Cojo el teléfono antes de que se cuelgue.

—¿QUÉ COJONES, ARIA? —grita, pero no enfadada. Emocionada—. ¿TÚ SABES LO QUE ACABO DE VER?

Parpadeo.

—¿El qué?

—No te hagas la loca —dice—. ¿Desde cuándo te lías con Sterling?

Se me queda la mente en blanco. No se me ocurre como ha podido saberlo más que pensar que Edna se lo ha podido contar. Pero yo sé que ella no haría eso, más aún sabiendo como es mi hermana.

—¿Qué? —mi voz sale más baja de lo normal—. Ruth, ¿de qué hablas?

—¿Me estás diciendo que no sabes nada?

—No —respondo rápido—. Te lo juro.

Al otro lado hay un silencio corto. Luego suspira.

—Vale. Vale, entonces escucha—miro a Landon sin querer. Sigue mirándome por el espejo, como si supiera exactamente que está saliendo su nombre en la conversación. Bajo un poco el volumen del móvil, aunque sé que no sirve de mucho—. Hay una foto —continúa Ruth—, en el aeropuerto. Estáis como muy cerca, ¿sabes?

El corazón me da un salto.

—¿Una foto?

En cuanto menciono la palabra "*foto*", Landon me mira con preocupación.

—Sí —dice—. No es un selfie cutre ni nada así. Es… —hace una pausa—. Es íntima, Aria.

Niego con la cabeza, aunque no pueda verme.

—Eso no puede ser —niego, esperanzada de que mi hermana esté confundida.

Porque que ella esté viendo la foto, significa que todo el mundo puede verla.

—Pues alguien tenía muy buen zoom —responde—. Porque se os ve *solos*—recalca la última palabra—, y juntos.

Aprieto el móvil con más fuerza.

—Eso no significa nada.

—Claro que no —dice, con ironía—. Y yo no llevo diez minutos viendo teorías en *Twitter*.

Trago saliva. O sea que la foto ya está en *Twitter*. O sea que todo el mundo está hablando de la foto. O sea que todo el mundo sabe lo nuestro.

—Ruth, de verdad, no sé de qué foto hablas —termino por decir.

—Vale —baja un poco el tono—. Te creo. Pero dime una cosa, que soy tu hermanita —deja una pausa dramática, como si no supiera ya que va a preguntar—, ¿de verdad estás liada con Sterl…?

—Estamos llegando al rodaje —digo, rápido como si decirlo así fuera a cambiar de tema sin que se de cuenta —. Tengo que colgar.

—Vale —suspira—. No te rayes ahora. Solo ten cuidado, ¿vale? La gente en Internet es muy rara.

—Siempre tengo cuidado.

—Eso dices siempre —responde—. Te quiero.

—Yo también —murmuro antes de colgar.

Una vez que la pantalla está de nuevo disponible sin la llamada de mi hermana, rezo mentalmente antes de meterme en el grupo de mis amigas. En cuanto leo un solo mensaje, cierro la ventanilla de golpe, como si el aire pudiera delatarme. El ruido seco hace que Edward nos mire por el retrovisor, pero no dice nada. Dejo el móvil boca abajo sobre mis piernas y me llevo la mano a la boca, mordiendo una uña con demasiada fuerza. Me odio por hacerlo, pero no puedo parar. Todo el cuerpo me pide respuestas, y la más evidente está sentada a mi lado. Aguanto las ganas de mirarle. Aguanto las ganas de preguntarle si está igual de nervioso que yo.

—¿Tienes hambre? —dice de repente. Le miro, incrédula. Él señala mi mano con la cabeza—. Como te estás comiendo las uñas, a lo mejor la palmera no te ha llenado.

En otro momento me habría reído. Ahora no. Estoy tensa y él lo sabe, y que intente distraerme lo confirma todo.

—¿Sabes algo de una foto? —pregunto sin rodeos.

Edward suelta un bufido.

—Qué manera más elegante de joder el ambiente —murmura, pero no me importa.

Miro a Landon. No sonríe, ni bromea. No intenta hacerse el tonto, cosa que ha hecho hace apenas unos segundos. Eso ya es una respuesta.

—Aria… —empieza.

—No —le corto—. Respóndeme a lo que te he preguntado.

Aprieta la mandíbula. Se pasa la lengua por el labio inferior. Está nervioso, y lo sé porque empieza a hacer esas cosas solo cuando siente que ha metido la pata hasta el fondo.

—Sí —dice al final—. Sé algo.

El "*algo*" me cae como un cubo de agua fría. Pero lo que más me molesta es que no me haya contado absolutamente nada y haya actuado como si no pasara nada.

—¿Desde cuándo?

—Desde que hemos salido del aeropuerto.

—¿Desde cuándo? —repito, incrédula—. ¿Y has pensado decírmelo en algún momento o…?

—Quería protegerte.

Ahí. Ahí es cuando me enfado de verdad.

—No me protejas —digo, más seca de lo que pretendía—. No eres mi guardaespaldas, Landon.

Edward carraspea, incómodo.

—Quizá deberíamos…

—No —le digo sin mirarle—. Déjanos.

Landon traga saliva. Está tan nervioso que el simple hecho de mirarme a los ojos es inaceptable para él ahora mismo.

—No te lo he dicho porque sabía que ibas a ponerte así.

—¿Así cómo? —le miro—. ¿Molesta? ¿Incómoda? ¿Consciente de la realidad?

—Asustada —confiesa—. No quería que te asustaras.

—Pues enhorabuena —respondo—. Me asusta más que me ocultes cosas.

Eso le da de lleno. Lo noto porque baja la mirada, como si le hubiera quitado el aire.

—No lo hice por mí —dice—. Me amenazaron con subirla.

—¿Quién?

—Unos chicos que, en teoría, eran seguidores míos.

—¿Seguidores? —repito—. ¿Y te pareció buena idea decidir tú solo qué podía saber yo y qué no?

—Aria…

—No —le corto otra vez—. No me llames así si no vas a escucharme —Edward mira al frente, tensísimo. El coche sigue avanzando, pero parece que estamos parados—. Tú estás acostumbrado —sigo—, a que te graben, a que te saquen fotos, a que hablen de ti. Yo no.

—Precisamente por eso —dice—. Porque tú no tienes por qué comerte esta mierda.

—Pero ya me la estoy comiendo —le respondo—. Y encima sin enterarme por ti.

Silencio. Landon se frota la cara con ambas manos, derrotado.

—La borraron delante de mí —dice—. Si es que hasta abrieron la papelera para borrarla definitivamente.

—Eso no es el punto —respondo—. El punto es que decidiste no confiar en mí.

Levanta la cabeza. Me mira.

—No es que no confíe en ti—dice, ahora seco.

—Pues entonces explícame qué es.

—Miedo —admite—. Miedo a que te supere lo que digan de ti.

Eso me duele más de lo que debería. Aún así, intento fingir normalidad, ahora no es momento de derrumbarse

—¿De mí tienes miedo?

—De perderte —dice sin dudar.

No respondo enseguida. Porque si hablo ahora, o lloro o grito.

—No puedes protegerme del mundo ocultándomelo —digo al final—. Si esto va a pasar, tiene que pasar conmigo dentro. No a mis espaldas.

Asiente, lento.

—Tienes razón.

—No vuelvas a hacerlo —añado.

—No lo haré.

—Nunca —insisto.

—Nunca —repite.

—Vale —dice Edward, rompiendo la conversación—. Yo me encargo de que esa foto no llegue a ningún sitio más.

—Gracias —dice Landon.

—Gracias —digo yo, aunque todavía me escuece.

Landon me mira como si estuviera esperando que me aleje. Buscando alguna señal que le diga que estoy enfadada o que ya no le quiero. Buscando tranquilizarle, le toco levemente el pelo.

—No estoy enfadada porque exista la foto —le digo—. Estoy enfadada porque me dejaste fuera.

Asiente. Aprieta mis dedos.

—Lo entiendo.

Y esta vez, sé que va en serio. En cuanto Edward aparca el coche, Landon sale rápido para abrirme la puerta, como si quisiera compensar algo.

—Sé abrirla sola —bromeo, pero mi voz ya no tiene filo.

—Perdón —dice otra vez.

Le doy un beso corto, porque me sale. No quiero que piense que estoy enfadada, no quiero que me vea distante.

—Era una broma —susurro—. Pero no vuelvas a decidir por mí.

—No lo haré —dice.

Me separo antes de que nos vean y señalo la entrada.

—Entra tú primero. Necesito cinco minutos.

—¿Todo bien?

—No te preocupes—respondo—, Edna no para de llamarme.

Landon asiente con la cabeza cuando le respondo y, antes de meterse por la puerta, me acaricia la cara con un gesto rápido, casi automático. Ese tipo de caricias que no parecen importantes, pero que se quedan contigo más tiempo del que deberían. Saco el móvil y, en lugar de llamar a Edna, entro directamente al grupo. Ciento cincuenta mensajes. *Genial*. Los primeros son de Edna y de otra amiga escribiendo mi nombre una y otra vez, como si así fueran a invocarme. Más abajo, aparece el mensaje que lo explica todo: la otra amiga ha mandado la foto.

La abro. Y mi corazón se acelera, pero no de esa manera fea que aprieta el pecho, sino de la otra. Landon me está sujetando la mejilla mientras me besa, y yo le estoy agarrando del pelo, acercándolo más a mí sin ningún tipo de vergüenza. No parece una foto robada. Es bonita. *Buen fotógrafo, la verdad.* Me da hasta vergüenza admitirlo, pero la guardo en la galería. Cierro el grupo sin contestar a nadie, apago el móvil y miro la hora. Han pasado tres minutos. No

sé muy bien qué hacer con eso, así que decido entrar ya, antes de seguir dándole vueltas a algo que no tiene solución inmediata.

***

Dos horas después, me doy cuenta de que Landon tenía razón. No estamos haciendo absolutamente nada. No hemos rodado ni una sola escena y tiene pinta de que va a seguir así durante bastante tiempo. Ahora mismo todo el protagonismo se lo están llevando Conan y Olivia. Michelle aparece de vez en cuando, dice dos frases y vuelve a desaparecer. Landon y yo estamos sentados separados, lo justo para que no se note nada raro. Lo suficiente como para que parezca normal. *Demasiado lejos para mi gusto.* Miramos las escenas en silencio. A veces noto su mirada sobre mí y, cuando giro la cabeza para pillarle, me sonríe y vuelve a mirar al rodaje como si nada. Como si no me acabara de desarmar con un gesto tan pequeño.

Nunca habría pensado que tendría tantas ganas de estar con alguien. Siempre tengo ganas de ver a Edna, claro. Con ella da igual la distancia, porque el simple hecho de estar juntas ya basta. Con Landon no funciona así. Aunque esté a cinco metros de mí, quiero estar a centímetros. Quiero que, mientras vemos cómo graban, me pase una mano por el hombro o me acaricie la espalda, aunque sea de forma distraída. Quiero notar que está ahí conmigo, no solo cerca. Intento apartar esos pensamientos. De verdad que lo intento. Me obligo a no girar la cabeza, aunque sé que me está mirando, y me concentro en lo que está pasando delante. Entonces, mi móvil empieza a sonar. Me llevo la mano a la boca al instante. No lo había silenciado. La música suena alta y sé que se ha oído más de lo que debería.

—Perdón. Tengo que…

No termino la frase. Me levanto rápido, demasiado rápido, notando cómo varias miradas se clavan en mí, y me dirijo a un lugar apartado, deseando desaparecer un par de minutos. Una vez fuera,

veo que es Edna la que me está llamando. Suelto un gruñido bajo, de esos que salen solos cuando sabes que no puedes evitar lo que viene después.

—Estoy en el rodaje —susurro nada más descolgar.

Hay un silencio al otro lado. Un segundo que, obviamente, no tarda de ser interrumpido por ella.

—¿RODAJE? —susurra ella de golpe, demasiado alto para ser un susurro—. Perdón, perdón —baja la voz—. ¿RODAJE de verdad o "*rodaje*" en plan miraditas y tensión sexual?

Aprieto los labios para no reírme.

—Rodaje de verdad —la afirmo—. Con gente grabando, con Michelle mirando a Sterling, con Izan echándote de menos…

—Mira, no me hables de ellos porque me dan ganas de cogerme un vuelo y reventarles la cabeza.

Me río, tapándome la boca aún sabiendo que no puede verme nadie. Odio eso.

—Edna…

—Vale, perdón —se disculpa—. Que sepas que estoy calmada eh. Estoy *muy* calmada —dice, repitiendo más para ella misma que para mí—. ¿Has hablado ya con el chico ese? —pregunta de golpe.

Mierda. Literalmente se me había olvidado por completo. Dirijo la mirada hacia Conan, que desde aquí fuera se le logra ver. Sigue grabando, concentrado, sin enterarse absolutamente de nada del caos emocional que está provocando en la vida de mi mejor amiga.

—Está grabando ahora mismo —respondo.

—¿Y cuándo termina?

—¿Y yo qué sé? —murmuro—. No soy su agenda —miro el reloj por inercia. Falta poco para la una— Creo que hay descanso dentro de poco —añado—. Media hora, como mucho.

—Perfecto —dice ella—. Fantástico. Tiempo suficiente para que tú, mi mejor amiga, vayas y le digas algo normal, discreto y cero humillante.

—Eso no existe.

—Sí existe —replica—. Mira: "*Hola, soy Aria, tu compañera de rodaje, mi amiga te quiere comer la boca con respeto".* Fácil.

—EDNA.

—Vale, vale —se ríe nerviosa—. Pero por favor, háblale. Pídele el teléfono, el *Instagram*, el *LinkedIn*, lo que sea. Aunque sea el correo electrónico, yo me adapto.

—Me estás poniendo nerviosa hasta a mí, imbécil —susurro.

—¿A TI? —responde—. Aria, yo estoy sudando sentada. SIN HABERLE HABLADO —antes de que pueda contestarle, oigo su respiración acelerada al otro lado—. Por favor —añade más bajo—, hazlo por mí. Hazlo por el amor. Hazlo porque si no, voy a pensar en él durante seis meses y va a ser horrible.

—Vale —cedo—. Lo intentaré.

—NO LO INTENTES. HAZLO.

Y me cuelga. Me quedo mirando la pantalla unos segundos, como si el móvil pudiera darme apoyo emocional. Lo guardo en el bolsillo y vuelvo a mi sitio dentro intentando parecer tranquila. Decido concentrarme en Conan. Y, vale. Hay que admitirlo: pega con Edna. Tiene ese aire callado que intimida un poco. Es guapo. *Bastante guapo.* De repente, noto una presencia demasiado cerca. Me sobresalto al girarme y encontrarme con Landon sentado a mi lado. Le ignoro. Es lo que habíamos decidido. Profesionalidad. Distancia. Nada raro.

—¿Es guapo, eh? —dice. No hace falta que aclare a quién se refiere. Sé que me ha estado observando y que ha notado exactamente en qué dirección iba mi atención. No le miro. Mantengo la vista fija al frente—. ¿Te parece guapo, Aria? —insiste.

No podía llamarme por mi nombre justo ahora. *No podía*.

—No es mi tipo —respondo tan bajo que casi me arrepiento de haber hablado.

—¿Tu tipo soy yo?

—Tampoco.

Sonríe. Lo noto sin mirarle.

—So che ti ho fatto impazzire, Aria. Non mentirmi.

Genial. Otra vez italiano.

—Sí, sí —contesto sin pensar.

—¿Sí, sí qué?

—No tengo ni idea de lo que has dicho —admito.

Se ríe bajo y, sin avisar, empieza a acariciarme la espalda con la mano, despacio. Demasiado despacio. Como si supiera exactamente qué está haciendo.

—¿No tienes curiosidad?

—¿Ahora eres entrevistador? —respondo—. Deja de hacerme preguntas.

—¿O qué?

—Que me voy.

Emite un quejido suave y se acerca más a mí, ignorando por completo el asa de la silla que antes nos separaba.

—No te vayas —dice, ya demasiado cerca.

Sus dedos dejan de trazar círculos y empiezan a subir y bajar por mi espalda. Me cuesta respirar normal. Aparto su mano con cuidado. Él hace fuerza.

—Aparta.

—No quiero.

—Nos van a ver.

—Ya nos han visto —responde, y sé perfectamente a qué se refiere.

—Landon…

—No sabes las ganas que tengo de besarte, Aria —dice en voz baja —. Lo haría delante de todo el mundo ahora mismo.

Trago saliva. Y por primera vez, me atrevo a mirarle. *Error*. Tiene las pupilas ligeramente dilatadas y respira distinto, más hondo. Me desarma.

—Qué pena que hoy no toque actuar así, *Sterling* —murmuro, diciendo su apellido sabiendo que eso va a hacer que se calle.

Justo en ese momento, dejan de grabar. Me levanto sin darle tiempo a reaccionar y lo dejo sentado ahí, con la expresión a medio camino entre frustración y sonrisa. Tengo una misión. Cuando me acerco, Conan levanta la vista casi al mismo tiempo que doy el último paso. Primero mira alrededor, como comprobando que no me equivoco de dirección, y cuando confirma que voy directa hacia él, se aclara la garganta y me dedica una sonrisa tranquila. No forzada. De las que no prometen nada, pero tampoco incomodan.

—Hola —dice—. ¿Todo bien?

Me detengo frente a él y, por un segundo, me pregunto por qué he pensado que esto era buena idea. No porque él imponga, sino porque ahora soy yo la que siente que está invadiendo un espacio que no le corresponde.

—Sí… bueno —respondo—. Más o menos.

Inclina un poco la cabeza, atento.

—Dime.

Respiro hondo. Y, como si mi cuerpo tuviera vida propia, miro hacia atrás. Landon sigue mirándome. No disimula. Mandíbula tensa, postura rígida, los ojos clavados en mí como si intentara descifrar

exactamente qué estoy haciendo y con quién. *Genial*. Vuelvo a Conan.

—Vale —empiezo—. Esto va a ser raro, pero necesito que no pienses cosas que no son.

Una ceja se le arquea, divertido.

—Intentaré sobrevivir.

—Quiero pedirte una cosa —continúo—. Pero no es para mí— asiente, dándome margen para seguir—, es por Edna —añado—. La chica que vino ayer conmigo.

—Sí —dice enseguida—. Me acuerdo.

—Le pareciste bastante atractivo —confieso, encogiéndome un poco de hombros—. Y me ha pedido que te pregunte si podrías darle tu número.

No lo digo de golpe. Lo digo despacio, esperando reacción. Conan no sonríe esta vez. Pero tampoco se incomoda. Suspira, breve, como alguien que ya sabe la respuesta antes de formularla.

—Vale —dice—. Te agradezco que me lo digas directamente— asiento, preparándome para lo que venga—, pero no puedo darte mi número —continúa—. Tengo novia. Y, por respeto a ella, prefiero no abrir ninguna puerta que no debería.

Me quedo en silencio un segundo. No por mí. Por Edna.

—Lo entiendo —respondo al final—. De verdad.

—No quiero que se sienta mal —añade—. Ni que piense que hay algo que podría haber pasado si las cosas fueran distintas.

Le miro, esta vez con una sonrisa sincera.

—Es bastante correcto por tu parte.

Se encoge de hombros.

—Es lo mínimo.

Asiento otra vez. No hay nada más que decir. Y, aun así, siento un pequeño nudo en el estómago por mi amiga.

—Se va a llevar un disgusto —admito—. Pero es mejor así.

—Sí —dice—. Lo es —durante un segundo, el silencio es cómodo. De esos que no necesitan relleno. Y entonces vuelvo a hacerlo. Miro atrás. Y Landon ya no está. El espacio donde estaba hace unos segundos está vacío. Edward sigue hablando con un par de hombres, así que sé que Landon no se ha ido del set pero no lo veo por ningún lado. *Mierda*—. ¿Buscas a alguien? —pregunta Conan, notando mi distracción.

—El baño —miento fatal.

—¿El baño? —dice, poco convencido. Me odio un poco por mentir tan mal. Aun así, señala una puerta cercana—. Por ahí.

—Gracias.

Me doy la vuelta rápido. Demasiado rápido. Cambio de dirección en el último segundo y voy directa hacia Edward. Cuando me ve acercarme, se despide rápido de los hombres con los que hablaba y se inclina hacia mí.

—¿Qué pasa?—pregunta.

—¿Has visto a Landon?

Edward no responde con palabras. Solo inclina la cabeza, y, cuando me giro, Landon está justo detrás de mí. Tan cerca que casi choco con él. No me da tiempo a decir nada. Ni a respirar. Me coge de la mano y, sin una sola palabra, me guía hasta una pared apartada del set.

—¿De qué hablabais? —Pregunta.

No le respondo con prisa. No me defiendo. Levanto la barbilla lo justo para que vea que no tengo intención de dar explicaciones.

—No es asunto tuyo.

Y lo digo porque quiero decirlo así. Porque sé lo que provoca. Landon me empuja un pelín hacia la pared, manteniendo todavía las distancias, pero sin preocuparse por si alguien nos está mirando. No es un empujón. Es una advertencia suave.

—¿Majo?

Lo dice despacio. Como si la palabra le diera vueltas en la lengua. Yo noto el calor subir, pero no bajo la mirada.

—Bastante —Landon sonríe y se acerca otro paso bastante pequeño hacia mi. Frunzo el ceño y me cruzo de brazos—. ¿Estás celoso?

Me cruzo de brazos no para protegerme, sino para marcar territorio. Para que note que no me achico. Que me gusta esto.

—Si.

Sin rodeos. Y ahí, justo ahí, algo dentro de mí se aprieta y se enciende a la vez. Porque no lo disfraza. Porque no se excusa.

—Tiene novia —confirmo.

No lo digo para frenarlo. Lo digo para ver qué hace con eso.

—Sigo celoso.

Su voz no tiembla. Es firme. Casi divertida.

—Y no me gusta —cuando veo que Landon va a hablarme para decirme seguramente que sigue celoso, hablo yo antes—, nada.

Le sostengo la mirada. Retándolo. Esperando que se acerque más.

—Sigo celoso.

—¿Qué más tengo que hacer? —pregunto, rindiéndome.

Pero no me rindo de verdad. Me rindo para que avance. Landon da otro paso hacia mi, ahora un poco más grande que los demás. Lo suficientemente grande como para levantar la mirada para mirarle a los ojos. Y ahora sí. Ahora lo siento cerca de verdad. Su presencia pesa. Su atención quema.

—Bésame.

No lo ordena. Lo decide. Sonrío, negando con la cabeza, y da otro paso.

—Estás loco—digo.

—Por ti —da otro paso hacia mi y hago intento de echarme hacia atrás que resulta inútil porque se me olvidaba que tengo justo pegada a mi una pared—. Bésame o voy a hacerlo yo.

Mi espalda nota el frío de la pared y mi cuerpo hace lo contrario: se calienta. No quiero moverme. Quiero que siga.

—No eres capaz—lo provoco. Porque sé que sí. Landon me coge de la mejilla y trago saliva. Sus ojos me recorren la cara y terminan en mi boca. Noto como sonríe y vuelvo a tragar saliva, poniéndome más nerviosa. Se acerca. Se acerca mucho. No cierro los ojos. Quiero verle cuando lo haga. Está a unos escasos centímetros y creo que se le ha olvidado el gran dato de que estamos rodeados de gente—. Landon, estamos dentro y delante de por lo menos treinta personas.

Mi voz sale baja. No es una queja. Es una excusa débil.

—¿Eso me impide besarte?

Y ya no quiero que me impida nada. Ahora lo de besarle no me parece una locura. Ahora quiero besarle yo también.

—Vamos fuera y podemos hacer todo lo que tú quieras —no sé de dónde saco fuerzas para decir eso. El caso es que las saco.

Y lo digo sabiendo exactamente lo que significa. Sabiendo lo que provoca en él. Landon se ríe por mi comentario. Su risa ronca hace que sienta cosas en mi estómago y en otras partes que no voy a decir.

—No pienso salir fuera. Quiero aquí—pega su nariz con la mía y no puedo hacer más que cerrar los ojos y entreabrir los labios—. Y ahora.

No me aparto. No protesto. Lo espero. Y en esa espera hay una electricidad insoportable, una fracción de segundo en la que todo mi cuerpo ya sabe lo que va a pasar antes de que ocurra. Siento su respiración mezclarse con la mía, su presencia ocupándolo todo, anulando el ruido, la gente, el lugar. Solo existe él. Y yo. Sin decir nada más, junta sus labios con los míos de forma dura. El impacto es inmediato. Mis pensamientos se vuelven un caos de inmediato. No tengo espacio para pensar con claridad ni para sentir miedo. Solo siento la presión de sus labios sobre los míos, y es una sensación muy segura que me hace temblar por dentro. El contacto es fuerte y decidido, como si hubiera estado conteniéndose durante mucho tiempo y ahora, finalmente, se permite hacerlo.

El beso no es delicado.Es decidido. Celoso. Seguro. Eso me desarma completamente. Me siento como si algo dentro de mí estuviera creciendo y apretándose al mismo tiempo. El estómago se me vuelve muy ligero, como si hubiera perdido el equilibrio. Mis manos, sin que yo quiera, se mueven por sí solas. Se ponen tensas y buscan algo a lo que agarrarme, porque necesito aferrarme a algo antes de que me sienta mareada. Necesito algo que me haga sentir seguro, algo que me recuerde que estoy aquí, con él. Mis manos se aferran a lo primero que encuentran de él, porque necesito sentir su presencia. Cada vez que nuestras bocas se tocan, es como si algo nuevo estuviera sucediendo. Hay una sensación de prisa, pero también una especie de precisión que es casi demasiado. Es como si él supiera exactamente cómo besarme para que me sienta bien, pero también un poco mal. Sus labios se mueven con mucha pasión y eso me hace olvidar todo lo demás. Me olvido de dónde estoy, de quién soy y de lo que debería estar haciendo en ese momento.

No es un beso bonito. Es un beso que marca. El calor sube por mi cuello y se queda en mis mejillas. Me siento entera recorrida por esta sensación. Mi respiración se vuelve irregular. Me doy cuenta de que estoy respondiendo con la misma necesidad. Me abro al beso sin pensarlo dos veces. No tengo frenos. Es como si esto fuera lo más normal del mundo. Mi cuerpo parece haber estado esperando esto todo el tiempo. Y lo peor —o lo mejor— es que me gusta. Me

gusta sentirme elegida. Deseada. Reclamada de esa manera tan peligrosa y tan honesta a la vez.

Cuando el beso termina, no es porque se haya apagado nada. Es porque, si sigue, sé que no voy a poder pensar en nada más.

—No podemos hacer esto aquí —digo, y mi voz suena más firme de lo que realmente me siento.

Pero mi cuerpo dice otra cosa. Lo dice la forma en la que no me aparto, lo dice el calor que todavía me recorre la piel, lo dice la manera en la que sigo respirando como si acabara de correr una carrera que no quería terminar.

—Fíjate si podemos que lo acabamos de hacer.

Su tono ya no es provocador, ahora es casi burlón, relajado, como si supiera perfectamente el efecto que tiene en mí y estuviera disfrutando de cada segundo. Eso me pone nerviosa, pero también me hace sonreír sin querer. Se separa apenas unos centímetros y mira alrededor con calma, demasiado tranquilo para alguien que acaba de besarme así. Yo lo imito, todavía un poco descolocada, y es entonces cuando me doy cuenta de que nadie nos presta atención. Nadie excepto ella. Michelle. La noto incluso antes de verla, como si su mirada tuviera peso. Cuando la localizo, está observándonos con una expresión que no intenta disimular nada, una mezcla de enfado y algo más feo.

—Michelle nos está mirando —murmuro.

Landon gira la cabeza apenas un segundo. No frunce el ceño ni se tensa del todo, pero su mandíbula se marca ligeramente, como si le molestara más la idea de que esté pendiente de nosotros que la propia Michelle.

—¿Una foto? —dice, con una media sonrisa.

Me dan ganas de empujarle, de taparle la boca, de desaparecer. Michelle rueda los ojos con exageración y, por fin, se da la vuelta y se marcha. Cuando deja de mirarnos, siento cómo algo dentro de mí

se afloja, aunque la tensión entre Landon y yo sigue intacta, vibrando en el aire.

—Por Dios, Landon —digo bajito, más para mí que para él, pronunciando su nombre como si fuera una queja y una súplica al mismo tiempo.

Él sonríe. No esa sonrisa peligrosa de antes, sino una más suave, más cercana. Se inclina hacia mí otra vez y me deja un beso en los labios, esta vez lento, sin prisa, casi cuidadoso, como si quisiera que lo recuerde bien. Cuando se separa, no dice nada durante un segundo, solo me mira, como si estuviera grabándome en la memoria.

—Eres tan preciosa —dice al final, con la voz más baja— que me dan ganas de dibujarte cada vez que te veo sonreír.

Y entonces se va. Así, sin más. Me deja apoyada contra la pared, con el pulso acelerado, la piel todavía caliente y la cabeza llena de pensamientos que no pienso ordenar ahora mismo. Me quedo ahí un segundo de más, respirando hondo, intentando recomponerme, sabiendo algo con una claridad casi incómoda: no solo me ha besado. Me ha elegido.

Capítulo 16

Landon Sterling

Aunque noto la mirada de Aria clavada en mi espalda, sigo caminando hacia el baño sin girarme. Me cuesta cada paso. No porque no quiera volver con ella, sino porque sé que si lo hago ahora mismo no voy a ser capaz de parar. Necesito un segundo. Para no cagarla más. Cierro la puerta del baño tras de mí y el silencio me cae encima como un golpe seco. Me apoyo en el lavabo y levanto la vista hacia el espejo. Tengo la mandíbula tensa, los labios aún calientes, los ojos demasiado brillantes. Me paso una mano por el pelo y respiro hondo. No estoy orgulloso de lo que he hecho. Tampoco me arrepiento del todo. Me he dejado llevar, sí. Pero no ha sido un impulso vacío. Ha sido verla. Sentirla cerca. Notar cómo me provocaba sin darse cuenta. O dándose cuenta y disfrutándolo.

Y luego está Edward. Nada más separarme de Aria he notado su mirada. No he tenido que buscarla. Estaba ahí. Clavada. Juzgando. La puerta se abre. *Joder*. Actúo como un crío y me meto en uno de los cubículos, cerrando con pestillo aunque sé que es inútil. Me siento en la tapa del váter, apoyando los codos en las rodillas, esperando la bronca. Pero no llega. Pasan unos segundos. Luego oigo un tono de llamada. No es el mío.

—Hola, Vera… —dice una voz masculina—. Sí, yo también te echo de menos.

Conan está hablando con su novia. Perfecto, el universo riéndose de mí. Salgo del cubículo en silencio. No es mi conversación. Doy un paso hacia la puerta justo cuando esta se abre de golpe. Edward entra hecho una furia.

—¿¿Estás loco?? —me paro en seco. Da un paso hacia mí. Retrocedo sin pensarlo—. ¿¿En qué cojones estabas pensando??

—Edward —susurro, señalando con la cabeza hacia dentro—. Hay alguien.

Me agarra del brazo con fuerza y me saca del baño sin miramientos.

—Sígueme el rollo —masculla. Me rodea los hombros como si estuviéramos de risas y saca el paquete de tabaco. Vacía casi todos

los cigarrillos en el bolsillo, deja dos. Se enciende uno con manos que no le tiemblan, pero sé que está conteniéndose.

—Pásame uno —dice uno de los técnicos.

Edward hace teatro. Abre la cajetilla, exagera el gesto.

—Me queda uno.

—Déjalo.

—No, coge —insiste—. Voy a por más.

—Oye —Otro de ellos nos llama y nos giramos a la vez—, Sterling no puede salir.

Miro a Edward sin saber que decir y a través de la mirada me comunica que me invente lo que sea. *Allá vamos.*

—Tengo que salir un momento —Me limito a responder.

—¿Para?

—¿Es necesario que el chaval tenga que responder? —Edward me defiende y lo agradezco aunque no le doy señales de ello.

—No tardes. Dentro de poco tienes que grabar.

Aunque no me lo creo, asiento con la cabeza. Al girarme, Aria está hablando con Olivia pero solo me mira a mi. La sonrío, haciéndola creer que está todo bien. Ella me hace lo mismo y siento como mi corazón empieza a acelerarse. *Ponerme así por una simple sonrisa me hace sentirme gilipollas.* La dedico una última mirada antes de salir del edificio. Edward se apoya en una pared con una pierna apoyada también. Le miro, esperando a que vuelva a la conversación de antes, pero se limita a encenderse ahora el cigarrillo. Inhala el aire y lo expulsa para después despegarse el cigarrillo de los labios y acercarlo a mi.

—¿Quieres? —Me pregunta.

—Hace ya que no fumo —Le aclaro y me acuerdo de la vez que fumé para intentar olvidar a Aria—. Hace poco, en verdad . Pero era

la última.

—¿Te has vuelto completamente gilipollas? —suelta, con otro tono completamente distinto al de antes.

—No me hables así.

—¿Ah, no? —da una calada larga—. ¿Prefieres que te aplauda por liarte con ella delante de medio equipo?

—No me he liado con "*ella*". Me he besado con Aria.

—Es lo mismo —escupe—. Es peor, de hecho.

Aprieto la mandíbula.

—No he hecho nada malo.

—Has hecho *TODO* lo malo —da otro paso—. Te dije que fueras con cuidado. Te lo dije mil veces.

—No soy un niño.

—No —responde, más alto—. Eres alguien al que ya le jodieron la vida una vez por no medir las consecuencias.

Eso duele. Y lo sabe.

—No la metas en esto.

—Es que ya está metida —señala hacia dentro—. Desde el segundo en el que la miras así.

Antes de que pueda responder, Aria aparece.

—¿Qué hacéis? —Pregunta, inocente.

Antes de poder responder, Edward apaga el cigarro y la mira.

—Fumar.

Aria me mira inmediatamente y por inercia sonrío.

—¿Fumas? —Me pregunta en un tono desagradable.

Creo que no le gusta el tabaco.

—No —Respondo y Aria da un pequeño paso hacia mi. Miro a Edward y al ver que me está mirando, no me muevo de mi sitio—, le estaba acompañando.

Aria asiente lentamente con la cabeza, como si algo no la cuadrara, y da otro paso hacia mi. Las manos me cosquillean y me indican que abrace a Aria. Mi cerebro es más rápido y me advierte que me quede parado.

—¿Vas a entrar ya?

—No —dice Edward por mí—. Tengo que decirle una cosa.

Sonrío a Aria con la misma intención de antes, hacerla creer que todo está bien, y se lo cree. O eso aparenta.

—Tenemos que grabar en diez minutos —explica Aria—. Me han mandado fuera a buscarte y decírtelo, pero no sé por qué a mi si en teoría nos llevamos mal.

—¿Tal vez porque os han visto besándoos en la pared? —Edward responde y noto perfectamente como la saliva de Aria se desplaza por su garganta.

Parece que ata cabos de lo que va a ser mi conversación porque se acerca a mi, poniéndome a prueba. Apoya la cabeza en mi pecho y la paso una mano por el hombro, sin importarme una mierda lo que Edward piense ahora mismo. Se separa de mi y la dejo un beso corto en los labios que no esperaba.

—Ahora entro —La acaricio la cara y cuando dejo de hacerlo, me mira por última vez y después a Edward y se va.

Edward la sigue con la mirada y cuando se ha metido dentro, pasa mi mirada a mi.

—¿Lo ves? —me agarra del brazo—. ¿Ves lo que haces?

—La quiero —escupo—. ¿Eso es lo que te molesta?

—Me molesta el miedo —dice, tranquilo—. Eso es lo que me molesta —me quedo quieto—. ¿Quieres que te recuerde lo que pasó la última

vez? —continúa, sin piedad—. Se filtró una foto. UNA. Y al día siguiente tu hermana estaba muerta.

El mundo se me cae encima.

—Cállate.

—¿Quieres que pase otra vez?

—No va a pasar —respondo, enfadado.

Nunca le había hablado así a Edward, a pesar de todas las cagadas. Ni cuando dijo todas esas cosas de Aria. Esta vez es diferente, el simple hecho de oír de manera tan agresiva lo que le pasó a mi hermana hace que se me revuelvan las tripas.

—¿Cómo lo sabes? —me señala el pecho—. ¿Porque la quieres mucho? Eso no para a la gente mala.

Las lágrimas me suben sin permiso. No quiero llorar, y menos delante de Edward, pero el simple hecho de pensar en mi hermana no lo pone fácil.

—No puedo pasarme la puta vida ocultando mi vida sentimental, Edward —digo, sincero—. Al fin y al cabo va a salir. Y va a ser mejor que lo diga yo.

—No podemos correr el riesgo de que se entere tú madre.

—Mi madre ahora mismo está entre rejas —respondo, firme.

Decirlo me sienta como una patada en la garganta y se me forma un nudo. Después, las lágrimas salen a la vez y me llevo las manos a los ojos. Noto la presencia de Edward automáticamente a mi lado y noto como me pasa un brazo por los hombros.

—Puede mandar un sicario, Landon —Me susurra, como si diciéndolo de esta manera me fuera a doler menos—, y a ese tipo de personas les da igual matar a quien sea. Podrían matarte a ti—hace una pausa —. O a ella —niego con la cabeza, todavía llorando, y no me salen las palabras de la boca—. Ya está —Edward me aprieta el hombro

cariñosamente y me acaricia la espalda dándome ánimos—, tranquilo.

No puedo estar tranquilo. El simple hecho de imaginar que también pierdo a Aria me revuelve el estómago y me entran ganas de vomitar. Todo sería más fácil si mi madre estuviera muerta. Si mis padres en general estuvieran muertos.

—Solo espero a que llegue el día en el que mi madre muera —admito en alto y me hace sentirme mala persona. Levanto la cabeza y al ver como me mira Edward, me transmite la suficiente confianza para seguir hablando del tema—, ojalá pudiera matarla yo.

—No se le desea la muerte a nadie —responde, pero sé perfectamente que piensa igual que yo.

—A gente como ella sí —tomo aire y sigo hablando—. Mató a mi puta hermana, Edward. Me quitó lo que más me hacía feliz solamente por ese mismo motivo.

—Tenemos que ir con cuidado, ¿vale? —me advierte cambiando de tema y asiento con la cabeza—. Todavía no sois nada oficialmente. Cuando lo haya, ya veremos lo que hacer.

Asiento con la cabeza y Edward se levanta de mi lado para ponerse de pie.

—Voy a decir que te has ido a casa porque te encontrabas mal —me levanto y me acerco a él—. Quédate aquí el tiempo que necesites y cuando quieras puedes irte —me tira las llaves del coche y las atrapo al vuelo.

—Gracias —digo honestamente.

Edward me mira por última vez antes de acercarse a mi y abrazarme. Teniendo la cabeza en su hombro, vuelvo a llorar. Le aprieto con fuerza y me aprieta de la misma manera.

—Te quiero —Me dice.

Deja un beso en mi cabeza y vuelve rápidamente dentro, como si quedarse un segundo más aquí fuera peligroso. Yo me quedo donde estoy. No me muevo, sino que lloro en silencio. De esa forma fea en la que el cuerpo tiembla pero no salen sonidos, en la que duele más el pecho que los ojos. Saco el móvil con manos torpes y busco la carpeta de fotos. La de Giada y yo. Y en cuanto aparece su cara en la pantalla, algo dentro de mí se rompe del todo. Su sonrisa. Siempre tan viva. El dolor en el pecho se vuelve insoportable, como si alguien me estuviera apretando los pulmones con las manos. Paso una foto. Luego otra. Y otra más. En cada una está ahí, mirándome desde un tiempo que ya no existe, recordando todo lo que me arrebataron. Me cuesta respirar, pero no puedo parar. Es como si mirar esas fotos fuera lo único que me mantiene conectado a ella, aunque me esté ahogando en el proceso. Siento cómo el aire entra a trompicones, cómo el nudo en la garganta se hace más grande con cada imagen.

Oigo pasos. Reacciono tarde, pero lo suficiente para limpiarme las lágrimas con el dorso de la mano y guardar el móvil en el bolsillo, como si esconderlo pudiera borrar lo que estaba sintiendo. Levanto la cabeza justo cuando Aria se acerca corriendo hacia mí. No dice nada. No pregunta. *No duda.* La rodeo con los brazos y la aprieto contra mí, enterrando la cara en su cuello, resistiendo con todas mis fuerzas las ganas de volver a llorar. Me repito que tengo que aguantar. Que no puedo romperme delante de ella. Que ya es suficiente con lo que carga. Pero es inútil. Porque en cuanto la tengo entre mis brazos, la imagen se me clava en la cabeza sin permiso: ella desapareciendo también. Aria convirtiéndose en otro recuerdo al que solo puedo acceder desde una pantalla. Otra sonrisa congelada en una galería que no debería existir. El pensamiento me destroza. Aprieto más fuerte, como si abrazándola pudiera protegerla del mundo, del pasado, de mi propia vida. Como si soltarla fuera una posibilidad que no estoy dispuesto a aceptar jamás.

—Landon… —me susurra lo más bajo que puede, como si cuando hablara alto me fuera a poner a llorar otra vez. Acerca sus labios con los míos y la atraigo hacia mi de la manera más dulce en la que he

besado en toda mi vida. Se separa de mi instantáneamente y se sienta a mi lado—. No me importa que no quieras decírmelo, pero pienso quedarme aquí.

—En teoría me encontraba mal —digo, sacando fuerzas de no sé dónde.

—¿Creías que me iba a creer eso? —niega con la cabeza y sonríe levemente—. Edward miente un poco mal —sonríe, intentando calmarme—. Todos se lo han creído y al principio yo también, pero cuando me ha mirado, sabía que algo andaba mal—explica—. Le he escrito un mensaje a Edna para que me haga una perdida lo suficientemente larga como para que el sonido se oiga y poder salir.

—Y ha funcionado —termino diciendo, casi en un susurro.

—Ha funcionado —repite Aria, despacio, como si necesitara asegurarse de que lo he dicho en serio.

—Era por mi hermana —admito al fin.

En cuanto lo digo, Aria levanta la mirada hacia mí. No hay curiosidad, no hay prisa. Solo atención absoluta. De esa que pesa y reconforta a la vez. Cuando nota que voy a seguir hablando y que los ojos se me llenan sin permiso, me tapa la boca con la mano, suave, como si quisiera frenar algo que me va a hacer daño.

—Landon… no hace falta que me lo cuentes, de verdad. Solo quiero que estés bien.

Niego con la cabeza. Cojo su mano y la aparto despacio, entrelazando mis dedos con los suyos, necesitándola ahí para no derrumbarme.

—Quiero contártelo.

Asiente, sin presionarme. Trago saliva, dándome cuenta de que me cuesta respirar.

—¿Te suena el nombre de Elda Di Marco? —frunce el ceño, piensa unos segundos y luego niega con la cabeza—. Una asesina —añado

—, mató a una niña.

Esta vez sí asiente, muy despacio. Y cuando aprieta mi mano con más fuerza, sé que ya lo intuye.

—Sí…

—Es mi madre —no la miro cuando lo digo. No puedo. Bajo la vista hacia nuestras manos entrelazadas, como si ahí estuviera la única cosa firme que me queda—. Mató a mi hermana.

El pulgar de Aria empieza a moverse sobre mi piel, despacio, constante. Ese gesto tan pequeño me rompe más que cualquier palabra.

—Landon…

—Giada no fue una niña deseada —continúo—. Mi madre la odiaba. Nunca supe por qué. Y a mí me odiaba todavía más por quererla a ella —hago una pausa. El recuerdo me golpea como siempre—. Un día un seguidor se hizo una foto conmigo y le pidió a mi hermana que se pusiera también. Subió las fotos a las redes, emocionado. Esa foto llegó hasta mi madre —me limpio una lágrima antes de que caiga, pero otra la sigue—. Esa madrugada la mató. Porque pensó que yo quería más a Giada que a ella. Aunque lo negó, encontraron el cuchillo en la basura —mi voz se quiebra—. Siete puñaladas, Aria. Tenía siete puñaladas —Aria rompe a llorar conmigo y eso me duele casi más que recordarlo. Me acerco, le seco las lágrimas con cuidado, negando con la cabeza—. No llores tú ahora.

—Monto una fiesta si quieres —dice, con la voz rota. Y aun así, consigue sacarme una sonrisa pequeña, triste. Me besa la frente con una ternura que casi no puedo soportar—. ¿Por eso Edward no deja que te hagan fotos?

—No —niego—. Fue decisión mía. El miedo se me metió dentro. Pensaba que podía matar a cualquiera que se acercara a mí. No tiene sentido, pero el miedo no entiende de lógica —respiro hondo —. Por eso, cuando vi que se había filtrado nuestra foto…

Noto cómo Aria traga saliva, asustada, pero aun así me sonríe, intentando ser fuerte por los dos.

—No me va a pasar nada —me asegura.

—No puedo permitirme perderte, Aria —me sincero, porque ahora mismo es lo único que me sale al mirarla—. Has conseguido que un matiz de esperanza de que comience a ser feliz aparezca.

—No me digas estas cosas que vuelvo a llorar.

—Es la verdad —afirmo—. Pensaba que la felicidad no estaba hecha para mi hasta que te vi sonreír a ti. Entonces pensé que a lo mejor no estaba todo perdido.

—Landon…

—Te quiero.

En cuanto lo digo, el miedo me atraviesa. He dicho demasiado. He abierto algo que no sé cerrar. Pero Aria no huye. Me mira como si acabara de entender algo muy importante. Me coge la cara con las dos manos y me besa, despacio, con una certeza que me calma por dentro. Sonríe contra mis labios y apoya su frente en la mía.

—Yo también te quiero.

Y por primera vez en mucho tiempo, el dolor no gana.

Capítulo 17

Aria Walker

El sonido del móvil vibrando de Landon me despierta y me revuelvo perezosa en la cama, enterrando la cara en la almohada con la clara

intención de ignorar el mundo.

—Apaga eso de una vez —murmuro, con la voz pastosa y cero ganas de existir.

Landon se mueve también, pero en vez de esconderse bajo la almohada o las sábanas como cualquier persona normal, se gira hasta quedar frente a mí. Apoya la cabeza en la mano y me observa como si yo fuera lo más interesante que ha visto en su vida a las siete de la mañana.

—No seas cruel —dice, divertido—. Es la última vez que nos va a sonar la alarma para rodar.

Abro un ojo solo para mirarlo.

—Eso no hace que me dé más ilusión despertarme.

—A mí sí —responde—. Tiene algo de final de etapa.

Gruño. Incluso el ruido de su voz ahora mismo me molesta. Solo quiero dormir, por dios.

—Tiene algo de tortura legal—le respondo.

Se ríe bajito y el móvil, como si tuviera vida propia, deja de vibrar. Sonrío, agradecida.

—Gracias, Dios —susurro.

Landon estira el brazo para cogerlo de la mesilla y, justo cuando lo tiene en la mano, vuelve a vibrar con más fuerza.

¿VES? —dice—. Nos necesita.

—Tíralo por la ventana—no llega a hacerlo, pero lo suelta de golpe al vibrar otra vez y el móvil sale disparado directo a mi cara—¡AU—me llevo la mano a la frente y me incorporo de golpe. Landon ya está sentado, con la linterna del móvil apuntándome como si estuviera en una película de terror.

—¿ESTÁS BIEN? ¿TE HE MATADO? ¿TE HE ROTO ALGO?

—¡Apaga eso! —protesto, medio cegada—. Pareces un interrogador.

—No puedo apagarlo, igual te estás muriendo.

—Estoy viva —le corto—. Dramático.

Apaga la linterna, pero se acerca más. Demasiado. Su expresión pasa de pánico a concentración absoluta.

—Déjame ver.

—Te estoy diciendo que estoy bien…

No me escucha. Me examina la frente con una seriedad excesiva para una herida que no existe.

—Aquí… —presiona un poco.

—Para, imbécil—me quejo—. Me duele.

—Ajá —dice, como si hubiera descubierto algo gravísimo—. Lo sabía. Está hinchado.

Me incorporo de golpe.

—¿CÓMO QUE HINCHADO?—salto de la cama y voy directa al baño. Me miro en el espejo y suelto el aire aliviada—. Eres idiota —murmuro para mí misma.

Salgo y me encuentro a Landon apoyado en el marco de la puerta, sin camiseta y con el pantalón del pijama bajo. Me quedo quieta un segundo de más.

—Vas a pillar frío —digo, señalándolo.

—Como comprenderás, Aria —responde con toda la calma del mundo—, el primer paso para vestirse es quitarse la ropa.

—¿Y el segundo es bloquear el paso del baño?

Sonríe y se acerca solo lo justo para acariciarme la cara.

—Venía a verte, Walker.

—Pues ya me has visto—respondo más seca aposta, porque me ha llamado por mi apellido.

—Confirmo que sigues viva —dice—. Una pena.

—Gracias por tu preocupación médica.

Se aparta fingiendo enfado.

—Vale, vale—dice, aguantándose la risa—. Me voy a vestir. Tranquila.

—¿Tranquila yo?

—Sí, tú —dice—. Me miras como si fuera yo el peligro.

—Porque lo eres.

Asiente, teatral.

—Justo lo que quería oír por la mañana.

Se va y yo me quedo en el baño. Asomo la cabeza y lo veo quitándose los pantalones con toda la calma del mundo, sonriendo como si supiera perfectamente lo que está haciendo. Me tapo los ojos y salgo rápido chocándome con algo sólido.

—¿Pero tú no te habías ido? —le digo, alarmada.

—¿Y perderme esto? —se ríe. Me quito las manos. *Grave error.* Tiene el pelo mojado y una camiseta blanca. Y encima tiene la mirada fija en mí. Me quedo callada—. ¿Qué haces? —pregunta, divertido.

—No quería verte —digo, rápido.

—Se nota muchísimo —le doy un repaso rápido que él capta al instante y, por supuesto, se descruza de brazos aposta—. Menos mal que no querías verme —aporta, bromista.

—Eres insoportable —digo mientras siento que mi cara se pone roja.

No sé si es porque me da vergüenza o porque lo he mirado demasiado. Puede que sea por las dos cosas. Él tiene la habilidad de darse cuenta de cuándo me estoy poniendo nervioso, aunque actúa como si no pasara nada.

—Y tú pésima mintiendo.

Sin responder, agarro la ropa sin mirar y me meto corriendo al baño. Cierro la puerta con mucha fuerza. Mi corazón late muy rápido. No entiendo por qué me pone tan nerviosa una situación tan simple. Pero cuando él está cerca, todo parece diferente. Oigo unos golpes suaves en la puerta.

—Aria —me llama.

Su voz atraviesa la madera con demasiada facilidad. Me apoyo un segundo en la puerta, respirando hondo, como si así pudiera recomponerme.

—¿Qué? —intento sonar seca, distante. No lo consigo del todo.

—No es justo —responde

Frunzo el ceño. Me parece casi divertido que hable de justicia cuando él es el que tiene ventaja. Él sabe cómo mirarme hasta hacerme sentir incómoda, incluso sin tocarme.

—La vida no es justa —me limito a decir.

Sé muy bien a qué se refiere esto y eso me hace sentir un poco más fuerte. La persona que me habla no sabe que entiendo el significado de sus palabras, pero yo sí lo sé. Esto me da una pequeña sensación de control, de poder.

—Tú has podido verme —rechista.

Aprieto los labios. *Vale*. Él ha ganado este punto. Mi cerebro comienza a crear imágenes que no quiero ver en este momento.

—Problema tuyo —respondo rápido, antes de que se note demasiado en mi voz.

El pomo gira de repente y reacciono por instinto. Pongo el pestillo justo a tiempo, con el pulso acelerado.

—¡Eh! —su queja es más graciosa que enfadada, y eso hace que todo sea peor.

—Demasiado lento —digo, orgullosa.

Me permito una sonrisa pequeña, infantil, apoyando la espalda en la puerta como si hubiera ganado una batalla importante.

—Pesada.

Lo dice con cariño, lo sé, y eso me hace rodar los ojos aunque por dentro siento que algo se afloja en el pecho.

—Pesado tú —le devuelvo.

Cruzo los brazos, fingiendo firmeza, aunque siento el calor subirme por el cuello. Después, el sonido claro de que se tira en la cama. Me lo imagino sin querer, acostado y relajado, esperando. Siempre está esperando.

—Cuando salgas, voy a vengarme —avisa.

Trago saliva. No suena a amenaza. Suena a promesa.

—Sueña.

Mi voz sale más baja de lo que pretendía.

—Siempre sueño contigo.

Me quedo muy quieta. El baño parece pequeño de golpe. Mi reflejo en el espejo sonríe, pero no es algo que haya decidido hacer a propósito. Siento el pecho apretado, pero no de nervios, sino de algo mucho más peligroso.

—Cállate —murmuro, aunque él no puede oírlo.

Y aun así, sé que, de alguna manera, lo sabe.

***

Tardo solo diez minutos en hacerme todo: echarme colonia, peinarme el pelo, vestirme y las cosas esenciales como el desodorante y lavarme los dientes. Cuando salgo del baño, Landon está tumbado en la cama, sonriéndole al móvil mientras desliza el dedo por la pantalla. No sé qué está viendo, pero esa sonrisa es tranquila, como si estuviera en su propio mundo. Me tumbo a su

lado sin decir nada, con la intención clara de mirar también. En cuanto nota mi presencia, apaga la pantalla y deja el móvil apoyado sobre su pecho, como si lo que fuera que estuviera viendo ya no importara. Gira la cabeza hacia mí. Sus ojos recorren mi cara con calma y, sin darse cuenta —o quizá dándose cuenta demasiado—, se detienen en mis labios. No hace ningún gesto, no se acerca, no intenta besarme, pero algo cambia. El aire se vuelve distinto. Más denso. Más lento. Y no me molesta. Este momento es perfecto. No hay ruido, no hay prisas, no hay necesidad de hablar. El silencio se instala entre nosotros y, por primera vez en mucho tiempo, no me pesa. Al contrario. Podría quedarme así el resto de mi vida, compartiendo silencios con él.

—Gracias por aparecer —susurra.

Sonrío sin querer. Levanto la mano y le despeino el flequillo con cuidado. Primero se queja, como siempre, pero al final se deja. Tiene el pelo mojado y sigo sin entender por qué.

—¿En qué momento te has mojado el pelo?

—¿En serio? —me mira, incrédulo, y niega con la cabeza—. Acabo de darte las gracias por aparecer y tú sales con eso.

—Sabes perfectamente cuál es mi respuesta.

—Quiero oírla.

Trago saliva y me pongo nerviosa. Esto de mostrar mis sentimientos cara a cara es algo nuevo para mi. Soy una persona muy cerrada. Una persona que si te demuestra cariño, agradécelo porque eres de los pocos que lo hago. Por mensajes se me hace muy fácil decirte lo mucho que te quiero. En persona, solo se me forma un nudo en la garganta que me impide hablar. *Justo como ahora.* La cara de Landon, aunque nunca lo admita, me demuestra un pequeño dolor. Quiere que le diga algo, y piensa que no tengo nada que decir. Piensa que me he quedado sin palabras o que no pienso lo mismo que él, pero se equivoca. Me sonríe, haciéndote ver que todo está

bien, pero yo no lo estoy. No quiero que piense algo que no es verdad. *A la mierda.* Trago saliva por última vez antes de hablar.

—Siempre he pensado que no le gustaría a nadie —rompo el silencio —. De pequeña se metían conmigo, sobre todo con mi sonrisa. Nunca he tenido nada con nadie. Has sido la primera vez que…

—¿La primera persona que has besado? —termina por mí.

Asiento, avergonzada.

—Seguramente tú te has liado con mil tías y has hecho de todo —continúo—, pero yo no quería eso. Quería sentir algo real. Conectar con alguien. Y cuando lo encontrara, hacerlo todo con esa persona.

Me mira con atención absoluta.

—¿Has sentido conexión conmigo?

—La sentí la primera vez que te besé en el rodaje —admito, muriéndome de vergüenza al decirlo.

Sonríe. Se inclina y me da un beso suave, breve. Luego me acaricia el pelo y deja la mano en mi cara, como si quisiera memorizarla.

—Yo también —dice.

No sé qué más decir, así que, aprovechando que se ha tumbado mirando hacia arriba , apoyo la cabeza en su pecho. No puedo evitar sonreír al notar contra mi oreja el sonido de su corazón latiendo a toda velocidad. Mi corazón se compagina con él y ahora están los dos latiendo a toda velocidad. Y vuelve el silencio, la calma. Vuelve el sonido de solamente nuestros corazones sonando. El móvil de Landon en vez de vibrar ahora suena. Se queja, soltando una maldición entre dientes, y se incorpora de golpe para cogerlo.

—Dime—contesta mientras me indica con la mano que me levante rápidamente. Hago caso a lo que me dice y me pongo a velocidad de la luz las zapatillas—. Si, si. Perdón —me pongo la última zapatilla y veo como se retoca el pelo en el espejo—. Vale —hace una pausa. Me mira antes de volver a hablar—. Si, está aquí conmigo —*Vale,*

hablan de mí. Deja de retocarse en el espejo para indicarme con la cabeza que me acerque a la puerta—. Estamos saliendo, ahora nos vemos.

Cuelga el móvil y me echa un último vistazo. Cuando ve que estoy lista, me sonríe antes de salir por la puerta. El camino hasta el coche es en silencio, pero un silencio calmado. Con él eso es fácil. Cuando Edward nos ve, baja la ventanilla y le da unos golpecitos al reloj.

—Perdón —le digo.

Justo cuando voy a entrar, Landon me agarra del brazo.

—Por cierto —dice, con media sonrisa—. Lo del pelo mojado antes— le miro, esperando explicación—. Gomina. Trágicamente mucha —añade—. No es que me duche por impulso ni nada raro.

Abro la boca para contestarle, pero ya se ha apartado y se ha subido al asiento del copiloto como si no hubiera soltado esa confesión hace medio segundo. Resoplo, negando con la cabeza, y me meto detrás. Edward me sonríe con esa calma suya de siempre. Apoyo la cabeza contra el asiento y cierro los ojos. Último trayecto. Y, aunque no lo diga en voz alta, sé que los dos lo estamos pensando.

↞ ↞ ↞

—Antes de empezar a grabar —dice Izan, dando una palmada seca —, necesito vuestra atención—el murmullo se apaga poco a poco. Olivia está, como siempre, pegada a mi lado. Landon, como siempre, justo enfrente. Todos miramos a Izan con curiosidad, todos menos Landon, que no deja de mirarme a mí—. Quería daros una sorpresa.

Silencio absoluto. Nos miramos unos a otros, buscando pistas en las caras. Nadie tiene ni idea de nada. El silencio empieza a estirarse más de la cuenta, incómodo, denso.

—VENGA, POR FAVOR —salta Conan al final, llevándose una mano al pecho—. Esto ya parece un interrogatorio policial.

Respiro aliviada. Gracias, Conan.

—Va a haber una premiere —anuncia Izan por fin.

No me da tiempo ni a reaccionar. Abro la boca por puro instinto y, en el mismo movimiento, abrazo a Olivia, que me aprieta igual de fuerte.

—¿UNA PREMIERE? —dice alguien detrás.

—¿En serio?—dice Michelle a la vez

—¿Con alfombra y todo?—dice Conan.

Izan espera a que el caos se calme un poco antes de volver a hablar.

—Ahora viene la mala noticia.

Automáticamente, todas las sonrisas se congelan.

—Ni cinco segundos de felicidad nos dejas, Izan —dice Landon, llevándose la mano al corazón—. Eso es crueldad emocional.

Las risas vuelven a estallar. Me gusta verlo así, suelto, cómodo, bromista. Me gusta cómo se ríe con Conan, cómo se mueve dentro del grupo como si siempre hubiera pertenecido ahí.

—La premiere es dentro de un mes —continúa Izan. Vale. No es tan terrible—. La semana que viene sale el tráiler y, a la siguiente, anunciamos fecha, hora y lugar.

—¿Os da tiempo a montar todo eso tan rápido? —pregunta Michelle, por una vez con una duda lógica.

Asiento sin darme cuenta, igual que Olivia. Las dos miramos a Izan a la vez.

—Tenemos editores muy buenos —responde—. Cada escena se enviaba según se grababa. Solo nos queda rodar una.

—¡ESE ES OTRO TEMA! —grita Conan de repente, haciendo que demos todos un pequeño bote—. Estoy HARTO del secretismo —continúa—. Llevo semanas leyendo correos como si fueran mensajes en clave. Estoy cansado.

Izan se lo queda mirando, muy serio.

—Acabas de joderme el plan.

Conan se tapa la boca con las dos manos.

—*Ups*.

Yo sonrío sin poder evitarlo. Landon me mira y niega con la cabeza, divertido.

—¿Has leído el correo entero? —pregunta Izan.

—Sí —responde Conan con una seguridad absolutamente falsa.

—¿Entero entero?

—Sí.

—¿Entonces por qué acabas de delatarte? —Izan se cruza de brazos —. Nadie podía saber que no sabías de qué iba la escena hasta ahora.

Conan abre mucho los ojos.

—Ah —se levanta de golpe y se lanza a abrazar a Izan—. Perdóname —dice dramático—. Perdóname, te lo suplico. No volveré a abrir la boca.

Le da un beso exagerado en la mejilla y vuelve a su sitio, intentando no reírse.

—Siéntate, anda —dice Izan, ya riéndose también. Conan obedece. Landon se inclina hacia él y le dice algo al oído. Conan pone los ojos en blanco. Dejo de mirar cuando Olivia me toca la pierna. La miro y me dedica esa sonrisa. La de "*luego me lo cuentas todo"*. Izan vuelve a llamar la atención—. Cámaras, productores, editores, acercaos. Esto también va con vosotros.

Todo el mundo se junta, expectante. Ashley aparece detrás de mí y me rodea los hombros con un brazo.

—Esto pinta fuerte —me susurra.

Asiento. Lo pinta.

—La última escena la van a grabar Sterling y Aria.

Aplausos. Unos más sinceros que otros. Michelle aplaude lo justo. Olivia casi grita. Ashley me aprieta más fuerte.

—Sterling le va a pedir matrimonio a Aria.

Se me queda la sonrisa clavada en la cara. Miro a Landon. Él me mira a mí. No me lo imagino vestido de novio sin que se me acelere el corazón de una forma peligrosamente real. Siempre he querido casarme. Desde pequeña. Levanto la mirada y Landon ya me está mirando con una sonrisa tranquila, de esas que parecen decir *te conozco.*

—¿Te has quedado en shock? —pregunta Olivia a mi lado, divertida.

—No —respondo rápido—. O sea sí, pero del bueno.

Olivia se ríe y me aprieta el brazo.

—Sabía que te iba a gustar.

Izan sigue hablando, explicando detalles técnicos que apenas escucho.

—La escena será sencilla, sin grandes discursos —dice—. Queremos que se sienta real.

Perfecto, pienso. Exactamente lo que quiero.

—¿Hay anillo? —pregunta Conan, otra vez con la mano levantada.

—Sí —responde Izan—. Uno sencillo.

—¿Puedo probármelo antes? —insiste Conan—. Para ver si da suerte.

—Conan —le avisa Izan.

—Era por aportar ideas creativas.

Las risas estallan y yo me giro justo a tiempo para ver a Landon acercarse. Se coloca frente a mí, cruzándose de brazos, con esa

media sonrisa que me desarma siempre.

—Te brillan los ojos —me dice.

—Porque me voy a casar —respondo sin pensarlo.

Se le escapa una carcajada.

—En una película.

—Déjame vivir mi fantasía cinco minutos —le advierto—. Es gratis.

Inclina la cabeza, mirándome con atención.

—¿Te hace ilusión de verdad?

—Siempre he querido casarme —admito—. Desde pequeña. Me parece bonito.

—¿Incluso conmigo? —pregunta, fingiendo seguridad pero con una chispa de curiosidad real.

Le miro de arriba abajo, exageradamente.

—Especialmente contigo —contesto—. Das bien en escena de prometido.

—Eso es lo más romántico que me han dicho hoy —responde—. Justo después de que Conan preguntara si podía quedarse el anillo.

Me río. Y me doy cuenta de una cosa, probablemente la llevo haciendo desde hace mucho tiempo, solo a su lado, pero ya no me tapo la sonrisa con la boca. Solo con él me siento segura.

—Prométeme una cosa —le digo, apartando mis pensamientos

—Dime.

—Cuando te arrodilles no lo hagas demasiado rápido.

—¿Por qué?

—Porque quiero disfrutarlo —le digo, sincera—. Aunque sea mentira.

Su sonrisa cambia. Se vuelve suave. Cálida.

—Entonces te prometo que lo haré despacio —dice—. Para que te dé tiempo a decir que sí.

—¿Y si me adelanto?

—Me arruinas la escena. Como Michelle—bromea.

—Me da igual.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de lo normal. No es incómodo. Es bonito. De esos silencios que no pesan. Izan vuelve a llamar la atención del grupo y nos separamos lo justo para no dar demasiado el cante. Mientras me coloco al lado de Olivia, noto que sigo sonriendo. No porque vaya a grabar una escena importante. No porque sea el final de la película. Sino porque, aunque sea actuando, voy a decir sí.

***

Han pasado unas horas desde que Izan soltó lo de la *escena final* y todavía siento que mi cabeza va medio segundo por detrás del cuerpo. No hemos grabado nada aún. Todavía no hay anillo, ni vestido de boda, ni yo siendo mujer de Landon. Solo una idea. Y, aun así, me pesa bonito en el pecho. Estamos en la habitación del hotel. No haciendo nada en concreto, pero tampoco nada juntos del todo. Yo estoy sentada en la cama, descalza, con la espalda apoyada en el cabecero y el móvil boca abajo a mi lado, como si pudiera delatarme si lo enciendo. Landon está de pie, cerca del escritorio, jugueteando con una botella de agua que ya debe estar harta de él.

—Te estás mordiendo el labio —dice de repente.

Levanto la mirada hacia él, sorprendida.

—¿Eh?

—Desde hace rato —añade, señalándose la boca—. Eso haces cuando estás nerviosa.

Me llevo los dedos al labio inferior sin darme cuenta y los retiro rápido, *pillada*.

—No estoy nerviosa.

Landon alza una ceja. Esa ceja. La que usa cuando sabe que estoy mintiendo pero no me va a dejar salir fácil.

—Claro que no —dice—. Solo vas a rodar una escena en la que me caso contigo delante de medio equipo técnico.

—No es real —respondo demasiado rápido.

Él sonríe. No de burla. De ternura. De te he pillado.

—Ya—se acerca un poco más, apoyándose ahora en el borde de la cama. No me toca. Eso es casi peor. Noto su cercanía como una presión suave, constante—. Pero te gusta la idea —añade.

—Sí —admito—. Me gusta.

Sus labios se curvan despacio, como si la respuesta le hubiera llegado justo donde esperaba.

—Te has imaginado la escena —dice.

—Un poco.

—¿Un poco cuánto?

—Lo suficiente como para que ahora mismo me dé vergüenza mirarte.

Se ríe bajito y niega con la cabeza.

—Walker… —dice mi apellido como si fuera algo precioso, yo frunzo el ceño—. Es solo una escena.

—Ya —respondo—. Pero no se siente como "*solo*".

Landon se queda quieto. Lo noto en cómo deja de moverse, en cómo me mira con más atención. Se sienta a mi lado, por fin, dejando un espacio prudente entre los dos. Demasiado prudente.

—¿Te asusta? —pregunta.

—No —digo enseguida—. Eso es lo raro. No me asusta —me mira, esperando—. Me hace ilusión —confieso—. Y eso sí que me da un poco de miedo.

Su expresión cambia. Se suaviza. Se vuelve seria de una manera bonita.

—A mí también—confiesa, en bajo—. Vale —dice de repente—, pregunta importante.

Levanto la vista hacia él. Está recostado en la cama ahora, con los brazos detrás de la cabeza, mirándome como si estuviera planeando algo.

—Da miedo cómo empiezas las frases —respondo.

—Luna de miel.

Parpadeo.

—¿Cómo?

—La escena —aclara—. Si nos casamos, ¿a dónde nos vamos?

Suelto una risa incrédula.

—¿En serio estamos hablando de esto?

—Estoy completamente serio —dice, girando la cabeza para mirarme mejor—. Me lo tomo muy en serio. Soy un marido responsable.

—Eres un marido imaginario.

—Eso duele —pone una mano en el pecho—. Pero vale, continúa.

Me encojo de hombros, intentando aparentar normalidad cuando por dentro ya estoy visualizando cosas que no debería.

—Siempre he pensado en una luna de miel tranquila —digo—. Con la playa, el calor. Nada de horarios.

—Ajá —responde, con una sonrisa lenta—. ¿Nada de horarios?

—Nada —repito—. Despertarte tarde. Comer cuando te dé la gana.

—Dormir siestas —añade.

—Muchas.

—Juntos.

Le miro. Él me está mirando de vuelta. Y de repente la habitación parece más pequeña.

—También Londres en Navidad —añado rápido, como si eso pudiera enfriar algo—. Es tradición mental.

—Eso no suena muy playero.

—Soy compleja.

—Me gusta —dice.

Silencio. De ese que no es silencio de incomodidad, sino de cuidado con lo que dices ahora. Me doy cuenta de que está más cerca. No sé en qué momento se ha incorporado un poco, apoyándose en un codo, pero ahora está peligrosamente cerca.

—¿Y tú? —pregunto, para no pensar en la distancia—. ¿Tu luna de miel ideal?

—Contigo —responde sin dudar.

Me río, nerviosa.

—No vale usar trampas románticas.

—No es trampa si es verdad—se estira un poco más y ahora su rodilla roza la mía. Apenas. Lo justo para que mi cuerpo reaccione antes que mi cabeza—. Podríamos rodar la escena y luego escaparnos de verdad —bromea—. Nadie nos encuentra en días.

—Eso suena ilegal.

—Románticamente ilegal—responde.

Noto calor en la cara. En el cuello. En sitios que no voy a enumerar. Intento mantener la compostura, pero él me está mirando como si supiera exactamente qué está provocando.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le digo.

—Sí —responde—. ¿Sabes lo que tú estás haciendo?

—Me estás mirando como si ya estuviéramos casados —bromeo.

—Me estás hablando como si ya lo estuviéramos —me devuelve.

—Landon…

—Aria —me imita, bajando un poco la voz—. Es solo una escena. ¿No?

Sonrío, ladeando la cabeza.

—Eso dices tú.

Se ríe, pero no se aparta. Al contrario. Levanta la mano, despacio, como dándome tiempo a frenarlo. No lo hago. Me aparta un mechón de pelo de la cara con los dedos, con una delicadeza que me desarma.

—Si esta es la tensión antes de grabar —murmura—, no quiero saber cómo será después.

—Después no hay escena —respondo—. Se acaba la película.

—Después —dice, acercándose un poco más— empieza lo interesante.

No me da tiempo a responderle. Se inclina primero él, despacio, como si quisiera comprobar si voy a echarme atrás. No lo hago. No ahora. Su frente roza la mía, nuestras respiraciones se mezclan y ese pequeño espacio entre los dos se vuelve insoportable, casi cruel. Levanto la barbilla sin pensarlo. Es un gesto mínimo, pero suficiente. Lo entiende al instante. Me besa. No es suave. Tampoco es brusco. Es un beso cargado de intención, de todo lo que lleva horas conteniéndose. Sus labios encajan con los míos como si se conocieran de antes, como si esto no fuera la primera vez, sino la continuación de algo que empezó mucho antes de que yo fuera consciente. Siento su mano en mi cintura, firme, segura, acercándome un poco más. Mi cuerpo reacciona solo. Me inclino

hacia él, le agarro la camiseta sin pensar y el beso se intensifica, se vuelve más lento, más profundo. Me olvido del rodaje. De la escena. De la broma de la luna de miel. Solo existe esto. El calor me sube por el pecho, por el cuello, por la cara. Todo se me concentra en la boca, en la forma en la que me besa como si no hubiera prisa pero tampoco marcha atrás. Me besa como si ya me hubiera elegido. Como si ya fuera suya. Cuando se separa, apenas unos centímetros, no abre los ojos enseguida. Yo tampoco. Necesito un segundo para recordar dónde estoy.

—Esto… —empieza, con la voz más baja— no estaba en el guion.

Sonrío, todavía con el pulso acelerado.

—Improvisación —respondo—. Dicen que es lo que mejor se te da.

Se ríe, pero no se aparta. Apoya la frente en la mía, su mano sigue en mi cintura, y noto cómo su respiración sigue desacompasada, igual que la mía.

—Si seguimos —dice despacio—, no voy a poder parar.

—No quiero que pares —susurro, y las palabras salen más valientes de lo que me siento.

No respira. Sus ojos se clavan en los míos, buscando la más mínima duda, pero no encuentra ninguna.

—Aria… —dice mi nombre en un susurro roto—. Joder, Aria.

Le quito la camiseta sin pensarlo, con una urgencia que me sorprende a mí misma. Mis dedos tiemblan un poco al contacto con su piel, sintiendo el calor que emana, el latido acelerado de su corazón bajo mi palma. Él cierra los ojos, como si el tacto fuera demasiado.

—Esto es real —digo, y no es una pregunta.

—Demasiado real —responde, y sus manos encuentran el cierre de mi vestido. Lo desliza lentamente, con una reverencia que me quita el aliento. La tela cae y él se queda quieto, solo mirándome, como si

estuviera viendo algo que temía y anhelaba a la vez—. Joder, te he imaginado así tantas veces.

Me recuesta sobre las sábanas, y su cuerpo se pega al mío. El beso que sigue es desesperado. No es un beso de conquista, es de alivio. Es el beso de alguien que ha estado ahogándose y por fin llega a la superficie. Sus labios se mueven con los míos con una precisión que me marea, y yo le correspondo con la misma hambre, con las mismas ganas acumuladas durante meses.

—Nunca… —murmura contra mi boca entre besos—. Nunca he sentido esto.

—Yo tampoco —confieso—. Solo contigo

Sus manos recorren mi piel despacio, como si quisieran memorizarla. No hay prisa, solo descubrimiento. Mi cuerpo responde a cada caricia, arqueándose, pidiendo más. Cuando finalmente nos unimos, nos quedamos quietos un instante, solo mirándonos. Es un pacto silencioso, un punto de no retorno.

—Dios… —escapa de mis labios en un gemido bajo.

No es por el placer físico, es por la intensidad de la conexión. Es como si todas las barreras que habíamos levantado se hubieran desmoronado de golpe. Él empieza a moverse, muy despacio al principio, con un ritmo profundo y deliberado. Esconde la cara en mi cuello y oigo su respiración cortada, susurros incoherentes de mi nombre.

—No sabía que… que podía ser así —dice con la voz quebrada.

—Yo tampoco —consigo responder, mis dedos enredados en su pelo, aferrándome a él como si fuera a flotar—. No pares… por favor, no pares.

Él aprieta la mano, entrelazando nuestros dedos, y su ritmo se vuelve un poco más firme, más seguro, como si encontrara el camino que nuestros cuerpos llevaban tiempo esperando. El placer crece de forma natural, una ola que se eleva lentamente, impulsada

por cada uno de sus movimientos, por cada susurro de mi nombre. No hay gritos ni palabras soeces, solo gemidos ahogados, el sonido de nuestra respiración entrelazada y el roce de nuestras cuerpos encontrando su propio lenguaje. Cuando el clímax me alcanza, es silencioso e intenso. Un temblor que recorre todo mi cuerpo, liberando meses de tensión. Él me sigue un instante después, con un gemido profundo contra mi piel, y su peso sobre mí se siente como un ancla, como si finalmente hubiera encontrado su lugar.

Nos quedamos así, en silencio, mientras los latidos de nuestro corazón vuelven a la normalidad. Él no se aparta, solo me acaricia el pelo.

—Joder, Aria… —murmura al fin, con una voz suave y rendida.

Sonrío con los ojos cerrados.

—No fue tan malo para una improvisación, ¿verdad?

Siento cómo se ríe, un temblor bajo de su pecho.

—No fue improvisación —dice, y me aprieta un poco más contra él —. Era inevitable.

Capítulo 18

Landon Sterling

Aria está apoyada contra una de las mesas altas, hablando con Olivia, y no puedo dejar de mirarla. No porque esté haciendo nada especial, sino precisamente por eso: porque está normal, relajada, riéndose de algo que Olivia le acaba de decir, tocándose el pelo sin

darse cuenta. Hay algo distinto en ella hoy. O quizá lo distinto soy yo mirándola. Ha pasado un día desde que pasó lo que pasó en la cama. Y sinceramente no sé ella, pero yo no puedo dejar de pensarlo cada vez que la miro. En cuanto lo pienso, los nervios dentro de mi se revuelven, como si mi mente hubiera viajado exactamente al momento. Bueno, los nervios y otras cosas.

—Te has quedado embobado —dice Edward a mi lado.

No me sobresalto porque lo esperaba. Edward siempre aparece cuando uno empieza a pensar demasiado.

—No estoy embobado —respondo, sin apartar la vista de ella—. Estoy bien.

Edward arquea una ceja, incrédulo, y se sirve algo en un vaso de cristal. No sé qué es, pero huele fuerte. Da un sorbo y pone una mueca exagerada.

—Eso que estás sintiendo es peligroso —dice—. Se llama felicidad, y engancha.

Edward coge otro vaso, suponiendo que quiero pegarle un sorbo a ese mejunje asqueroso.

—Habló el que tiene una mujer y tres hijos —le suelto—. ¿No tienes trabajo que hacer en vez de intentar emborracharme?

Edward sonríe, ignorándome. Me acerca el vaso con insistencia y yo, por educación, lo cojo, siendo perfectamente consciente de que ni siquiera voy a probarlo.

—Un trago —insiste—, por celebrar que sigues vivo y que, por una vez, no lo has jodido todo.

—Paso —respondo—. Tengo la cabeza demasiado clara hoy como para arruinarla.

Edward me observa unos segundos, como si quisiera decir algo más serio, pero al final solo resopla.

—Te ha cambiado —dice, refiriéndose a Aria—. Y no lo digo a malas.

—No me ha cambiado —respondo—. Me ha colocado las cosas en su sitio.

Edward sonríe, y aprovecho que está amigable y concentrado en su vaso para dejar el mío apoyado en una mesa. Cuando lo ve, levanta el vaso en señal de rendición y bebe él solo. Es entonces cuando Aria se gira, como si hubiera sentido mi mirada. Nuestros ojos se encuentran al instante. No sonríe enseguida. Primero me mira. Y ese gesto tan pequeño me atraviesa el pecho. Se despide de Olivia con un toque en el brazo y viene hacia mí.

—¿Todo bien? —me pregunta, bajando un poco la voz cuando está cerca.

Asiento.

—Perfecto —no es mentira. Me inclino un poco hacia ella, solo lo suficiente para que nadie pueda decir nada—. Estabas muy concentrada —le susurro.

—Olivia estaba cotilleando —responde—. Nada nuevo.

—Me alegra que estés aquí.

No sé por qué lo digo así, tan simple, pero ella me mira como si lo entendiera todo. Se cruza de brazos, apoyándose más en mí sin tocarme del todo.

—¿Tú lo estás? —pregunta.

—Más que nunca —hay un silencio corto, cómodo. De esos que no pesan.

—Edward está intentando que beba —añado—. Creo que es su manera de decir "*estoy orgulloso de ti*".

—Qué tierno —dice Aria, irónica—. Y peligroso.

—No te preocupes, *amor*. No pienso caer.

La palabra sale sola. Natural. Demasiado natural. Aria se queda quieta un segundo. Yo, mientras tanto, me concentro en aparentar

normalidad, pero sé que me he puesto rojo. Y eso nunca me había pasado con nadie.

—¿Cómo me has llamado?

Mierda. La miro, intentando leer si está incómoda o divertida. Su expresión es una mezcla peligrosa de sorpresa y sonrisa contenida.

—Eh… —me aclaro la garganta—. Perdón. Se me ha escapado.

—¿Se te ha escapado o lo has pensado?

Me encojo de hombros, sincero.

—Llevo pensándolo desde que me he despertado.

Aria niega despacio con la cabeza, pero no se aparta. Al contrario, da un paso más cerca.

—Ten cuidado con eso, *amor* —dice, burlona —. Luego no podrás dejar de decirlo.

—Creo que ya es tarde—confieso.

Apoyo la mano en su mejilla y en un microsegundo noto cómo su cuerpo se tensa. No es rechazo, ni mucho menos, es más que sabe perfectamente dónde estamos, y otra escenita como la del otro día sería muy descaro. Lo disimula rápido, como siempre, sonriendo, pero yo lo he visto. No quiero que esté incómoda. No después de ayer. Retiro la mano despacio y la meto en el bolsillo de la sudadera, como si así pudiera guardar también las ganas.

—Ojalá poder besarte —admito, sin ironía, sin bromas.

Aria baja un poco la mirada y cuando vuelve a levantarla hay algo distinto en sus ojos.

—Ojalá no me diera miedo besarte aquí —corrige—. Porque ganas no me faltan.

Me gusta que sea así de directa, teniendo en cuenta que ella es bastante tímida. Me hace sentirme bien, como si conmigo tuviera

toda la confianza para ser ella misma. Su comentario me arranca una sonrisa lenta, peligrosa.

—Genial —murmuro—. Porque yo no he dejado de pensar en ayer en ningún momento del día.

Se le escapa una risa nerviosa y me da un empujón suave con el hombro.

—Eres imposible.

—No —niego—. Soy muy constante —la rodeo en un abrazo corto, contenido, de esos que parecen inocentes pero no lo son en absoluto. Me lo devuelve, y cuando se separa noto sus mejillas ligeramente enrojecidas. No por vergüenza. Por memoria—. ¿Eres consciente de la escena que tenemos que grabar hoy? —pregunto, bajando un poco la voz.

—Demasiado —dice—. Y no ayuda nada que tú estés así.

—¿Así cómo?—pregunto, inocente.

—Mirándome como si estuvieras a punto de saltarte el guión.

Sonrío de lado.

—Tranquila. Sé comportarme —hago una pausa al ver como Aria me mira. Eso hace que se gane una sonrisa por mi parte—. Bueno, más o menos.

—No me pongas nerviosa —me advierte—. Bastante tengo ya.

—Aria —digo, serio un segundo—. Después de ayer, lo que menos tienes que pensar es que no sabes hacerlo.

Me mira y abre la boca, intentando que las palabras salgan de su boca, pero al instante la cierra. Niega con la cabeza, rendida.

—Eres un descarado.

—Y tú sigues aquí —le devuelvo—. Algo estaré haciendo bien.

Se tapa la cara un instante, pero la baja enseguida para mirarme sonriendo.

—No me recuerdes cosas ahora.

—Imposible —confieso—. Mi cerebro no coopera.

Le dejo un beso suave en la sien ya que no busco que responda, y señalo con la cabeza nuestras sillas de siempre. Ella entiende el gesto. Asiente y empieza a caminar hacia allí, dejándome unos pasos por delante. Mientras me siento, la noto acercarse por detrás y pienso, no por primera vez en el día, que grabar una escena de compromiso es lo de menos. Lo difícil va a ser fingir que ayer no pasó nada.

«‹ «‹ «‹

Qué horror de traje. Y no lo digo porque no me gusten los trajes —porque me gustan, mucho—, lo digo porque este es objetivamente un atentado. Si el que se estuviera casando fuera yo en la vida real, te juro que a esta estilista no la llamo ni para que me recomiende calcetines. Para empezar, es verde. Pero no un verde normal, que ya de por sí sería horrible, sino un verde oscuro. Y por si eso no fuera suficiente, está lleno de flores. Flores que prácticamente gritan mírame. Todo horrible. Me observo en el espejo con los brazos ligeramente separados del cuerpo, como si el traje pudiera atacarme en cualquier momento. Solo espero que a la pobre Aria no le hayan puesto algo parecido, porque como encima le quiten la ilusión a ella también, ya sí que me da algo. Que me fastidien a mí, vale. *Pero a ella no.*

La estilista —si es que se la puede llamar así— se acerca y me recoloca la solapa con una concentración sospechosamente orgullosa.

—Te quedan perfectas esas flores —dice, convencida.

La miro, y mi primer impulso es soltar una carcajada automática, pensando que me está vacilando. Pero no. Me mira sin entender de qué me estoy riendo, por lo que finjo normalidad aunque ahora el ambiente está cargado de tensión. Cojo aire. Mucho.

—Sí… —asiento, con una sonrisa que me duele en la cara—. Es muy bonito — aprovecho para cambiar de tema antes de que me ponga una corona de margaritas—. ¿Dónde está Aria? —pregunto, mirando alrededor como si pudiera aparecer de debajo de una silla.

La mujer sonríe, encantada, y se dirige hacia la puerta.

—Hemos decidido que sea como una boda real: no podéis veros hasta *el casamiento* —dice, haciendo comillas con los dedos.

—¡Perfecto! —respondo demasiado rápido, demasiado alto. Quiero que se vaya. Me incomoda que me mire mientras intento domesticar mi pelo. Cuando voy a coger la laca y noto que sigue ahí, me acerco un poco—. Em…

—Sí, claro. Perdón —dice al fin, regalándome una última sonrisa satisfecha antes de salir.

Cierro la puerta del camerino con cuidado. Y oigo el sonido que estaba deseando oír: el silencio. La paz. Saco el móvil de la mochila, activo la cámara frontal y me miro con expresión resignada. Ajusto el encuadre y le doy a grabar.

—Dios, Aria… —empiezo en voz baja, como si el traje pudiera oírme —. Aunque este vídeo lo veas cuando ya hayamos terminado de grabar todo, necesito enseñarte esto —bajo el móvil para que se vea el conjunto entero y lo vuelvo a subir a mi cara—. Es horrible. Horrible de verdad. Me da mucha pena decirlo porque la señora parece buena persona, pero esto no es un traje —justo entonces, llaman a la puerta—. Joder… —murmuro.

Ruedo los ojos mirando a la cámara, hago un gesto absurdo con la mano como si pudiera entenderme y voy hacia la puerta sin dejar de grabar. La abro. Y ahí está Aria. Me mira de arriba abajo. Se queda un segundo en silencio. Luego se lleva la mano a la boca, intentando no reírse. *Y, sinceramente, no la culpo.*

—No hace falta que lo ocultes, de verdad —digo, rendido.

Aria intenta contenerse un segundo más, pero es inútil. Se quita la mano de la boca y estalla en una carcajada tan exagerada que me entra pánico real de que alguien nos oiga.

—¡Para! —le susurro, riéndome yo también mientras le tapo la boca otra vez—. ¿Quieres que nos echen antes de grabar?

Ella niega como puede, todavía riéndose, y aprovecho para tirar de su brazo y meterla dentro del camerino. Cierro la puerta rápido, apoyando la espalda en ella como si acabáramos de cometer un delito. En cuanto quito la mano de su boca, vuelve a reírse.

—Lo siento —dice entre risas—, pero es que… es que…

—Ni se te ocurra terminar esa frase —la corto. La miro bien entonces. Y aunque mi novia, ¿*mi novia*? No sé, bueno. Aunque *Aria* sea preciosa, tengo que admitirlo: ella tampoco está para hablar. El vestido es blanco, sí. Pero lleva un sombrero. El vestido tiene flecos por todas partes y, como si no fuera suficiente, sostiene un abanico blanco como si fuera una señora rica a punto de desmayarse en una ópera. La señalo despacio, de arriba abajo.

—¿Te han vestido o te has escapado de una boda flamenca de 1973?

Me empiezo a reír de mi propia broma sin poder evitarlo. Aria deja de reírse de golpe y me da un golpe en el hombro.

—¿Te estás riendo de mí?

Frunce el ceño, fingiendo enfado, pero se le nota demasiado que está a punto de volver a reírse. No respondo. Simplemente me inclino y la beso. Cuando me separo, caigo en la cuenta.

—Un momento —me cruzo de brazos—. ¿Y tú te estabas riendo de mí?

—Sí —admite sin vergüenza alguna.

Asiento despacio, como si acabara de recibir la mayor traición de mi vida.

—Me siento profundamente decepcionado —se acerca y me vuelve a besar, como si eso arreglara algo. Y, honestamente, lo arregla todo. Noto cómo sonríe contra mis labios y no puedo evitar sonreír yo también. Se separa y, de pronto, hace algo que me deja completamente descolocado: saca el móvil del abanico. La miro. Luego miro el abanico. Luego la vuelvo a mirar— ¿Cómo cojones acabas de sacar un móvil de un abanico?

Me lo enseña orgullosa. En un lateral hay una cremallera diminuta.

—Moda funcional —dice—. Aprende.

—Estoy enamorado de una mujer peligrosa.

—Y con recursos —bromea. Abre la cámara y me sonríe—. Vamos a hacernos una foto.

La palabra foto hace que mire automáticamente mi propio móvil. La pantalla sigue encendida. Grabando. Ocho minutos.

—No me lo puedo creer —murmuro. Levanto el móvil y enfoco mi cara primero—. Ocho minutos grabando —anuncio—. Perfecto. Maravilloso.

Luego la enfoco a ella. Aria se sobresalta y se tapa la cara con las manos.

—¡No!

—No te tapes —le digo—. Mira, aún no entiendo por qué me gusta —añado mirando a la cámara—, pero aquí estamos.

Ella resopla, me quita el móvil y se enfoca a sí misma.

—La pregunta real es: ¿a quién no le gusto? —se recoloca el pelo frente a la cámara con toda la seguridad del mundo. Yo me quedo mirándola, embobado, sin darme cuenta. Hasta que me enfoca a mí —. Exacto —dice—, a todo el mundo le gusto.

Le quito el móvil y me pongo el dedo en la sien, exagerando.

—Está loca. Si alguien sabe cómo pedir ayuda, que avise.

—Imbécil.

—Cállate, Walker.

Va a responderme cuando llaman a la puerta. Nos sobresaltamos los dos. Le hago una señal rápida para que se calle y corto el vídeo antes de abrir. Entreabro la puerta. Edward está al otro lado. Me mira de arriba abajo. Se queda en silencio un segundo. Luego se lleva la mano a la boca. Exactamente igual que Aria antes.

—No —dice despacio— Esto no puede ser real.

Suspiro.

—Buenos días a ti también.

—¿Qué os han puesto? —pregunta Edward entre carcajadas, llevándose una mano al estómago.

Por mucho que me moleste, no puedo evitar sonreír. Aria tampoco. Nos miramos un segundo, como compartiendo la misma desgracia estética.

—Es horrible —admite ella—. Horrible de verdad.

Edward niega con la cabeza, todavía riéndose, y da un par de pasos dentro del camerino para mirarnos mejor.

—Os juro que he visto bodas raras —dice—, pero esta entra fácil en el top cinco.

—¿Top cinco? —Aria alza las cejas—. Eso significa que hay cuatro peores y no sé si me tranquiliza o me deprime.

—Depende —Edward se encoge de hombros—. A lo mejor sois tendencia dentro de veinte años.

—Si eso pasa, yo no pienso admitir que participé —digo.

Edward vuelve a reírse, pero esta vez la risa se le apaga poco a poco. Mira el suelo, se pasa la mano por el pelo y carraspea, recuperando el modo adulto responsable.

—Vale —dice—. Ya tenéis que grabar —levanta la vista y nos señala con un gesto vago—. En teoría no podíais veros antes, pero bueno —sonríe, sin rastro de enfado—. Tampoco ha muerto nadie por esto.

—De momento —murmuro.

Edward me ignora y se gira hacia Aria.

—Sal tú primero —le dice con suavidad—. Te están esperando.

Aria asiente, todavía con una sonrisilla en los labios. Me mira, levanta la mano y se despide de mí con un gesto exagerado. Le devuelvo el gesto.

—Suerte —le digo—. Si ves a alguien llorando en la boda, soy yo por dentro.

—Prometo no mirar al traje mucho rato —me responde.

Se va, y la puerta se cierra detrás de ella. Edward entra del todo entonces, pero evita mirarme directamente. Se apoya en la pared, cruza los brazos y suspira.

—Madre mía… —dice por fin—. Os vais a casar y ni siquiera es de verdad.

—No me recuerdes eso —respondo—. Bastante tengo con el traje.

Edward sonríe de lado, todavía sin mirarme del todo.

—Venga —añade—. Vamos antes de que alguien más se ría y ya no podamos parar.

𐙚 𐙚 𐙚

La verdad es que lo único feo eran los trajes. Todo lo demás estaba bastante bien hecho, incluso bonito, sorprendentemente. Primero grabamos en una iglesia y después nos llevaron a un campo para rodar la cena y lo demás. El sitio estaba muy cuidado. Las sillas blancas estaban colocadas en fila, bien alineadas a lo largo de la alfombra, y en medio habían montado un arco lleno de flores.

Cuando encendieron las luces de los árboles, todo empezó a verse distinto, más cálido, más de verano, como si de verdad fuese una celebración y no un rodaje. Y no sé muy bien en qué momento pasó, pero de tanto mirar a Aria, el vestido ha terminado gustándome. No sé si es el vestido en sí o que lo lleva ella, pero cuando la veo con él puesto, me cuesta pensar que el problema fuera el vestido y no todo lo demás.

Vamos camino al hotel, aunque no es el principal. La última escena se graba allí, en una habitación preparada para que parezca una luna de miel. Me parece casi irónico. Aria y yo vamos en coches separados y sigo sin entender muy bien por qué. Supongo que por protocolo, por imagen, por todas esas normas absurdas que aparecen justo cuando menos te apetecen. Edward no conduce esta vez. Al volante va un tipo que apenas ha abierto la boca en todo el trayecto. No sé ni su nombre. Solo sé que le gusta el silencio tanto como a mí ahora mismo.

—Ya hemos llegado —me dice al fin, como si me estuviera despertando de algo.

Me quito los cascos y asiento. Le doy las gracias antes de bajar, más por educación que por otra cosa. En cuanto cierro la puerta, veo el coche de Edward aparcado a unos metros. Aria ya está aquí. Y entonces me entra el nervio. He grabado escenas como esta mil veces. Literalmente mil. Sé exactamente dónde poner las manos, cuándo moverme, qué cara poner. Pero esto no es igual. Porque no es "*una actriz*". Es Aria. Y no soy de piedra. Trago saliva y entro en recepción. La chica detrás del mostrador no me deja ni abrir la boca. Me alarga directamente una tarjeta sin mirarme apenas y vuelve a lo suyo. Ni parpadea. Perfecto.

Subo a la habitación sin darle más vueltas. Cuando llego a la puerta, me quedo quieto unos segundos. Me da rabia reconocerlo, pero me impone abrir. *Vamos, Sterling, llevas media vida haciendo esto.* Paso la tarjeta y la puerta se abre. La habitación está llena de focos, cables y cámaras. Muy poco "*luna de miel"*, la verdad. Aria está tumbada en la cama, hablando directamente a una cámara, como si

fuera una persona más. Un chico la graba muy de cerca mientras ella explica que es la última escena y que está un poco triste por terminar.

—No sabía que esto ahora era un reality —digo, bromista.

Los dos se giran de golpe. Aria se lleva una mano al pecho.

—Joder, Sterling —masculla—. Casi me da algo —le sonrío, intentando con todas mis fuerzas no poner ninguna mueca rara al oír mi apellido de su boca en vez de mi nombre. Me acerco y hago exactamente lo mismo que ella: me tumbo boca arriba a su lado y cierro los ojos un segundo, solo para respirar—. Te juro que hablaba sola —añade—. Es rarísimo despedirte de una cama.

—No juzgo —respondo—. Yo le he contado mi vida a máquinas peores.

Ella resopla y se incorpora.

—Vamos a grabar ya —dice—. Que aunque me dé pena, quiero acabar antes de pensarlo demasiado.

—Vale —digo, sentándome también.

El chico baja la cámara un poco.

—Soy Bryce —se presenta—. Estaré solo yo por aquí, para que tengáis intimidad y eso —asentimos. Aria me mira de reojo, como si no supiera muy bien qué hacer con la palabra *intimidad* en esta situación—. Yo no me sé el guión —continúa Bryce—, así que cuando estéis listos me avisáis y empiezo.

—Pues ya mismo —dice Aria, sin pensarlo mucho.

—¿Ya? —se me escapa, demasiado rápido.

Ella se encoge de hombros.

—Cuanto más lo alarguemos, peor va a ser.

La miro unos segundos más de lo necesario y luego asiento.

—Cuando quieras.

Bryce levanta el pulgar y cuenta hasta atrás antes de darle a grabar. Lo primero que tengo que hacer es empujar a Aria hacia la cama, *fácil*. Lo hago sin problema y el siguiente paso es ponerme yo encima de ella para besarla. Lo hago también fácilmente y empiezo a notar como me voy poniendo nervioso con cada beso que nos damos ella y yo. Empieza a quitarme la camiseta y, tal como ese mismo día, noto un escalofrío recorriéndome la columna vertebral. Me separo de ella lo justo para que salga la camiseta y vuelvo a juntar mis labios con los suyos. Aria arquea la espalda para que yo también la quite la camiseta. Tal y como estaba escrito, pero eso no quita a que esté empezando a ponerme cachondo.

Aria se ha quedado en sujetador delante de mi y junto mis labios con los suyos antes de hacer lo siguiente que me pide el guión. Me acerco lentamente hacia sus pantalones y, cuando estoy a la altura perfecta del botón de ellos, lo desabrocho y se los quito lentamente. Aria me vuelve a facilitar el trabajo y me pongo de rodillas, quitándome yo también los pantalones. La miro durante un segundo y mi corazón empieza a acelerarse. *Mierda, tranquilízate.* Justo cuando voy a besarla, Bryce aparta la cámara y miro a Aria. Mala idea. Sus labios están levemente hinchados, levemente rojos y su respiración levemente entrecortada. Paso mi mirada hacia su cuerpo de manera tan rápida que creo que ni ella se ha dado cuenta.

—Hay que cambiar el plano —Bryce nos indica y Aria asiente con la cabeza—. En este plano se os ve de cuerpo entero y ahora necesito que solo se vea de cintura hacia arriba. Aria vuelve a asentir y Bryce asiente con ella. Cuando coloca la cámara, señala a Aria mirándome a mi—. Tengo que empezar el plano mientras la estás besando.

Trago saliva y vuelvo a ponerme encima de Aria. Sonrío de manera inconsciente y vuelvo a besarla antes de que Bryce me de la orden, pero me da igual. Cuando ya está volviendo a grabar, hago como que la quito el sujetador aunque solo bajo las tiras y dejo besos en sus hombros. Aria suspira y me molesta que ese suspiro haya sido solamente parte de la actuación. Aunque no estaba en el guión, vuelvo a besarla mientras hago como que me quito los calzoncillos.

Me separo de ella y me quedo a escasos centímetros, acercando mi abdomen lentamente hacia ella disimulando que acabo de metérsela. Aria me coge de la nuca para dejarme un leve beso. Se separa y frunce el ceño con los labios entreabiertos. *Joder, si me estoy poniendo así con esto no me quiero imaginar con lo que viene ahora.*

Empiezo a acelerar mis movimientos y Aria deja de cogerme por la nuca para hacer lo que creo que va a hacer que me desmaye. Coge un poco de las sábanas y las aprieta, soltando pequeños gemidos que agradezco oír debido a lo alto que está la música que nos rodea. Echo el cuello para atrás y noto la mirada de Aria en todo momento en mi. Vuelvo a besarla y me separo de ella para tumbarme en la cama al lado de ella. Se tumba mirándome y la cojo de la cara para acariciarla la mejilla. Ahora, aunque no esté nada de acuerdo en cómo ha decidido Izan que termine la película, abro la mesilla y tal y como estaba preparado, hay un cuchillo falso en el cajón. Lo cojo y hago como que se lo clavo a Aria. Cierra los ojos justo después de dedicarme una mirada de falso dolor y me levanto. Cojo el móvil del suelo y marco el falso número de la persona que llevaba amenazándome con matar a Ava durante media película.

—Espero que estés feliz después de haber hecho que yo mismo mate al amor de mi vida.

Capítulo 19

Aria Walker

Ha pasado una semana desde que Landon y yo grabamos la última escena. Una semana que, sinceramente, se me ha hecho rarísima. No porque haya sido intensa —que lo ha sido—, sino porque desde entonces todo parece ir un segundo más rápido. Como si el mundo hubiera decidido pisar el acelerador justo cuando yo empezaba a entender dónde estaba metida. Lo de Landon y yo… No sabría

explicarlo bien sin parecer cursi, pero hay algo distinto. No es solo que nos besemos distinto, o que nos miremos más tiempo del necesario. Es que ahora, cuando me roza la mano sin querer, mi cuerpo ya no se sobresalta: responde. Como si me reconociera.

Sacudo la cabeza y dejo de darle vueltas porque Olivia está a mi lado, sentada de lado en el asiento del autobús, jugando con un mechón de mi pelo como si fuera lo más normal del mundo.

—Te estás quedando embobada otra vez —dice, sin mirarme siquiera.

—Mentira.

—Aria, llevas tres minutos mirando el mismo punto del respaldo.

Me encojo de hombros.

—Estoy pensando.

—Claro —sonríe—. Y casualmente pensando fuerte.

Me río por lo bajo y apoyo la cabeza en el asiento. El autobús avanza despacio, demasiado despacio, y no necesito correr la cortina para saber que fuera hay gente esperando. Se oyen gritos, móviles golpeando cristales, risas. Todo ha pasado muy rápido, demasiado rápido diría yo. En tan dos días después de grabar la última escena el tráiler estaba fuera. En otros dos, las entradas para la premiere agotadas. Se agotaron en tan solo quince minutos. Corro un pelín la cortina, y veo a una masa de gente que está mirado el autobús, otros le hacen fotos y otros nos saludan.

—Esto es una locura —murmuro.

—Es Landon —responde Olivia sin dudar—. Bueno, y tú. Pero sobre todo él.

No lo niego. Edna no ha parado de mandarme vídeos de *TikTok*: edits mal hechos, edits preciosos, edits exagerados, edits que juro que me han hecho llorar a las dos de la mañana. Landon y yo besándonos. Landon mirándome como si no hubiera nada más. Yo

mirándolo como si me hubiera olvidado de respirar. A todos les he dado like. Algunos los he guardado. No pienso justificarme. Y no me los he guardado por nuestra excelente actuación, sino porque esa es la diferencia: no es actuación. No es actuación la forma en la que me mira, la forma en la que me besa o la forma en la que me trata. Aunque todo estaba guionizado, nuestras emociones no pueden dirigirse.

Michelle suelta un "*guau*" desde unos asientos más atrás y eso me saca de mis pensamientos.

—Mirad eso.

Vuelvo a correr la cortina apenas un poco y se me escapa el aire. Ahora la calle está llena. Literalmente llena. La gente sigue saludando, esa vez con más emoción al ver que todos estamos asomados. Instintivamente levanto la mano y saludo. No esperaba respuesta, pero una niña me devuelve el gesto. Le sonrío y hago un corazón con las manos. La niña se lleva la mano a la boca, abre los ojos como platos y empieza a tirar del brazo de la persona que tiene al lado. Y de pronto ya no es solo ella. Son varios. Muchos. Saludo otra vez, ahora con las dos manos, y el autobús arranca. Cuando vuelvo a sentarme, tengo una sonrisa tonta que no se me va.

—Nunca me vi aquí —dice Olivia, más suave—. De pequeña soñaba con que la gente supiera quién soy.

—Ahora lo saben —le digo.

Me mira, y de golpe los ojos se le humedecen.

—No hagas eso —murmura—. No ahora —la abrazo antes de que pueda decir nada más. Un abrazo fuerte, sincero, de esos que no se dan para aparentar nada. Cuando se separa, sigue perfecta. Ni una lágrima ha caído—. Tú también lo has conseguido —dice—. Y no me hagas llorar, que llevo una hora maquillada.

Me río y justo entonces el móvil vibra dentro de mi bolso. Landon. Lo sé antes incluso de mirarlo. Saco el móvil con cuidado y veo que me ha enviado un vídeo. Inclino la pantalla un poco para que Olivia

no cotillee y le doy a reproducir. Lo primero que aparece es su cara. Muy de cerca. Demasiado cerca. Baja la cámara y enfoca el traje horrible de nuestra boda ficticia. Me llevo el móvil al oído, pero entre la música que Conan ha puesto a todo volumen, las risas y el murmullo general, no oigo absolutamente nada.

—¿Qué haces? —pregunta Olivia, desconfiada, cuando saco los cascos.

—Escuchar música.

—¿Con la música puesta a tope?

—Sí. No me gusta esta.

No se lo cree, pero no insiste. Me pongo los cascos y vuelvo a reproducir el vídeo. Subo el volumen al máximo. Y entonces lo oigo. Mi risa. Me llevo la mano a la boca de inmediato, como si alguien pudiera verme a través del móvil. Reconozco mi voz, incluso el tono. Ese que solo uso cuando me siento demasiado cómoda. Las risas se apagan poco a poco y, casi sin darme cuenta, el sonido cambia. Son besos. Trago saliva y me recoloco en el asiento, como si el gesto pudiera ayudarme a disimular el vuelco que me acaba de dar el estómago. El vídeo sigue avanzando y la cámara cambia de ángulo. Ahora me enfoca a mí. Me veo tapándome la cara, riéndome nerviosa. Un segundo después, recuerdo perfectamente el momento exacto en el que le quité el móvil de las manos para enfocarme yo misma, creyendo —ingenua de mí— que estaba empezando a grabar en ese instante.

Le respondo a Landon con tres simples interrogaciones, porque mi cerebro no procesa por qué me manda esto ahora, justo aquí, justo cuando estoy rodeada de gente y de miradas curiosas. La respuesta llega al instante.

Chico Malo: ojalá poder besarte ahora mismo, Aria.

Se me seca la boca. No era algo que tuviera planeado querer, pero ahora mismo lo necesito. Como si el cuerpo hubiera tomado una decisión sin consultarme. No contesto. No porque no quiera, sino

porque no sé cómo hacerlo sin delatarme. Guardo el móvil en el bolso, me quito los cascos y noto la mirada de Olivia clavada en mí incluso antes de girarme. Cuando lo hago y confirmo que, efectivamente, me está observando con demasiado interés, frunzo el ceño.

—Ya sé que soy muy guapa —digo, intentando sonar ligera—, pero que me mires fijamente sin ningún motivo concreto me empieza a dar un poco de miedo.

—¿Sin ningún motivo? —Olivia arquea una ceja, divertida—. Venga ya. ¿Qué pasa entre Sterling y tú?

El apellido basta para que el corazón se me acelere como si hubiera salido corriendo sin mí. Respiro hondo y bajo la mirada hacia mis pantalones, como si ahí pudiera encontrar una respuesta coherente. Cuando vuelvo a mirarla, ya estoy en desventaja.

—¿Y tú por qué miras mi móvil? —contraataco, a la defensiva.

—¿Qué? —me mira con una cara de absoluta inocencia—. No estoy mirando tu móvil.

Mierda. La he cagado.

—No pasa nada —digo rápido, demasiado rápido.

—Ajá —responde, seca—. Esa respuesta solo la das cuando pasan demasiadas cosas.

Resoplo y apoyo la cabeza en el cristal del autobús, viendo cómo las luces de la calle se reflejan borrosas.

—Olivia, no empieces.

—No estoy empezando —se inclina un poco hacia mí—, estoy preguntando. Y tú estás esquivando.

—Porque no sé cómo explicarlo —admito al fin, en voz más baja—. O porque, si lo explico, deja de ser solo mío.

Eso la frena. Lo noto. Me mira distinta, más seria.

—Vale —dice despacio—. Entonces dime solo una cosa. Una.

Trago saliva. Pienso en el vídeo. En el mensaje. En la forma en la que me mira cuando cree que nadie se da cuenta.

—Solamente te digo —empiezo, sin mirarla— que el poema tenía un nombre.

El silencio cae entre nosotras como algo pesado.

—¿Cómo? —parpadea—. ¿Qué poema?

La miro por fin.

—El que escribí —digo—. El que tú leíste y dijiste que parecía de alguien enamorado.

Sus ojos se abren un poco más.

—Aria…

—Tenía un nombre —repito—. Y no era ficticio.

Olivia se queda callada un segundo largo. Luego se apoya contra el asiento, llevándose una mano a la boca.

—Vale —dice—. Vale, vale, vale. Espera. ¿Me estás diciendo que…?

—No —la corto rápido—. No te estoy diciendo nada más que eso.

—Eso es decirme MUCHÍSIMO —susurra, medio riéndose—. Dios. Yo sabía que había algo raro. Las miradas. Las pausas. El silencio incómodo que no es incómodo.

—Para —le digo, notando cómo me arde la cara—. No hagas un esquema mental, por favor.

—¿Desde cuándo?

—Desde que empezó el rodaje —respondo—. O desde antes. No lo sé. El tiempo con él funciona raro.

Olivia me observa con una mezcla de emoción y cuidado.

—¿Y tú estás bien?

Asiento sin dudar.

—Estoy tranquila. Y eso es lo raro.

Sonríe, suave esta vez.

—Entonces me callo —dice—. De momento.

—Gracias.

—Pero luego quiero detalles.

—Lo sabía—justo entonces, el autobús pega un pequeño tirón al frenar. La conversación muere sola, como si hubiera entendido que hasta ahí podía llegar—. Vaya —digo levantándome—. Ha aparcado.

—Eres una cobarde —murmura Olivia mientras se levanta también.

—Y tú una cotilla profesional.

—También.

Bajamos las dos, y nada más poner un pie fuera, lo busco sin pensarlo. Landon está allí. Mirándome. Esperándome. Y por primera vez, no hago ningún esfuerzo por disimular la sonrisa. *Mariposas, de verdad. Portaos bien.*

↞ ↞ ↞

Debido a que soy una de las protagonistas, soy la penúltima en salir al escenario. Landon va después de mí. El último. El más esperado. Estamos justo detrás de los telones laterales, en esa franja rara que no es escenario pero tampoco es backstage, donde no hay oscuridad del todo ni seguridad suficiente. Cualquiera podría girar un poco la cabeza y vernos. Cualquiera podría pillarnos en uno de esos segundos que luego se convierten en titulares. Un chico pasa a mi lado a la velocidad de la luz y me planta un micrófono en la mano sin mirarme siquiera.

—Gracias —murmuro por reflejo, aunque ya ha desaparecido.

Hace lo mismo con los demás, repartiendo micros como si fueran caramelos. El metal frío en mi mano me devuelve de golpe a la realidad. Esto es de verdad. No es un ensayo. No es un rodaje. No hay segundas tomas. Trago saliva. Desde aquí oigo el murmullo constante del público, como un mar inquieto. Risas, aplausos, gritos sueltos, alguien coreando el nombre de Landon. Miro alrededor. Todos parecen increíblemente tranquilos. Demasiado. Conan bromea en voz baja con uno de los productores. Izan habla con alguien del equipo técnico con las manos en los bolsillos, relajado, como si no acabáramos de llenar una sala entera. O eso aparentan.

La única que está igual que yo es, sorprendentemente, Michelle. No para quieta. Se pasa el micrófono de una mano a otra, se recoloca el pelo, da dos pasos, vuelve atrás, suspira, se toca el cuello. Está nerviosa. Muy nerviosa. Olivia, en cambio, está a mi otro lado, recta, tranquila, con esa serenidad falsa que le sale tan bien. Nunca ha hecho algo así, pero parece como si hubiera nacido para esto. Si no fuera una gilipollas, probablemente habría ido a tranquilizar a Michelle. Un "*todo va a ir bien"*. Pero no me da la gana. No hoy. Landon me mira. Me pilla justo en el momento en el que estoy observando a Michelle. Alza una ceja, preguntando sin palabras. Niego con la cabeza, restándole importancia. Se acerca a mí sin prisas, con esa seguridad suya que siempre me desarma. Mi primer impulso es mirar alrededor. A Olivia. Me está mirando. Cuando nuestras miradas se cruzan, hace el gesto más exagerado del mundo cerrándose la boca con una cremallera imaginaria y aparta la vista. Me entran ganas de reír y llorar a la vez.

Landon no se replantea nada. Ni dónde estamos. Ni quién puede vernos. Me coge la mejilla con la mano y deja un beso suave justo ahí, lento, sin prisa. El contacto es breve, pero suficiente como para que todo mi cuerpo se reordene alrededor de él. Cuando se separa, no se va. Se queda cerca. Manteniéndome la mirada. Haciéndome respirar.

—¿Todo bien? —me pregunta en voz baja.

—Sí —respondo demasiado rápido.

No se lo cree. Se nota en cómo frunce un poco el ceño y da un paso hacia mí, invadiendo ese espacio mínimo que solo él sabe invadir sin que me moleste.

—Eso no ha sonado a "*sí*" —dice—. Ha sonado a "*no quiero decirlo aquí*".

—Estamos a dos metros del escenario, Landon —le recuerdo—. Literalmente nos pueden oír respirar.

—Respirar no, pero pensar sí —contesta, y sonríe—. Y estás pensando demasiado.

Resoplo.

—¿Y tú no?

—Yo siempre —admite—. Pero contigo es distinto.

Le miro. No sé si por los nervios, por las luces o por él, pero siento el pecho demasiado lleno.

—No me gusta esto —murmuro.

—¿El qué?

—Que todo el mundo parezca tan tranquilo. Que esto sea normal para ellos —señalo con la cabeza al equipo—. Yo siento que se me va a salir el corazón por la boca.

—Eso es porque no eres una estatua —responde—. Y porque te importa.

—¿Y a ti no te importa?

—Claro que me importa —dice sin dudar—. Solo que yo llevo años fingiendo que no.

Me río un poco, nerviosa.

—Qué sano todo.

—Una maravilla —ironiza—. Terapia gratis gracias al cine—se hace un silencio raro. No incómodo, pero cargado. Noto su mirada, cómo

me observa sin prisa, como si tuviera tiempo de sobra aunque sepamos que no lo tenemos—. Oye —dice de pronto—, mírame. ¿Ves a toda esa gente? —continúa—. Dentro de cinco minutos van a gritar tu nombre. Van a aplaudirte. Van a mirarte como si siempre hubieras pertenecido ahí.

—No digas eso —susurro—. Me da más miedo.

—No, escúchame —insiste—. No porque seas perfecta. Aunque para mí sí. Sino porque eres real. Y eso se nota.

—Landon…

—No, déjame terminar —me corta, suave—. Siempre te escondes cuando empiezas a brillar.

—No me escondo —protesto—. Me protejo.

—De mí no hace falta.

Esa frase me desarma más de lo que debería.

—¿Y si la cago? —pregunto—. ¿Y si digo algo mal? ¿Y si me quedo en blanco?

—Entonces te quedarás en blanco —responde—. Y seguirás siendo tú.

—Tú no entiendes lo que es salir ahí sin saber quién eres todavía.

—Claro que lo entiendo —dice—. Lo que pasa es que tú crees que no sabes quién eres, y yo lo tengo clarísimo.

Me trago lo que iba a decir.

—¿Ah, sí?

—Sí —asiente—. Y por eso me pone tan nervioso que dudes.

—No estoy dudando de ti —me apresuro a decir.

—Lo sé —sonríe—. Estás dudando de ti. Y eso sí me molesta un poco.

—Perdón —murmuro.

—No te disculpes —dice—. Solo confía. Un poco más.

—¿Y si no puedo?

—Entonces confía en mí mientras tanto.

Levanta la mano, duda un segundo, y al final me toca la mejilla con cuidado, como si me estuviera pidiendo permiso incluso para eso.

—¿Me dejas ayudarte? —pregunta. Asiento sin pensar—. Vale —susurra—. Entonces respira conmigo —lo hago—. Eso es —dice—. Ahora dime la verdad.

—¿Cuál?

—¿Estás nerviosa por el escenario o por mí?—bromea.

—Eres imbécil—respondo—. Por los dos —admito—. Pero contigo es distinto. Porque contigo no sé fingir.

—Menos mal —sonríe—. Yo odio cuando finges.

—¿Desde cuándo?

—Desde el primer día.

Se me escapa una risa nerviosa.

—Eres peligroso.

—Lo sé —dice—. ¿Puedo hacer algo peor?

—¿El qué?

—Esto—se acerca un poco más. No me toca aún—. ¿Puedo besarte?

Asiento antes incluso de darme cuenta de que lo estoy haciendo. No digo que sí con palabras. No me hace falta. Se acerca despacio, sin prisa, como si quisiera darme tiempo a echarme atrás aunque los dos sepamos que no lo voy a hacer. Su mano sube con cuidado, apenas roza mi mandíbula, y ese gesto tan mínimo hace que se me encoja el estómago—. Aria… —murmura, casi como si fuera una advertencia. No respondo. Me acerco yo también. Muy poco. Lo justo. Es un beso suave al principio, contenido, como si los dos

estuviéramos probando algo frágil. Dura apenas un segundo y aun así se me olvida dónde estoy. Luego él apoya la frente en la mía, respirando hondo—. Dime que pare —susurra.

No lo hago. Así que vuelve a besarme. Esta vez sin dudas. El beso se alarga, se vuelve más profundo, más seguro. No hay prisa, pero tampoco hay miedo. Siento su sonrisa contra mis labios y se me escapa una risa pequeña que muere ahí mismo, entre beso y beso. Mis manos suben solas, se agarran a su chaqueta como si fuera lo único estable en medio del ruido, de las luces, de la gente. Cuando se separa, lo hace despacio, como si no quisiera romper nada.

—Te voy a distraer —dice en voz baja.

—Ya lo has hecho —respondo, todavía sin aire.

Sonríe. Esa sonrisa suya que me desarma.

—Entonces estamos empatados —antes de que pueda decir nada más, escuchamos nuestro nombre a lo lejos. El murmullo del público sube, alguien nos hace una señal desde el lateral. Landon apoya su frente en la mía una última vez—. Mírame cuando salgas —me pide —. Aunque haya mil personas.

Asiento. Porque sé que lo haré.

Capítulo 20

Landon Sterling

Me arremango las mangas por pura manía. No las necesito arremangar, el traje ya está bien, el pelo también, pero es lo único que me mantiene quieto los nervios. Respiro hondo justo antes de salir. Y entonces piso el escenario. El sonido me golpea de lleno. No es un aplauso normal. Son gritos, silbidos, mi nombre dicho de mil formas distintas, teléfonos levantados, flashes. El foco me sigue como si fuera lo único que existe y durante un segundo me olvido de todo lo demás. Saludo con la mano, sonriendo automático, profesional. Eso sí que me lo sé de memoria. Busco con la mirada mi

sitio y lo veo. Justo al lado de Aria. No puedo evitar sonreír de verdad por primera vez en toda la noche. Me siento y noto el calor del público, el murmullo constante, pero lo único que me importa está a mi derecha.

Aria está mirando al frente, sonriendo. No una sonrisa pequeña. Una de esas que le ocupan toda la cara. Y entonces lo veo: se pasa el dedo por debajo del ojo, rápido, como si nadie fuera a darse cuenta. Está llorando. Muy poquito. Pero está llorando. Se me aprieta algo en el pecho. No es tristeza. Es otra cosa. Algo parecido al orgullo mezclado con ganas de abrazarla delante de todo el mundo y que me dé igual. Le apoyo la mano en el muslo, con cuidado, sin moverme demasiado. Ella gira la cabeza al instante. Tiene los ojos brillantes, no por mí, sino por todo lo que está pasando.

—Lo has conseguido —le susurro, tan bajo que solo ella puede oírme.

No contesta. No hace falta. Me mira de una forma que me deja un poco sin aire. Otra lágrima baja y esta vez no la limpia tan rápido. El público lo ve. Claro que lo ve. Empiezan a gritar algo, una mezcla de nuestros nombres que no entiendo del todo pero que suena peligrosamente a *ship*. Quito la mano. Me cuesta, pero la quito. Me la apoyo en la pierna, me peino el pelo hacia atrás y empiezo a mover el pie como un adolescente nervioso. El entrevistador vuelve al centro del escenario.

—Bueno, bueno, bueno —dice Jacob el tío que está en cada premiere que hago , sonriendo como quien sabe exactamente lo que está haciendo—. Creo que podemos empezar oficialmente —la gente se calla poco a poco—. Primero, entrevistas individuales. Luego, preguntas del público. Y al final… —abre los brazos— veremos Pasiones Prohibidas todos juntos.

Un aplauso general.

Mientras Jacob habla, mi cabeza va por otro lado. No he visto la película. Ninguno la ha visto. Y no sé por qué, pero lo que más miedo me da no es mi personaje, ni la violencia, ni el final. Es verla

a ella en la pantalla gigante. Verla siendo alguien que ya no es solo "*Aria*". Jacob empieza con Michelle, luego con Olivia, luego con Conan. Risas, bromas, respuestas ensayadas. Yo asiento, sonrío, aplaudo cuando toca.

—Con todos vosotros… —Jacob alza la voz— ARIA WALKER, la protagonista de Pasiones Prohibidas.

El teatro se viene abajo. Aria se tensa. Lo noto sin mirarla. Se lleva el micrófono a la boca.

—Buenas tardes —dice Jacob.

Ella asiente, se muerde el interior del cachete. Ese gesto lo hace siempre cuando está nerviosa. Intenta hablar. Nada. Vuelve a intentarlo. Nada otra vez. El público se ríe con cariño. Yo no aguanto y me tapo media cara con la mano. Aria se ríe también, nerviosa, y me mira de reojo. Sin pensarlo, acerco mi micrófono a su boca.

—¿Hola? —dice ella.

Ahora sí. El sonido retumba por todo el sitio. El público la saluda como si la conociera de toda la vida. Ella suelta un suspiro aliviado.

—Gracias —me dice bajito, mirándome.

Y ahí. Justo ahí. Algo se me instala en el pecho y no se va.

—Caso resuelto —dice Jacob—. Espero que no se te canse el brazo, Sterling.

—Para nada —respondo—. Estoy entrenado.

Risas. Jacob sonríe mirando sus tarjetas, pero no las lee. Eso ya es mala señal.

—Aria Walker —dice—, vamos a empezar con algo importante—se inclina un poco hacia ella—. Del uno al diez, ¿cuántas veces pensaste "*qué hago yo aquí*" durante el rodaje?

El público se ríe antes incluso de que ella responda.

—¿Puedo decir once? —contesta Aria sin pensarlo.

Risas fuertes. Yo me llevo una mano al pecho, exagerado.

—Doloroso —digo al micrófono—. Absolutamente doloroso.

—Tranquilo, Sterling —Jacob me señala—, tu turno de sufrir llegará— más risas—. Vale, Aria —continúa—. Primera semana de rodaje. ¿Qué fue peor: el texto, las cámaras o él?

Me señala sin disimulo.

—Él —dice Aria, muy seria.

El público estalla. Yo finjo ofenderme.

—¡Pero si ni había hablado todavía!—respondo, ofendido.

Jacob se ríe.

—Punto para Aria—mira al público—. Para quien no lo sepa, este señor —me señala— lleva años haciendo esto. Y aun así, Aria ha sobrevivido. Milagro.

—Con secuelas —añade ella.

—Mentales —remato yo.

Aplausos y carcajadas. Jacob espera a que se calme un poco el ruido y sigue.

—Ahora vamos con una pregunta que me encanta hacer —dice— ¿Cuál fue el momento más incómodo del rodaje?

Aria abre mucho los ojos.

—¿Podemos saltarla?

—No —respondemos Jacob y yo a la vez.

El público se ríe aún más. Aria suspira.

—Vale… —dice—. El día que me equivoqué de marca y casi tiro una cámara carísima.

—Casi —corrige Jacob.

—Casi —repite ella—. Porque Sterling me agarró del brazo.

Me giro hacia ella.

—Eso no estaba en el guion, por cierto—puntúo.

—No —dice—. Pero me salvaste la vida y el sueldo.

—Héroe sin capa —dice Jacob Hace una pausa teatral—Y ahora… —sonríe de lado— …vamos a hablar de eso —el público empieza a murmurar. Yo ya sé por dónde va— Internet —continúa—, ha decidido que vosotros dos sois "*la razón por la que creen otra vez en el amor".*

Gritos. Aplausos. Silbidos. Aria se lleva una mano a la cara.

—Lo siento mucho —le digo al micrófono—. De verdad.

—Sterling —dice Jacob—, cállate un segundo—vuelve a Aria—. ¿Cómo llevas que medio mundo os "*shippee*"?

Aria baja la mano despacio.

—Al principio pensé que era una broma —dice—. Luego dejé de mirar el móvil.

—Buena decisión —intervengo—. Muy buena.

—Pero… —continúa ella— también es bonito que la gente se emocione con algo que hemos hecho.

El público aplaude, pero no es empalagoso. Es sincero. Jacob asiente.

—Pregunta importante —añade—, ¿había química o la habéis fingido muy bien?

Todos se giran hacia mí.

—No fingimos nada —respondo. Hago una pausa—. Fingir sería mucho más difícil.

La reacción es inmediata: gritos, risas, aplausos. Jacob se lleva una mano al pecho.

—Vale, vale, vale —dice—. Creo que Internet acaba de explotar.

Aria se ríe, ya sin nervios, apoyándose un poco más en la silla.

—Última pregunta, Aria —dice Jacob—. Si pudieras volver atrás y decirle algo a la Aria del primer día ¿qué le dirías?

Aria traga saliva. Esta vez sí. Lo veo desde donde estoy.

—Que no tenga tanto miedo —dice—. Que no se esconda. Y que confíe un poco más en sí misma incluso cuando crea que nadie la está mirando.

Silencio absoluto. Luego, aplausos. De los largos. De los que no son por compromiso. Jacob sonríe, sincero.

—Creo que no hay mejor forma de presentarte al mundo —dice—. Gracias, Aria —ella asiente, visiblemente emocionada, y cuando vuelve a sentarse, sus dedos rozan los míos un segundo. Solo un segundo. Pero suficiente. Y mientras el público sigue aplaudiendo, pienso que no importa cuántas veces haya vivido algo así. Para ella, esta es la primera. Y yo estoy viéndola convertirse en quien siempre estuvo destinada a ser. Jacob espera a que los aplausos bajen y entonces gira el cuerpo hacia mí con una sonrisa peligrosa— Bueno —dice—. Sterling. Tu turno—el público vuelve a animarse solo con oír mi nombre. Alguien grita algo incomprensible desde el fondo. Sonrío y levanto una mano en señal de saludo, como si esto fuera una reunión familiar y no una premiere—. Vamos a empezar fácil —continúa Jacob. Se inclina hacia delante— ¿Cuántas veces pensaste durante el rodaje: "*esto se me está yendo de las manos"*?

—¿Por día o en total? —respondo.

Risas inmediatas.

—Respuesta correcta —dice—. Vale, siguiente. Tú eres conocido por papeles intensos, personajes oscuros, dramas chungos—hace una pausa—¿Cómo fue trabajar con alguien que te mira como si fueras una persona normal?

Miro a Aria de reojo.

—Desconcertante —admito—. Muy poco profesional por su parte— ella niega con la cabeza, divertida—. No, ahora en serio —sigo—. Ha sido… fácil. Y eso no suele pasar.

El público reacciona con un "oooh" suave, no exagerado. Jacob levanta una ceja.

—Sterling, cuidado, que te estás poniendo profundo y esto iba de reírnos.

—Perdón —digo—. Me corrijo: me ha hecho el trabajo demasiado fácil. Eso debería ser ilegal.

—Gracias —dice Aria—. Creo.

—Seguimos —Jacob hojea sus tarjetas—. Hay una pregunta que se repite mucho —sonríe—. Muchísimo. Demasiado—mira al público— ¿Estáis listos? —gritos—. Sterling —dice—, ¿qué fue lo más difícil de rodar?

—Las escenas sin ella.

Silencio de medio segundo. Luego, risas, aplausos, algún silbido.

—Vale —dice Jacob—. Me rindo. Pero ahora la trampa —añade—. ¿Y lo más incómodo?

—Cuando me di cuenta de que el equipo sabía antes que yo que algo estaba pasando.

El público se vuelve loco.

—Confirmamos entonces —dice Jacob— que el ship no nació en Internet. Última —dice—. Prometido. Si tuvieras que definir esta película en una palabra.

Miro un segundo a Aria. Luego al público.

—Consecuencias.

—¿Consecuencias? —repite Jacob—. Eso suena peligroso.

—Lo es —respondo—. Pero de las buenas.

El público aplaude fuerte. Yo me recuesto un poco en la silla, suelto, tranquilo. Y cuando miro a Aria otra vez, me devuelve la sonrisa como si todo esto —el escenario, la gente, las luces— no fuera nada comparado con lo que empezó cuando nadie miraba.

𐙚 𐙚 𐙚

Ya han terminado de entrevistarnos a todos. Jacob sonríe, mira al público y lanza la pregunta que siempre anima el ambiente:

—¿Quién quiere participar?

Decenas de manos se levantan al instante. Un guardia de seguridad se acerca a una chica y le pasa el micrófono. Se levantan más manos de las que esperaba. Un guardia de seguridad se acerca a una chica de la tercera fila y le pasa el micrófono.

—Mi pregunta es para Michelle.

Michelle se levanta despacio, con una sonrisa que no llega a los ojos. Se recoloca el vestido antes incluso de hablar, como si necesitara ganar tiempo.

—Hola —dice la chica—. M llamo Lara.

—Hola —responde Michelle, seca pero correcta.

—Quería saber… —la chica duda un segundo—. ¿Cómo ha sido trabajar tan de cerca con Sterling?

El murmullo empieza antes incluso de que Michelle responda. Siento cómo Aria se pone tensa a mi lado. Michelle sonríe, ladea un poco la cabeza.

—Normal —dice—. Es su trabajo y el mío. Hemos hecho lo que marcaba el guion.

—¿Nada más? —insiste Lara, con media sonrisa—. Porque en redes se habla mucho de vuestra química.

—Las redes hablan demasiado —contesta Michelle—. La química se construye, no significa nada más.

—Entonces… —Lara se anima—. ¿No estáis saliendo?

Antes de que Michelle abra la boca, hablo yo.

—No.

La palabra sale sola. Clara. Sin pensarla.El teatro se llena de "oooh". Michelle me lanza una mirada fulminante. Aria, en cambio, baja la cabeza para esconder una sonrisa que no consigue controlar.

—Gracias por responder por mí —dice Michelle, con ironía.

—De nada —contesto—. Me pareció importante aclararlo.

Jacob carraspea, intentando cortar la tensión.

—Vale, vale —interviene—, siguiente pregunta.

El micrófono pasa a otra persona, pero esta vez la voz es demasiado conocida.

—Mi pregunta es para Aria.

Aria se levanta antes incluso de que termine la frase. Se le ilumina la cara.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, aunque ya lo sabe.

—Edna—el teatro estalla— ¡ESA ES MI MEJOR AMIGA! —grita Edna levantándose—. ¡ESA DE AHÍ ARRIBA ES MI MEJOR AMIGA!

Aria se tapa la cara con las manos.

—Por favor… —murmura—. Por favor no.

—¡LLEVO AÑOS DICIÉNDOLO! —continúa Edna—. ¡Y AHORA MIRADLA!

—Edna —Aria se ríe, nerviosa—, baja la voz.

—No —responde Edna—. Hoy no.

Jacob intenta mantener el control, pero se está riendo como todos.

—Vale, Edna —dice—. ¿Cuál es tu pregunta?

—¿Estás soltera?

El público aplaude como si esa fuera la pregunta del año.

—Soltera y entera —responde Aria.

Antes de terminar, me dedica una mirada rápida.

—MENTIRA —grita Edna desde su asiento, sin micrófono ya—. Bueno, entera sí, pero lo otro…

El teatro estalla en carcajadas.

—¡EDNA! —Aria se lleva las manos a la cara—. Te voy a bloquear de mi vida.

—No puedes —responde Edna, orgullosa—. Tengo demasiados secretos tuyos.

—CÁLLATE —Aria se ríe, roja como un tomate—. Por favor, cállate.

—Solo digo que mereces cosas bonitas —añade Edna, ya más bajito, pero lo suficientemente alto para que se oiga—. Y que yo siempre tengo razón.

Aria baja un poco la cabeza, sonríe sin poder evitarlo y asiente una sola vez.

—Luego hablamos —dice, señalándola con el dedo.

—Luego te abrazo —contesta Edna—. Y luego te pregunto cosas.

—No —responde Aria al instante.

—Sí.

Vuelven las risas, los aplausos, el ruido

—Necesito ser el siguiente al que hacen una pregunta —vocalizo. Jacob frunce el ceño, como si no hubiera entendido bien. El ruido del público sigue de fondo, pero para mí ya está todo un poco amortiguado. Me levanto antes de que pueda decir nada más y me acerco a él. Bajo la voz— Necesito ser el siguiente.

—¿Por qué? —pregunta, desconcertado.

Lo miro a los ojos. No sé cómo explicarlo sin explicarlo todo.

—Tengo que hacer una cosa abajo.

No pregunta más. Asiente despacio, serio, como si entendiera que no es el momento de discutir. Coge el micrófono justo cuando Aria termina de hablar, envuelta en aplausos, sonriendo con esa mezcla de emoción y nervios que me revienta por dentro. La veo mirar hacia el público, buscando a Edna, con ganas de bajar corriendo a abrazarla.

—Vale, chicos —dice Jacob, y el murmullo baja—. El siguiente al que podéis preguntar es a Sterling.

Mi apellido provoca una reacción inmediata. Manos alzándose por todo el teatro, gritos, risas, alguien chillando mi nombre. Aria me mira desde su asiento, orgullosa, con esa sonrisa tranquila que me pone en calma incluso ahora. No se da cuenta de que esto no va a ser una pregunta cualquiera. Al final, el micrófono llega a un chico joven, nervioso. Se levanta rápido, demasiado.

—Hola —dice.

—Hola —respondo.

Se hace un silencio raro. De esos que pesan. El chico no habla. Me mira. Miro de reojo a Jacob. El chico asiente levemente a alguien que tiene al lado, como buscando permiso o valor. Y entonces lo suelta.

—¿Es verdad que tu madre es una asesina?

El mundo se me apaga un segundo. No es un golpe seco. Es algo más lento. Como un pitido agudo que se instala en los oídos. Siento el cuerpo tenso, rígido, como si alguien hubiera tirado del freno de mano por dentro. Mi primer impulso es sentarme. Literalmente. Las piernas me fallan un poco. Pero no lo hago. Respiro. Una vez. Dos. No entiendo por qué me duele tanto oírlo dicho en voz alta cuando llevo años viviendo con ello. Pero duele. Como si me hubieran

abierto algo que llevaba cerrado a base de fuerza. Noto la mirada de Aria clavada en mí. Está alerta. Esperando una señal. Un gesto. Algo que le diga que me acerque, que me ayude, que me salve. No se lo voy a dar. Levanto la barbilla. Endurezco la cara. Me pongo la máscara que tan bien conozco.

—No voy a responderte a eso.

Mi voz suena más fría de lo que me siento. Dejo el micrófono sobre la silla con cuidado, como si no quisiera hacer ruido. Como si cualquier sonido más pudiera romperme. No miro a nadie más. Bajo del escenario. El pasillo hacia los camerinos se me hace eterno. La adrenalina empieza a bajar y lo que queda es ese vacío incómodo en el pecho, esa sensación de haber perdido algo sin saber muy bien qué.

Llego a la puerta de Edward. Llamo. Nada. Vuelvo a llamar, esta vez más fuerte. Tampoco.

—Mierda —murmuro.

Apoyo la frente en la puerta. Cierro los ojos. Sé que lo ha visto. Claro que lo ha visto. Estaba allí. Lo ha oído todo. No puedo volver al público. No ahora. Pero quedarme aquí, solo, tampoco ayuda. Oigo pasos rápidos detrás de mí. Me sobresalto y llevo la mano al pecho por puro reflejo. Cuando me giro y lo veo, el alivio me cae encima como un peso. Edward. Está serio. Muy serio. Los ojos duros, la mandíbula tensa. Viene directo hacia mí.

—No puedes huir, Landon —dice Edward nada más alcanzarme. Me agarra del hombro, firme, obligándome a parar—. Sal ahí fuera y dile que es un hijo de puta.

Suelto una risa breve, seca. De esas que no tienen nada de gracia.

—Si hago eso, mañana estoy cancelado —respondo—. Y pasado, olvidado. Se acabó la carrera.

Edward no replica enseguida. Me mira. Me estudia. Luego asiente despacio, aceptando algo que no le gusta.

—Tienes razón —admite al final—. Joder—se pasa una mano por la cara y señala con la cabeza el pasillo por el que hemos venido, de vuelta al escenario—. Aun así, tienes que volver a salir.

—No —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba—. He venido hasta aquí para decirte algo.

Eso lo frena. Deja caer el brazo y me mira de verdad.

—Te escucho.

Trago saliva. El corazón me late tan fuerte que me molesta. Pienso en Aria. En su sonrisa. En la manera en la que me mira cuando cree que no la veo. Y también pienso en la posibilidad —real, jodida— de que no quiera lo mismo que yo.

Aun así, hablo.

—Quiero declararme a Aria. Delante de todos.

Edward parpadea.

—¿Ahora?

—No. Bueno… sí, pero no así —me explico fatal y resoplo—. Quiero hacerlo a través de la pantalla.

—¿Cómo que a través de la pantalla? —frunce el ceño—. No te estoy siguiendo ni un poco.

—Mientras veamos la película —empiezo, atropellándome—. Antes de nuestro primer beso importante. Que la paren. Que se enciendan las luces. Y que sea yo el que diga lo que siento. Delante de todos— Edward abre la boca para hablar, pero yo sigo— Quiero hacerlo yo. No los medios. No los rumores. No un titular de mierda. Yo.

—Landon… —niega con la cabeza—. Os dais vuestro primer beso a los dos minutos de película.

—No ese —respondo rápido—. El de verdad. Cuando ya no es solo deseo. Cuando los personajes ya están jodidamente enamorados.

Edward suspira y se apoya contra la pared. Se queda en silencio más tiempo del que me gustaría. Lo veo pensar. Veo cómo se debate entre protegerme y dejarme saltar al vacío.

—No sé si se puede hacer —dice al fin—. Es complicado. Producción, tiempos, el público…

—Por favor —le corto, sin orgullo, sin pose—. Necesito hacerlo. Si no lo hago así, alguien más lo hará por mí. Y no voy a permitir que conviertan lo que siento por ella en un puto espectáculo sin alma.

Edward levanta la mirada. Me sostiene los ojos. Ve el miedo. Y también algo más fuerte.

—¿Y si dice que no?

La pregunta me atraviesa.

—Entonces me romperé —respondo—. Pero no pienses en eso que me deprimes—bromeo.

Se hace otro silencio. Largo. Denso. Y entonces Edward da un paso hacia mí.

—Estás jodido —dice, pero sonríe—. Completamente jodido.

Lo abrazo antes de que termine la frase. Lo aprieto como si tuviera quince años otra vez. Él me devuelve el abrazo con la misma fuerza.

—Gracias —murmuro contra su hombro—. De verdad.

—No me des las gracias aún —responde—. Si esto sale mal, te voy a recordar que fui yo quien lo permitió.

Me separo lo justo para mirarlo.

—Te quiero —digo, sin pensar.

Edward se queda quieto un segundo. Luego asiente, serio, orgulloso.

—¿Dónde está el Landon de antes? —pregunta.

—Lo ha salvado Aria, Edward —digo—. Lo ha salvado sin haberse dado cuenta.

Una vez fuera, después de hablar con Edward, Aria camina a mi lado en silencio. No es un silencio incómodo, pero tampoco es tranquilo. Es ese tipo de silencio que pesa porque está lleno de cosas que no se están diciendo. Nos dirigimos hacia la sala de cine y yo voy cagado de miedo, intentando que no se me note en la forma en la que aprieto los puños o en cómo respiro un poco más rápido de lo normal. De vez en cuando me mira. No dice nada. Solo me mira, como comprobando que sigo ahí, que no me he evaporado por el camino. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, sonríe. Una sonrisa pequeña, suave. Luego vuelve a mirar al frente, como si no acabara de pasar nada. *Y a mí eso me desarma más que cualquier otra cosa.* Llegamos a la puerta. Toda la gente ya está dentro. El murmullo se filtra por las paredes, mezclado con risas, voces excitadas, móviles grabando sin parar. Nosotros somos los últimos.

—Los asientos están reservados —aclara Jacob antes de entrar, con ese tono práctico suyo—. Para que no haya líos, entrad en el orden que os diga ahora—asentimos todos, obedientes como niños buenos —. Conan, Michelle, Olivia, Aria, Sterling.

Cuando dice mi apellido, Aria gira la cabeza hacia mí. No sé qué ve en mi cara, pero sonríe. Y yo no soy capaz de disimular la mía. Es automática. Idiota. Feliz.

—¿Todo bien? —me susurra mientras avanzamos.

—Todo fatal —respondo en el mismo tono—. Pero contigo al lado.

Se ríe por lo bajo, tapándose la boca con los dedos. Entramos. Los aplausos nos envuelven de nuevo, como una ola. Gente levantándose un poco de los asientos, móviles en alto, flashes. Saludamos. Yo levanto la mano, hago un gesto rápido. Una cámara me enfoca directamente y le dedico una media sonrisa. *Espero no encontrarme este momento editado con música dramática en TikTok mañana.* Aria se sienta y yo me siento a su lado, en primera fila. Demasiado cerca de la pantalla, pero me da igual. Lo único que importa es que está aquí. A mi lado. Las luces empiezan a apagarse poco a poco. El murmullo se va apagando también, como si alguien

estuviera bajando el volumen del mundo. Busco su mano con cuidado, casi como si pidiera permiso. Mi corazón da un salto cuando noto que ella estaba haciendo exactamente lo mismo. Sus dedos rozan los míos. Luego se entrelazan. Sonrío como un crío.

—Te juro que estoy intentando parecer profesional —le susurro.

—No lo estás consiguiendo —responde, sin mirarme.

Aprieto un poco su mano. Ella no se aparta. La pantalla se ilumina. El logo de la productora aparece y la sala estalla en aplausos y gritos. Cuando todo vuelve a calmarse, me giro un poco hacia ella. La luz de la pantalla le dibuja el perfil. Sus pestañas. Su boca ligeramente entreabierta. *Es preciosa.* Se queda mirándome, sin prisa, como si el resto del mundo no existiera. Cuando alzo la mano para tocarle la mejilla, levanta las cejas muy despacio y señala con los ojos hacia atrás.

—Joder —suspiro, dejándola caer.

—Va a empezar la peli, chico malo —me dice burlona—. Déjame en paz y presta atención.

—Cállate, Walker—como castigo, aparta su mano de la mía—. Oye —me quejo en un susurro.

Se encoge de hombros, fingiendo inocencia. No dura mucho. Sin ningún miedo, vuelvo a cogerle la mano y la entrelazo con la mía otra vez. Esta vez no se resiste. Al contrario, aprieta un poco más fuerte.

—Pesado —murmura.

—Te encanto.

No lo niega. Y mientras la película empieza de verdad, con nuestras imágenes llenando la pantalla, pienso que nunca he tenido tanto miedo… ni tantas ganas de que llegue el momento exacto que estoy esperando.

↞ ↞ ↞

Ya llevamos más de la mitad de la película y mi cabeza no está en la pantalla. Está unos minutos por delante. Sé que, con suerte, dentro de poco va a pasar lo que le dije a Edward. *Con suerte.* O con el tipo de suerte que te deja el corazón hecho polvo si sale mal. Aria aparece ahora mismo en pantalla, sentada frente a Michelle, hablando de mi personaje como si no fuera yo. Como si no me conociera. Como si no supiera perfectamente qué tecla tocar para hacerme parecer peligroso, interesante y absolutamente irresistible. La admiro. De verdad. La forma en la que sus ojos se suavizan cuando mira a Michelle, como si fuera la mejor persona del mundo, cuando sé perfectamente que, fuera de cámara, le dan ganas de tirarle del pelo… eso no se aprende. Eso se nace con ello.

—Es increíble —murmuro sin darme cuenta.

—¿Qué? —susurra Aria, girando la cabeza apenas un poco.

—Nada —niego rápido—. Que eres muy buena.

Me mira, entre divertida y nerviosa, y vuelve a la pantalla. Salgo yo en escena y me llevo la mano a la boca de pura vergüenza ajena. No porque esté mal. Todo lo contrario. Pero verme a mí mismo siempre me provoca una mezcla rara entre risa y ganas de esconderme bajo la butaca. Aria vuelve a salir conmigo en escena y se me olvida respirar. Literalmente. Los ojos me brillan y esta vez no es actuación. Esta vez es ella. Entonces pasa. La pantalla se apaga de golpe. La gente empieza a abuchear, a quejarse, a silbar. El típico "*ehhh*" colectivo de cuando te cortan algo interesante. Y entonces aparece Edward con un micrófono. Tenía que ser Edward. Tenía que ser él. *Qué vergüenza, joder.*

Me levanto despacio. Demasiado despacio. Y de repente todo el mundo se calla. Todas las miradas se giran hacia mí como si acabara de anunciar que voy a confesar un crimen. Busco a Aria. Me está mirando con la cara más confundida que le he visto nunca. Sonrío, intentando tranquilizarla, aunque por dentro estoy a punto de desintegrarme. *Respira, Landon. Respira como una persona normal.*

Me paso la mano por el pelo, me acerco a Edward y cojo el micrófono. Él me sonríe y me da una palmada en la espalda, fuerte, firme.

—No hay por qué estar nervioso —me dice en voz baja—. Sabes perfectamente que siente lo mismo.

Ese comentario consigue exactamente lo contrario: que me tiemblen aún más las manos. Asiento. Edward se aparta y de repente el escenario es solo mío. Suelto aire. Mucho aire. Me relamo los labios. El micrófono pesa como si estuviera hecho de plomo.

—Aria —digo. Cuando digo su nombre, levanta la cabeza al instante. Me mira. Me mira de verdad. Y eso casi me hace perder el valor—. ¿Puedes venir un momento?

Olivia se inclina hacia ella y le susurra algo al oído. Aria le da un pequeño golpe con el hombro, como diciendo *cállate*, y se levanta. Cuando llega hasta mí, sonríe. Nerviosa. Preciosa.

—Hola —dice.

—Hola —respondo, tragando saliva—. Antes de nada quiero aclarar una cosa delante de todo el mundo—el público se tensa—. Estás preciosa.

La sala estalla. Gritos, aplausos, silbidos. Aria se pone roja hasta las orejas. Me quita el micrófono de la mano sin pensarlo y se lo lleva a los labios.

—Lo sé.

Más gritos. Más risas. Me devuelve el micrófono y me mira con esa expresión suya que dice te voy a matar luego.

—Vale —respiro—, ahora en serio —el silencio cae de golpe. De esos que te hacen oír tu propio corazón—. Trabajar contigo ha sido de las mejores experiencias de mi vida —empiezo—. Y no lo digo por la película. Lo digo porque nunca había rodado con la persona de la que estoy enamorado —Aria deja de moverse. Literalmente. Creo que deja de respirar. Yo sigo, porque si paro ahora, me rindo—. Mi

vida estaba apagada. Yo creía que ya estaba bien así, que era suficiente. Hasta que llegaste tú con tu brillo y lo estropeaste todo… —sonrío—. Y lo hiciste mejor —alguien suelta un "*awww*" por ahí atrás—. No quiero ponerme empalagoso porque se supone que soy un chico malo —añado—, pero estoy harto de fingir. Estoy harto de tener que ocultar lo mucho que me dan ganas de besarte a cada rato. Quiero hacer esto oficial.

Bajo el micrófono. Silencio absoluto. Demasiado silencio. Aria no dice nada. Me mira. Sus ojos buscan los míos. Yo intento leer algo en su cara y no veo nada. *Absolutamente nada.* Y ahí es cuando pienso: *la he cagado.* Me relamo los labios. Aparto la mirada un segundo. Me duele el pecho.

Y entonces siento sus labios. Un beso corto. Tembloroso. Real. Cuando se separa, tiene una lágrima cayendo por la mejilla.

—Te quiero —me dice , sin micrófono, solo para mí.

Otra lágrima cae. Se la quito con el pulgar. No tengo miedo. Le doy otro beso, más lento. La noto sonreír. Aplausos. Gritos. Edward vuelve a aparecer, esta vez con un ramo enorme de rosas. *Menos mal.*

—El único motivo por el que me daba miedo que dijeras que no —digo— es porque ya había encargado el ramo.

Le entrego las flores. Aria se ríe, emocionada, y las coge.

Aria me mira como si acabara de aterrizar en otro planeta.

—Eres imbécil —susurra.

Sonrío. Aliviado. Vivo.

—Sí —respondo en el mismo tono—. Pero imbécil valiente.

Ella suelta una risa temblorosa que intenta controlar, pero no puede. Se pasa una mano por la cara, como si necesitara comprobar que esto está pasando de verdad.

—¿Sabes dónde estamos, no? —me pregunta, mirando de reojo al público.

—Sí.

—¿Y aun así…?

—Aun así.

Niega con la cabeza, incrédula. Luego me mira otra vez. Directo. Sin escaparse.

—Me vas a dar un infarto algún día, Landon.

—Me lo apunto —digo—. Pero dime una cosa antes de que nos bajen del escenario o nos echen a patadas.

—¿Qué?

—¿He metido la pata?—pregunto, con miedo.

Aria abre la boca para contestar, pero no dice nada. En su lugar, me coge del cuello de la camisa y me acerca un poco más, solo lo justo para que nadie más lo note.

—Si esto es meter la pata —susurra—, quiero que la metas más veces.

Se me escapa una carcajada nerviosa.

—Eso ha sonado peligrosamente a promesa.

—No me cites —responde—. Estoy emocionalmente vulnerable.

—Mentira.

—Vale —admite—. Pero emocionada, sí.

Nos quedamos mirándonos un segundo más. El ruido alrededor sigue ahí, pero lejos. Como si estuviéramos dentro de una burbuja absurda en mitad de un cine lleno.

—Oye —digo más bajo—. Si ahora mismo quieres salir corriendo, lo entenderé.

—Ni se te ocurra terminar esa frase —me corta—. He visto demasiadas pelis para saber cómo acaba.

—¿Y cómo acaba?

—Con el chico callándose —dice—. Y dejándome hablar a mí.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Todo tuyo.

Respira hondo. Se recompone un poco. Luego sonríe. Esa sonrisa suya que no es para el público. Es para mí.

—No me has preguntado nada, por cierto.

—¿El qué?—pregunto, confuso.

—Si yo quería hacerlo oficial.

La miro. De verdad.

—Aria… —empiezo.

—Ya —me corta—. Lo sé. Pero quería oírte decirlo bien.

Sonrío, esta vez sin nervios.

—¿Quieres hacerlo oficial conmigo?

No responde enseguida. Se acerca un paso más. Me coloca el micrófono mal, a propósito.

—Sí —dice—. Pero luego hablaremos de por qué has decidido hacerlo delante de medio planeta.

—Me parecía poco íntimo invitarte a un café.

—Eres insoportable.

—Y tú estás sonriendo.

Me empuja el hombro, suave. Cariñosa. Luego vuelve a mirarme, más seria.

—Gracias —dice—. Por no esconderte.

—Gracias a ti —respondo—. Por quedarte.

Y justo entonces, antes de que podamos decir nada más, antes de que el mundo nos devuelva del todo se oye un grito desde el fondo de la sala.

—¡¡ARIAAAAAAAAA!!

El grito rebota por toda la sala como si alguien hubiera activado una alarma humana. Abro los ojos despacio, resignado.

—Es ella —repito, como si nombrarla la fuera a hacer desaparecer.

Aria ya está aplaudiendo, emocionada, con las manos juntas frente a la boca.

—¡ES ELLA! —grita de vuelta—. ¡ESA ES MI MEJOR AMIGA! —el público estalla en risas y aplausos. Las cámaras giran automáticamente hacia el fondo de la sala. Allí está. Edna. De pie sobre la butaca, con el móvil en alto, grabándolo TODO—¡¡LO SABÍAAAAAAAA!! —chilla—. ¡YO LO SABÍA DESDE EL RODAJE, HIJOS DE…!

Un guardia de seguridad le tapa el micrófono antes de que termine la frase.

—Señorita, bájese de ahí ahora mismo.

—¡NO! —responde ella, señalándonos—. ¡ESA ES MI MEJOR AMIGA Y ESE ES MI MARIDO DE INTERNET!

Parpadeo.

—¿Tu qué? —murmura.

Aria se lleva las dos manos a la cara.

—Edna, por favor…

—¡NO, ARIA, ES MI MOMENTO! —dice, zafándose del guardia—. ¡LLEVO AÑOS DEFENDIÉNDOLO EN TIKTOK!—el guardia intenta cogerla del brazo, pero Edna se suelta como una anguila—¡NO ME

TOQUES! —le grita—. ¡QUE TENGO LOS VÍDEOS DE STERLING SIN CAMISETA EN FAVORITOS DESDE 2021!

La sala se viene abajo. Risas. Gritos. Silbidos. Aria cierra los ojos un segundo, y yo solo puedo sonreír.

—Mátame —Me susurra.

—Ni se me ocurre —respondo entre risas—. Esto es histórico.

Edna consigue escabullirse entre dos filas de asientos mientras el guardia intenta rodear por otro lado.

—¡EDNA, PARA! —grita Aria—. ¡TE VAN A ECHAR!

—¡QUE ME ECHEN! —responde ella—. ¡YO YA HE GANADO!

Llega al pasillo central y empieza a correr hacia el escenario como si esto fuera una final olímpica.

—¡CORRE, EDNA! —alguien del público anima.

—¡NO CORRÁIS EN LA SALA! —grita otro guardia.

Edna se quita los tacones en plena carrera y los lanza hacia atrás.

—¡TOMA! —dice—. ¡OBSTÁCULOS!

Yo ya no sé si reír o desaparecer bajo la butaca.

—¿Siempre es así? —pregunto.

—Hoy está moderada —responde Aria, orgullosa.

Edna llega al borde del escenario y el primer guardia intenta pararla otra vez.

—Señorita, esto no está permitido…

—¡MIRA! —le enseña el móvil a dos centímetros de la cara—. ¡TENGO PRUEBAS DE QUE ÉL ES BUENA PERSONA!

—Eso es… ¿un vídeo de Sterling sin camiseta? —pregunta el guardia, confundido.

—¡Y ESPERA QUE TENGO MÁS! ¡LO SABÍA! —grita Edna desde el fondo—. ¡LO SABÍA, ARIA!

Aria se lleva una mano a la cara, pero está sonriendo. No avergonzada. Feliz.

—Edna…

—No me mires así —dice ella, dando saltitos en su sitio—. Fui al rodaje. Os vi. No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta cuando dos personas se miran como si el mundo sobrara. El público vuelve a aplaudir, encantado con el espectáculo—. Además —añade, señalándome—, este tío no sabe disimular una mierda.

Levanto las cejas, divertido.

—Oye.

—Oye tú —responde—. Que yo estoy MUY feliz por vosotros.

Aria baja del pequeño escenario improvisado y Edna empieza a forcejear con el guardia que la separa del pasillo.

—Déjala pasar —digo, ya riéndome.

—No puedo —responde el guardia, serio.

—Sí puedes —dice Edna—. Mírame bien. Soy la mejor amiga de la protagonista y la futura cuñada emocional de este señor –El guardia duda un segundo. *Error*. Edna se cuela por debajo de su brazo como si llevara años entrenando para esto y llega hasta Aria, que la recibe con un abrazo fuerte—. Estoy TAN orgullosa de ti —le dice casi chillando—. TAN orgullosa que podría llorar, o ligar, o ambas cosas.

—Edna… —Aria se ríe entre lágrimas.

Edna se separa lo justo, me mira de arriba abajo sin ningún tipo de vergüenza y suelta, con total naturalidad:

—Por cierto —dice—, una pregunta importante —ya sé que viene algo malo— ¿Cómo la tiene de grande?

La sala explota. Aria suelta un grito ahogado.

—¡EDNA!

Yo me llevo la mano a la cara.

—La oye —digo—. Estoy aquí.

—Ah, genial —responde ella, encantada—. Entonces mejor. Así no hay malentendidos.

—Te voy a matar —dice Aria, roja como un tomate.

—Relájate —Edna le guiña un ojo—. Si no lo pregunto yo, lo preguntan en *Twitter*—el público no puede más. Gritos, risas, aplausos—. Tranquila —añade Edna, bajando un poco la voz, ahora sincera—. Me alegra verte así. De verdad. Te mereces a alguien que te mire como él te mira.

Aria la abraza otra vez, esta vez más despacio.

—Gracias por no hacerme huir —susurra.

—Ni de coña —responde Edna—. Yo he venido a celebrar.

Se gira hacia mí una última vez.

—Cuídala —me dice—. O te funo por redes sociales.

—Trato hecho —respondo sin dudar.

Edna entrecierra los ojos, como si acabara de acordarse de algo importantísimo. Da un paso más hacia mí, bajando la voz de golpe, teatral.

—Vale, pero ahora una cosa muy seria. Merezco saber tu nombre —dice—. El real. Prometo, juro por mi algoritmo de *TikTok*, que no lo voy a difundir.

—Edna… —murmura Aria, ya riéndose antes de tiempo.

—No, no —la corta—. Tu cállate. Yo necesito saber cómo llamarte después de estar obsesionada contigo durante años.

No puedo evitar sonreír.

—Me llamo Landon.

Se queda quieta un segundo. Luego abre mucho los ojos.

—¿Landon? —repite—. ¿LANDON Landon?

—Ese mismo.

Asiente muy seria, como si acabara de cerrar un pacto sagrado.

—Vale —dice—. Me gusta. Te pega. Mucho mejor que "*el actor ese guapo que se está liando con mi mejor amiga".*

—Gracias… creo.

Me señala con el dedo.

—No me falles, Landon.

—No lo haré.

Sonríe satisfecha, se gira hacia Aria y le guiña un ojo.

—Has elegido bien. Y eso que yo soy muy exigente—añade, señalándola con el pulgar—. Pero te quiero igual, ¿eh? Compartiré el trauma… digo, la felicidad.

Aria se ríe, negando con la cabeza.

—Siempre tan generosa.

—Siempre —remata Edna—. Eso sí, si algún día te falla, vuelve a ser mío. Tengo la carpeta con sus vídeos preparada —Edna asiente con la cabeza, todavía con esa sonrisa enorme que le ocupa toda la cara, y da un paso atrás para volver con la gente. No llega muy lejos. Un guardia de seguridad aparece de la nada y la agarra del brazo con ese tacto educado pero definitivo que ya conocemos demasiado bien — ¿OTRA VEZ? —protesta Edna, entre risas—. ¿Pero esto qué es, un déjà vu? ¡Si ya me sacasteis así el día del rodaje! —mira a Aria mientras se deja arrastrar—. ¡QUE CONSTE QUE AHORA NO HE INSULTADO A MICHELLE ! Bueno… en voz alta.

La sala estalla en carcajadas. Aria se tapa la boca, roja de la risa.

—¡Edna! —la llama—. ¡Compórtate!

—¡ESTOY COMPORTADISIMA! —responde ella mientras camina hacia atrás—. Esto es exactamente igual que cuando me raptaron por decir "*lo que todo el mundo piensa*" —hace comillas con los dedos—. Solo que ahora hay más público y menos catering —El guardia suspira, resignado. Edna aprovecha para girarse una última vez, ya casi fuera—. Por cierto —añade, señalándome—. Ya sabía todo, no soy tonta. Pero necesitaba verlo en pantalla grande, ¿vale? —guiña un ojo—. Ahora seguid siendo felices que yo voy a negociar mi liberación.

Desaparece por la puerta lateral aún hablando, gesticulando y saludando como si estuviera en una alfombra roja alternativa. Los aplausos y las risas se van apagando poco a poco, como si el mundo entendiera que ese momento ya ha terminado. Aria me mira. Tiene los ojos brillantes, húmedos, pero está sonriendo. Esa sonrisa suya que aparece cuando todo le supera un poco.

—Lo siento —dice en voz baja—. Es incapaz de comportarse como una persona normal.

—No lo sientas —respondo—. Me cae increíblemente bien. Creo que me acaba de amenazar de muerte y, aun así, me siento aceptado.

Suelta una risa pequeña y apoya la frente en mi hombro durante un segundo, como si necesitara comprobar que sigo aquí.

—Gracias —susurra.

—¿Por qué?

—Por todo lo que has hecho por mí, Landon.

No sé qué contestar, así que hago lo único que se me da bien cuando estoy así: le aprieto un poco la mano. Ella entrelaza sus dedos con los míos y suspira, tranquila al fin. La película vuelve a ponerse en marcha, la pantalla se ilumina otra vez y el sonido llena la sala, pero ahora todo se siente distinto. Más ligero. Más real. Nos sentamos de nuevo. Aria no duda. No se aparta. No mira alrededor para comprobar quién observa. Simplemente se acerca un poco más

y apoya la cabeza en mi hombro, como si ese fuera, desde siempre, su sitio natural.

Cuando volvemos a nuestro sitio y Aria, sin miedo, apoya la cabeza en mi hombro, sé que he tomado la decisión correcta. Es justo aquí donde quiero estar, y sé que es perfectamente dónde Guada quiere que esté.
